



# Masculinidad/es y hombres universitarios en nuevos tiempos de género y feminismos (2014-2024)

Mauricio Zabalgoitia Herrera, Leticia Pogliaghi  
y Alí Siles Bárcenas, coordinadoras

educación

issue

Este libro examina cómo los recientes cambios en el orden de género han interpelado a los varones en la universidad. Parte del impacto de los activismos feministas y de la creación de instancias formales —protocolos, unidades, programas y asignaturas— para situar un escenario en el que se analizan malestares, reacciones y procesos de transformación. Desde perspectivas feministas, *queer* y de masculinidades críticas, y a partir de estudios en México, Argentina y España, la obra analiza cómo las protestas de mujeres estudiantes y las respuestas institucionales reconfiguran las experiencias, afectos y posicionamientos, generando tensiones entre modelos heredados y formas emergentes de ser hombre o vivir la masculinidad. Los capítulos, desde metodologías y contextos diversos, conciben a la masculinidad bajo construcciones plurales y situadas, atravesadas por negociaciones entre privilegio, resistencia, malestar, empatía, agencia y posibilidad de cambio. La obra documenta reacomodos cotidianos en aulas y en espacios de socialización con estudiantes y otras comunidades universitarias, así como dinámicas afectivas que expresan tanto continuidad como cuestionamiento de las formas dominantes o hegemónicas. En conjunto, el resultado se propone como una aportación para quienes buscan comprender las reconfiguraciones contemporáneas del género y los desafíos —y alcances— de la/s masculinidad/es en el presente universitario.

Masculinidad/es  
y hombres universitarios  
en nuevos tiempos  
de género y feminismos  
(2014-2024)

educación

issue

iisue.  
unam.mx/  
publicaciones

DOI: <https://doi.org/10.22201/iisue.9786076426159e.2026>

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN  
*Colección Educación*

# Masculinidad/es y hombres universitarios en nuevos tiempos de género y feminismos (2014-2024)

Mauricio Zabalgoitia Herrera, Leticia Pogliaghi  
y Alí Siles Bárcenas, coordinadoras



**iisue**

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación

México, 2025

Catalogación en la publicación UNAM  
Nombres: Zabalgoitia, Mauricio, editor. | Pogliaghi, Leticia, editor. | Siles Bárcenas, Isaac Ali, editor.  
Título: Masculinidad/es y hombres universitarios en nuevos tiempos de género y feminismos (2014-2024) / Mauricio Zabalgoitia Herrera, Leticia Pogliaghi y Alí Siles Bárcenas, coordinadoras.  
Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2025. | Serie: IISUE educación.  
Identificadores: LIBRUNAM 2282466 | ISBN 978-607-642-219-9.  
Temas: Masculinidad -- Aspectos sociales -- Estudio de casos. | Estudiantes universitarios -- Actitud (Psicología) -- Estudio de casos. | Estudiantes universitarios homosexuales. | Identidad sexual. | Feminismo -- Aspectos sociales. | Universidad Nacional Autónoma de México -- Alumnos.  
Clasificación: LCC HQ1090.M3738 2025 | DDC 305.31—dc23

Este libro fue sometido a dos dictámenes doble ciego externos, conforme a los criterios académicos del Comité Editorial del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Coordinación editorial:  
*Jonathan Girón Palau*

Cuidado de edición:  
*Dolores Latapi Ortega*

Edición digital  
*Jonathan Girón Palau*

Diseño de cubierta:  
*Diana López Font*

Primera edición impresa: 2025  
Primera edición digital: 2026

©Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación  
Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria,  
Coyoacán, 04510, Ciudad de México  
<http://www.iisue.unam.mx>  
Tel 5556226986

DOI: <https://doi.org/10.22201/iisue.9786076426159e.2026>  
ISBN (PDF): 978-607-642-615-9  
ISBN (impreso): 978-607-642-219-9



Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Hecho en México/Made in Mexico

# ÍNDICE

- 9 INTRODUCCIÓN  
*Mauricio Zabalgoitia Herrera, Leticia Pogliaghi  
y Alí Siles Bárcenas*
- 27 Impacto afectivo de la rabia feminista en varones  
de algunas instituciones de educación superior  
de la Ciudad de México  
*César Torres Cruz y Amy Andrea Salazar Pantoja*
- 47 Del género al sexo. Algunas reflexiones sobre límites,  
emociones y asociatividad obligatoria en la masculinidad  
de estudiantes (FFyL-UNAM, 2022-2023)  
*Mauricio Zabalgoitia Herrera*
- 81 Hombres, masculinidad y el fantasma del feminismo  
en la UNAM: apuntes para un análisis emocional y afectivo  
*Alí Siles Bárcenas*
- 105 El trabajo con hombres en ámbitos universitarios.  
Modelo para erradicar conductas violentas basadas  
en género en la UNAM: análisis de una experiencia en marcha  
*Mauro Antonio Vargas Urías y Ricardo Ayllón González*

- 131 Juventudes, masculinidades, sexualidad y heterosexualidad  
en tiempos feministas. Buenos Aires, Argentina  
*Mariana Palumbo y Facundo Ferrer*
- 163 Más allá del orgullo: percepciones sobre la discriminación  
y violencia entre varones gays universitarios  
*Enrique Bautista Rojas*
- 193 Los varones estudiantes en las universidades públicas valencianas:  
masculinidad, igualdad y feminismos  
*Joan Sanfélix Albelda, Anastasia Téllez Infantes  
y Javier Eloy Martínez Guirao*
- 217 SEMBLANZAS AUTORALES
- 223 SIGLAS, ACRÓNIMOS Y ABREVIATURAS

## INTRODUCCIÓN

*Mauricio Zabalgoitia Herrera,  
Leticia Pogliaghi y Alí Siles Bárcenas*

En las últimas décadas, los estudios de género y los feminismos han realizado aportes fundamentales para comprender no sólo los desequilibrios, las violencias y la situación desaventajada de las mujeres, sino también las construcciones sociales de la masculinidad. Así, desde los años setenta y ochenta del siglo pasado el estudio de la/s masculinidad/es<sup>1</sup> se ha convertido en un campo crucial para analizar y comprender las dinámicas de poder, los privilegios y las opresiones que permean nuestras sociedades y, particularmente, a las instituciones de educación superior.

Este libro es producto, en gran medida, del trabajo realizado por las y los integrantes de un proyecto colectivo de investigación<sup>2</sup> que dio vida al Seminario Permanente sobre Masculinidad/es y Universidad (Semascu) con sede en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUE-UNAM). Desde enero de 2022 un nutrido equipo de colegas, de procedencias y adscripciones diversas, y desde enfoques

- 1 Como en este campo de estudios algunas autorías se decantan por el uso del término en singular —como un constructo que suma subjetividad, poder y violencia— y otras van por la vía de identificar, nombrar y problematizar distintas formas de masculinidad —de ahí el plural—, en este libro nos sumamos a la licencia de uso popular, aunque académica: *masculinidades*.
- 2 “Estudiantes, género y violencia en la UNAM: prácticas subjetivas de masculinidad, diversidad y juventud”, cocoordinado por Mauricio Zabalgoitia Herrera y Leticia Pogliaghi, con apoyo del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (clave IN305922) de la Universidad Nacional Autónoma de México.

feministas y de los estudios de los hombres y de la masculinidad —a veces en tensión y otras veces complementarios—, nos hemos reunido mensualmente para discutir y contrapuntar experiencias de lectura, de indagación y de vida.

En el marco de las discusiones que tuvimos en el proyecto de investigación y en el seminario, nos propusimos la elaboración de la presente obra con el objetivo de dar a conocer, por un lado, los resultados de los estudios empíricos realizados sobre los hombres, la masculinidad y las masculinidades en el ámbito universitario; por el otro, poner sobre la mesa algunos problemas teóricos y empíricos emergentes en este campo de estudios, sobre todo en cuanto a las tensiones, vivencias y percepciones de las violencias en estudiantes hombres, así como de cara a las transformaciones en las relaciones formales e informales.

Los estudios de los hombres, de la masculinidad y de las masculinidades han otorgado algunas definiciones acerca de su propia condición y posibilidad como un espacio a la vez teórico y metodológico que engloba a una gran variedad de trabajos. Tales aportaciones, de entrada, se ubican como parte de un campo interdisciplinario mucho más extenso y con una historia propia directamente ligada a la deriva de los estudios feministas: el del campo de los estudios de género. De forma no del todo consensuada y en constante discusión —sobre todo por la lógica dinámica, múltiple y crítica de los pensamientos y teorías feministas— el género es una categoría que, de manera general, hace referencia a roles, mandatos, estereotipos, prácticas, ideales y normativas bajo las cuales una sociedad o un grupo a la vez representa y construye lo femenino y lo masculino. Así, también implica su asignación a quienes socioculturalmente conocemos como mujeres y hombres, y las relaciones que entablan. De ahí que la experiencia de los hombres y las posibles formas de masculinidad hayan sido un tema y un problema en trabajos fundamentales de los estudios feministas.

De acuerdo con trabajos recientes, en el marco de los estudios sobre hombres, masculinidad y masculinidades, así como desde enfoques feministas o de crítica *queer*, se han observado malestares constantes en muchos varones, tanto a nivel individual como colec-

tivo. La literatura dedicada a la investigación y al análisis de esos malestares masculinos, aun desde una perspectiva de género, se ha circunscrito de manera relevante a abordajes psicológicos y desde el trabajo social, prestando atención principalmente a las vivencias individuales de los varones frente a momentos de crisis en sus trayectorias de vida, ligadas al empleo (o la falta de este y los problemas para conseguirlo) o las afecciones y el cuidado de la salud (o su carencia) (Olvera y Luna, 2020), así como a las relaciones de intimidad (Fleiz *et al.*, 2008) y las implicaciones de los mandatos masculinos en temas como la violencia y la desconexión emocional (Burin, 2000; Serra, 2020). Pero, como muestran los textos incluidos en esta obra, los malestares se localizan más allá. En efecto, se encuentran presentes en el contexto universitario, en el espacio doméstico, en los afectos, en la sexualidad, en el ejercicio profesional, entre otros, y se expresan a través de emociones y reacciones diversas.

La condición genérica de los sujetos socialmente reconocidos como hombres, en una estructura de relaciones de género que les otorga ventajas y privilegios, ha tendido a oscurecer los procesos que los varones experimentan como problemáticos para sí mismos. Por ello, desde hace varias décadas, el tema de los malestares ha venido ocupando un lugar relevante en los estudios sobre hombres, masculinidad y masculinidades, de modo tal que su centralidad en dicho campo de estudios pudiera equipararse con la del concepto de “opresión” en los feminismos (Tena, 2010). Sin embargo, pareciera que es a partir de los movimientos feministas recientes —por lo menos desde el año 2014— que el tema de los malestares se ha abordado de manera crítica y no simplemente como una condición. Problematizar esos malestares ofrece diversas posibilidades para complejizar y profundizar el análisis de la condición de los hombres en tanto sujetos de género; no exclusivamente como ejecutores y beneficiarios de la opresión, sino también como agentes capaces de cuestionar, reflexionar e incluso resistir configuraciones relacionales de género que la sostienen y reproducen.

En este marco situacional construimos este libro. Los capítulos que lo componen se encuentran atravesados por tres grandes temas. El primero, la masculinidad y las masculinidades; el segundo, los

activismos feministas (y las acciones de las mujeres) que impactan en las maneras de ser, de significarse y vivir como hombre; y, el tercero, los malestares de los hombres universitarios en la última década.

Ahora bien, el eje del libro es el trabajo con las masculinidades, las prácticas y subjetividades masculinas desde perspectivas críticas de género o bien feministas. Quizá es por ello que, sin importar en qué lugar y desde dónde se estudia y habla, parece haber una constante: el vínculo (explícito o implícito) entre la masculinidad y las masculinidades actuales (la puesta en duda de la existencia de una única masculinidad o la persistencia, aunque a veces limitada y puesta en cuestión, de una masculinidad hegemónica) y la influencia sobre ellas de los movimientos y las acciones feministas del siglo XXI. Ese vínculo, por cierto, nada armonioso, se hace visible tanto en la discusión teórica como en los hallazgos empíricos. En efecto, al analizar la masculinidad o las masculinidades actuales, resaltan la incomodidad —a veces individual, a veces colectiva— que generan en los hombres los señalamientos de los movimientos feministas y la visibilización de la inconformidad de las mujeres con las formas vigentes de ser hombre, con la desigualdad de género y con las violencias sexistas.

Como era de esperarse, los activismos feministas han mostrado especial visibilidad en los espacios universitarios en las últimas décadas, frente a lo cual sus estructuras y los hombres que los habitan se vieron obligados a realizar algún tipo de cambio pero, sobre todo, a aceptar aquellos cambios provenientes de las colectivas de estudiantes y de grupos colegiados de profesoras e investigadoras. Las violencias de género padecidas mayoritariamente por las universitarias, que fueron las que llevaron al hartazgo y a la movilización colectiva dentro y fuera de las instituciones de educación superior (IES), presionaron a estas últimas para que se reconociera la existencia de aquéllas y, en algunos casos, se institucionalizara su atención, aunque muchas veces de manera limitada. Esto se materializó, por ejemplo, en la creación de oficinas encargadas de la atención a las violencias de género y la promoción de la igualdad, la elaboración de protocolos de actuación, la realización de cambios normativos, la incorporación de asignaturas de género obligatorias u optativas

a los planes de estudio o bien la puesta en práctica (o en escena) de talleres, cursos y actividades de sensibilización. A la vez, tanto las acciones de los colectivos y las colectivas feministas como las institucionales, sus narrativas y los cambios normativos en contra de la violencia y la desigualdad de género fueron influyendo en las percepciones y acciones de universitarias y universitarios.

Como se aprecia en algunos de los capítulos que componen esta obra, donde se resalta la influencia de los feminismos sobre las identidades, emociones, afectividades, deseos y sexualidades masculinas, podemos afirmar que los activismos feministas han permeado las subjetividades y prácticas de los hombres universitarios. Pareciera que las masculinidades y el “ser hombre”, los comportamientos, actitudes y formas de relacionarse, de entenderse y entender a las otras personas, se pueden ir moviendo y transformando individual, grupal o colectivamente a partir de la formación y la convivencia con las mujeres y con los activismos feministas en las universidades. Sin embargo, estos procesos no son universales, ni es una tarea sencilla o armoniosa para quienes los llevan, pues todos ellos han vivido experiencias y expresiones de temor, angustia, indignación, rabia y empatía, frente a la problemática generada por las formas dominantes de interacción entre hombres y mujeres. A ello se suman otras formas de habitar las coordenadas sexogenéricas: mujeres y hombres trans, personas no binarias y de género fluido, entre otras. La universidad, tocada por los feminismos, es también un espacio cada vez más diverso y múltiple. Todo ello se entreteje con la vivencia problemática de los varones, de la socialización en las concepciones tradicionales de la masculinidad y los rígidos mandatos que de ella se derivan.

Como se podrá notar, la mayoría de los capítulos se centran en la experiencia de la UNAM como espacio universitario destacado en México. Sin embargo, en otras geografías e IES, como la Universidad de Buenos Aires, en Argentina, formas no idénticas a las mexicanas, pero con elementos en común de activismo de jóvenes feministas, se experimentaron con fuerza y dinamismo. Asimismo, es notable que esas experiencias se confrontaron e influyeron en las relaciones de género y en la masculinidad y las masculinidades y condujeron a transformaciones institucionales tanto en lo simbólico como en lo

formal. Por ello, desde el inicio del proyecto de este libro se mostró interés por conocer variantes de las reacciones de los estudiantes hombres ante los señalamientos directos a las violencias sexistas, a los propios varones y a la masculinidad, por ejemplo, en cuanto a la sexualidad. La relación entre heterosexualidad, masculinidad y la idea en sí de las propias prácticas sexuales de los varones es una línea poco explorada en espacios como el de las universidades mexicanas.

En este sentido, el estudio de un caso argentino aporta la posibilidad de entrecruzar miradas, por ejemplo, hacia la sexualidad, tras los efectos de la última oleada feminista; mientras que otro capítulo, que se aboca a las universidades públicas valencianas en España, permite identificar percepciones de hombres estudiantes sobre los feminismos recientes y sus impactos en las ideas sobre violencia e igualdad de género. Movernos del ámbito mexicano hacia otras geografías nos interpela sobre las continuidades y diferencias en los fenómenos y reacomodos subjetivos y formales en las universidades. Cabe mencionar que, en términos de transversalización de políticas específicas con perspectiva de género y masculinidades, la experiencia española en las IES tiene un recorrido más largo que en México de acuerdo con los procesos y avances de los feminismos en esa geografía. Mirar de forma complementaria y comparativa los modos de resistencia y cambio de la masculinidad y las masculinidades en diferentes lugares es una manera de abrir y complejizar los procesos propios.

Como mencionamos, en todos los espacios estudiados emergen malestares entre los hombres asociados a la masculinidad que parecen tener dos posibles orígenes, no necesariamente disociados entre sí. Por un lado, en la acción feminista contra las violencias sexistas y la desigualdad de género, a lo que ya nos hemos referido. Por el otro, en la masculinidad hegemónica; es decir, la más aceptada de acuerdo con su papel rector y normativo en los procesos de socialización de género y en las relaciones de poder que conlleva. Desde ésta se condicionan prácticas, roles, subjetividades y cuerpos de los hombres hetero y homosexuales. En efecto, podemos atisbar cómo las emociones de rabia, indignación y dolor que empujan la movilización y pensamiento feministas contemporáneos podrían estar tocando subjetividades masculinas y motivando desplazamientos, sean

éstos exclusivamente discursivos o también identitarios y prácticos en favor de la igualdad y la disminución y erradicación de las violencias de género. Por otra parte, el énfasis en las emociones, como expresión de la hegemonía de la masculinidad (Ramírez, 2020), permite dar cuenta de cómo la experiencia de los hombres contribuye a regular sus conductas para alinearse con modelos de masculinidad fuertemente anclados en la necesidad de contener, precisamente, la expresión de una idea de emotividad basada en prejuicios —como el sentimentalismo— o en rígidos esquemas en cuanto al espectro de emociones consideradas apropiadamente masculinas, como el enojo o la competitividad. Sin embargo, abordar las “economías afectivas” que circulan entre los alumnos, los discursos y objetos (Ahmed, 2014), paralelamente, habilita la investigación de instancias de disrupción de tales modelos hegemónicos y de la experiencia más fluida de emociones típicamente entendidas como femeninas o feminizantes, como la tristeza, la empatía o la compasión. Con esto, además, parecen abrirse canales para el diálogo y la interacción positiva entre masculinidad, masculinidades y feminismos.

Finalmente, los capítulos nos muestran el carácter diverso de la masculinidad en su sentido subjetivo, emocional y práctico, y de allí que en varios de ellos se hable de masculinidades en plural. Así, la “masculinidad hegemónica” no es entendida como única y objetivamente existente en ese sentido, sino que nos encontramos ante una categoría analítica que, al cargarse de sentido en las subjetividades y prácticas de los sujetos, en las relaciones de género concretas y en los tiempos y espacios en que se desarrollan, se van construyendo a partir de la articulación —a veces coherente, a veces contradictoria—, de lo político, lo social, lo biológico, lo psicológico; de las normas, la sexualidad, las emociones, los afectos, los cuerpos, las identidades y las interacciones. De allí que las masculinidades no adquieren un carácter esencial, sino que son entendidas como social, cultural y situadamente construidas. Si bien los capítulos muestran cambios en los sujetos, en las intenciones y en algunas iniciativas institucionales orientadas a la eliminación de las violencias de género y la promoción de igualdad entre hombres y mujeres, también nos dejan ver que, aunque los hombres se sientan “molestos” o estén experimen-

tando emociones de empatía hacia las mujeres y otras identidades sexogenéricas, los privilegios masculinos, las violencias de género hacia los cuerpos femeninos y feminizados, y la masculinidad hegemónica siguen presentes y vigentes.

#### LOS HOMBRES UNIVERSITARIOS, LA MASCULINIDAD Y LAS MASCULINIDADES EN ESTA OBRA

Con un claro enfoque feminista, que sobre todo parte de estudios sobre la violencia en las IES, en el trabajo de César Torres Cruz y Amy Andrea Salazar Pantoja, la definición de masculinidad de Guillermo Núñez (2016) se plantea como esencial para comprender y abordar a los hombres como sujetos generizados e inscritos en una red significativa, pero también afectiva. Esta precisión es lo que posibilita aproximarse a sus sujetos de estudio, varones cisgénero, en algunas IES de la Ciudad de México. Con esto, dentro de las dinámicas de poder que operan a partir de condicionantes androcéntricas y heterosexistas, se opta por mirar hacia una masculinidad en singular que produce a tales sujetos. Tal producción es la que les permite ocupar posiciones de dominio, en este caso en tanto efectos afectivos como resultado de la rabia feminista. En este sentido, como las preguntas de investigación de las que parten se dirigen hacia los impactos afectivos que los hombres han vivido y están viviendo, lo que incluye las reacciones de aquellos que han sido acusados de ejercer violencia de género, resulta esencial no sólo otorgar pistas acerca de cómo se ha trastocado su masculinidad, sino también cómo es que se piensa ésta en sí.

Con el fin de abonar a esta doble condición acuden a la noción de “masculinidad hegemónica” de Raewyn Connell (2015) para identificar a aquella masculinidad que probablemente esté ocupando una posición dominante en un momento específico de las relaciones de género en espacios de la educación superior. El interés reside en analizar las relaciones de poder que afectan y hacen reaccionar a los hombres cisgénero en un tiempo en el que lo que se señala, desde una gran oleada feminista y de forma abierta, es el solapamiento

entre masculinidad y formas de violencia que condicionan a los órdenes de género bajo relaciones de opresión. Así, siguiendo a Luciano Fabbri (2021), identifican modos mediante los cuales algunos varones se deslindan de las relaciones jerárquicas que ocupan, así como otras formas de poder que poseen y usan.

En este capítulo se procura comprender cómo es la masculinidad, afectada por los movimientos políticos de las mujeres, tanto si se le piensa como dispositivo o como modelo hegemónico. Los resultados incluyen, desde esta óptica teórica, comprender a la masculinidad bajo el ejercicio de privilegios como ocupar el espacio público, expresar opiniones en cualquier sitio o tener más opciones de estudio en comparación con las mujeres, entre otras cuestiones. Así, también el pensar a los propios hombres como posibles sujetos políticos de género afectados por el patriarcado. Es decir, otras formas de masculinidad posibles.

También desde un enfoque de investigación feminista, el trabajo de Mauricio Zabalgoitia Herrera comparte esas líneas de fuerza, movimientos y transversalización de género, incorporando la puesta en marcha de asignaturas obligatorias —en este caso en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En este espacio se traza un tejido problemático, pero dinámico, en el que se orilla a los estudios de los hombres hacia una masculinidad en singular, frente a señalamientos directos a formas de violencia sexista y sexual, hacia los propios hombres y a la masculinidad. Con esto, el objetivo es mirar hacia la identificación y problematización de nuevas posiciones —bajo la forma de “espectros emocionales”— frente a los efectos simbólicos y materiales que un nuevo orden de género traza en las interacciones universitarias.

Repensar a la masculinidad como un constructo resistente y común en las posibles y variadas formas que adopta conlleva replegarla hacia algunos condicionantes fundamentales. Éstos se abordan como límites en este trabajo y se basan en algunas descripciones “clásicas” de la identidad masculina como negación, en referencia al trabajo de Elisabeth Badinter (1992), y de acuerdo con la propuesta de dominación de Pierre Bourdieu (1998), en la que la masculinidad se recrea en estructuras objetivas y subjetivas de larga historia pero,

a la vez, ocultando sus mecanismos frente a los cambios de género. Se sugiere el estatus vigente de la masculinidad, siguiendo a Beatriz Ranea (2021), y el carácter vivo que adquiere la negociación no equilibrada de tales límites, mediante la propuesta de Tristan Bridges y Cheri Jo Pascoe (2014) de las “masculinidades híbridas”.

En el texto de Zabalgoitia se identifican y organizan testimonios y emociones —de acuerdo con una conversación guiada con dos estudiantes cisheterosexuales— que se ponen en circulación bajo pronombres y sustantivos indefinidos; éstos camuflan o bordean a una masculinidad de base construida por formas cotidianas de sexismo y violencia sexual. Ésta es una de las propuestas del texto. Otra consiste en la posibilidad de que la expresividad de género de algunos hombres se esté orientando hacia modos menos férreos en cuanto a la incorporación de formas femeninas y la relajación de la homofobia, pero no así, o por lo menos no del todo, en cuanto a lo que se propone como un eje sólido de “asociatividad obligatoria” entre hombres, la cual implicaría el recurso al sexismo y a las violencias de género como requisito y prueba para mantenerse en la membresía de la masculinidad. Este recurso reeditaría en el mantenimiento de una cadena atada y vigilada: sexo masculino-violencia sexista y sexual-sexualidad dominante-asociatividad obligatoria. Ésta es, para el autor, la base singular de toda forma expresiva de masculinidad.

El capítulo escrito por Alí Siles Bárcenas adopta un enfoque emocional y afectivo, para situar esta doble condición de la representación, la construcción y la crítica y autocrítica de la masculinidad y las masculinidades. En este trabajo, que se enfoca en hombres de la comunidad universitaria, el punto de partida vuelve a ser el de los activismos llevados a cabo por colectivas de estudiantes feministas. Con esto, el trabajo explora dinámicas de producción y reproducción de masculinidades al interior de la universidad, entendidas como formas vivenciadas por grupos e individuos, en términos de experiencia personal y corpórea en el entorno universitario.

Sobre el apoyo de testimonios de cerca de 50 entrevistas en profundidad, el capítulo problematiza un aspecto clave para comprender a la hombría y la masculinidad desde un doble sentido: el señalamiento común a que ambas operen con desconexión a la emociona-

lidad y, por tanto, lo poco que se ha trabajado la dimensión afectiva en varones. El impacto del feminismo, para el autor, ha afectado a su subjetividad y a las prácticas.

En el recorrido que este trabajo realiza, sobre todo mirando la operatividad de la masculinidad en las relaciones más próximas, el autor esboza unas “masculinidades desestabilizadas” que, en algunos casos —y no sin contradicciones— derivan hacia una “toma afectiva de conciencia”, en el lado más productivo, pero que en muchos casos retornan hacia una “masculinidad atrincherada”, a partir de la frustración y el temor. En el recorrido que se va contrapunteando, el trabajo propone retomar, en lo teórico, al esquema relacional y jerárquico propuesto por Connell (2015). Esto lo hace para identificar masculinidades subversivas o disidentes, como podrían serlo algunas LGBTIQ+, desde las que se dibujan fronteras y ambivalencias. La tensión, para Siles, entre extremos de masculinidad, resulta mucho más plástica si es que revela, a la vez, comprensiones y reivindicaciones tanto hegemónicas como antihegemónicas.

El movimiento feminista y los señalamientos que éste le hace a la universidad vuelven a marcarse como un hito en el trabajo de Mauro Antonio Vargas Urías y Ricardo Ayllón González. En este caso, se enfoca a la tarea faltante en la transversalización de la perspectiva de género en todas las estructuras y procesos de la institución.

En su trabajo de intervención con hombres en ámbitos universitarios, y cuyo modelo se expone, parten de la propuesta de que los ajustes realizados hasta el momento en la UNAM no han mirado a la base, pues no cuestionan la manera en que se configuran las dinámicas internas de organización social y política, de manera que no consideran el impacto que éstas ejercen en las estructuras en las que el género se materializa. Con base en diversos estudios, en los cuales se ofrecen números que demuestran que la violencia de género continúa afectando a las mujeres de manera desproporcionada, se preguntan cuáles son las prácticas que justifican la omisión de formas de acoso y revictimización.

Con esto, la aproximación a las masculinidades desde la combinación de análisis de la universidad y la puesta en marcha de instancias específicas, se aproximan a los estudios de la masculinidad en

términos muy particulares. Por ejemplo, problematizando la aseveración consensuada de que la gran mayoría de actos violentos que se presentan en la universidad y en espacios y procesos ligados a ésta se vinculan de manera directa con “construcciones de masculinidad que ejercen sobre cuerpos femeninos o feminizados”, es decir, para ellos, las violencias incluyen a personas que no se alinean con el ideal impuesto por la masculinidad hegemónica (Messerschmidt, 1997). En una doble mirada a la relación entre formas de masculinidad y las violencias de género, Vargas y Ayllón priorizan en su problematización el lugar de las formas más sutiles y a menudo menos perceptibles, conocidas como “machismos cotidianos” (De la Garza y Derbez, 2020). En un nivel más complejo, apuntan a la falta de cuestionamiento que ha habido en las universidades sobre esta problemática. En términos generales, la noción de masculinidades plurales permite reconocer aquéllas en las que prácticas evidentes “continúan perpetuando la violencia mediante acciones subrepticias de discriminación, desprecio, descalificación y menosprecio”; así como a otras prácticas en que se demuestra que los hombres jóvenes que no se educan en contextos de violencia expresan otras formas de serlo y, por tanto, otro tipo de masculinidades que se desmarcan del modelo hegemónico.

Con base en esa argumentación y con el modelo de intervención presentado en el capítulo —el cual es llevado a la práctica por Gendes A. C.—, se busca abordar tanto a las formas más visibles de violencia como a los mecanismos que las mantienen. Desde su experiencia, la colaboración desarrollada con la UNAM busca establecer no sólo instancias paliativas, sino sobre todo configurar entornos basados en educación, conciencia y transformación cultural frente a las violencias masculinas.

En el trabajo de Mariana Palumbo y Facundo Ferrer, el impacto y efectos de las movilizaciones feministas se retoman tanto en las interacciones cara a cara como en los activismos en línea, aunque en una dirección muy específica: la de la sexualidad de estudiantes cishombres. En un rápido vistazo, en Argentina la convocatoria pública *Ni Una Menos*, en 2015, desembocó, en 2018, en los debates parlamentarios por el aborto legal y la formación de la *marea verde*.

De forma parecida a lo que sucede en México, aunque con diferencias situadas, el señalamiento que se da a partir de denuncias, escraches y otras formas de activismo, deriva en un solapamiento entre masculinidad y violencia y adquiere especial reverberación en las universidades. En este marco, la especificidad de esta investigación mira a formas muy particulares: aquéllas que ocurren en la órbita del placer y del deseo erótico-afectivo.

Es así como se reflexiona a la masculinidad desde discursos ligados a la aparente reciprocidad emanada de los movimientos juveniles de los años sesenta, como pueden ser “el derecho a gozar, a pasarla bien, al orgasmo, a democratizar y abrir los deseos”. Este discurso se problematiza frente a los cuestionamientos que los feminismos recientes reavivan, como son los que conciben a la monogamia como problema y al amor romántico como una práctica desequilibrada y coercitiva para las mujeres. En este caso, la masculinidad de hombres heterosexuales es concebida como un espacio tenso y de disputa en términos de vínculos y erotización. Con esto, antes que abordar diversas formas de masculinidad posibles, la masculinidad —en singular— destaca como un constructo desde el que se cuestiona en qué lugar están parados los hombres y qué mandatos sustentan lo que la autora y el autor denominan “sus guiones sexuales”.

Esta noción de masculinidad “atada” a idearios y prácticas sobre la sexualidad se trabaja en un grupo de estudiantes jóvenes, cisvarones y heterosexuales de la Universidad Nacional de San Martín. Con precisión se aborda a los hombres estudiantes en cuatro ámbitos: en cuanto a su vinculación con las representaciones sobre la sexualidad y sus prácticas sexuales, sobre todo desde sus propias definiciones sobre la masculinidad; desde las expectativas que presentan sobre el placer en las relaciones sexuales, mirando a su ejercicio; en términos de los lugares que le asignan estos varones a las mujeres en las relaciones sexuales; y bajo la consideración que tienen en cuanto a la influencia del feminismo en los cambios relativos a su sexualidad.

Para nutrir en lo teórico esta mirada, se parte de Connell (1995) y la idea de que la masculinidad se constituye como una serie de prácticas, no del todo estables, que se transforman con el tiempo. En lo general, la propuesta de base es que aquélla no puede operar

de forma aislada, sino en la relacionalidad del género. El uso del concepto masculinidad o masculinidades lo explican desde Fabbri (2021): en singular ésta refiere a la hegemonía en sí; el plural alude a lo heterogéneo: modos e identidades masculinos con independencia de la orientación sexual y las normas regulatorias de la sexualidad y el género. Si bien separar normatividad, sexualidad y género de las masculinidades representa un desafío, como lo es pensar a la masculinidad como solamente hegemónica, en el trabajo se decantan por el uso plural, pensándolas como construcciones en negociación, aprendizaje y puesta en marcha. Siguiendo a diversas autorías, sostienen que las masculinidades se “configuran y actúan de manera pendular y con resistencias”.

Resulta interesante la problematización que se realiza, recurriendo a Fabbri y otros autores, como Daniel Jones (2022), para establecer, por ejemplo, que los feminismos vigentes apelan a las masculinidades vinculadas a proyectos extractivistas, pero no a aquéllas que se están aproximando a modos de cambio o prácticas de igualdad. Resulta interesante esta separación, aunque polémica. Acaso en las representaciones y mandatos de los estudiantes abordados se tensa paradójicamente la propia idea de “deconstrucción”. Ésta se utiliza como un “revisión de sí mismos” y no como el antimétodo derrideano, el cual, tal y como se describe, sería imposible. Deconstruir la masculinidad sería, más bien, traicionarla, evacuarla.

En el capítulo escrito por Enrique Bautista Rojas la sexualidad vuelve a ser el punto desde el cual mirar, sólo que en este caso se trata de orientaciones que derivan a la vez en la subjetividad e identidad de hombres gay universitarios. Estos viven —y se viven a sí mismos— en la universidad, frente a la homofobia y otras formas de violencia, bajo una doble condición: desencuentros y alianzas.

En este trabajo se puntualiza la percepción sobre violencias en jóvenes de la diversidad LGBTIQ+. En lo general, encuestas nacionales muestran la presencia del odio y rechazo a la diversidad sexual en la población, que aterriza en cuestiones como rechazo al matrimonio entre personas del mismo sexo o la negación a la adopción homoparental; sin embargo, en la deriva del trabajo, se apunta a formas de violencia específicas, se descubren prácticas cotidianas como “mal-

generización”, negación de las identidades, comentarios desagradables, amenazas y maltrato físico, entre otras. Con esto, una de las tensiones que Bautista aborda es la exigencia de lo “políticamente correcto” frente a formas que perfeccionan la discriminación. Muchas de éstas, alimentadas por el machismo, incluso se replican al interior de las comunidades de varones gay. Una de las más claras es la del rechazo a lo femenino y a hombres feminizados. ¿Se relaciona este entramado con la masculinidad? En cuanto al aspecto teórico, el capítulo lo atiende al problematizar uno de los constructos de base que operan en el fondo y forma de la masculinidad: la heteronormatividad. En este contexto, la define desde Lauren Berlant y Michael Warner (2002), a partir de la cual se aborda la exigencia de “ser un gay muy hombre”.

La masculinidad en este texto se contrapuntea con formas que replican la prevalencia de lo masculino como eje rector de los sentidos de la vida. Por ejemplo, bajo nociones como la *homonormatividad* se excluye a personas no varones y no cisgénero de los movimientos de la diversidad sexogenérica. Tal condicionante tensa a los sujetos en un sentido doble, pues no sólo borra a personas trans, sino que orienta a los hombres gay hacia el extremo más masculino posible: los *homonorma*. Así, en el texto se recurre a estudios que muestran cómo es que desde esta visión de hombría se jerarquizan las expresiones y se aseguran los dividendos de la masculinidad. En el trabajo de campo realizado es que se revelan esas formas de desencuentros y alianzas desde los que se negocia no sólo la identidad gay, sino la masculinidad como una aspiración y a la vez como un problema. Ésta, como se demuestra, ampara a las violencias.

El capítulo de Joan Sanfélix Albelda, Anastasia Téllez Infantes y Javier Eloy Martínez Guirao reporta resultados de un estudio cuantitativo realizado con población universitaria de la Comunidad Valenciana en el año 2019. Consistió en la aplicación y análisis de una encuesta en línea que respondieron más de 3 000 varones matriculados en las cinco universidades públicas valencianas. ¿Qué se les preguntó? Cuestiones relacionadas con la igualdad entre mujeres y hombres, las percepciones sobre el feminismo y sus opiniones y niveles de consumo en relación con la prostitución y la pornografía,

además de aspectos vinculados a la identidad masculina o las violencias machistas. Esto, con la intención de dar cuenta de cuáles son los posicionamientos de los hombres (estudiantes) universitarios frente a la igualdad de género y los movimientos feministas; pregunta que en buena medida atraviesa a los distintos trabajos e investigaciones que conforman a este libro.

Entre las inquietudes de base destaca una aportación: una manifiesta necesidad de abordar a los hombres desde perspectivas cuantitativas y de género. El objetivo, ofrecer una panorámica estadística sobre lo que piensan los varones universitarios sobre la igualdad, los feminismos y la masculinidad. En este sentido, a la teoría de la masculinidad se acude como un objeto de estudio vigente y destacado de las ciencias sociales, sumándose la importancia de la investigación empírica de la masculinidad, más allá de las teorizaciones. En resumen, se arriba a cuestiones sobre las que se habla mucho, pero que rara vez se miden con dispositivos científicos cuantitativos.

De manera aterrizada, la masculinidad y las masculinidades se confrontan con los debates públicos acerca de las (posibles) transformaciones de la masculinidad: reacción, resistencia, adaptación, cambio y acomodación, entre otras. El resumen de lugares resulta estimulante para seguir pensando y actuando pues, a grandes rasgos, y en un sentido en reversa —de los testimonios a la teoría— en lo discursivo, en un lado, se identifican hombres cercanos a la reacción patriarcal o el posmachismo (Lorente, 2009) y al masculinismo (Télliez y Martínez, 2019). En otro, aquellos con un perfil igualitario, pasando por las lógicas de las masculinidades cómplices (Connell, 1995) o con la “brújula rota” (Sanfélix, 2020). La nueva meta que se esboza al final del capítulo resulta tentadora: “abordar de una manera más eficaz la cuestión y comprender la capacidad de seducción que tiene cada tipo de discurso” de la masculinidad. Un plus de este estudio lo representa el cruce de miradas. De México a España. ¿Qué tanto o qué tan poco se comparten percepciones, experiencias y emociones de cara al señalamiento de las violencias y la masculinidad desde los feminismos?

En suma, a lo largo de la obra vemos cómo los hombres han sido interpelados por las luchas feministas, cómo les han afectado

y cómo han respondido, a veces reproduciendo patrones tradicionales, a veces cuestionándolos. Asimismo, se da cuenta de la dimensión emocional que atraviesa sus experiencias y se iluminan diversas maneras en las que ésta forma parte de los procesos de reproducción, cuestionamiento o distanciamiento de modelos hegemónicos de masculinidad. Con ello, esperamos contribuir a la comprensión de las transformaciones y reconfiguraciones que están experimentando las masculinidades en diálogo con los feminismos y los procesos de cambio social, particularmente en el ámbito de la educación superior, de los significados de la masculinidad y del ser hombre en general, así como de ser joven hombre estudiante universitario en la actualidad en particular.

## REFERENCIAS

- Ahmed, Sara (2014), *La política cultural de las emociones*, México, UNAM.
- Badinter, Elisabeth (1992), *XY. La identidad masculina*, Madrid, Alianza.
- Berlant, Lauren y Michael Warner (2002), “Sexo en público”, en Rafael Mérida (ed.), *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*, Barcelona, Icaria, pp. 229-257.
- Bourdieu, Pierre (1998), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Bridges, Tristan y Cheri Jo Pascoe (2014), “Hybrid masculinities: New directions in the sociology of men and masculinities”, *Sociology Compass*, vol. 8, núm. 3, pp. 246-258.
- Burin, Mabel (2000), “Atendiendo el malestar de los varones”, en Mabel Burin e Irene Meler, *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós, pp. 339-364.
- Connell, Raewyn (2015), *Masculinidades*, México, UNAM.
- Connell, Raewyn (1995), *Masculinities*, Berkeley, University of California Press.
- De la Garza, Claudia y Eréndira Derbez (2020), *No son micro. Machismos cotidianos*, México, Grijalbo.
- Fabbri, Luciano (2021), *La masculinidad incomodada*, Rosario, UNR/Homo Sapiens.

- Fleiz, Clara, Ma. Emily Ito, Ma. Elena Medina-Mora y Luciana Ramos (2008), “Los malestares masculinos: narraciones de un grupo de varones adultos de la Ciudad de México”, *Salud Mental*, vol. 31, núm. 5, pp. 381-390.
- Jones, Daniel (2022), *La masculinidad: varones y feminismos*, Los Polvori- nes, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Lorente, Miguel (2009), *Los nuevos hombres nuevos. Los miedos de siem- pre en tiempos de igualdad*, Barcelona, Destino.
- Messerschmidt, James W. (1997), *Crime as structured action: Gender, race, class, and crime in the making*, Thousand Oaks, Sage.
- Núñez, Guillermo (2016), “Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian?”, *Culturales*, vol. 4, núm. 1, pp. 9-31.
- Olvera, Carolina y Ma. Gabriela Luna (2020), “El malestar en los hom- bres: una revisión de alcances”, *Caleidoscopio, Revista Semestral de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 42, pp. 269-295.
- Ramírez, Juan Carlos (2020), *Hombres, masculinidades, emociones*, Zapo- pan, Universidad de Guadalajara.
- Ranea, Beatriz (2021), *Desarmar la masculinidad: los hombres ante la era del feminismo*, Madrid, Catarata.
- Sanfélix, Joan (2020), *La brújula rota de la masculinidad*, Valencia, Tirant Humanidades.
- Serra, Lucas (2020), “Mal secreto: el malestar masculino y sus efectos”, *Margen*, núm. 98, pp. 1-21.
- Téllez, Anastasia y Javier Eloy Martínez Guirao (2019), “Hombres iguali- tarios, igualdad de género y reacciones masculinistas frente a la cuar- ta ola feminista”, en Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas. Pro- cesos, avances y reacciones*, Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 51-75.
- Tena, Olivia (2010), “Estudiar la masculinidad, ¿para qué?”, en Norma Blazquez, Maribel Ríos y Fátima Flores (eds.), *La investigación femi- nista: epistemología, metodología y representaciones sociales*, Méxi- co, UNAM, pp. 271-291.

## IMPACTO AFECTIVO DE LA RABIA FEMINISTA EN VARONES DE ALGUNAS INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR DE LA CIUDAD DE MÉXICO

*César Torres Cruz y Amy Andrea Salazar Pantoja*

### SOBRE LAS RELACIONES DE GÉNERO Y LA EDUCACIÓN SUPERIOR

A inicios del año 2016, emergió en la Ciudad de México una movilización feminista sumamente relevante: inspiradas en el movimiento digital estadounidense #MeToo, que develó mediante denuncias en redes sociales las condiciones de acoso y hostigamiento que han vivido actrices de Hollywood, mujeres cisgénero (en su mayoría jóvenes) en la Ciudad de México y en otras latitudes iniciaron una movilización, en un principio, digital. Mediante la etiqueta #MiPrimerAcoso develaron cómo experimentaron su primer caso de acoso u hostigamiento sexual en una sociedad machista como la mexicana. Posteriormente, las denuncias salieron de la pantalla y derivaron en el inicio de la denominada “primavera violeta”, donde miles de mujeres salieron a las calles para manifestarse al respecto (Torres, 2021).

Meses más tarde, las denuncias se hicieron extensivas a los espacios universitarios, en particular a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Llegado el 2019, varias colectivas feministas comenzaron a tomar los planteles de casi todas las facultades de la UNAM, protesta que derivó en la corrección del protocolo para atender la violencia de género en esta universidad, así como la creación de la Defensoría de los Derechos Universitarios, Igualdad y Atención a la Violencia de Género, encargada de apoyar a las denunciantes con personal psicológico y jurídico.

Hay dos actos, principalmente, que han denunciado las integrantes de las colectivas feministas de la UNAM: el acoso sexual, que se define como la subordinación de las mujeres con connotación sexual de manera reiterada entre pares, y el hostigamiento sexual, el cual se relaciona con el “ejercicio de poder en una relación de subordinación real de la víctima frente al agresor en los ámbitos laboral o escolar. Se expresa con conductas verbales, físicas o ambas, relacionadas con la sexualidad y de connotación lasciva” (Gobierno de México, 2020).

Estas denuncias representaron un momento de apertura para que las mujeres compartieran públicamente la forma en que les habían afectado estas prácticas que, a pesar de dañar su integridad, habían quedado impunes por años. Hay que recordar que la crítica feminista ya había desarrollado que las instituciones de educación superior (IES) son espacios masculinizados (creados por hombres y para hombres) que posicionan a las mujeres y otros sujetos feminizados en lugares de subordinación (Buquet, 2016).

Es decir, hay una dimensión estructural de desigualdad genérica en las universidades, un *orden de género*, que privilegia a lo masculino sobre lo femenino, que opera a partir de niveles simbólicos, imaginarios y subjetivos, que “delimita, obstaculiza y dificulta la participación de las mujeres en la vida universitaria y, particularmente, el avance en sus trayectorias académicas” (Buquet, 2016: 27). Lo anterior se hace notorio si recordamos que en México las mujeres ingresaron a las universidades hasta el siglo XIX (Lau, 2016), y han reclamado los espacios universitarios paulatinamente. A pesar de que hoy en día hay licenciaturas con matrícula mayor de mujeres, persisten las brechas y las desigualdades genéricas.

Ana Buquet, Hortensia Moreno, Araceli Mingo y Jennifer Cooper (2013), después de un análisis exhaustivo de las relaciones de género en la UNAM, revelan que en esta universidad hay poca presencia de mujeres, y su lugar marginal en las IES deriva de, al menos, tres mecanismos: 1) segregación; es decir, que existe una división en las actividades universitarias por supuestas características y aptitudes de género, por lo que las mujeres no llegan a ciertas áreas de conocimiento —segregación horizontal— ni a los altos mandos

—segregación vertical—. 2) Uso del tiempo; que se distribuye de manera desigual entre mujeres, hombres y otras identidades, propiciando que ellas realicen doble o hasta triple jornada laboral dentro y fuera de la universidad; y, 3) clima; al desenvolverse en espacios hostiles para las mujeres, donde no se sienten bienvenidas y respetadas.

Hortensia Moreno y Araceli Mingo (2015) agregan que en las IES se suele fomentar una “cultura institucional de género”, que posiciona en desventaja a las mujeres y otros cuerpos feminizados, dado que los hombres cisgénero son parte activa en la conformación de dicha institucionalidad, desde la que ignoran los problemas de género para preservar sus posiciones y privilegios. Por esta razón ellas no logran cubrir puestos laborales de altos mandos o insertarse en licenciaturas masculinizadas, como las relacionadas con las áreas CTIM.

Por otra parte, Daniela Cerva (2018) realizó grupos focales para analizar las percepciones tanto de profesores como de investigadores de varias facultades de la UNAM respecto a la irrupción de los estudios de género y del movimiento feminista. Algo que sobresale en su investigación es que sus entrevistados se niegan a reconocer los privilegios que les da el orden de género, pues mencionan que todas las personas habitamos la UNAM en igualdad. Se refirieron al “mérito académico” como el principal factor para lograr mejores puestos, sin tomar en cuenta las desigualdades genéricas, y mencionaron “los números” para aludir a que hay una mayor cantidad de mujeres que de varones en la universidad, sin tomar en cuenta los procesos sociales de género que inciden en las desigualdades para las mujeres en estos espacios. Otro aspecto destacable es una común actitud escéptica ante la necesidad de incorporar políticas de igualdad de género en la universidad.

Para continuar con el trabajo iniciado por las autoras mencionadas, nos interesa indagar las formas en que la irrupción feminista ha interpelado a los varones en las universidades. Las preguntas de investigación que guían este texto son: ¿cómo les ha impactado afectivamente la rabia de las mujeres universitarias a los varones? ¿Cuáles han sido algunas de las respuestas afectivas de varones uni-

versitarios que han sido acusados por ejercer violencia de género? ¿De qué manera se trastoca su masculinidad?

Este texto se nutre de una óptica conceptual que entrecruza teorías feministas, sociológicas y de los estudios de género sobre las masculinidades, la violencia de género y las emociones, cuyo objetivo es analizar algunas manifestaciones afectivas en hombres que forman parte de ciertas IES en la Ciudad de México, a partir de la irrupción feminista en éstas desde el año 2016. Nos interesa resaltar las emociones presentes en algunos varones que han recibido acusaciones por haber ejercido, en alguna medida, violencia de género entre sus colegas mujeres. Rescatamos, en clave afectiva, cómo han experimentado ellos la irrupción de la rabia feminista universitaria y cuál ha sido su proceso emocional al respecto.

**PISTAS CONCEPTUALES: SOBRE EL MODELO  
DE MASCULINIDAD HEGEMÓNICA EN LAS IES.  
AFECTIVIDAD Y MASCULINIDADES**

Este capítulo se enmarca en lo que Guillermo Núñez (2016) denomina como los estudios de género de los hombres y las masculinidades, un subcampo de los estudios de género que propone entender en conjunto *hombres* y *masculinidades* (y no únicamente a uno u otro términos) para dar cuenta de “los procesos socioculturales y de poder (androcéntrico y/o heterosexista), de inscripción/resistencia/transformación del género en los cuerpos/subjetividades de los humanos machos y/o socialmente ‘hombres’, y en el tejido social todo” (Núñez, 2016: 9). Consideramos que los varones —tal como las mujeres y otras identidades— son sujetos genéricos inscritos en una red de significaciones. Los propios términos *hombre*, *varón* y *masculinidad* son términos en constante disputa, cuya construcción responde a contextos sociales e históricos contingentes.

Definimos la masculinidad, en consonancia con Luciano Fabbri (2021), como un dispositivo de poder que: 1) busca producir sujetos varones de quienes se espera que ocupen las posiciones dominantes en la estructura de género, y 2) funciona como un proyecto político

extractivista, pues socializa a los sujetos varones bajo la idea de que los tiempos, cuerpos, sexualidades y capacidades de las personas feminizadas deben estar a su disposición (Fabbri, 2021: 33-34).

La masculinidad, en singular, produce sujetos varones de quienes se esperan ciertas características para ocupar las posiciones socialmente dominantes. Al mismo tiempo, estas posiciones dominantes también responden a contextos históricos particulares en los que surgen complejas relaciones de poder no sólo entre los géneros, sino intragénero. La cultura, el lenguaje, y las ideologías propias de los distintos momentos históricos propician la permanente configuración y reconfiguración de las prácticas sociales, reflejándose en cambiantes relaciones de hegemonía, subordinación y marginación. Por ello, retomamos de Raewyn Connell (2015) la noción de “masculinidad hegemónica” para referirnos a aquella forma de masculinidad que tiene la posición dominante entre las demás formas de masculinidad en un momento específico y en un modelo dado de relaciones de género.

Es necesario, no obstante, señalar que existe una tendencia a abusar del concepto de *masculinidad hegemónica* para hablar no de un análisis de las relaciones de poder en que se insertan las dinámicas de los hombres, sino para nombrar un arquetipo de masculinidad tradicional. Para Fabbri, esto facilita que los varones se deslinden del reconocimiento de las posiciones jerárquicas que ocupan en tanto varones y en intersección con otros vectores de poder (2021: 31). Por ello, los modelos de masculinidad hegemónica siempre deben entenderse de forma contextualizada, y no como un arquetipo o una personalidad.

La masculinidad (y las masculinidades, en su diversidad) también se ven afectadas, por supuesto, por los momentos políticos y los movimientos sociales de la época. En la actualidad, tanto el dispositivo de masculinidad como el modelo hegemónico son fuertemente interpelados por una ola feminista que, a la vez, cuestiona su contraparte, la feminidad, y con ello a los órdenes de género en que se producen relaciones de opresión.

El choque producido por esta ola feminista ha provocado una vasta gama de reacciones en los varones, interpelados por los nuevos

cuestionamientos. Daniel Jones y Rafael Blanco (2021) han propuesto clasificar estas reacciones ante el feminismo en un *continuum*, que va de la deconstrucción, pasando por el acompañamiento silencioso y la impostura, al rechazo violento (el llamado *backlash*) de “varones enojados”. Resaltan que, en este momento histórico, a pesar de la variada gama de reacciones suscitadas entre los varones, ocurre a la par un “giro emocionalista” (Jones y Blanco, 2021: 53) que refiere a una creciente habilitación pública para la expresión de emociones de los varones cisgénero que se asumen como heterosexuales. Es cada vez más aceptable la imagen de un “hombre sensible” e incluso es un rasgo que, paulatinamente, se ha incorporado al modelo de masculinidad hegemónica actual. Sin embargo, como señalan Jones y Blanco, este giro conlleva el riesgo de no remover las estructuras de privilegios ni sacudir las relaciones jerárquicas sino, simplemente, abonar una característica nueva al modelo de masculinidad hegemónica.

De cualquier forma, es innegable que las emociones han adquirido un papel central en el estudio de las relaciones de género. En particular, numerosos trabajos han puesto atención en analizar la imbricación entre masculinidad y emociones. Algunas de estas investigaciones en México dan cuenta del papel de la crianza: muchos niños son educados en este país a partir de relacionar fuertemente la masculinidad con la fuerza, competencia y destreza; en la adolescencia, además, la masculinidad se relaciona estrechamente con el ejercicio de la sexualidad (Figueroa y Franzoni, 2011). Estos atributos se imponen desde la infancia a partir de la invisibilización de las emociones, puesto que son consideradas como femeninas, lo cual no sólo incide en la configuración identitaria de los varones (Ramírez, 2020) sino, incluso, en su salud (De Keijzer, 2003).

Curiosamente, la crianza de los varones sustentada en la represión e invisibilización de algunas emociones, junto con las expectativas tradicionales impuestas sobre ellos (ser proveedores, ser figuras de autoridad, ser fuertes), derivó en la exacerbación de otras emociones particulares: enojo, frustración, agresividad, entre otras (Figueroa y Franzoni, 2011). En cierta época, al parecer, éstas eran las únicas emociones permitidas para los varones. Sin embargo, Figueroa y Franzoni identifican que, desde mediados del siglo xx, la figura del

hombre proveedor y autoritario empezó a ceder espacio y, con ello, surgieron algunos canales de permisión emocional para los varones; por ejemplo, la experiencia de la paternidad y del cuidado de otras personas.

Lo anterior da cuenta de las transformaciones que se han suscitado en las masculinidades respecto a la expresión (o la represión) de emociones, y cuáles son aquéllas que se tienen permitidas, según los modelos de masculinidad de cada época. Esto, por supuesto, también se ha visto atravesado por los cuestionamientos feministas que, además de combatir los mandatos de género —incluyendo aquellos impuestos a los varones—, interpelan directamente las acciones y dinámicas que tienen los varones en múltiples espacios, provocando con ello reacciones afectivas en quienes se ven señalados.

En años recientes, el propio movimiento feminista en México ha manifestado el papel de la *rabia* —según una frase escuchada a compañeras feministas— ante el hartazgo del acoso y el hostigamiento; rabia ante la impunidad, rabia ante las dinámicas de subordinación que permean todos los espacios. Esta rabia se ha manifestado también en las IES, donde las feministas universitarias han cuestionado con decisión las violencias que interfieren en sus trayectorias académicas. Como agrega Audre Lorde, “la ira está cargada de información y energía” (1984: 125). Entonces, ¿qué efectos afectivos se han suscitado en los varones de las IES? ¿Qué emociones les despiertan los remolinos feministas que han arrasado en la universidad?<sup>1</sup>

Para analizar el papel de las emociones, aquí retomamos el trabajo de Sara Ahmed en torno a las preguntas: ¿qué hacen las emociones con los cuerpos? y ¿cómo las emociones nos conectan y movilizan? El trabajo de Ahmed resulta sugerente para nuestros propósitos, puesto que propone abordar las emociones como una forma de construcción del mundo; las estructuras sociales que restan

1 Retomamos el término *remolinos feministas* de Amneris Chaparro y Amy Andrea Salazar (2022), quienes proponen este concepto como una alternativa a la metáfora de las olas feministas para hacer referencia al carácter variado, diverso, desordenado y vertiginoso de los movimientos feministas contemporáneos, particularmente los de tendencias subalternas (en oposición a los de la corriente dominante) que surgen en contextos como América Latina.

importancia a lo emocional permiten, de esta manera, que las propias estructuras se *reifiquen* como formas de ser: “La atención a las emociones nos permite abordar la pregunta sobre la manera en que los sujetos se involucran emocionalmente en estructuras particulares” (Ahmed, 2015: 38).

De esta manera, entender el papel de las emociones en los varones da pistas para entender cómo se enfrentan a la masculinidad y, además, a la desestabilización de este modelo provocado por los cuestionamientos feministas. Permite ver, entonces, cuáles son las *impresiones* que tienen respecto a la rabia feminista, las cuales, como nos recuerda Sara Ahmed, dependen no sólo del objeto mismo que causa una emoción —en este caso, los movimientos feministas—, sino también de la forma de contacto que se tiene con él: “La manera en que nos impresiona el objeto puede depender de historias que siguen vivas en tanto ya han dejado sus impresiones” (Ahmed, 2015: 31). Esto da pie a sugerir que las *impresiones*, o impactos afectivos causados en los varones por la rabia feminista, tienen que ver con sus propias historias *que siguen vivas* respecto a las emociones, al género, al rol de las mujeres y a su rol como varones.

Así, en algunas ocasiones las reacciones de los varones son de rechazo tajante (*backlash*) (Jones y Blanco, 2021). Este rechazo, como sugiere Ahmed, se sustenta en la alterización para representarla como una amenaza a aquello que “es nuestro”. Para los varones, la rabia feminista se presenta como una amenaza en tanto pone en riesgo el proyecto extractivista de la masculinidad (Fabbri, 2021), al trastocar las estructuras de género que históricamente han dotado a los hombres de las posiciones de dominación. De acuerdo con Jones y Blanco esta reacción se observa de forma particular en los varones “esrachados”, es decir, aquellos denunciados presencialmente en público por haber ejercido violencia, y que consideran que no lo hicieron: “Se trata de quienes no han politizado ni canalizado organizativamente su enojo producido por circunstancias que vivencian como injustas y atribuyen al feminismo” (Jones y Blanco, 2021: 50).

No obstante, Ahmed nos recuerda que “emoción” viene del latín *emovere*, que significa “mover” o “moverse”. Las emociones se mueven en tanto los objetos que las provocan también se mantienen

en movimiento, convirtiéndose en objetos “pegajosos, o saturados de afectos, como sitios de tensión personal y social” (Ahmed, 2015: 35). Es así que sugiere un modelo de socialidad de la emoción: unos cuerpos se conectan con otros mediante las emociones, pero estas emociones pueden afectar a otros de formas distintas en relación con los vínculos que tenemos con el objeto de la emoción.

La rabia feminista, en tanto objeto de la emoción de los varones, se constituye en un sitio de tensión personal y social. Los impactos afectivos que ésta ha tenido en los varones son vastos y variados; el *continuum* de reacciones propuesto por Jones y Blanco (2021) da algunas pistas al respecto. Para continuar aportando a esta discusión, en las siguientes secciones analizaremos los hallazgos que obtuvimos del trabajo etnográfico y mediante entrevistas con varones que son parte de IES; nos concentraremos en algunos efectos emocionales suscitados ante la irrupción de la rabia feminista en los espacios universitarios que comparten.

## METODOLOGÍA: AFECTIVIDAD Y ETNOGRAFÍA

El presente texto se origina en un amplio trabajo investigativo y de sensibilización a varones (algunos de ellos acusados de ejercer violencia de género en determinadas universidades de la Ciudad de México). Ese trabajo derivó en la articulación y seguimiento metodológico para sistematizar testimonios, reflexiones y entrevistas. Se trató, en primer lugar, de una inmersión etnográfica desde la participación de una de las autoras como docente de cursos de sensibilización de género (2016-2024). Fue común escuchar las dudas de muchos varones de distintas edades respecto a la necesidad de saber cómo relacionarse con las mujeres ante sus denuncias y el señalamiento de la violencia de género que ejercen. Ante la incesante petición de sensibilizar a varones acusados, de impartir seminarios, charlas, ponencias, grupos de reflexión y asesorías, tomamos la decisión de enmarcar y sistematizar las reflexiones en un proceso de investigación.

Así, además de los procesos de formación y sensibilización académica sobre género, violencia y masculinidades llevados a cabo en diversas universidades, dirigidos en su mayoría a estudiantes, administrativos y docentes varones de estas instituciones, se realizaron 16 entrevistas con estudiantes y académicos que quisieron sensibilizarse sobre la perspectiva de género y los estudios de las masculinidades, así como con hombres que enfrentaron acusaciones de acoso u hostigamiento sexual. Los acercamientos en las entrevistas se dieron desde un posicionamiento de “masculinidad subordinada”, pues una de las personas autoras de este texto asume su condición de marica cisgénero y la otra desde una feminidad disidente, ambas racializadas. En ese sentido, los diálogos sucedían desde la “distancia” con las experiencias relatadas por los varones, con reacciones de “sorpresa” y partiendo de la “duda” para indagar las manifestaciones afectivas de estos hombres. Siempre mantuvimos una postura de apertura y respeto a los procesos afectivos compartidos con nuestros interlocutores, pero dejamos claro en todo momento nuestro posicionamiento político feminista, de rechazo al acoso y hostigamiento sexual, así como nuestra franca intención de entender “cómo se vive la rabia feminista desde el otro lado”. Así, ante la relevancia de la violencia de género en las IES y la urgencia de la sensibilización en género a los varones, emergió esta línea investigativa a la que seguiremos abonando.<sup>2</sup>

El enfoque metodológico de este manuscrito fue cualitativo, a partir de la observación y la participación reflexiva sobre lo que significa para los varones hablar sobre masculinidades y cómo se posicionan ante los reclamos feministas en las IES respecto a la incorporación de la perspectiva de género y el cese del acoso y el hostigamiento sexual.

Llevamos diarios de campo donde registramos diversas opiniones de hombres en múltiples foros, programas de radio y de televisión en los que una de las autoras ha participado con el tema de masculinidades. Asimismo, se realizó un rastreo de percepciones sobre

2 Reservamos dar más datos de los varones (tales como edad, cargo, universidad en la que estudian o trabajan) que participaron en este proceso de investigación para garantizar el anonimato de sus testimonios.

las opiniones de los varones respecto a su papel en las relaciones de género en la universidad ante las demandas feministas contemporáneas. Los hallazgos cualitativos fueron analizados a la luz de la estrategia de triangulación de la información cualitativa de Norman K. Denzin (2012), para quien mezclar distintas fuentes de información nutre el análisis social.

## RESPUESTAS AFECTIVAS DE ALGUNOS HOMBRES ANTE LA IRRUPCIÓN DE LA RABIA FEMINISTA EN LAS IES

El 7 de noviembre de 2019, feministas universitarias realizaron un “cacerolazo separatista” en las instalaciones de la UNAM para manifestar la rabia ante la inacción de las autoridades frente a la violencia de género en la universidad. Días previos, esta rabia había ocasionado que estudiantes organizadas tomaran algunos planteles de la UNAM, como la FES Aragón, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y la Facultad de Filosofía y Letras; en las semanas siguientes, más planteles se sumarían a esta lista. Así la acción del cacerolazo fue convocada no sólo para manifestar la *rabia*, sino para *incomodar* a la comunidad universitaria y obligarla a escuchar a las feministas; de ahí el nombre “cacerolazo”: el objetivo era generar ruidos y disturbios que interrumpieran la calma habitual del entorno.

Cuando las manifestantes llegaron a la Facultad de Ingeniería, los alumnos reaccionaron con violencia. Comenzaron a circular en redes sociales numerosos videos en los que se podía dar cuenta de este desencuentro: los alumnos de Ingeniería comenzaron a gritar “¡fuera!” y, según algunos testimonios, a responder con golpes y pedradas ante la turba feminista que trataba de intervenir en su facultad.<sup>3</sup> Los detalles de este suceso nunca quedaron claros, ni hubo reconocimiento de responsabilidades o sanciones a ninguno de los dos lados. Lo que sí quedó evidenciado fue el contundente rechazo

3 Este suceso se puede leer en numerosas notas periodísticas; por ejemplo, véase *Proceso*, 2019.

de los alumnos de Ingeniería ante la “amenaza feminista” a su facultad, que se avecinaba.

Relatamos este hecho porque nos resulta sumamente representativo del rechazo tajante que muchos varones universitarios manifestaron, en un primer momento, ante la irrupción feminista en las IES. Además, el hecho de que sucediera en un espacio tan masculinizado dentro de la universidad, como lo es la Facultad de Ingeniería, es indicativo también de la persistencia de la segregación de los espacios, y de cómo algunos hombres parecieran dispuestos a sostener dicha segregación incluso mediante la violencia y la agresión.

Sin embargo (y afortunadamente), este suceso no representa *todas* las reacciones de los varones universitarios ante la rabia feminista. El impacto afectivo que hemos observado en algunos varones a través de esta investigación, podemos clasificarlo, a grandes rasgos, en los siguientes puntos.

## **El papel de la incomodidad y la molestia**

La incomodidad fue la emoción que se hizo presente en primera instancia. Nos sorprendió ver que, en cada conferencia sobre masculinidades, en cada programa de radio o televisión, así como en los primeros contactos con varones acusados de acoso u hostigamiento sexual en las IES de la Ciudad de México, la incomodidad fue el primer punto de contacto que los movilizó a pensar en el tema.

La incomodidad, junto con el asombro, se hizo presente en ellos. Fue común escuchar que no entendían de qué forma deben tratar ahora a las mujeres, qué hacer cuando alguna les gusta, si el cortejo sexual y amoroso había terminado o cómo tenían que relacionarse con ellas en general. Además, se sentían incómodos porque, según su perspectiva, “las feministas les habían hecho sentir que ellos eran el problema” y no sabían cómo solucionarlo. Vimos dos tendencias: por un lado, preocupación por el tipo de subjetividad que se les imponía al habitar la masculinidad cisgénero hetero, y por el otro lado, escepticismo, pues para algunos los cuestionamientos de las feministas representaban una exageración y vigilancia casi policiaca, que

les “obligaba” a cuidar todo lo que tienen que decir. Los siguientes testimonios dejan ver este punto:

Yo sólo hice una broma con contenido sexual, no entiendo por qué me acusaron en la universidad. A veces intento hacer las clases amenas, pero nunca me referí de manera directa a ninguna persona en específico. Sólo fue eso: una broma con contenido sexual. No puedo creer que ya no se pueda decir nada porque todo está mal visto y entonces debemos dar clases de manera acartonada (docente universitario acusado de violencia de género).

Ahora nadie puede expresar lo que se cree, porque está mal visto. Se puede estar en desacuerdo con algunas manifestaciones feministas, ¿no? Ah, pues ahora es imposible externarlo porque ya eres “violento” (varón que ocupó un puesto administrativo en una universidad, acusado de violencia de género).

Algunos docentes manifestaron su enojo al ser acusados de ejercer violencia de género. Ver sus nombres en tendedores o en denuncias anónimas desató sensaciones de molestia. “¿Dónde está la valentía para dar la cara en la denuncia?”, dijeron dos de ellos. Otro agregó: “Esto podría destruir mi carrera profesional, es una denuncia infundada completamente, fue un comentario sin sentido del que ni siquiera me acuerdo”.

Podemos identificar tendencias similares a las de estos testimonios en otros contextos, como el argentino, donde se ha hecho visible un creciente grupo de varones que busca dar cuenta de los supuestos estragos que les han traído los feminismos. Como agrega Fabbri, “los varones han respondido de manera compleja y contradictoria a los profundos cambios [feministas] de las últimas tres décadas” (2021: 215). No obstante, al volver la mirada a nuestro contexto, nos parece curioso que las manifestaciones de la rabia feminista en México no han derivado de manera contundente en una reflexión masiva por parte de los varones respecto a las formas en que habitar la masculinidad les da privilegios y, a la vez, les afecta. Por el contrario, se han vuelto más notorias las manifestaciones de asombro,

descontento y hasta victimización, supuestamente derivadas de las acciones feministas.

En algunos casos, dicho asombro masculinista se funde con el clasismo. En varias ocasiones escuchamos que algunos varones, en su mayoría estudiantes, negaran la existencia de violencia de género en sus IES, pero sobresalió la respuesta que uno de ellos nos dio al respecto: “Se trata de un problema de gente pobre. Sinceramente no creo que eso ocurra en esta universidad, aquí sólo hemos visto falsas acusaciones en contra de muy pocos varones”. Como bien asevera Ahmed (2015), las emociones se convierten en un motor de movilización. Lamentablemente, para muchos varones la incomodidad se convirtió en un motor para la victimización y la falta de voluntad para comprender las luchas feministas en contra de la violencia; ni se diga respecto a otras formas de opresión que intersecan al género.

## **Del enojo a la sensibilización**

En las conferencias y cursos sobre masculinidades, impartidos en diversas IES de la Ciudad de México, notamos la coexistencia de una profunda preocupación y, sobre todo, enojo por parte de varones cisgénero jóvenes en cuanto a la lucha feminista. Algunos estudiantes comentaron que estaban atravesando una sensación de enojo ante sí mismos por su falta de comprensión de las demandas de las mujeres. Dijeron sentirse así por pensar que habitar la masculinidad desde su corporalidad de varones cisgénero habilitaría procesos de violencia en contra de las mujeres; solamente “por el hecho de haber nacido con determinada biología”, como varios dijeron. Sobresale esta declaración, de uno de los testimonios: “Entonces ya no sé qué hacer, estoy enojado, hasta conmigo, no sé cómo debo acercarme a las mujeres o hablar con ellas, qué hago, dónde me informo”.

Una estrategia pedagógica que implementamos en los cursos y procesos de acompañamiento con varones acusados de acoso y hostigamiento fue la siguiente: en primer lugar, resaltar la relevancia de los feminismos mediante la recuperación de su historia, al poner al centro el desdibujamiento de las mujeres desde el proyecto de la Ilus-

tración, la negación del derecho al voto, a la propiedad privada, e incluso a la educación formal en recintos universitarios, hasta llegar a los procesos contemporáneos de segregación y violencia que aún se experimentan. Las reacciones que observamos fueron desde la sorpresa, la compasión y la empatía, hasta el escepticismo y la duda. Permitimos que los participantes se expresaran y compartieran sus molestias en torno a los feminismos. De ello, destacó el desacuerdo con las acciones “violentas” que ocurren en las manifestaciones, como la pinta de espacios públicos, así como con “las denuncias infundadas” o “la imposibilidad del derecho a réplica ante una denuncia”.

Posteriormente, nos concentramos en ellos como varones y en el papel del modelo de masculinidad hegemónica (Connell, 2015) en sus cuerpos. Presentamos ejemplos de los privilegios que se tienen por ser varones, como ocupar el espacio público, expresar opiniones en cualquier sitio, o tener más opciones de estudio en comparación con las mujeres. Después, nos centramos en los estragos de dicho modelo, sobre todo en el ámbito de la salud. Hicimos énfasis en el dato de que las primeras causas de muerte en varones cisgénero con edades entre los 18 y los 50 años, en México y en el resto de América Latina, tienen que ver con suicidio, agresiones y accidentes de tránsito; es decir, causas relacionadas con cuestiones de género. Los varones fallecen por *demostrar que son hombres* a puñetazos, al conducir vehículos de motor bajo efectos del alcohol, o bien, cometen suicidio por no tener permitido externar emociones consideradas femeninas, como la tristeza.

De forma que cuando movimos el foco de atención de las mujeres a los varones, vimos en casi todos los casos interés y sorpresa. Si bien encontramos algunas resistencias, notamos que nuestros interlocutores lograron percatarse de los costos y efectos negativos que tiene el modelo de masculinidad hegemónica en sus vidas; en particular, desde su relación con la violencia y la salud. Consideramos que ahí se encuentra un punto clave para la sensibilización, pues un elemento para canalizar el enojo tuvo que ver con el desplazamiento del enfoque de género, normalmente asociado con las mujeres, a una reflexión sobre las formas en que el modelo de masculinidad

hegemónica dota a los varones de privilegios, al mismo tiempo que les afecta. Sobresale este testimonio:

Es necesario tener cursos sobre género y masculinidades en la universidad. Al principio me resistía y me parecía una tontería; ahora veo que el patriarcado también nos daña a nosotros y que tenemos que hacer algo para relacionarnos de otra forma con las mujeres.

## La aceptación

En el aula y en estos espacios de reflexión y acompañamiento con varones, tras un largo trabajo afectivo, vimos que muchos de ellos aceptaron que habitar la masculinidad les otorga privilegios, lo que les habilita un entorno en el que “tienen permitido” ejercer violencia en contra de las mujeres. Muchos coincidieron en que, en este contexto mexicano, donde las desigualdades de género tienen tanta relevancia, se vuelve necesario dejar de emitir comentarios machistas, bromas de índole sexual en clase, así como repensar el papel del consentimiento en las prácticas y los vínculos erótico-afectivos con otras personas. La mayoría de ellos indicaron que no tenían idea de la relevancia de los estudios de género y nos parece que lograron ver, en cierto sentido, cómo tenían interiorizado y normalizado el modelo hegemónico de la masculinidad. Se trató, como nos dijo uno de ellos, de “experiencias dolorosas, pero necesarias”.

Al finalizar cursos, charlas y procesos de acompañamiento, muchos varones lograron reconocer la validez y relevancia del movimiento feminista, y los estragos catastróficos de la violencia de género en las IES. Además, vieron este acontecimiento de denuncia como la posibilidad de reflexionar sobre sus vidas, revisar su práctica docente y estudiantil, e idear las maneras en que podrían incorporar la perspectiva de género en todos estos ámbitos.

Las autoras de este texto mantenemos la suspicacia respecto a los procesos de aceptación de los varones, pero también queremos confiar en la potencia de los procesos de sensibilización en cuanto al género. Seguramente, muchos no dejarán de ser violentos sólo

por haber asistido a un curso o un taller; no obstante, creemos firmemente en el cúmulo de actividades afectivas que, valga la redundancia, les *afecta, les impresiona* —a decir de Ahmed (2015)— y les obliga a moverse (poco a poco) de lugar. Estamos ante logros feministas que han alcanzado a algunos hombres.

No creemos tener la solución al patriarcado y al machismo, pero consideramos que con este texto podemos ver de forma esperanzadora algunos ecos de la rabia feminista; asimismo, consideramos que son numerosas las formas en que dicha rabia ha afectado a muchos varones en sus cuerpos, sus emociones y en sus maneras de entender y experimentar las relaciones de género.

## REFLEXIONES FINALES

Realizamos esta investigación desde la convicción de que, en el momento actual de confluencias feministas en las IES, es necesario mirar los efectos que ya se manifiestan en los varones, inevitablemente interpelados. Decidimos abordar estas interpelaciones desde su impacto afectivo, para resaltar la importancia de las emociones en las transformaciones subjetivas de todas las personas que surcan los remolinos feministas contemporáneos; en este caso, de los varones en las universidades.

Rescatamos la reflexión de Connell sobre la importancia de voltear la mirada hacia las masculinidades, puesto que la construcción de un mundo de relaciones de género compete a todas las personas. “Los hombres también deben tener opciones políticas en un nuevo mundo de relaciones de género. Sin embargo, dichas opciones siempre se presentarán en circunstancias sociales concretas que limitarán aquello que puede intentarse; las consecuencias no son fáciles de controlar” (2015: 122). De igual manera, concordamos con propuestas feministas y de los estudios de género respecto a pensar en los efectos del patriarcado en los varones (Cazés, 1998; Núñez, 2016) para dar cuenta tanto de los efectos negativos que tiene en las vidas de los hombres, como de los privilegios socioculturales que les implica.

Como algunos trabajos de corte cualitativo lo dejan ver (Figueroa y Franzoni, 2011), pareciera que los varones más jóvenes que no han sido educados en contextos violentos se forman en otras maneras de ser hombre; allí se rigen, por lo tanto, otro tipo de masculinidades que se desmarcan del modelo hegemónico en múltiples sentidos. Esto, sumado a todas las transformaciones promovidas desde los feminismos —como vimos en este capítulo—, podría abrir un espacio de esperanza para pensar en un futuro con relaciones de género más equitativas.

Confiamos en que es necesario seguir cuestionando el papel de los hombres en las relaciones de género y, sobre todo, seguir cuestionando los mandatos de la masculinidad hegemónica y su relación con el ejercicio de la violencia de género en las IES. Aún es necesario buscar alternativas para sensibilizar a los hombres sobre los mandatos de la masculinidad y su participación en la construcción de otros modelos de ser hombre. Será un trabajo paulatino, pero suscribimos el argumento de Sara Ahmed respecto a que los feminismos representan “una respuesta emocional al mundo” (2015: 259). La rabia seguirá impactando a varones y a otras personas; mientras tanto, sigamos construyendo puentes de apoyo y depositemos la esperanza en el cambio paulatino de las relaciones de género, gracias a las luchas, manifestaciones y enseñanzas feministas.

## REFERENCIAS

- Ahmed, Sara (2015), *La política cultural de las emociones*, México, UNAM.
- Buquet, Ana (2016), “El orden de género en la educación superior: una aproximación interdisciplinaria”, *Nómadas*, vol. 44, pp. 27-43.
- Buquet, Ana, Araceli Mingo, Hortensia Moreno y Jennifer Cooper (2013), *Intrusas en la universidad*, México, UNAM.
- Cazés, Daniel (1998), “Metodología de género en los estudios de hombres”, *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, vol. 1, núm. 8, pp. 100-121.
- Cerva, Daniela (2018), “Masculinidades y educación superior: la politización del género”, *El Cotidiano*, vol. 212, pp. 35-45.

- Connell, Raewyn (2015), *Masculinidades*, México, UNAM.
- Chaparro, Amneris y Amy Andrea Salazar (2022), *Olas y remolinos feministas*, México, UNAM.
- De Keijzer, Benno (2003), “Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina”, en *La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina*, Lima, Foro Internacional en Ciencias Sociales y Salud, pp. 137-152.
- Denzin, Norman K. (2012), “Triangulation 2.0.”, *Journal of Mixed Methods Research*, vol. 6, núm. 2, pp. 80-88.
- Fabbri, Luciano (2021), *La masculinidad incomodada*, Rosario, UNR/Homo Sapiens.
- Figuroa, Juan Guillermo y Josefina Franzoni (2011), “Del hombre proveedor al hombre emocional: construyendo nuevos significados de la masculinidad entre varones mexicanos”, en Francisco Aguayo y Michelle Sadler (eds.), *Masculinidades y políticas públicas. Involucrando a los hombres en la equidad de género*, Santiago, Universidad de Chile, pp. 64-83.
- Gobierno de México (2020), Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, art. 13, <<https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGAMVLV.pdf>>, consultado el 9 de febrero, 2025.
- Jones, Daniel y Rafael Blanco (2021), “Varones atravesados por los feminismos. Deconstrucción, distancia y reforzamiento del género”, en Luciano Fabbri (comp.), *La masculinidad incomodada*, Rosario, UNR/Homo Sapiens, pp. 45-60.
- Lau, Ana (2016), “Feminismos”, en Hortensia Moreno y Eva Alcántara (coords.), *Conceptos clave en los estudios de género*, vol. 1, México, UNAM, pp. 139-154.
- Lorde, Audre (1984), “The uses of anger: Women responding to racism”, en *Sister outsider. Essays and speeches*, Freedom, Crossing Press, pp. 124-133.
- Moreno, Hortensia y Araceli Mingo (2015), “El ocioso intento de tapan el sol con un dedo: violencia de género en la universidad”, *Perfiles Educativos*, vol. 37, núm. 148, pp. 138-155.
- Núñez, Guillermo (2016), “Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian?”, *Culturales*, vol. 4, núm. 1, pp. 9-31.

- Proceso* (2019), “En la UNAM, feministas y estudiantes de ingeniería se enfrentan durante marcha contra el acoso”, 7 de noviembre, < <https://www.proceso.com.mx/nacional/2019/11/7/en-la-unam-feministas-estudiantes-de-ingenieria-se-enfrentan-durante-marcha-contra-el-acoso-233968.html>>, consultado el 9 de febrero, 2025.
- Ramírez, Juan Carlos (2020), “Algunos elementos para el debate sobre la intersección entre masculinidad y emociones”, en Juan Carlos Ramírez (coord.), *Hombres, masculinidades, emociones*, Zapopan, Página Seis, pp. 10-46.
- Torres, César (2021), “La dimensión afectiva de la primavera violeta en la Ciudad de México: una lectura feminista sociológica”, en Helena López, David Gutiérrez y Jorge Palomino (coords.), *Lecturas interdisciplinarias de los cuerpos: discursos, emociones y afectos*, México y Bogotá, UNAM/Universidad Central de Colombia, pp. 49-74.

## DEL GÉNERO AL SEXO. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LÍMITES, EMOCIONES Y ASOCIATIVIDAD OBLIGATORIA EN LA MASCULINIDAD DE ESTUDIANTES (FFYL-UNAM, 2022-2023)

*Mauricio Zabalgoitia Herrera*

### PRESENTACIÓN

Este trabajo se centra en la experiencia de estudiantes hombres de la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) con la idea de identificar nuevas posiciones de masculinidad frente a los efectos simbólicos y materiales que han tenido en la vida universitaria líneas de fuerza y tensión en un momento inédito para las interacciones de género. Primeramente, las denuncias sobre estructuras y formas vigentes de violencia por parte de colectivas de mujeres estudiantes organizadas. Asimismo, como resultado de la educación formal con perspectiva de género —mediante asignaturas obligatorias o no—; por el aumento y circulación de mensajes feministas y de señalamientos hacia los hombres —a través de pintas,<sup>1</sup> grupos y activismos digitales—; y la todavía incipiente transversalización de nociones y teorizaciones provenientes de los estudios de los hombres y de la masculinidad.

Estas líneas de fuerza y tensión son contrapunteadas con impresiones, testimonios y experiencias “en primera persona” compartidas en una conversación guiada con dos estudiantes del semestre 2024-1. Se trata de los dos únicos varones del Taller sobre feminismos y acciones comunitarias (TFAC), en el cual me desempeño como docente

1 Una “pinta” o “pintada” es un modo de expresión visual que se deja en paredes, regularmente con un contenido político o de reivindicación. Puede contener consignas o denuncias, y en el caso de los feminismos suele aludir a instituciones, casos de violencia, mujeres desaparecidas o a feminicidios.

dentro del programa de la Licenciatura en Pedagogía de la FFyL.<sup>2</sup> Se suman, como marco previo, algunas experiencias obtenidas mediante un cuestionario aplicado a 22 estudiantes varones del semestre 2023-I de la asignatura “Género, violencia y ética comunitaria” (GVEC). Esta materia es uno de los logros palpables del activismo de las Mujeres Organizadas de la Facultad de Filosofía y Letras (MOFFyL).<sup>3</sup>

Esta investigación, centrada principalmente en la conversación guiada con los dos estudiantes, forma parte de un proyecto de investigación más amplio (2020-2024) enfocado en la identificación y problematización de estudiantes hombres en la FFyL. Se han utilizado diversas técnicas de trabajo de campo: cuestionarios, círculos de reflexión y conversaciones guiadas. Al cierre de este proyecto, y para el cual este capítulo representa la etapa final, se contó con la participación de cerca de 100 estudiantes.<sup>4</sup> Entre otras cuestiones, se han identificado formas cotidianas de violencia sexista y sexual; reacciones y emociones; prácticas específicas a través del recurso de expresiones de violencia; así como la percepción y transformaciones en la idea de sí mismos y de la masculinidad como un tema-problema.

De acuerdo con lo expresado, como punto de partida teórico, el capítulo lleva a cabo una reorientación del abordaje a la masculinidad hacia tres condicionantes fundamentales con apoyo en descripciones *clásicas* de la identidad masculina, en referencia al trabajo de Elisabeth Badinter (1992) y de acuerdo con la propuesta de dominación de Pierre Bourdieu (1998). De manera complementaria, en sus trabajos se establece que la masculinidad se configura a partir de a) el

- 2 El TFAC es un taller optativo de Orientación Educativa dentro del programa de la Licenciatura en Pedagogía de la FFyL de la UNAM. Bajo un enfoque crítico de género y feminismos, su objetivo es la identificación de problemas derivados del sexismo y de estructuras vigentes de violencia sexual —como el hostigamiento y el acoso— en la universidad, teniendo como meta el diseño de acciones comunitarias de intervención.
- 3 Tras el activismo de las Mujeres Organizadas (MOFFyL), cuya acción más notoria fueron los 163 días de toma y paro de las instalaciones de la Facultad (entre 2019 y principios de 2020), se creó la asignatura obligatoria “Género, violencia y ética comunitaria” (GVEC). Ésta fue diseñada por un grupo colegiado de profesoras y académicas y la debe cursar toda persona estudiante de la FFyL (FFyL-UNAM, 2025).
- 4 Para las diversas fases de trabajo de campo se contó con la colaboración de Enrique Bautista Rojas, a quien agradezco su apoyo y creatividad en el diseño de instrumentos empíricos.

desprecio de lo femenino; b) el terror a la homosexualidad; y c) el carácter asociativo y jerárquico de los hombres para que la masculinidad funcione. En este trabajo esas tres condiciones se abordan como límites con los cuales se realizan negociaciones. Este retorno a las bases con las que se perfilaron las críticas iniciales a la masculinidad se problematiza con teorizaciones recientes en cuanto al “estatus de la masculinidad”, siguiendo a Beatriz Ranea (2021), y el carácter crítico que adquieren tales límites, mediante la propuesta de Tristan Bridges y Cheri Jo Pascoe (2014) de las “masculinidades híbridas”.

Bajo estos presupuestos teóricos se abordan los saberes y vivencias de género y masculinidad de los dos estudiantes del TFAC. En el transcurso de la aproximación a sus testimonios se identifican tensiones y malestares, así como el recurso a un habla en primera persona mediante indefinidos que operan como metáforas tanto de la masculinidad como de lo que significa en la actualidad la experiencia universitaria. “Eso”, “ese algo”, “ese todo” —pronombres y sustantivos cuya indefinición resulta paradójica— manifiestan una relación problemática con los límites de la masculinidad, pero también hacen emerger —y hablar a— inquietudes, emociones y temores genuinos. En esta deriva, se plantea la posibilidad de que la expresividad del género de los hombres se esté orientando hacia modos menos férreos, bajo la incorporación de formas femeninas y la relajación de la homofobia, pero no así, por lo menos no del todo, en cuanto a lo que llamo “asociatividad obligatoria”. La labor de contrapunteo entre testimonios y teorización se ve amplificada y complejizada con casos y ejemplos vividos recientemente en la propia universidad. Éstos suelen servir como materiales de discusión tanto en las sesiones del TFAC como en las actividades de trabajo de campo con los estudiantes.

## TESTIMONIOS, CASOS Y EL ACTIVISMO FEMINISTA DIGITAL

En el TFAC las alumnas comparten, semestre a semestre, experiencias desde las que aportan definiciones vivenciales en cuanto a tensio-

nes y anécdotas que surgen de la interacción con hermanos, amigos, compañeros y docentes en la universidad. Éstas van desde incomodidades cotidianas por el hecho de ser mujeres hasta historias familiares en las que se sienten víctimas de sexismo. Sin duda estas historias resultan esenciales para comprender algunas de las posiciones y sensaciones vigentes no sólo de las alumnas, sino también de los estudiantes y de otros hombres en la FFyL. Las problemáticas y realidades que se ponen sobre la mesa provienen de una labor de observación y análisis que incorpora nociones y fenómenos abordados por las teorías de género y feminista de las autoras que se leen en el taller, mediante actividades de mesa redonda y de debate, pero, principalmente, a partir del acto de aterrizar y encarnar esas definiciones y recursos críticos en sus propias vidas y cuerpos.

Este camino, el cual desemboca en el diseño y aplicación de acciones comunitarias con perspectiva de feminismos en interacciones no formales en la FFyL por parte de las estudiantes, a su vez se nutre de instancias feministas digitales en las que conceptos vigentes se definen más allá de lo académico. Estas fuentes tienen una incidencia directa en la formación de mujeres y hombres jóvenes, pues a partir de diccionarios, glosarios y materiales digitales incorporan términos e identifican cuestiones que les afectan. Desde estos espacios digitales también se construyen y posicionan en el mundo de la universidad, del hogar y de las relaciones afectivas.

En el TFAC, retomando la cuestión de las experiencias, hay algunas figuras de hombres y de masculinidad que suelen surgir semestre a semestre. Una recurrente es la del “hermano incómodo”, término no peyorativo sino crítico, y que surge a la hora de pensar en la división sexual de tareas en la casa. Regularmente, se le identifica a la hora de compartir anécdotas personales y cotidianas. Incluso en los hogares más igualitarios, las alumnas reconocen que sus hermanos varones tienen mejor blindado su tiempo libre y no tienen por qué desempeñar todas las labores en las que ellas sí participan.

Otra figura recurrente es la del “falso aliado” (o “aliade”). De acuerdo con la descripción de las alumnas, es aquel compañero de la FFyL —o de otros ámbitos— que se dice feminista y comprometido con la causa, pero que muy pronto saca a relucir su “verdadera

cara” o una “doble cara”. Esto sucede, sobre todo, cuando establece relaciones afectivas o sexuales con las mujeres. En las primeras, este aliado muy pronto recurre a ciertas y conocidas estrategias de control y manipulación, como los celos y la vigilancia. En lo sexual, los modos con los que busca obtener intimidad no son siempre transparentes pues, por ejemplo, involucran recurrir a conocidas narrativas de conquista, falsas promesas y el uso de estrategias definidas en espacios digitales como hacer luz de gas (*gaslighting*) o borrarse del mapa (*ghosting*).<sup>5</sup> Bajo estas lógicas, algunos compañeros han sido señalados por la falta de consenso a la hora de establecer aproximaciones a los cuerpos de las mujeres. Esto sucede en fiestas y reuniones sociales. Algunos de ellos han terminado apareciendo en los tendederos físicos o digitales de la FFYL.<sup>6</sup>

Por definición popular, un “falso aliado” sería un “hombre que se autodenomina feminista pero no se comporta como tal”, como se expresa en el sitio en línea del “Área de Mujeres” del Ajuntament de Barcelona (2023: s. p.). Verónica Arvelo, en “feminismo-inc.com” lo describe como un hombre “que asegura no ser machista y promover la igualdad de género en todos los espacios, pero que en realidad lo que quiere es ganar espacios para seguir promoviendo su misoginia internalizada” (2023: s. p.).

- 5 Hacer *gaslight* a una persona, regularmente a una mujer, consiste en el uso de estrategias psicológicas para hacer dudar a alguien o manipular o cuestionar su conducta. En las relaciones sexuales o afectivas, por ejemplo, conlleva recursos para hacerle creer que aquello que percibió como una promesa de amor o un compromiso no fue tal. El *ghosting*, por su parte, significa cortar de golpe una relación; bloquear la comunicación. De acuerdo con las alumnas del TFAC es utilizado regularmente por algunos hombres una vez que han obtenido intercambio sexual o una relación pasajera. El mensaje que suele subyacer es que “ellas siempre se enamoran”.
- 6 Los tendederos en México son los cables o cuerdas en los que se tiende la ropa húmeda para que se seque. En el caso de los recientes activismos feministas surgen convocatorias físicas y digitales en las que se anima a que compañeras compartan historias y testimonios de hostigamiento, acoso, abuso o violación, pero también conductas reiterativas —en compañeros, docentes o personal administrativo— de formas cotidianas de sexismo. La finalidad es colgar una hoja o papel con los nombres y apellidos de quien se señala. Estos mensajes se sostienen en la cuerda con pinzas para la ropa, emulando los tendederos de los hogares. Como forma efectiva de denuncia alternativa surgen a partir de convocatorias internacionales como el #MeToo (Di Napoli, 2021).

Nacho Progre tiene 33 años y es médico, artista y ecologista. Estudia una maestría en estudios de género y disfruta explicándole a las mujeres todo lo relacionado a la liberación sexual. Además, nunca pierde la oportunidad de compartir con otros hombres los privilegios de los que pueden gozar al convertirse en feministas como él. Sin embargo, en lo privado Nacho no es equitativo, en realidad sólo apoya los conceptos feministas que no lo perjudican, le encanta hacer *mansplaining* [machoexplicación] [...] y hasta cierto punto, es un poco manipulador (Mulato, 2016: s. p.).

Así describe la maestra en Pedagogía por la UNAM, Cynthia Híjar, al personaje del cómic de redes sociales Nacho Progre.<sup>7</sup> Él es el protagonista de un proyecto personal con el que ha venido ilustrando el neomachismo en espacios universitarios y culturales.

Ahora bien, la tensión que surge de una práctica legítima de sospecha hacia el lugar de los hombres y compañeros en cuanto a *su verdadera* posición frente a los feminismos o la igualdad de género adquiere formas complejas de cara a las acciones e interacciones cifradas directamente por el activismo y la organización de las estudiantes. Para dimensionar algunas de sus aristas, un caso que se abordó fue el que compartió una persona del semestre 2022-II de la asignatura GVEC. Ésta manifestó un abierto descontento por cómo le habían tratado las compañeras feministas del Colegio de Literatura Dramática y Teatro, en donde estudia. Lo referido sucedió durante una asamblea en la que “*le estudiante*” —de acuerdo con los pronombres que manifestó usar—, pidió la palabra para expresar su adhesión al movimiento de las compañeras, su rechazo a toda expresión de violencia de género y su sentir como “persona no binaria feminista”. Su malestar surgió cuando le pidieron que callara y que no interviniera. El tema de esa asamblea no tenía que ver con “él”, le dijeron, ni con ningún hombre. Esta persona, cabe decir, en términos de expresividad genérica, es un “chique” cuya imagen es dulce, su

7 El apellido “Progre” hace referencia a un hombre “progresista”; es decir, alguien con ideas avanzadas y con sensibilidad hacia la justicia o la igualdad. El nombre “Nacho” es una sátira de “macho” ([https://www.facebook.com/NachoProgre/?locale=es\\_LA](https://www.facebook.com/NachoProgre/?locale=es_LA)).

voz es baja, y su vestimenta incluye tanto formas femeninas como masculinas.

El entrecruce de estos niveles de experiencia —del hogar a las relaciones afectivas y de ahí al activismo organizado en la FFyL— plantea algunos retos e interrogantes: ¿cómo se entrecruzan casos, sucesos y figuras identificadas desde las vidas de estudiantes con las definiciones que circulan en los espacios de feminismos digitales?, ¿y con teorizaciones viejas y recientes tanto de la teoría feminista como de los estudios de la masculinidad? Ahora bien, como resultado de mensajes, nociones y fenómenos que unen experiencias con emociones, ¿qué tanto se ha transformado la identidad masculina como expresión y encarnación de sexo y género?, ¿hasta dónde sigue condicionada —atada— por los límites que se abordan en este capítulo en cuanto a su construcción y ejercicio?, ¿cómo es que se ha adaptado o liberado dentro del campo de la dominación? En resumen: ¿Cómo se estarían negociando tensiones, malestares y otras emociones, como el miedo, frente a límites que inciden en la expresión e identidad de género, pero también en los significados y prácticas que se le otorgan al sexo masculino?

#### TEORÍAS EN INTERSECCIÓN: TRES LÍMITES DE LA MASCULINIDAD

Beatriz Ranea, en *Desarmar la masculinidad* (2021), plantea a la masculinidad como una “ficción”, “una de las más antiguas, una narrativa cultural e histórica que, si bien ha cambiado a lo largo de los siglos, ha seguido construyendo un relato hegemónico” (Ranea, 2021: 15). Su propuesta resulta original, pues pocos son los estudios que, desde las propias masculinidades, toman como punto de partida la artificialidad de la masculinidad. Es decir, como una “ficción extracorpórea imbricada en los cuerpos sexo-género masculinos” (Ranea, 2021: 15). Sin duda, pensar a la masculinidad como una narrativa otorga la posibilidad de percibirla no sólo como una expresión genérica que a la vez provoca y sostiene identidades problemáticas en el desequilibrado orden de la diferencia sexual, e incluso, no

solamente como una construcción que fabrica subjetividades, sino como un “arreglo”, en el sentido que le otorga Gayle Rubin.<sup>8</sup> Tal “ajuste”, propongo, es el que permite blindar y atesorar al sexo masculino como una categoría compartida que no suele entrar en las discusiones actuales.

Ranea propone que a la hora de pensar el “estatus de la masculinidad”, lo primero que hay que hacer es repasar los “excesos de la masculinidad hegemónica” (2021: 7). En una breve mirada, una desmesurada atención en la clasificación que Raewyn Connell realiza de las formas de masculinidad —hegemónicas, cómplices, subordinadas— ha conllevado a ignorar un aspecto que en los primeros trabajos de la autora australiana es fundamental. Se trata del carácter relacional del género, pues para que exista una masculinidad hegemónica debe promoverse y vigilarse una “feminidad enfatizada”; una “hiperfeminidad” que la sostenga (Ranea, 2021: 27-28). Es decir, la masculinidad hegemónica —aquella que ocupa o desea el espacio de dominación— construye y mantiene, a la vez, normas sobre lo femenino. Con esto, la crítica que esta autora elabora se suma a la de otras propuestas que proponen abordar a la masculinidad como una matriz de poder, violencia y producción subjetiva (Demetriou, 2001; Hearn y Howson, 2019). Como resumen de lo que Ranea expresa, derivar toda la atención hacia la posibilidad de que existan múltiples masculinidades ha tenido como resultado la búsqueda de un *buen apellido* para las masculinidades —positivas, sanas, nuevas, alternativas—, borrándose la “asimetría de poder en el orden patriarcal” (Ranea, 2021: 31), que a quienes afecta de manera desproporcionada es a las mujeres. En cuanto a la experiencia de las estudiantes, este apunte resalta de manera clara, por una parte, lo que sucede en el hogar —con los “hermanos incómodos”— y en las relaciones de amistad con compañeros —que se presentan diferenciadas—, así como en la aparente facilidad con la que algunos

8 En el conocido texto de Rubin, el sistema de sexo/género es definido como “un conjunto de *acuerdos* por el cual la sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en los cuales estas necesidades sexuales transformadas, son satisfechas” (1996: 37; las cursivas son mías). En la versión en inglés la autora usa el término “*arrangements*”, lo que también significa “arreglos”, “ajustes” y “disposiciones”.

hombres se estarían mostrando como aliados o partícipes de un cambio sin presentar las pruebas suficientes —hechos, estrategias, testimonios—. Por ello, tanto en el cuestionario aplicado a 22 estudiantes como en la conversación guiada, se les preguntó acerca del ser hombre, sobre la masculinidad y su percepción sobre la violencia de género, pero más profusamente acerca de su experiencia en clave relacional, tanto con compañeras como con compañeros.

En esta línea, esta autora plantea tres condicionantes “de base” que “hacen al hombre” y mantienen el “estatus de la masculinidad”. Estos son: “no seas una niña”, la “heteronormatividad” y “[sé] uno de los nuestros” (Ranea, 2021: 35-49). Estas tres reglas subyacen, propone, en la base de toda construcción de los hombres en la masculinidad. Esta propuesta de retorno a los ejes fundamentales de una masculinidad en singular se ilumina y corresponde con la definición que otorga Elisabeth Badinter (1992) acerca de la identidad masculina, pues ésta se construye a partir de tres formas negativas: diferenciación, exclusión y negación. Ser hombre es “no ser algo”. En cuanto a su papel en la dominación, de acuerdo con la propuesta de Pierre Bourdieu (1998), la masculinidad se recrea tanto en estructuras objetivas como subjetivas a lo largo de la historia, por lo que la mirada crítica ha de centrarse en identificar las resistencias “ocultas” dentro de los aparentes cambios en el orden de género y el desequilibrio de la diferencia sexual. Además, desde una perspectiva *queer*, bajo la propuesta de intersecar a la heteronormatividad en un eje a medio camino entre la misoginia y la homofobia, esta propuesta cita a la “heterosexualidad obligatoria”, elaborada por Adrienne Rich (1996), a la invitación de Monique Wittig (2005) para pensar a la heterosexualidad como una institución política y, como la misma Ranea apunta, y al carácter binario y normativo que como “matriz heterosexual” adquiere la política sobre el deseo, de acuerdo con Judith Butler (2007).

De acuerdo con las propuestas y reflexiones anteriores, el yo, primer condicionante, aparece como un límite que se traza a partir del “desprecio a lo femenino” y a sus formas. Con esto, “la identidad masculina se va definiendo en jerarquías y oposición respecto de aquellos valores, roles, mandatos, comportamientos y actitudes definidas

como femeninas” (Ranea, 2021: 35-36). Recordando a Badinter (1992), el hombre se socializa en la masculinidad bajo una suerte de descontaminación de lo femenino y de aquello que pudo incorporar en el dúo con su madre; éste es el costo que ha de pagar para pertenecer al colectivo de los hombres. Para realizar tal transición genérica y sexual una diversidad de prácticas, ritos y lugares comunes se ponen en marcha desde todos los escenarios sociales. El resultado no es la configuración de una identidad limpia o sin compromisos o deudas, sino que la misoginia y la homofobia se establecen como dos limitantes profundos y solapados. En el precursor trabajo de Badinter se repasan muchos de éstos, los cuales siguen teniendo vigencia en la casa, la educación y, sobre todo, al parecer, en la normativa sexual.

El segundo límite, así, se materializa no sólo bajo la normativa de la heterosexualidad como medida del mundo, de sus cuerpos, sexualidades y deseos, sino bajo la encarnación del “terror a la homosexualidad”. Con esto, la llamada “orientación sexual”, que en los esquemas de identidad y expresión de género suele quedar fuera, se retoma como un condicionante clave, desde el punto de vista de la construcción de la masculinidad. Al ser la heterosexualidad la norma, y su versión masculina el punto de vista desde el cual se configuran las reglas, roles y estereotipos tanto de los cuerpos como del deseo, la sexualidad del hombre aparece como “un elemento preexistente, universal, natural e inherente” (Ranea, 2021: 39).

Para Badinter ésta es la norma fundamental para el establecimiento de las estructuras patriarcales. La prueba de la heterosexualidad posee una doble carga simbólica: “tener una mujer para no ser una mujer” (1992: 23). Junto con la norma y la universalidad del cuerpo masculino, sus atributos y formas, se establece un enlace con el régimen de una sexualidad de potencia, erección y penetración. La sexualidad del hombre —y su meta coital frente a mujeres y otros hombres— hace de enlace entre la identidad de sexo-género masculina y la heterosexualidad de los hombres como sujetos que tienen, que poseen, que son dueños. Esta posesión incluye a la violencia sexista y sexual. Esta cadena simbólica puede parecer muy caduca, como si se estuviera hablando de historias antiguas; pero, entonces,

¿por qué la sexualidad de chicos jóvenes, amables, gentiles y cálidos sigue causando muchas veces problemas? ¿No radica en esta confusión buena parte de la sospecha que se cierne sobre los “falsos aliados” o la “doble cara” en algunos hombres?

Lo anterior se relaciona con el tercer y más complejo límite. Como se ha establecido en estudios acerca del consumo de la prostitución, de la construcción sexual de la masculinidad y de las culturas de abuso y de violación, “la virilidad se construye a través de una ‘compulsiva vida sexual’ de la que se presume delante del grupo de pares” (Gómez *et al.*, “El putero español”, en Ranea, 2021: 42). En términos tradicionales, los grupos de iguales “se definen, en gran medida, a través de la segregación genérica [...] de las niñas en la infancia; y de las mujeres en la vida adulta” (Ranea, 2021: 45), pero también a partir de *pruebas de fuego*: el recurso a chistes, ejemplos e historias sexuales cuyo contenido incluye formas de violencia sexista y sexual, y de homofobia. En un momento en el que la violencia sexual en ambientes universitarios alcanzó niveles alarmantes en Estados Unidos, Walter DeKeseredy (1990) propuso la teoría del “apoyo entre pares masculinos”. La principal aportación de este enfoque consiste en centrar la atención en el rol que desempeñan los compañeros del entramado masculino. Por ello, estos estudios abordan los recursos de violencia simbólica —sexista y sexual— que son determinantes para el establecimiento de lazos de apego y fraternidad. Tales insumos se materializan en formas variadas —el humor, el compartir historias, el uso de lenguaje despectivo y degradante— y cumplen con la función de animar, normalizar y legitimar el abuso, sea psicológico, físico o sexual, sobre las mujeres y otras identidades sexogénicas. Considero que es posible llamar a este límite “asociatividad obligatoria”, como he adelantado, en un juego que problematiza el conocido término de la teoría *queer* de Rich (1996). Tal exigencia al agrupamiento con pares no funciona sin el recurso a los dos condicionantes anteriores, sin embargo, algo estaría pasando con los primeros: una suerte de cruce de sus lindes para adaptar la masculinidad a un mundo repleto de mensajes, señalamientos y emociones que la apelan.

De acuerdo con este planteamiento, la propuesta teórica de la que parto se resume en la idea, como se ha esbozado, de que la masculinidad, como artificio cultural, social e histórico, ha cedido al cambio en términos de una expresión de género basada en ideales y normas frente a la feminidad, en cuanto a estereotipos y atributos preconcebidos —cuidarse; usar cosméticos y ciertos colores o prendas; llorar o manifestar afecto—. Además, parece haber una relajación de cara a la expresividad corporal, de movimiento e indumentaria de las masculinidades y sexualidades no normativas, como la de varones gay, pero poco o nada en cuanto a lo que la categoría “sexo” dice sobre lo que significa ser y sentirse hombre en el mundo, sobre todo en términos intragénero. En espacios de una alta interacción afectiva, como las universidades, parece necesario hablar más de la sexualización y la sexogenerización que actúan como formas de ver al mundo (Ciccía, 2023: 24). En el caso del sexo de los hombres, como categoría resultante de los roles reproductivos y de su sexualidad, el género masculino se convierte en una expectativa sociocultural justificada y sostenida por reglas específicas (Ciccía, 2023: 17). La cuestión es que estas normas sólo pueden funcionar mediante asociaciones masculinas, sean formales o informales. Así lo plantearon los alumnos en las entrevistas y, en modos diversos, los cerca de 100 estudiantes con los que se ha realizado trabajo de campo. Los lugares de interacción altamente trastocados por afrentas y cuestionamientos a la normatividad del orden de género, como es la FFyL, no sólo plantean preguntas acerca de la agencia y del poder de las mujeres, sino que interpelan directamente a los hombres y a la masculinidad, con todo y su relación directa y solapada con las estructuras y expresiones de violencia.

### HIBRIDEZ. ESTUDIANTES “PARLANTES” Y “OBSERVADORES SILENCIOSOS”

Al acuñar el término “masculinidades híbridas” Tristan Bridges y Cheri Jo Pascoe (2014) se referían a aquellos hombres que estarían incorporando de manera selectiva *performances* e identidades propios

de las masculinidades marginales y subordinadas, así como de las feminidades. Para ellos, buena parte de la comprensión de la deriva de la masculinidad en el mundo contemporáneo habría que buscarla en tres procesos. El primero es la manera en la que la hibridez distancia en lo simbólico a hombres jóvenes de la masculinidad hegemónica. Es decir, los hace no ser clasificados, de entrada, en este grupo.

El segundo radica en la forma en la que la hibridez, además, sitúa a las masculinidades disponibles para los hombres en posiciones privilegiadas como menos llamativas —escandalosas, chocantes, peligrosas— que aquellas asociadas con grupos subordinados o marginales. Es decir, se trata de un juego contradictorio en el que la expresividad de la masculinidad heterosexual resulta menos férrea, pues incorpora formas de hombres gay y racializados, pero asegurándose que esas mismas masculinidades siempre llamen más la atención. Una atención que, en este caso, va de lo curioso, secundario y jocoso —lo gay— a la división del mundo en hombres buenos y malos. Con esto, acaso la propuesta de Bridges y Pascoe es de ayuda para entender cómo es que un número alto de hombres afirma, de forma universal y categórica, que la masculinidad —su masculinidad— no tiene que ver nada con la violencia, y mucho menos con el hostigamiento, el acoso y el abuso sexuales; mucho menos con la violación o el feminicidio. Estas afirmaciones defensivas aparecieron, en formas más o menos tajantes, en el trabajo de campo 1 (TC1),<sup>9</sup> el cuestionario que respondieron 22 alumnos varones de la asignatura GVEC. La violencia, así, corresponde a hombres desviados, locos, de otras razas y geografías: los asesinos y violadores, no así a universitarios u hombres con educación y cierto nivel socioeconómico.

Para ello, el tercer punto trazado por Bridges y Pascoe resulta clave: la hibridez fortalece los lazos sociales y simbólicos ya existentes entre varones. Se trata de aquellas redes cuya efectividad histórica para mantener los sistemas de poder y desigualdad ha sido demos-

9 Los testimonios textuales referidos como TC1 corresponden al cuestionario aplicado a 22 estudiantes hombres de la asignatura GVEC (semestre 2022-II). Aquellos que se refieren entre paréntesis como TC2, corresponden a la conversación guiada en la que intervinieron los dos estudiantes varones del semestre en curso del TFAC.

trada. En estas redes, al parecer, y de acuerdo con las conversaciones y testimonios compartidos por estudiantes, el sexismo, la homofobia y la prueba de una sexualidad dominante siguen siendo el sostén; una obligatoriedad bajo la que se sanciona a quien la incumple.

Sin duda, el universo de la UNAM es muy distinto al de los Estados Unidos. Bridges y Pascoe, al diseñar las “masculinidades híbridas”, refieren a las jerarquías de blanquitud tensadas por negociaciones raciales, de migración y con los grupos de la diversidad sexogenérica. Pero acaso es posible pensar en algunos de estos procesos en las interacciones recientes en la FFyL, sobre todo porque las narrativas de los activismos feministas digitales circulan traspasando fronteras regionales e idiomáticas, pero también porque los recursos de las teorías feministas saltan de libros y artículos académicos a perfiles de Instagram o muros de la Facultad no sólo en una dirección liberadora y de búsqueda de consciencia —de las mujeres y algunos hombres—, sino hacia la exacerbación de emociones en esos extremos en los que los sentimientos masculinistas y antifeministas se estarían aglutinando en algunos hombres jóvenes interconectados.<sup>10</sup>

Para el caso que nos ocupa hay que situarnos primero en las posiciones intermedias que están adoptando algunos estudiantes hombres. Al parecer, en éstas se llevan a cabo juegos y negociaciones con los tres límites planteados. Creo que un ejemplo iluminador es el del *performance* de género que algunos jóvenes cisheterosexuales<sup>11</sup> efectúan con efervescencia: uñas pintadas, uso de faldas, colores brillantes en las prendas de vestir, maquillaje. Ahí lo femenino y lo gay, pensando en términos tradicionales, parece perder la carga negativa y de desprecio que regularmente construye a la masculinidad más férrea. Estos jóvenes resultan menos agresivos, sin duda. Se mueven

10 Para dimensionar el alcance e interacción de culturas de masculinidad que se nutren de falsos universalismos, discursos pseudocientíficos, narrativas de la mitopéutica y del movimiento de derechos de los hombres, se recomienda visitar páginas de organizaciones de estudiantes en Facebook bajo el término masculinismo (Masculinismo México, 2023).

11 Con un uso extendido en ámbitos académicos de estudios de género, de activismo y de difusión digital, un hombre “cisheterosexual” es un hombre cisgénero y heterosexual. Este último término adquiere, sin embargo, la carga crítica que autoras como Rich (1996) o Wittig (2005) le otorgan a la heterosexualidad como norma de poder, dominación y violencia simbólica.

por el mundo no con las consabidas maneras corporales del hombre que se hace notar. Hablan mucho, en general, sobre lo que acontece en la Facultad. Hablan mucho sobre género y manifiestan un interés genuino por el tema. En el trabajo de campo realizado, a estos estudiantes los llamo “parlantes”, pues su expresividad genérica es muy notoria.

Por otra parte, en la FFyL, por lo menos a partir del movimiento feminista de las MOFFyL, hay un grupo que a primera vista no resulta tan sencillo de encajar en la lógica de la relajación de los límites del desprecio a lo femenino y el terror a la homosexualidad. Se trata de aquellos que, en el trabajo de campo, he nombrado como “observadores silenciosos”. Los hombres de este grupo no se ubican en todos los casos en un *performance* “cuirizado” o feminizado, pero algo ha cambiado en su interacción cotidiana, sin duda. Son reservados, se mueven en silencio, y al hablar —si es que lo hacen— resultan gentiles, cálidos e inofensivos. En todo caso, se distinguen a la hora de expresar dudas y preocupaciones genuinas, como se verá, acerca de lo que acontece en el espacio universitario; e incluso expresan incomodidad frente a situaciones separatistas, a la obligatoriedad de la enseñanza de género en asignaturas como GVEC y ante ciertos mensajes de expresividad y activismo en los muros de la FFyL. Durante los semestres 2022-I y 2022-II, para llegar a las aulas de la asignatura había que pasar por murales de gran elocuencia en los pasillos: “¡Muerte al macho!”, “¡La heterosexualidad mata!”, entre otros. Éste es el universo semiótico al que asisten como sujetos de la universidad, y como hombres jóvenes y estudiantes.

#### TENSIONES, MALESTARES Y LÍMITES: HABLAR EN PRIMERA PERSONA

Desde la realización del TC1 había surgido la inquietud de activar un mecanismo de análisis que diera cuenta de cómo es que estudiantes formados con perspectiva de género —aunque fuera de manera obligatoria— en el fondo, en realidad, se sentían incomodados. En términos de un trabajo más centrado en las emociones que en los

saberes aprendidos en la clase, se planteó la posibilidad de comenzar a trazar un “espectro emocional” (Kimmel, 2000) masculino para organizar las posiciones de alumnos cisgénero —en su mayoría heterosexuales— frente al activismo feminista y la formación “obligatoria” con perspectiva de género. “¿Y si aparezco en los tenderos?”; “¿Alguna vez habré hecho ‘algo?’” (TC1). Ese “algo”, parece, es una clave para aproximarnos a las tensiones y malestares pues, más allá de las definiciones otorgadas en clase, ¿a qué le están llamando “violencias” las colectivas y compañeras y qué tiene que ver con estudiantes que, aseguran, jamás han violentado? ¿Y qué con aquellos que reconocen que sí?

Es decir, los estudiantes manifestaron una alta cantidad de respuestas enfocadas a sentimientos como la rabia y la incomodidad tras la lectura de textos pertinentes con enfoques críticos de género, feminismos y masculinidades. También lo hicieron a partir de la discusión y definición de cuestiones como violencia de género, sexismo cotidiano, acoso, hostigamiento, abuso, etcétera, y tras realizar dinámicas para contextualizar los recientes movimientos feministas, las demandas de las colectivas y las mujeres organizadas, así como la situación de la universidad y el país en cuanto a la alta incidencia de casos de violencia sexual y feminicida.

Aunque en el fondo de tales posiciones emotivas se encontraron señalamientos injustos y apelaciones generales, en un repaso rápido, en respuestas orientadas hacia la construcción del espectro emocional aludido —rabia, incomodidad, desconcierto, indiferencia— se identificaron, entre otras, posiciones de asombro, pues los “señalamientos me han hecho darme cuenta que sí, por más mínimo que sea, sigo teniendo muchos beneficios y ventajas sólo por haber nacido con un pene” (TC1), mencionó un estudiante. En el otro extremo, aparecieron inquietudes que rozaban un palpable cinismo: “son cosas que no podré resolver haga lo que haga”; “me siento señalado y por ende culpable de algo que no he hecho” (TC1). Igualmente, de abierto reclamo: “puedo notar una especie de acusaciones un tanto [...] sistematizadas” (TC1). Pues “todo lo ven mal... hay cosas que no tienen sentido y carecen de argumentos, siempre llamando y generalizando que el hombre es malo” (TC1). En la mayoría de

los casos el malestar va adoptando la forma del miedo. Miedo a ser “funados” —cancelados— y a que sus vidas puedan ser arruinadas, ¿pero arruinadas por qué y de qué manera exactamente?

El miedo, en el TCI, se identificó como una emoción conjunta que dio inicio a un cierto colectivo emergente en los varones; a una reacción compartida. En este sentido, como propone Sara Ahmed, una emoción tiene efectos referenciales. Transforma al mundo de los cuerpos, pero también al de los objetos (2014: 42). De acuerdo con algunas de las experiencias de estudiantes varones, en 2022 los hombres estaban siendo señalados —y desde muchas perspectivas, el sentimiento era más bien perjudicados. Parafraseando a Ahmed, el miedo se atribuye a los cuerpos de *las otras*, en este caso, pero la posibilidad de que el objeto de miedo *pase a nuestro lado* incrementa dicha emoción (2014: 42).

El miedo puede intensificarse y convertirse en odio, por supuesto. En este extremo estarían los afectos masculinistas y antifeministas que afloran en grupos sociodigitales de estudiantes hombres universitarios, como se ha esbozado. Pero no es ese lado de la tensión emocional el que resulta más interesante, insisto, sobre todo si el objetivo conjunto que une al activismo de las mujeres —la circulación digital de figuras y términos, la enseñanza obligatoria y el intento por transversalizar los estudios de la masculinidad— es identificar y trabajar con jóvenes hombres que se están pensando en el cambio; que están buscando vías para reorientarse.

El miedo, por otro lado, también puede derivar en incomodidad y desconcierto, lo cual no siempre es negativo; en todo caso lo son la indiferencia y la rabia. Por ello, más bien, interesan las resignificaciones afectivas de algunos grupos de sujetos muy específicos. En un lado, están los compañeros “parlantes”, quienes parecen estar viviendo una revolución de género en sus modos, movimientos y expresiones, pero que no escapan del todo al sentimiento de malestar. En modo paralelo, o complementario, está esa posición que deriva el malestar hacia la precaución de los “observadores silenciosos”. Sin duda, en esta línea, uno de los aspectos más llamativos de la conversación guiada en el trabajo de campo 2 (TC2) fue la tensión contradictoria que se da entre la percepción de la FFYL como un

espacio de respeto y apertura —en cuanto a cómo se expresa y vive el género— frente a la sensación de que las interacciones diarias están muy vigiladas.

Cuando se les preguntó: “¿Qué significa ser hombre en la UNAM del siglo XXI?”, “C”, quien se aproxima al perfil de los estudiantes “parlantes”, respondió:

Yo considero que es muy fácil. Muy abierta. Hay muchas pautas y hay muchas libertades. Porque podemos pensar en espacios más autoritarios, pero nada que ver. La universidad sí es muy abierta. En ideales e ideología. Nadie te juzga por un comentario. Ni de juego, ni en privado (TC<sub>2</sub>).

Por su parte, “E”, a quien identifico como parte del grupo de los “observadores silenciosos”, menciona:

Yo pienso lo contrario de lo que acabas de decir. Ser hombre aquí en la universidad sí implica tener mucho cuidado con lo que piensas, con lo que dices, porque se pueden malinterpretar las cuestiones. Por las cosas, por las palabras. Y no nos la acabamos, en especial en nuestra Facultad en la que (risas) nada más están escuchando y checando qué dices (TC<sub>2</sub>).

Más adelante, tras la pregunta “¿Cómo describes el ambiente actual de la Facultad si piensas en expresiones, identidades y relaciones diversas de género y de sexo?”, “C” reflexiona: “Como que todo va fluido, pero nomás estás esperando el momento en que se cometa ‘algún’ fallo... para entonces sí actuar” (TC<sub>2</sub>).<sup>12</sup> Al parecer, los sentimientos de libertad que produce un contexto variado y expresivo van acompañados de vigilancia. Los hombres en la FFyL “deben cuidar sus palabras y formas de expresarse, pues éstas pueden ser malinterpretadas” (TC<sub>2</sub>). Desde el punto de vista de los dos

12 Los entrecomillados al interior son introducidos para resaltar algunos términos y expresiones que se discuten y problematizan en el capítulo.

entrevistados, los estudiantes hombres de la FFyL se mueven con precaución e, incluso, con autocensura.

Volvamos ahora a la tensión que surge de la sospecha. Los hombres y compañeros, muchos de ellos “progres”, en parte femeninos y gentiles, en realidad siempre pueden aparecer como “falsos aliados”. Parece, en lo que se describe como ese sistema de autovigilancia, que siempre se pueden cometer fallos. Estos pueden aparecer, incluso, en las expresiones más cotidianas: una pregunta, un comentario, un hacer o un no hacer. Consideremos ahora qué es exactamente ese “algun”, “ese algo” que puede emerger y en “ese todo” que las mujeres y los feminismos “siempre” pueden percibir como una falla y una afrenta. Si “ese algo” puede salir a la luz en cualquier momento en que la autovigilancia se relaje, acaso es porque “ese algo” en realidad *está ahí*, en alguna parte, pero, ¿en dónde exactamente?, y ¿por qué un alumno debe sentirse incómodo, temeroso y culpable por “ese algo” que al parecer no ha hecho y al que tampoco puede poner del todo en palabras? Es posible que en espacios de tensión los términos indefinidos digan más sobre la masculinidad y sus problemas que las palabras cuyos significados son conocidos y se comparten.

#### ASOCIATIVIDAD OBLIGATORIA: “ESE ALGO” Y LA MASCULINIDAD QUE “ES ESO”

Al preguntar en la conversación guiada “¿Qué es la violencia de género?”, “C” responde: “A lo mejor que algún compañero hiciera algún comentario sobre alguna chica” (TC<sub>2</sub>). De entrada, para “C”, estudiante “parlante”, la violencia de género se liga directamente como algo “fuera de” y en un escenario hipotético; sin embargo, hay cierto reconocimiento de que las formas de violencia por motivos de género pueden ocurrir en lo cotidiano y mediante formas simbólicas que acontecen en el nivel discursivo y de interacción. En la FFyL y en la UNAM, a partir del activismo y paro feministas, ha habido diversas campañas para mostrar aquello que acontece en lo más próximo y diario. Con énfasis en la masculinidad, los conocidos como “micro-machismos”, acuñados por Luis Bonino (2004), se han sumado a

algunos empeños por hacer ver cómo es que un chiste, un ejemplo utilizado por un profesor o una serie de lugares comunes fijados en la cultura, son manifestaciones de violencia sexista y por ende promueven, sostienen y soportan a formas más elaboradas y complejas de violencia sexual.<sup>13</sup> Este conocimiento podría encontrarse, implícito, en “ese algo” que “alguien” diría sobre alguna compañera.

Ahora bien, en cuanto al objetivo de este trabajo, vuelve a resultar interesante insistir en el recurso a indefinidos que estoy llamando masculinos o de masculinidad. En un nivel podemos pensar que a lo que refieren es a la necesidad de no entrar en detalles, además de ser útiles para establecer distancia. Exponer un ejemplo de esos indefinidos con todas sus letras bien podría significar que quien habla en primera persona se reconozca como parte de “ese algo”; como parte de un grupo, digamos. No hay que dejar fuera la abierta intención de un estudiante “parlante” por mostrarse como hombre en deconstrucción.<sup>14</sup> Esto podría poner en duda el trabajo realizado con los dos primeros límites: la aceptación de formas femeninas y la demostración de que la homofobia no forma parte de su identidad. Considero que, al buscar la manera de transitar por un terreno minado, quien habla está pensándose a sí mismo como un sujeto masculino en transformación, lo cual es positivo, sin duda. La lectura crítica que tal acción pueda tener al ser interpretada es otra cuestión pues, finalmente, éste es el trabajo que debe hacerse desde un enfoque académico. Hilando más fino, acaso la cadena de indefi-

13 En trabajos precedentes (Zabalgoitia, 2022; Zabalgoitia y Bautista, 2024) se ha esbozado la posibilidad de organizar formas variadas de violencia cotidiana bajo la noción de “microfísica sexista”. De forma preliminar, ésta se comprende como toda expresión, sea verbal o corporal, que opera en el extremo micro de un continuo de violencia y bajo las marcas del sexismo, proviniendo esas formas tanto de posiciones individuales como de asociaciones de masculinidad.

14 El término hombre deconstruido —o *deconstruido*— se ha hecho muy popular en los circuitos digitales. En un extremo, apunta a varones que se están pensando en el tránsito hacia unas masculinidades positivas o sanas. En otro, muchas jóvenes feministas lo han visto como una falsedad; como una estrategia para parecer *aliados* o *aliadas* y poder mantener dividendos y poderes. En todo caso, si el término deconstruido hace referencia a la deconstrucción derridiana, la cuestión de un hombre deconstruido sería imposible. Éste o éstos tendrían que pensarse —empujarse— más allá del binario de la diferencia sexual con todas las implicaciones que esto conllevaría como, por ejemplo, situarse fuera —o en el revés— de la masculinidad. Esto no se ha hecho.

nidos no está pensada solamente para el uno mismo —la imagen que proyecto desde *mi masculinidad*—, sino para “ese algo” que aparece de manera recurrente y que a quienes cita y convoca es a los otros.

En su respuesta a la misma pregunta —sobre qué es la violencia de género—, “E” de nuevo es más elocuente:

Yo sí [la he experimentado] desafortunadamente. En los niveles de secundaria y preparatoria sí fui partícipe. Ignorancia, o no sé qué pasaba en mi mente en esos tiempos. Hoy lo vuelvo a pensar y sí es como “porqué dije eso” (TC<sub>2</sub>).

Después agrega:

Sí, yo sí vengo de un ambiente muy denso, muy machista, en mi casa. Pero yo creo que esa no es la excusa para que yo fuera... digo... que volviera a repetir... o estar “fuera de lugar”. Ya sea por “una cuestión de amistades”. Por los mismos comentarios de otros compañeros, amigos (TC<sub>2</sub>).

A pesar de la indefinición que igualmente planea en esta respuesta, la cual vuelve a aparecer como una estrategia para marcar distancia con los compañeros —las amistades— que son los que replican esos “mismos comentarios”, su uso ilustra, de nuevo, el conocimiento de cómo es que la práctica de formas de violencia sexista y sexual se reconoce como el problema —el verdadero problema—, en el mundo de interacciones inter e intragénero. “E” es muy elocuente y sincero a la hora de transmitir su historia en primera persona. A lo largo de la conversación va abriéndose para mostrar cómo es que la educación machista que recibió lo marcó y condicionó. Ha sido en espacios como los del TFAC y en el propio momento de género de la FFYL que él ha logrado comenzar a poner nombre a las cosas —en cierta medida— pero, sobre todo, a identificar afectos, acciones y posiciones.

Frente a la pregunta: “¿Qué experiencias positivas o negativas has vivido como estudiante dentro del reciente movimiento feminista?”, “C” responde que entre las “cosas malas” al inicio se dio una

rivalidad entre hombres y mujeres. En los “pros”, admite “que estos movimientos sí abrieron más a que ya no hubiera chistes de ‘humor negro’, no sólo sexistas contra las mujeres, sino también el humor negro como puede ser con las personas discapacitadas” (TC<sub>2</sub>). “E”, por su parte, entre las cosas negativas habla de

toda “la carrilla” que en la familia se ve: “las viejas locas hacen su desmadre”. Y uno era como “Okeeeey, mmmmh”. Pero cómo explicarle estas cosas a gente de pensamiento cerrado. Entonces pues sólo escuchaba y callaba. Pero pues enfrascaban a toda la FFyL (TC<sub>2</sub>).

“La carrilla” es una estrategia clara del machismo sexista. A “E”, sin duda, lo marcó el hecho de que en su familia y contexto un grupo de “viejas locas” pararan la Facultad; interrumpieran la vida.

En un extremo esta cuestión deriva a lo que Ahmed denomina como “chicas voluntariosas”, en *Vivir una vida feminista* (2018). Para esta autora las “feministas voluntariosas” trazan siempre historias “afectivas”, ya que recogen los sentimientos que en teoría “no debemos sentir porque truncan la expectativa de quiénes somos y qué debería ser la vida. No es extraño que el feminismo cobre una carga tan negativa: es contrario a la felicidad, contrario a la vida”. Con esto, “hacerse feminista es aguar la fiesta a otras personas, truncan su alegría y sus esfuerzos”, agrega (Ahmed, 2018: 97). Sin embargo, en otro extremo, que es el que se establece entre los hombres y su relación con la masculinidad como un requisito de pertenencia y de asociatividad obligatoria, el movimiento organizado de las MOFFyL sin duda representó un problema y un quiebre. El nuevo tiempo de género ha permitido que algunos estudiantes se piensen en el cambio y diseñen nuevas maneras para no parecer —o no ser— tradicionalmente amenazantes y agresivos. Sin embargo, los otros no dejan de estar ahí. Constantemente aparecen. Hay “algo” que se les debe; “algo” que exigen.

Veamos ahora un caso. Éste fue compartido y analizado en el TFAC con la participación de “C” y “E” en ese grupo. Svend Nielsen (2017), futbolista danés y militante de grupos de varones profeministas en el artículo “El macho progre y el feminismo como espacio

de lo políticamente correcto” alude directamente a un claro problema contra el feminismo y contra los hombres que se autodeterminan feministas —o que pertenecen a espacios que así se asumen, como las universidades o equipos de fútbol, como en su caso. Este “enemigo” habita en los lugares exclusivamente masculinos: un partido, los vestidores, las celebraciones. Ahí “el militante” se quita “las gafas violetas y habla de alguna mujer, realiza chistes sobre las disidencias, se mide con amigos sobre con qué mujeres estuvieron, e incluso cuenta dichas intimidades” (Nielsen, 2017: s. p.). La pregunta para el futbolista es clara: “¿Lo hacemos porque el feminismo realmente nos atraviesa o porque es lo políticamente correcto?”. ¿Qué es lo que le dijo a Nielsen el compañero de militancia aparentemente profemista en los vestidores porque éste no pudo detener un gol durante el partido? Le dijo: “Esa no la viste porque tenía forma de pene” (Nielsen, 2017: s. p.). Fue por este comentario por lo que escribió el artículo.

Retomando la conversación guiada una vez más, al preguntar: “¿Qué crees que los hombres deberían hacer o cambiar en el mundo universitario actual?”, “C” mencionó que

las conductas más simples, creo yo. Tan simple como hacer comentarios entre hombres, yo creo que va por ahí la cosa. Dar ese espacio y respetar. Son cosas muy sencillas; yo creo que en el día a día. Y ya así sería más fácil, yo creo (TC2).

“E” agregó: “Sí, yo creo que esa siempre ha sido la base de toda la cuestión. El respeto, la tolerancia y el saber escuchar”. Al preguntarle qué es lo que entiende por respeto, tolerancia y saber escuchar, dijo: “Por respeto... definirlo como una cuestión en la que no porque se piense diferente a lo que ‘tú traes’ vas a contraatacar de igual o peor manera”.

¡Qué gran cuestión!, porque ¿qué es eso “que tú traes”? ¿Y qué es lo que “traen los demás” en términos de género, sexo, sexualidad y violencia? Es decir, parece que la violencia de género, desde la posición de los estudiantes, no está sólo —o no tanto— en la relación con las compañeras y las mujeres sino que, más bien, hay que mirar

a los compañeros para pensarla en sus propias experiencias. Esta es la definición horizontal de masculinidad que Rita Segato (2018) configura como un mandato que *no puede trabajar* sin el de violación y violencia.

Al preguntar a los estudiantes: “¿Qué es para ti la masculinidad?”, “C” respondió: “Construcciones sociales. Un casillero en el que ‘te meten’: todo eso es ser hombre. Ser fuerte; el pilar de la familia; trabajar. Esas cosas supuestamente masculinas”. “E”, una vez más, prefirió hablar desde sí: “Cada vez que escucho el término ‘masculinidad’ viene a mi mente el padre con el que crecí: ‘tú no puedes llorar’, ‘tú tienes que ser valiente’, ‘cuando seas grande vas a trabajar para mantener a tu esposa’”. Después, agrega:

Y sí, todavía ese tipo de comentarios; y que sí, pues apenas estoy comprendiendo: “¿por qué no puedo usar color rosa?”. Mis amigos me agarraron “de bajada” por comprar un monedero rosa. Sí, claro, entonces yo creo que la masculinidad “es eso” (TC2).

Cuando “E” habla de que “es eso”, ¿“eso” es lo que van a pensar de mí si me salgo del club? ¿“Eso” es de lo que sospechan los feminismos? ¿Se necesitan, con esto, más evidencias de que los hombres somos capaces de comenzar a cruzar el límite que protege a las asociaciones y fratrías de la masculinidad para salir de “eso”? Relajar el sexismo —el desprecio a lo femenino— con prendas, formas, movimientos y maneras menos tensas o agresivas, ¿significa la erradicación de prácticas sexistas cotidianas y el recurso a mitologías misóginas? Suavizar el terror a la homosexualidad con la incorporación de expresiones de los hombres gay o *queer*, ¿asegura la extinción de la homofobia? Con estos “arreglos” en la expresividad del género masculino, ¿se materializan privilegios? ¿Qué limita a los estudiantes para pensarse dentro de relaciones de poder y estructuras de violencia sexista y sexual, a nombrarlas de forma directa? ¿Esta relajación aparente de los primeros dos límites es una estrategia frente a los últimos avances de los feminismos en las universidades? Acaso una buena parte de la incomodidad proviene de la incapacidad de superar a la asociatividad obligatoria.

## INDEFINIDOS MASCULINOS QUE HABLAN DESDE LAS EMOCIONES

Como ha sido posible observar a lo largo de la conversación, tanto en la experiencia de “C”, como en la de “E”, hay un espacio incómodo que no siempre puede evitarse. Se trata de la interacción con algunos grupos de compañeros y amigos. En el curso de la conversación guiada las respuestas a otra pregunta vuelven a revelar matices de esta tensión: “¿Qué te preocupa o interesa si piensas en tu sexualidad como hombre y estudiante?”. “C” menciona, apresurado por ser el primero en expresarse: “Lo primero que me viene a la cabeza es que estemos haciendo ‘las cosas bien’, que no nos vayamos a equivocar. Que nos estén enseñando bien sobre ‘todo eso’. Esto es muy importante”. “E”, por su parte, permanece callado unos instantes.

—E, ¿a ti qué te inquieta?

—Eh, pues, que en algún momento “se generalicen” a todos los varones de la FFyL. Y que haya muchas consecuencias... refiriéndonos... a... mmm... a que por machismo o cuestiones de homofobia... esas cosas “raras” que pasan por la mente de uno, y que luego las dice o las comienza a replicar... “valemos” todos los seres con pene (TC2).

Lo que resalta a primera vista es que ninguno de los dos hable sobre aspectos específicos de la sexualidad: cortejo, deseo, erección —o la falta de—, sentimientos, consentimiento, preguntar qué es lo que le gusta a la otra persona, compartir lo que uno mismo espera, etcétera. En ambos casos sus intereses y preocupaciones se orientan al bien hacer y las posibles sanciones que algún acto o práctica podrían recibir, volviéndose a citar un universo indeterminado pero significativo. Para “C” lo importante es no equivocarse y que se le enseñe bien sobre “todo eso”. “Eso” parece ser, una vez más, la concentración de fuerzas y tensiones que se han venido contrapunteando.

La intervención de “E” en este caso vuelve a ser mucho más rica y compleja. El “valemos” que utiliza tiene un sentido doble. Por un lado, en el lenguaje coloquial significa “valemos madre”, es decir, “todos caemos”, “todos somos metidos dentro del mismo costal”. A

estas alturas del texto, como he argumentado en el párrafo anterior, es posible aseverar que ese costal sea otra metáfora para el “todo eso”: “el eso” que es la masculinidad y el “ese algo” que es un problema en las interacciones; es decir, el machismo, la misoginia y las formas que adquieren las expresiones de violencia masculina sexista y sexual. Al final, el estudiante “parlante” resultó ser mucho más cauto. La cuestión, el secreto, radica en “hacer bien las cosas” para “no irse a equivocar”. “E”, como pudo verse a lo largo de la conversación, desde su puesto aparentemente “observador” deja a un lado el silencio y habla con enorme elocuencia. Habla de esas cosas “raras” que pasan por la mente de un hombre. Cosas que si no se tiene el debido cuidado pueden incluso verbalizarse y replicar lo que otros sí dicen y hacen. Una vez más pensemos en los grupos de amigos o en las interacciones homosociales con compañeros. Las preocupaciones de ambos son, en cualquier caso, completamente válidas. Considero, incluso, que es un principio de cambio que apunta a esos lugares profundos y casi intocados en los que el sexo masculino se reviste de formas micro y macro de sexismo, y de una sexualidad dominante y muchas veces violenta.

El trabajo realizado con estos dos valientes voluntarios ha sido de gran ayuda no sólo para medir las posiciones y temperaturas del momento actual de género en la FFyL y los efectos que discursos, acciones y emociones estarían teniendo en estudiantes hombres. Lo ha sido, también, para problematizar desde experiencias jóvenes y vivas a otras anquilosadas y fijadas en la naturaleza cultural del machismo en las universidades, como intentaré esbozar con un caso posterior en el cierre. Los estudiantes participantes en el cuestionario, así como los dos interlocutores en la conversación, viven a diario su experiencia universitaria bajo las fuerzas que tensan y a la vez —quiero pensar— liberan. Son las que se han ido recogiendo y problematizando desde el inicio de este trabajo: las denuncias de las colectivas sobre estructuras vivas de violencia sexista y sexual; el aumento y circulación de mensajes físicos y digitales que apelan a los hombres y la masculinidad; su propia experiencia en la educación formal con perspectiva de género; la incipiente transversalización de nociones y teorizaciones provenientes de los estudios de los

hombres y de la masculinidad; acaso también las pruebas, que en lo formal e informal, se estarían exigiendo a los hombres para demostrar cambios profundos y verdaderos. Esas figuras que chocan con su idea de sí y que en muchos casos los incomodan y retraen: el “falso *aliado/e*”, el “macho progre”, la posibilidad —y miedo— de que su vida como cuerpos generizados y sexuados tenga “dos caras”. Éste es su día a día.

Por esto último no quisiera dejar fuera una respuesta repleta de afecto y transformación en el sentido teórico y vivo del término. Al preguntar: “¿Qué sentimientos, qué reacción, te producen mensajes como: ‘¡Muerte al macho!’ y ‘¡La heterosexualidad mata!’?”, “C” respondió:

La piel se te pone chinita. Yo siento “rico”, pues porque sí son mensajes muy radicales. Si te “sacan de onda”. Sí es como para reflexionar. Ya no es como una pinta más de “Amor y paz” o “Igualdad para todos”; ya “es algo” “más real” que sí te pone la piel chinita (TC2).

Que se te erice la piel. No se me ocurre mejor expresión para narrar algo que opera en el fondo, quiebra y reorienta a los cuerpos hacia nuevas rutas y posibilidades. Todd W. Reeser (2019), al buscar las conexiones entre el estudio de los afectos y la construcción y práctica de la masculinidad asevera que tal relación no puede dejarse fuera, pues ya sea que un hombre exprese o no una emoción, de todas formas ahí hay algo muy visceral e intenso que ya ha tenido lugar; que ya ha ocurrido. Este hombre ya ha sido afectado y es tras una reacción física que puede llevar lo vivido al discurso. Para ejemplificar esta cuestión expresa que si un hombre sexista, homofóbico y supremacista comparte su rabia con otro hombre en cuanto a los derechos de los gays, el feminismo y los discursos antirracistas, esto es porque ya ha respondido visceral y físicamente a una situación relacionada con estos movimientos. Además, él ha aprendido que una expresión de furia funciona de manera retroactiva; es decir, no tiene por qué corresponder exactamente con lo que suceda en el tiempo y espacio actuales. Las emociones de odio sexistas, homofóbicas y racistas recapturan emociones que se colocan en discursos

“culturalmente reconocibles”, apunta Reeser (2019: 104). Pero, entonces, las emociones de liberación deben poder actuar, igualmente, por acumulación.

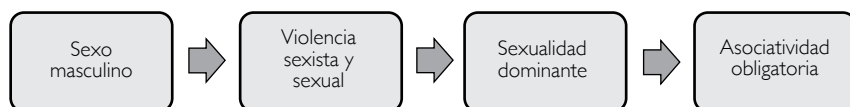
En este sentido, como Bourdieu (1998) propuso, si la masculinidad opera tanto en lo objetivo —un efecto, un acto— como en lo subjetivo —las afectaciones y performances del sí—, entonces quiere decir que “ese algo” percibido por los estudiantes es un movimiento conjunto e inédito para localizar las resistencias ocultas dentro de los cambios aparentes. En este caso, se ha propuesto a la obligación a asociarse, a la asociatividad, como un núcleo fuerte de oposiciones a la transformación, pero también como “algo” de lo que “algunos” quieren escapar.

#### A MANERA DE CIERRE: ASOCIATIVIDAD OBLIGATORIA Y MASCULINIDAD INTERACTIVA

Los hombres jóvenes en la universidad parecen estar negociando cruces de los límites fundamentales que condicionan a la masculinidad. Su experiencia como hombres en formación los está llevando hacia la exploración de nuevas rutas, incorporando así formas de feminidad y negociando con los consabidos terrores y desprecios de la homosexualidad y otras formas de vida no heteronormadas. Incluso, como se ha visto, el límite más complicado, el del compromiso que exige la asociación obligatoria bajo recursos y pruebas de violencia sexista y sexual, comienza a aparecer como un problema en sus vidas. Acaso faltan palabras. Nombres y apellidos para “todo aquello”, para “ese algo” que un nuevo tiempo de género les pone sobre las narices. Además, falta ponerles nombre a emociones. Términos más precisos para dimensionar no ya sólo su género —y lo que pueden hacer con éste si lo desdoblan, desvían e incumplen—, sino su propio sexo y sexualidad. Una dimensión más amplia y chocante del continuo de violencia sexista y sexual igualmente los interpela, junto con los mensajes y afrentas feministas. Ésta es otra parte notoria de la incomodidad en la que parecen estar inmersos.

Para ilustrar este extremo pongamos un ejemplo. Supongamos que un académico de ésta o de otra universidad se encuentra en un evento. Imaginemos que ese varón es coordinador o director de un programa o una instancia de peso. Es, pues, un hombre bien situado en la estructura universitaria. Imaginemos ahora que se encuentra en un evento académico formal. En la mesa sólo hay hombres. Todos de traje oscuro. Hombres tradicionales cuya expresividad encarna los valores de la masculinidad que “es eso”. En un punto del evento los micrófonos están apagados. La situación se presta para hacer referencia a una mujer en un cargo igualmente importante que el suyo: coordinadora, directora, algo afín. Por el contexto en el que se enmarca el evento es posible referir a determinadas acciones de esa mujer. Imaginemos que el hombre, sin saberlo —o sí lo sabe, pues no queda claro—, es grabado desde el público cuando dice, entre sonrisas de complicidad para los compañeros de la mesa: “¡Pinche vieja culera!”. Los demás ríen.

Este caso probable permite hacer algunas preguntas válidas que buscan abonar al objetivo de este trabajo. Aquí, como se ha visto, se ha intentado rastrear algunas posiciones inéditas frente a fuerzas y tensiones discursivas, simbólicas y materiales que apelan a la masculinidad y a los hombres desde una diversidad de frentes. Tales lugares se han esbozado en las valiosas experiencias en primera persona de jóvenes estudiantes. Asimismo, desde el recurso a algunas teorizaciones recientes expresé el presupuesto del que parto para pensar cómo es que algunos ideales y normas de la masculinidad han cedido en la expresividad de género, pero no así en aquello que significa ser y sentirse hombre en términos de una cadena muy bien atada y vigilada. Esta cadena se enlaza de la siguiente manera: sexo masculino-violencia sexista y sexual-sexualidad dominante-asociatividad obligatoria. Esta concatenación, he venido expresando, se ata con fuerza mediante el último componente: es el que resulta clave.



Es así que el ejemplo imaginado como algo que puede suceder en los ámbitos universitarios resulta ser muy elocuente a la hora de pensar cómo se reacciona desde el muro de la asociatividad masculina, cuyo lenguaje es la violencia sexista y sexual; cómo se le protege y renueva; incluso, cómo se le enseña como recurso a otros hombres, entre ellos los estudiantes. Por ello, pregunto: ¿quién está hablando en ese performance mediado entre lo público y lo privado?, ¿con qué códigos de comunicación de masculinidad?, ¿son estos códigos conscientes? ¿“Esto” es a lo que se refieren los feminismos académicos y digitales a la hora de hablar de “dos caras”, una pública y una privada? ¿Desde qué nivel —qué fibras— de su propia persona o idea de sí habla un hombre que recurre a términos tan degradantes? ¿Qué significa en ese espacio formal supuesto el recurso a la cosificación y la denigración, a la simbolización de una sexualidad violenta, dominante, posesiva y anal: “¡Pinche vieja culera!”? ¿A quiénes dirige tal mensaje? ¿Se lo dice a sí mismo o a los compañeros de la mesa y del público?

Cuando en la conversación guiada se preguntó sobre cómo definirían “sexo” y “género” masculinos, más allá de alusiones a lo biológico, lo corporal y lo cultural, “C” expresó algo muy sugerente: “En el género masculino ya entra la capacidad de decidir, tu elección... Ahora sí que te toca ya escoger de aquí, de ahí, de allá y de allá. Ahí ya entra ‘en juego’ la persona”. Entonces le pregunté: “¿Como si fuera un videojuego? ¿Escoges cómo vestir a tu personaje, escoges qué cara quieres, etcétera?”. “C” agregó: “Sí, así ya tú creas tu masculinidad”.

Como se intentó mostrar, la cadena afecto-emoción como un poder acumulado y retroactivo es lo que permite que un hombre se exprese con términos sexualmente degradantes en cualquier escenario y que la respuesta sea, invariablemente, risas masculinas de aprobación —o un silencio cómplice. El problema es que estas pedagogías afectivas-efectivas formen parte del juego de la masculinidad interactiva en el que un joven estudiante se reconoce. El problema, también, es que esos términos emocionales de rabia y desprecio se fijen dentro del grupo de esas “ideas raras” que un hombre puede tener, como “E” compartió con enorme franqueza. Para Reeser, la propuesta es

no sólo estudiar cómo la masculinidad se relaciona con los afectos sino, más bien, cómo esta relación genera patrones cíclicos y cadenas afecto-emoción que se vuelven recurrentes en la cultura de la masculinidad (2019: 105). Yo agregaría que una vez que identificamos esta suerte de cadenas también estamos dibujando las puertas de salida. Las vías de escape.

## REFERENCIAS

- Ahmed, Sara (2018), *Vivir una vida feminista*, Barcelona, Bellaterra.
- Ahmed, Sara (2014), *La política cultural de las emociones*, México, UNAM.
- Ajuntament de Barcelona (2023), “Falso aliado”, *Ajuntament de Barcelona*, <<https://ajuntament.barcelona.cat/dones/es/terme-glossari/falso-aliado>>, consultado el 2 de noviembre, 2023.
- Arvelo, Verónica (2023), “Hombrecito ‘chistoso’”, *Feminismo-inc.com*, <<https://feminismoinc.org/2022/08/hombrecito-chistoso.html>>, consultado el 2 de noviembre, 2023.
- Badinter, Elisabeth (1992), *XY. La identidad masculina*, Madrid, Alianza.
- Bonino, Luis (2004), “Los micromachismos”, *La Cibeles*, vol. 2, pp. 1-6.
- Bourdieu, Pierre (1998), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Bridges, Tristan y Cheri Jo Pascoe (2014), “Hybrid masculinities: New directions in the sociology of men and masculinities”, *Sociology Compass*, vol. 8, núm. 3, pp. 246-258.
- Butler, Judith (2007), *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós.
- Ciccía, Lu (2023), *La invención de los sexos. Cómo la ciencia puso el binarismo en nuestros cerebros y cómo los feminismos pueden ayudarnos a salir de ahí*, México, Siglo XXI Editores.
- DeKeseredy, Walter (1990), “Male peer support and woman abuse: The current state of knowledge”, *Sociological Focus*, vol. 2, núm. 2, pp. 129-139.
- Demetriou, Demetrakis Z. (2001), “Connell’s concept of hegemonic masculinity: A critique”, *Theory and Society*, vol. 30, núm. 3, pp. 337-361.

- Di Napoli, Pablo (2021), “Jóvenes, activismos feministas y violencia de género en la UNAM: genealogía de un conflicto”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 19, núm 2, pp. 1-27.
- FFyL-UNAM (2025), “Asignatura Género, violencia y ética comunitaria”, <<https://asignatura-genero.filos.unam.mx/>>, consultado el 9 de febrero, 2025.
- Hearn, Jeff y Richard Howson (2019), “The institutionalization of (critical) studies on men and masculinities: Geopolitical perspectives”, en Lucas Gottzén, Ulf Mellström y Tamara Shefer (comps.), *The international handbook of masculinity studies*, Londres, Routledge, pp. 19-30.
- Kimmel, Michael (2000), *The gendered society*, Nueva York, Oxford.
- Masculinismo México (2023), <<https://www.facebook.com/MasculinismoMexicoOficial/>>, consultado el 2 de noviembre, 2023 (grupo de Facebook).
- Mulato, Abril (2016), “Este es Nacho Progre, la parodia mexicana de un neomachista”, *El País*, <[https://verne.elpais.com/verne/2016/07/12/mexico/1468288609\\_231849.html](https://verne.elpais.com/verne/2016/07/12/mexico/1468288609_231849.html)>, consultado el 2 de noviembre, 2023.
- Nielsen, Svend (2017), “El macho progre y el feminismo como espacio de lo políticamente correcto”, *La tinta*, <<https://latinta.com.ar/2017/09/22/macho-progre-y-el-feminismo/>>, consultado el 2 de noviembre, 2023.
- Ranea, Beatriz (2021), *Desarmar la masculinidad: los hombres ante la era del feminismo*, Madrid, Catarata.
- Reeser, Todd W. (2019), “Approaching affective masculinities”, en Lucas Gottzén, Ulf Mellström y Tamara Shefer (eds.), *Routledge international handbook of masculinity studies*, Londres, Routledge, pp. 103-111.
- Rich, Adrienne (1996), “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana”, *Duoda: estudios de la diferencia sexual*, núm. 10, pp. 15-48.
- Rubin, Gayle (1996), “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM, pp. 35-96.

- Segato, Rita Laura (2018), *Contra-pedagogías de la crueldad*, Buenos Aires, Prometeo.
- Wittig, Monique (2005), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Barcelona, Egales.
- Zabalgoitia, Mauricio (2022), “Educación, masculinidades y violencias en la universidad”, *Debate Feminista*, vol. 63, pp. 153-176.
- Zabalgoitia, Mauricio y Enrique Bautista (2024), “Microfísica sexista y masculinidad. Subjetividad, poder y percepción de violencia en varones estudiantes de la FFyL de la UNAM (semestre 2022-II)”, en Rubén Hernández, Benno de Keijzer y Aranzazú Belmont (coords.), *Masculinidades universitarias en tiempos de interpelación feminista*, México, UNAM, pp. 32-62.



## HOMBRES, MASCULINIDAD Y EL FANTASMA DEL FEMINISMO EN LA UNAM: APUNTES PARA UN ANÁLISIS EMOCIONAL Y AFECTIVO<sup>1</sup>

*Alí Siles Bárcenas*

### INTRODUCCIÓN

En el año 2019 se registraron una serie de movilizaciones al interior de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por parte de diversas colectivas de mujeres.<sup>2</sup> Estas movilizaciones incluyeron, entre otras acciones, manifestaciones denunciando prácticas violentas y de acoso en contra de mujeres universitarias, la creación y presentación de pliegos petitorios, y la toma de diversos espacios en el campus de Ciudad Universitaria y en otros campus de la UNAM. Las colectivas surgieron y se desarrollaron en un ambiente de condena, impugnación y contestación de configuraciones de las relaciones de género operantes en el medio universitario, así como en la generalidad de la sociedad mexicana, que afectan de manera desproporcionada a las mujeres. Tal ambiente se había venido gestando y fortaleciendo años atrás, especialmente durante la segunda mitad de los años diez del siglo XXI.

La denuncia y la movilización por parte de colectivas feministas interpelan directamente a los varones, y a la masculinidad como

- 1 Agradezco a las compañeras integrantes del Seminario Permanente de Investigación en Género del CIEG por su lectura y comentarios a una versión preliminar de este capítulo; especialmente a Marta Lamas por ayudarme a nombrar al espectro del feminismo que parece recorrer la UNAM y acechar particularmente a su población masculina.
- 2 Utilizo la forma femenina “colectivas” por ser ese el vocablo que la mayoría de los grupos de mujeres movilizadas a quienes me refiero han adoptado y utilizan para autoidentificarse.

forma de organización institucional de la universidad y la sociedad toda. Las múltiples expresiones de denuncia que durante meses cubrieron muros y ventanales de facultades y escuelas de la UNAM incluían consignas como: “ante la violencia machista, autodefensa feminista”, “los hombres lo arruinan todo”, “no hay hombres aliados” o “les vamos a cortar la verga a todos”. Como lo ilustran estos ejemplos, al centro de las impugnaciones a la configuración relacional de género operante en la universidad hechas por las colectivas hay una serie de discusiones relacionadas con el actuar de los sujetos identificados como hombres, y la condición masculina en el ámbito universitario. Al mismo tiempo, esas discusiones generan cuestionamientos respecto al papel de lo masculino en la erradicación de prácticas violentas específicas y en la reformulación de las relaciones de género en su conjunto.

El contexto expuesto hasta este punto invita a explorar las dinámicas de producción y reproducción de las masculinidades al interior de la universidad y a indagar respecto a cómo éstas son vivenciadas por grupos e individuos, en términos de experiencia personal y corpórea en el entorno universitario.<sup>3</sup> La discusión presentada en este texto se deriva del análisis de más de 50 entrevistas en profundidad con hombres (cisgénero): estudiantes universitarios y personal académico de la UNAM,<sup>4</sup> realizadas como parte de un proyecto de investigación más amplio sobre masculinidades en la universidad. Aunque la muestra no es representativa en términos estadísticos, se

3 El objetivo general del proyecto de investigación titulado “Masculinidades universitarias frente al cambio en las relaciones de género: alcances y desafíos”, en el que he estado trabajando desde mediados de 2020 y del cual se desprenden los hallazgos discutidos en este capítulo, ha sido éste. Además del contexto particular al que me he referido, se consideran las respuestas institucionales que las autoridades universitarias han ofrecido y buscado implementar en consecuencia. Entre ellas destacan, por ejemplo, la incorporación de asignaturas sobre género como requisito indispensable de planes y programas de estudio para la obtención de grados en distintas escuelas y facultades de la universidad y la creación del Programa Integral de Trabajo con Hombres (Proith) en el seno de la Coordinación para la Igualdad de Género de la UNAM (CIGU). De manera relevante, el proyecto también se plantea rastrear las posibles modificaciones en el orden de género que se están gestando y continúan desarrollándose en el nivel cultural entre la comunidad universitaria.

4 Los participantes respondieron a invitaciones extendidas a sus comunidades por quien esto escribe, vía correo electrónico.

trata de una muestra polifónica (Mallimaci y Giménez, 2006) que incorpora a 32 estudiantes de licenciatura de 9 facultades y escuelas de la UNAM en Ciudad Universitaria (Arquitectura, Arte y Diseño, Ciencias, Ciencias Políticas y Sociales, Filosofía y Letras, Ingeniería, Psicología, Química y Veterinaria), con un promedio de edad de 20 años. Asimismo, incluye a 21 trabajadores académicos con diversos nombramientos; 11 profesores (Ciencias Políticas y Sociales, Psicología, Arquitectura e Ingeniería), 8 investigadores (Matemáticas Aplicadas, Ingeniería, Investigaciones Jurídicas) y 2 técnicos académicos (Matemáticas Aplicadas y Arquitectura), con un promedio de edad de 47 años. En el análisis se explora la relación entre estos hombres, la masculinidad, las masculinidades y lo que denomino “el fantasma del feminismo” al interior de la universidad, prestando especial atención a la dimensión tanto emocional como afectiva.

Dada la desconexión con la emocionalidad propia de las concepciones dominantes de *hombría* y *masculinidad*, la investigación sobre hombres y masculinidades ha atendido en mucha menor medida la dimensión afectiva de la experiencia masculina (Núñez, 2008). No obstante, como lo señala Juan Carlos Ramírez, las emociones ocupan un lugar importante en la reproducción o el cuestionamiento de las relaciones de “poder-resistencia-contrapoder” (2020: 26-27) que son parte de las configuraciones de la masculinidad. En ese sentido, resulta pertinente indagar cómo el contacto de estos varones con el feminismo, a partir de un momento de auge de la protesta y reivindicación feministas al interior de la universidad, ha impactado su posicionamiento frente al pensamiento y acción feministas, así como sus subjetividades y prácticas masculinas, a partir de experimentar emociones como empatía, vergüenza, tristeza, enojo o temor.

En el presente texto discuto cómo la experiencia del momento feminista actual, por parte de estos varones, incluye reposicionamientos discursivos y actitudinales de varones universitarios frente a problemáticas, reivindicaciones o demandas variadas —incluso dispares o inconexas entre sí— que ellos identifican ampliamente como feministas. Estos reposicionamientos se ligan con instancias de confrontación y sugieren procesos de toma de conciencia con base en la vivencia afectiva, particularmente en el marco de relaciones

interpersonales y de intimidad. Asimismo, incluyen atrincheramientos en modelos dominantes de masculinidad, o tensiones entre postulados feministas y planteamientos en pro de masculinidades no hegemónicas.

## UN NUEVO MOMENTO FEMINISTA

La metáfora de las olas se ha consolidado como una manera de historizar el surgimiento y desarrollo del pensamiento feminista. La noción central detrás de la metáfora es que durante más de un siglo, los esfuerzos por visibilizar, comprender y superar las condiciones de subordinación, desigualdad y opresión experimentadas por las mujeres, así como la violencia de la que históricamente han sido objeto, han tenido periodos de auge a lo largo de más de un siglo a los que se conoce como “olas feministas” (Cano y Espino, 2023).

Como lo señala Rosemarie Tong (2009), dichos esfuerzos tienen una dimensión política-social a la vez que una dimensión más teórica. Es decir, además de la producción de conocimiento académico, el pensamiento feminista tiene una vocación transformadora de la realidad que dota al feminismo de su carácter de movimiento político-social. Por otro lado, dada la diversidad de posturas y visiones agrupadas dentro de ese marco de pensamiento y acción política, así como los constantes y dinámicos diálogos, debates e intercambios que se presentan entre aquellas, en la actualidad es común hablar de feminismos, en plural, para dar cuenta de todo ello. Consecuentemente, es posible pensar en diversas agendas, tanto políticas como de investigación, que se identifiquen y se autoadscriban como feministas.<sup>5</sup>

A pesar de sus limitaciones y sesgos, la metáfora de las olas ha contribuido a sistematizar el pensamiento y movilización feministas, y a hacer visibles esas luchas (Chaparro, 2022). Esto ha llevado a

5 Ejemplos notables, en esta perspectiva, pueden ser los feminismos descritos como liberales, separatistas, transexcluyentes, etcétera, que entrañan una propuesta de transformación en lo político, pero tienen visiones programáticas distintas de cómo alcanzar esa transformación y sus implicaciones (Calabrò y Palmieri, 2024).

diversas voces (García, 2018; Cobo, 2019; Varela, 2019) a señalar que, en el mundo en general, y en la región iberoamericana en particular, hoy se vive una nueva ola feminista. Más allá de la falta de acuerdos sobre el alcance geográfico o la temporalidad de las olas (y los problemas resultantes de ello), es un hecho que, como lo señala Amneris Chaparro, “el feminismo contemporáneo atraviesa por un momento excepcional [...] impetuoso y turbado” (2022: 88), que puede observarse en las masivas movilizaciones de mujeres en distintos países y ciudades de la región, y en la inclusión en la agenda pública de varios temas planteados por los diversos feminismos durante la segunda década de este siglo.

Este ambiente de efervescencia feminista ha tenido su impacto en el entorno universitario. En primera instancia, ha derivado en las formas de acción por parte de las colectivas a las que me he referido; acciones que entrañan el cuestionamiento e impugnación de lógicas relacionales que atentan contra los derechos de las mujeres y otras personas feminizadas. Asimismo, ha contribuido al desarrollo y diseminación de un discurso entendido, en líneas generales, como feminista, que fundamentalmente condena conductas violentas, opresivas y subordinantes, realizadas principalmente por sujetos masculinos. Por último, ha llevado a las autoridades universitarias a buscar responder a tales cuestionamientos por medio de la adecuación —o bien la creación— de instancias institucionales orientadas a la prevención, gestión y resolución de conflictos de género.

Actualmente es posible percibir entre la población universitaria una forma, ampliamente definida como feminista, de entender el mundo y relacionarse con él; un esbozo de lo que podríamos llamar, siguiendo a María Pía Lara (2021), un *imaginario feminista* que permite pensar en alternativas a las lógicas patriarcales hegemónicas de relación e interacción entre personas. Dicho imaginario feminista, en ciernes, si bien funciona como referente para determinadas interacciones, no necesariamente entraña una racionalidad política o teórica compleja y sofisticada. Más bien, parece formar parte de un espíritu de época inspirado por este nuevo momento feminista, que descansa fuertemente sobre una base tanto emocional como afectiva. Una especie de fantasma que genera temores, ansiedades e inse-

guridades entre la población masculina de la universidad; y puesto que el empuje de este nuevo momento feminista es de “indignación, dolor y rabia” (Lamas 2020: 16), avanza y enfrenta resistencias también según sea su capacidad para generar esas y otras emociones.

## EL FANTASMA DEL FEMINISMO EN LA UNAM

En la actualidad, la palabra feminismo parece haberse sacudido de su cariz como algo inherentemente negativo, y esto es cierto en gran parte de los espacios universitarios y fuera de la propia institución (Varela, 2019).<sup>6</sup> Muchos de los postulados y principios básicos del pensamiento feminista hoy son comúnmente aceptados e, incluso, algunos de ellos se han popularizado al grado que podría pensarse como “de moda”. Sin embargo, el hecho de que estas ideas se hayan incorporado tan ampliamente a la cultura común cotidiana acarrea el riesgo de su despolitización, de modificar su contenido —en algunos casos sustancialmente— y de convertirse en arsenal de visiones políticas o comerciales que, en un contexto neoliberal, capitalizan una lógica política identitaria (Brown, en Marasco, 2022). Lo anterior deriva en una polisemia del término feminismo que va más allá de las diversas posturas teóricas y políticas a las que se aludía líneas arriba, y que se aprecia en su incorporación al vocabulario de amplios grupos y actores políticos, sociales y económicos, entre otros (entre ellos, por supuesto, la población universitaria). Dicha polisemia incluye todavía, junto a las implicaciones positivas, connotaciones negativas.

Los términos “feminismo” o “feminista” son utilizados libremente en el entorno universitario contemporáneo para calificar o referirse a una serie de ideas, actitudes, y acciones asociadas con lo que se percibe como el núcleo del pensamiento feminista, como la denuncia de hechos violentos concretos (femicidios, instancias de acoso y violencia sexual); la movilización y manifestación por parte de colectivos de mujeres; la denuncia de ambientes hostiles hacia mujeres

6 Si bien todavía se consideran perniciosas determinadas posturas o actitudes asociadas al feminismo, como lo demuestra el empleo de epítetos como “extremista”, o el peyorativo término “feminazi”.

y otras personas feminizadas en ámbitos formales e informales; el cuestionamiento y la reformulación de los arreglos relacionales interpersonales y de pareja. Así, es común que hombres y mujeres universitarios hablen de estudiantes, personal académico, actividades, u opiniones como “feministas”, refiriéndose a una multiplicidad de posicionamientos y acciones por parte de mujeres organizadas en colectivas, así como de manera individual. Estas expresiones aluden a una especie de fantasma que recorre la universidad, no solamente reivindicando derechos legítimos y denunciando arbitrariedades, sino también acechando y atemorizando a la comunidad universitaria de diferentes maneras, sobre todo, a la población masculina cisgénero.

La dimensión digital de este fenómeno, en términos de la denominada “digitalización de la vida cotidiana” (Maureira-Velásquez y González-García, 2023), amerita una mención aparte. La población universitaria, especialmente la estudiantil, acusa una importante transversalización de la experiencia digital en su cotidianidad y en sus procesos de subjetivación. Los discursos y vocabularios diseminados a través de plataformas digitales son parte del repertorio de la acción cotidiana y contribuyen a la cultura en común de quienes integran la comunidad universitaria. Tomando todo esto en cuenta, no resulta extraño que los varones entrevistados<sup>7</sup> a menudo aludieran a discusiones y debates verificados en las redes sociodigitales, así como a numerosas interacciones en estos espacios, como parte de su experiencia y posicionamiento respecto a temas que consideran están estrechamente relacionados con el feminismo. El fantasma del feminismo se mueve de maneras mucho más dinámicas y fluidas en los espacios sociodigitales.

Es importante considerar lo señalado por Alejandra Collado (2022), en el sentido de que no sólo es posible, sino necesario, tomar en cuenta la existencia de una “tecnopolítica feminista” y el papel que ella ha jugado en el desarrollo y la socialización de conceptos y debates clave del feminismo, así como de una serie de acciones

7 Sobre todo, los estudiantes, pertenecientes a generaciones más jóvenes cuya experiencia vital está atravesada por lo digital desde edades muy tempranas.

y praxis feministas. La imbricación entre la experiencia digital y la interacción fuera de las plataformas digitales es tal que las narrativas de vida de los varones incorporan consistentemente elementos de ambos espacios, y se desplazan de maneras muy dinámicas y fluidas entre ellos (Floridi, 2015). En las secciones subsecuentes se resaltarán algunas instancias en las que los relatos de los participantes en torno a diversas posturas y acciones feministas se afianzan en la experiencia digital, y cómo ellas informan sus interacciones de manera directa, no sólo dentro, sino también fuera del ciberespacio. Por ahora, baste decir que la interacción digital juega un papel central en la manera en que los participantes entran en contacto con diversos discursos y reivindicaciones feministas, se familiarizan con ellos, los incorporan, los cuestionan o se distancian de ellos y, en esa medida, el fantasma del feminismo parece recorrer las redes y otros espacios digitales.

Además de la incorporación de nociones feministas a la cultura común y cotidiana de los varones universitarios, y la relevancia de la experiencia digital en esos procesos, otro aspecto central a destacar respecto a la interacción de los hombres entrevistados con discursos y posturas que identifican como cercanas o afines al feminismo es el de su convivencia con mujeres a quienes perciben como feministas, sea porque ellos las categorizan como tales o porque ellas mismas se identifican de esa forma. Las relaciones de pareja u otras formas de vinculación erótico-afectiva aparecen en las narrativas de los participantes como espacios relacionales clave para corporeizar al espectro del feminismo, y para conocer, discutir y sensibilizarse en cuanto a postulados o nociones de índole feminista. Algo similar ocurre con las relaciones de cercanía e intimidad que sostienen con mujeres autoidentificadas como feministas, a quienes designan como amigas o que forman parte de su red cercana de parentesco (hermanas, primas, madres, o incluso abuelas), de quienes dicen han tenido una influencia en su manera de concebir el entramado relacional de género y de interactuar en él.

La dimensión emocional de las relaciones interpersonales con mujeres autoidentificadas como feministas, en las que estos varones universitarios participan, se revela como central para el acercamiento de varios de ellos a la problematización feminista de la realidad.

Los relatos de los participantes se refieren a momentos de confrontación, por parte de mujeres cercanas, en sus interacciones. Ha sido a partir de esas interacciones y por esos vínculos cercanos que han experimentado empatía, indignación, tristeza o vergüenza frente a las denuncias, reivindicaciones y demandas feministas. En algunos casos, tales experiencias los han llevado a replantear su posición y experiencia como sujetos masculinos.

Antes de pasar a la discusión y análisis de las narrativas producidas por estos hombres universitarios, vale la pena subrayar un par de cuestiones. Por un lado, el amplio rango y disparidad en las posturas, posicionamientos e ideas en torno a los feminismos que se observan en dichas narrativas. Los varones identifican actitudes, acciones e ideas muy variadas como igualmente ancladas en el pensamiento feminista, con independencia del grado de reflexividad o politización que las respalde o motive. Por otra parte, el momento feminista que se vive en la sociedad mexicana, y de manera particular en la universidad, ha dado lugar a la transversalización de algunas formas discursivas en torno a las relaciones entre hombres y mujeres, que los varones universitarios han ido apropiando. Estos dos elementos complejizan la tarea de analizar el impacto que el momento feminista contemporáneo puede estar teniendo en las subjetividades y, de manera importante, en las prácticas masculinas, en términos de una convivencia de género más igualitaria. No obstante, considero los relatos producidos por los participantes como expresiones válidas de las narrativas que informan su experiencia como varones y, en ese sentido, los procesos de producción y reproducción de masculinidades en el entorno universitario.

## **HOMBRES CONFRONTADOS, ¿MASCULINIDADES DESESTABILIZADAS?**

Como lo señalé líneas arriba, la movilización feminista ha tenido expresiones de confrontación hacia los varones como colectivo y, de manera menos directa, hacia configuraciones de masculinidad que sostienen prácticas desiguales y violentas en contra de las mujeres y

otras personas feminizadas. Los participantes advierten esa confrontación y la articulan, mayormente, a partir de sus experiencias de interacción en sus vínculos relacionales más cercanos. Un ejemplo, es el de René,<sup>8</sup> estudiante de licenciatura de 22 años, quien señaló haber sido confrontado por su pareja en relación con algunas de sus actitudes y acciones para con ella:

Ya me controlo un poquito más, no me dejo llevar tanto por el enojo. De repente sí puedo llegar a tener actitudes... pues sí, machistas, hasta cierto punto, y como ella es partidaria del movimiento feminista, sí me ha ayudado a darme cuenta de que a veces tengo actitudes que no son las apropiadas.

René habló de su proclividad a “dejarse llevar” por el enojo, una circunstancia ampliamente asumida como propia de lo masculino, que suele ser tolerada e incluso alentada en ciertas circunstancias (Kauffman, 1998; Seidler, 2013), señalándola como una actitud que puede ser reprochable y censurable. Asimismo, sugirió que su conciencia sobre esto está ligada con el hecho de que su pareja, una mujer “partidaria” del feminismo, le ha señalado dichas actitudes y confrontado al respecto. La denuncia de actitudes masculinas violentas fue aterrizada por René en su experiencia cercana, atribuyendo el hecho de que su pareja le señale actitudes negativas (que él mismo califica como “machistas”) a la adscripción feminista de ella. En este caso, el encuentro con ese fantasma llamado feminismo se materializa en actitudes e interacciones concretas que pueden ser sopesadas y valoradas de manera más puntual. Ello propicia un desplazamiento, al menos discursivo, en la posición de René. Según su relato, esta confrontación ha redundado en una mayor vigilancia de su propio comportamiento tanto en las interacciones dentro del vínculo de pareja como en su entorno familiar y escolar.

El hecho de que mujeres cercanas a estos varones manifiesten abiertamente una postura e identidad feministas abre la posibili-

8 Se utilizan pseudónimos con la finalidad de mantener la confidencialidad de los participantes

dad para que ellos experimenten la interpelación feminista a ciertas lógicas relacionales de género en las que se encuentran implicados—sea como generadores de desigualdad y violencia contra las mujeres, como beneficiarios del estado patriarcal de las cosas o simplemente por ser ajenos o inconscientes ante dichas lógicas— y las descifren en una clave más personal y, por tanto, inteligible. Lo expuesto por David, otro estudiante de licenciatura de 20 años, es un buen ejemplo de ello. Él relató nunca haberse detenido a pensar en una serie de problemáticas experimentadas por sus pares femeninas a lo largo de su vida académica, hasta que conversó al respecto con su novia después de asistir a una charla organizada por una colectiva de mujeres, cuyas actividades ella seguía de cerca:

Como me dijo ella, yo nunca tuve problemas en la primaria, en la secundaria, de acoso, por el simple hecho de ser hombre, ¿no? Entonces, veo como esa parte, cómo las mujeres sufren cosas que nosotros no vemos, que no conocemos.

David señaló que éste fue un evento significativo para él, en la medida en que lo hizo ver cómo su posición como varón lo había protegido, por ejemplo, de experimentar acoso sexual en su trayectoria escolar. Destacó que, al consultar a su pareja si las experiencias expuestas por las oradoras en la charla le resultaban familiares y recibir una respuesta afirmativa que no necesariamente anticipaba, se vio confrontado con la necesidad de considerar la experiencia femenina para un mejor entendimiento de su propia realidad como sujeto masculino, así como la de las personas feminizadas, tanto en el entorno universitario como en el mundo en general.

De manera notable, si bien las experiencias a nivel personal parecen confrontar a los varones con aspectos negativos de sus propias prácticas masculinas o de su posición de privilegio como hombres, en muchos casos los testimonios de los participantes evidencian poca reflexividad sobre las masculinidades como articuladoras de procesos de subordinación o violencia contra las mujeres y otras personas

feminizadas en un nivel estructural.<sup>9</sup> Se percibe una sensación de desconcierto que resuena con la turbación del momento feminista a que me referí anteriormente. Esto es particularmente evidente al considerar los relatos de los varones de su experiencia digital, en ese sentido. Juan Carlos, estudiante de licenciatura de 20 años, lo expresó en los siguientes términos:

Simplemente es meterse en páginas [de internet] feministas, o grupos en redes [sociodigitales], y ver que existe una aversión total al hombre, ¡irracional! A veces hay mujeres comentando [publicaciones en línea] con esas posturas en temas que no me parece que estén relacionados. O sea, como que consideran al género masculino como el enemigo simplemente por serlo; ¿cuál es la principal razón para odiar a los hombres? Que somos hombres, [eso] se me hace muy difícil de entender.

Como Juan Carlos, otros participantes aludieron a la “confusión” que se genera ante la falta de elementos para distinguir entre posicionamientos, conceptos e ideas que parecen estar en tensión entre sí a pesar de aducir una raigambre feminista, lo que refuerza la idea de estar lidiando con un espectro impredecible y difícil de comprender. Es decir, se acusa una falta de elementos para relacionar la experiencia individual de género con su configuración estructural. Éste puede ser un aspecto a considerar en el diseño e implementación de asignaturas especializadas en género en los diversos planes de estudio que han sido parte de la respuesta institucional a la movilización feminista.

#### UNA “TOMA DE CONCIENCIA” AFECTIVA

David, a quien me referí antes, señaló haber experimentado un fuerte sentimiento de empatía al advertir que su novia había vivido si-

9 Esto considerando la idea de que la jerarquía de masculinidades (Connell, 2019) descansa de manera importante sobre la diferenciación con todo lo percibido como femenino: los varones que encarnan formas de vida e identidad alejadas de la hegemonía (varones no heterosexuales, personas trans, etc.) suelen ser subordinados a través de una vigilancia de género que les feminiza.

tuaciones de acoso y otras formas de violencia. Según su testimonio, esa experiencia le ha ayudado a simpatizar con las denuncias y demandas de las colectivas feministas que señalan que la violencia y el acoso forman parte de la vivencia de la mayoría de las mujeres. Esta experiencia es ilustrativa de lo que llamo una “toma de conciencia” afectiva que algunos de los varones entrevistados relatan. Con esta toma de conciencia me refiero a procesos reflexivos en los que estos varones se involucran, que son motivados o asistidos por experiencias emocionales significativas vividas en el marco de sus vínculos afectivos de interacción e interrelación, y que favorecen la incorporación —a nivel discursivo, y subjetivo, tanto como práctico— de nociones en torno a las desigualdades, opresiones y violencias que enfrentan las mujeres y otras personas feminizadas.

A través de esta “toma de conciencia” afectiva los varones pueden replantearse sus propios aprendizajes de género, y cómo ciertas de sus conductas, asociadas a su socialización como sujetos masculinos (Núñez, 2008), tienen el potencial de incidir negativamente en sus vínculos afectivos. El testimonio de Alejandro, estudiante de licenciatura de 26 años, ayuda a ilustrar lo anterior. De acuerdo con su relato, él solía seguir cuentas de mujeres modelos en la red socio-digital Instagram, una situación que a su novia le resultaba desagradable y la llevó a confrontarlo en diversas ocasiones:

Yo era mucho de eso, de estar de mirón, por así decirlo... o sea, como de objetivizar a la mujer. Y mi novia me ayudó a ver por qué eso no estaba bien, ¿sabes? Porque eso la hacía sentir incómoda, y me explicó por qué no se sentía bien, desde su perspectiva... y con lo que me iba diciendo, muchas cosas me fueron cuadrando, para que yo dijera: “¡ay, güey!, sí es cierto”.

Al igual que otros participantes, Alejandro produjo una narrativa de reconsideración de su postura frente a postulados feministas (en este caso, la crítica a la cosificación del cuerpo femenino y su utilización como producto para el consumo masculino) a partir de una vivencia cercana en el ámbito de sus relaciones interpersonales. Durante la entrevista habló de la importancia que para él tiene

mantener el vínculo con su pareja, y lo mucho que lo valora, lo que resultó clave para que estuviera dispuesto a escuchar los argumentos de su pareja y les concediera validez. Buscar proteger el vínculo interpersonal es una motivación central para muchos de estos varones, que abre la posibilidad de reflexionar sobre prácticas masculinas señaladas como negativas o inadecuadas, sobre todo en su actuar cotidiano.

En otros casos, la aparición de nuevos vínculos o cambios en la configuración de las relaciones interpersonales de los varones también abre la puerta a la reflexión y al cuestionamiento de los arreglos de género en ellos. Como lo señala Alejandra Salguero (2011), la paternidad es una experiencia que lleva a muchos varones a reconfigurar de forma importante sus subjetividades. El caso de Oscar, profesor de asignatura de 39 años, ejemplifica la posibilidad de replantear una posición frente a los reclamos feministas en función de vínculos interpersonales, especialmente a partir de la paternidad:

Antes sentía cierto rechazo a los señalamientos de las mujeres, te lo digo honestamente, aunque me apena. Pero, cuando nacen mis hijas, y pensando en a qué se van a enfrentar ellas, me puse a escuchar con más atención lo que decían, y empecé a darme cuenta de que sí, que muchas de esas cosas eran muy ciertas, ¿no? Y me hizo decir: pues yo no quiero que mis hijas vivan eso.

Convertirse en padre de dos hijas motivó a Oscar a reconsiderar las posturas de protesta y denuncia feministas, pues a partir de ello ponderó las situaciones adversas a las que sus hijas podrían enfrentarse. Así, describió cómo la angustia y el temor ante la posibilidad de que ellas fuesen víctimas de injusticias o violencias sistémicas lo sensibilizó ante la problemática que muchas mujeres, incluso fuera de su círculo relacional más cercano, padecen cotidianamente.

Aun cuando el foco de la reflexión permanece en las personas con quienes se tienen vínculos cercanos, ella obliga a considerar aspectos de orden estructural y aporta elementos para una posible toma de conciencia respecto a las desigualdades de género denunciadas por la movilización feminista. Un caso especialmente ilustrativo, en esta

perspectiva, es el de Pablo, estudiante de 23 años. Habiendo crecido con la ausencia de su padre, fallecido, desde muy joven, relató haber sentido el peso de ser “el hombre de la casa”, encargado de proteger a su madre y sus dos hermanas menores desde su adolescencia. Recalcó que las multitudinarias movilizaciones de los últimos años en denuncia contra la violencia sexual, los feminicidios y las desapariciones de mujeres, han generado en él una sensación de urgencia. Visiblemente conmovido y con una voz entrecortada, Pablo relató:

La verdad, es muy feo pensar [en] todo a lo que las mujeres están expuestas, y sentir la preocupación constantemente, estar checando constantemente el celular, que [su madre y hermanas] lleguen bien, que regresen bien, y sí piensas “cómo es posible que la gente se preocupe más por si rayan paredes o rompen vidrios, cuando es algo mucho más grave [la problemática] que enfrentan”.

Como lo ilustra el caso de Pablo, desplazar la denuncia y la protesta feministas de lo general a lo particular, encarnado en la vivencia emocional, en los vínculos personales de los varones, puede ayudarles a visualizar las condiciones de desigualdad y opresión que, en colectivo, experimentan las mujeres y otras personas feminizadas. Esto ha contribuido a que estos varones consideren las movilizaciones y demandas feministas como legítimas y necesarias, y ha permitido desarticular varias de sus resistencias.

#### **MASCULINIDAD ATRINCHERADA: FRUSTRACIÓN Y TEMOR**

Por supuesto, no todas las emociones concitadas en los varones por el momento feminista actual tienen efectos positivos. En las narrativas de algunos participantes se perciben también reacciones desde la frustración o el temor, que resultan en una especie de atrincheramiento para resguardar elementos identitarios de la masculinidad percibidos como inocuos. Así lo ilustra el comentario de Andrés, estudiante de 21 años: “las feministas como que rechazan todo lo mas-

culino, como si todos los hombres fueran malos, o actuaran siempre con todo lo malo”. Ante la presencia fantasmal del feminismo y, en el mejor de los casos, la desestabilización de las formas imperantes de masculinidad en el contexto universitario que suponen las interpelaciones desde las movilizaciones feministas, se fortalecen también las posiciones a la defensiva.

Las frustraciones y temores de varones universitarios se manifiestan en diversas formas de resistencia y cuestionamiento a las demandas de mujeres universitarias e incluso a las respuestas institucionales a ellas por parte de las autoridades. Como ejemplo, aludo a lo expresado por Arturo, estudiante de 22 años, quien confesó que decidió responder a la convocatoria y participar en una investigación sobre hombres y masculinidades porque cree que las mujeres han recibido “un trato preferencial” en la universidad desde hace algunos años. Esto, matizó, no quiere decir que se oponga al feminismo en su totalidad. Pero sí puntualizó:

Las feministas actuales, principalmente las de mi facultad, se creen acreedoras de la deuda histórica que tiene el mundo con las mujeres. O sea, sí tenemos una deuda histórica, de eso no hay duda, pero sería con las mujeres adultas, las mujeres mayores. Pero, actualmente, las feministas, creo que radicales, no lo sé, creen ser acreedoras de eso y creen tener el beneficio.

La frustración expresada en la cita anterior resuena con lo propuesto por Victor Seidler al señalar que, en la modernidad occidental, la masculinidad está identificada con la razón, opuesta natural a la emoción. A partir de esa liga entre masculinidad y razón, señala el autor, los hombres tienden —paradójicamente— a volverse “poco razonables en su razón” (2013: 528), lo que los empuja a generar normas y prescripciones para las demás personas, más que a desarrollar la habilidad de hablar sobre sí mismos. Arturo elabora racionalmente respecto a los alcances y las debilidades de lo que percibe como el planteamiento feminista de las mujeres universitarias. Se muestra exasperado al compartir su diagnóstico en ese sentido, que lo lleva a concluir que el actuar de sus compañeras es erróneo y está

mal encausado. La frustración de Arturo y otros varones es notoria cuando describe los mensajes y actitudes por parte de colectivas feministas (principalmente en las redes sociodigitales) como “polarizantes”, “exagerados” e “intolerantes”. De manera contradictoria, las críticas articuladas racionalmente por los participantes tienen un sustento emocional importante.

El momento feminista actual parece poner en entredicho varias certezas de los varones respecto a su posición como sujetos masculinos, lo que deriva en inseguridades y temores. Ello se articula con argumentos ampliamente diseminados en las redes sociodigitales como parte del rechazo tajante al avance del feminismo (el llamado *backlash* antifeminista), una de cuyas estrategias es la de posicionar a los varones como víctimas (efectivas o potenciales) del avance de las demandas del movimiento feminista, consideradas injustas o excesivas (Flood, 2021). A continuación refiero como ejemplo lo expresado por Ricardo, estudiante de 20 años, respecto a su confusión y preocupación en torno a cómo debieran ser tratadas las denuncias públicas de acoso o violencia por parte de estudiantes u otras mujeres universitarias. Si bien consideró importante atender las denuncias y procurar un ambiente seguro y de respeto para todas las personas “hombres y mujeres”, también declaró:

Honestamente, sí me cuesta trabajo eso de “yo te creo” así, en automático, cuando [las mujeres] denuncian en redes o así, porque como que automáticamente anulan lo que un hombre pueda decir, o defenderse. Y eso es hasta peligroso, porque se puede prestar a que si le caes mal a alguien, hasta a una maestra o algo, ya, te acusa y ya te fregaste. Y, de hecho, se sabe que ha habido ese tipo de casos [en la UNAM].

Ricardo hace eco de ideas que tienen una presencia importante en la llamada *androsfera*,<sup>10</sup> según las cuales instituciones como las

10 Término derivado del inglés *manosphere* para referirse al “conglomerado de blogs, sitios, páginas de Facebook, canales de YouTube, etcétera, cuyo contenido está dirigido casi exclusivamente a varones, en particular varones jóvenes, tocando una amplísima variedad de temas, pero compartiendo una visión declaradamente antifeminista” (Petrocelli, 2021: 197-198).

universidades estarían virando hacia sistemas *gino*céntricos que dejen a los varones en posiciones vulnerables (Petrocelli, 2021); esto lo hace para describir el temor derivado de la desestabilización (al menos discursiva) de las relaciones de género que derivan en acoso y violencia en el espacio universitario. Aun cuando las narrativas de los participantes no aludieron abiertamente a discursos diseminados en la llamada androsfera, el temor podría estar acercando a los varones a tales ideas en tanto les ofrecen elementos para articular sus ansiedades y preocupaciones respecto a lo que los cambios en las lógicas relacionales de género en el entorno pudieran implicar para ellos.

## MASCULINIDADES NO HEGEMÓNICAS EN TENSIÓN

Un último punto a considerar en torno a la experiencia de varones y masculinidades frente al momento feminista actual en la UNAM se relaciona con lo que Finn Mackay (2021) llama “la guerra de los géneros” (*the gender wars*), refiriéndose a las disputas entre feminismos para asumir, criticar o rechazar concepciones del género que dan cabida a experiencias tanto trans como no binarias en la problematización y ámbito de la acción feminista. Esas disputas son percibidas como problemáticas en el acercamiento al feminismo por sujetos cuyas identidades y configuraciones de las prácticas masculinas pueden definirse, ampliamente, como no hegemónicas. Esto es, formas de masculinidad que ocupan posiciones subordinadas o marginadas de acuerdo con un esquema relacional jerárquico entre masculinidades, como el propuesto por Raewyn Connell (2019). Entre estas formas podemos pensar en masculinidades no heterosexuales, trans, o que de alguna otra manera contravengan o busquen subvertir construcciones y prácticas hegemónicas de masculinidad.<sup>11</sup>

De esta forma, la movilización feminista puede ser vista por algunos varones como pertinente y necesaria, y al mismo tiempo

11 Estas formas de masculinidad son nombradas de múltiples formas como masculinidades no violentas, antipatriarcales, aliadas, positivas, etcétera.

experimentada con diferentes niveles de tensión. César, estudiante de 20 años, quien se identifica como un hombre gay, señaló haber entrado en contacto con ideas y postulados feministas por medio de amigas y compañeras mientras cursaba estudios de bachillerato, y destacó que esas nociones fueron importantes en su formación política y siguen siendo un referente en su vida, aun cuando percibe que la expectativa feminista hacia él es que se mantenga “fuera” del feminismo:

No tardé mucho tiempo en entender que el feminismo no era para mí, y que no era un espacio en el que yo fuera recibido de ninguna manera, en el cual yo no podía intervenir, pero inevitablemente siempre es..., o sea, yo siento que siempre he estado como en la frontera del feminismo; como fuera, pero tan cerca como puedo estar. Es un poco..., no sé, raro.

La vivencia de César es un tanto ambivalente en cuanto que percibe al feminismo como un movimiento de, por y para mujeres y empatiza con muchas de sus demandas; incluso, señaló, puede ver parte de su experiencia de vida retratada en diversos planteamientos que considera parte del pensamiento feminista y que trata de vivir en acuerdo con ellos; y, al mismo tiempo, declara sentirse confundido sobre cuál debiera ser su posición y su papel frente a la movilización, y en qué medida la figura de “aliado” es aceptada o rechazada por el movimiento. Finalmente, señaló sentir tristeza frente al hecho de que las formas de masculinidad, disidentes o aliadas, sean asimiladas por algunas posturas feministas como igualmente perniciosas, que las formas más violentas o patriarcales.

Algunas masculinidades disidentes ubican a segmentos importantes de la movilización como más claramente en contradicción con su experiencia personal en términos de género. Así lo ilustra lo expresado por Damián, estudiante de 21 años, que se identifica como cuestionando su género. Aunque a veces adopta pronombres neutros, se siente cómodo utilizando los masculinos. De manera similar a César, Damián también se acercó a discursos feministas en su adolescencia y una relación de amistad le resultó importante para

acceder a los debates en torno al género que tienen lugar al interior de los diversos feminismos:

Una de mis amigas era feminista radical, de manera muy intensa, y entonces conocí eso. Después, se convirtió en una persona no binaria. Y entonces rompió con todo lo radical que tenía, porque generalmente el feminismo radical no acepta lo trans. Actualmente, yo ya no diría que me considero tan cercano al feminismo radical precisamente por lo transexcluyente que, pues, es bastante predominante en el feminismo radical, y muchas de las chicas [feministas en la UNAM] tienen una tendencia radical.

Como algunos otros participantes, Damián desplegó una conciencia razonablemente amplia de la complejidad y heterogeneidad del pensamiento feminista. Esa conciencia lo ha llevado a identificar espacios de tensión con la movilización feminista. A pesar de pensarse como un sujeto masculino, Damián señaló no sentirse cómodo al ser designado como hombre, pues asocia el término con atributos y prácticas negativas, una postura en apariencia armónica con la denuncia feminista. Sin embargo, dijo, han sido varias las instancias en las que colectivas feministas, sus integrantes y otras mujeres le han señalado no poder renunciar a esa condición de manera unilateral, pues está configurada más allá de su voluntad individual, lo que, subrayó, lo coloca en contradicción con importantes elementos de la movilización feminista y lo hace sentir invalidado como su interlocutor y por consiguiente puede resultar desmoralizante.

Finalmente, varones que señalan replantearse sus aprendizajes de género y buscar actuar en formas más igualitarias o menos patriarcales también expresan sentir ciertas inseguridades y tensión frente a diversas posturas feministas que se manifiestan, sobre todo, en la arena política. Lo relatado por José, profesor de asignatura de 30 años, ilustra esa tensión. Él narró haber estado involucrado en la organización y promoción de actividades en pro de la igualdad de género y la promoción de masculinidades positivas en la universidad, por medio de canales tanto institucionales como autogestionados. A pesar de ello, su actividad no ha sido del todo bien recibida

por actoras y posicionamientos feministas. José lo planteó en los siguientes términos:

Siento que el lugar que ocupas al hablar o plantear temas de masculinidades es complicado porque, de alguna manera, te da exposición, para bien y para mal, y a veces con eso puedes resultar incómodo para otras agendas, u otras luchas feministas.

El relato de José construye la posición de varones que trabajan abiertamente en la promoción de masculinidades no violentas, igualitarias, un trabajo que describe como informado e influido directamente por ideas y conceptos feministas, como un espacio en tensión con sectores importantes del activismo feminista en la universidad. Así, subrayó, ha tenido una experiencia dual al ocupar ese espacio, pues por un lado, le ha resultado muy gratificante y le ha ayudado a “cuestionarme y trabajarme”; y por otro lado, lo ha colocado en conflicto con otros activismos feministas en el ámbito de lo político, de manera que sus emociones oscilan entre la satisfacción y el desánimo.

#### COMENTARIOS FINALES

El actual momento feminista se vive como un fantasma que acecha la universidad. Al mismo tiempo, también está siendo registrado por varones universitarios de maneras menos amenazantes, sobre todo cuando lo hacen en una clave emocional y afectiva. Por medio de los relatos producidos por los participantes se aprecian las emociones que experimentan, especialmente en el ámbito de las relaciones interpersonales; suponen instancias de confrontación de su “ser hombres”, que los empujan a la reflexión y al cuestionamiento. De igual forma, se observa el inicio o la profundización de procesos reflexivos en torno a su posición como varones frente a los reclamos y reivindicaciones feministas, a los que me referí como parte de una “toma de conciencia” afectiva respecto a la problemática de género que aqueja a la universidad y a la sociedad mexicana en su conjunto.

Por otro lado, también se registran emociones de irritación, frustración y temor generadas por la movilización feminista y las respuestas institucionales a ella. Esto alerta respecto a la capacidad de reclutamiento de los discursos y las prácticas asociadas al rechazo tajante al avance de la agenda y la movilización feminista (*backlash*), cuyas raíces parecen hundirse en consideraciones misóginas y sexistas. Asimismo, parece importante indagar con mayor profundidad respecto a la manera en la que configuraciones de masculinidad que se entienden y reivindican como no hegemónicas (o antihegemónicas) pueden vincularse con el pensamiento y, sobre todo, la movilización feminista, con el fin de buscar distender la relación de esta última con esas formas “alternativas” de masculinidades.

Como lo señalé líneas arriba, la polisemia del término feminista, así como su incorporación masiva en el habla y las interacciones universitarias han dado lugar a la generación de un fantasma que recorre la UNAM. Esto puede oscurecer el nivel de introspección y reflexividad con que estos varones están apropiándose o rechazando formas feministas de pensamiento, acción y organización colectiva. Como lo sugiere Luciano Fabbri (2018) acerca de lo que denomina una “especie de fenómeno inflacionario llamado nueva masculinidad”, una configuración de masculinidad que reconoce (discursivamente) la validez y pertinencia de ciertos pensamientos y posicionamientos feministas podría estar convirtiéndose en una nueva hegemonía.

## REFERENCIAS

- Calabrò, Domenica G. y Sonia Palmieri (2024), “Teaching and learning feminisms with Pacific Islanders: an emotional journey”, *Development in Practice*, vol. 34, núm. 7, pp. 834-846.
- Cano, Gabriela y Saúl Espino (2023), “Olas y etapas en la historia de los feminismos en México”, en Cristina Herrera, Karine Tinat y Silvia E. Giorguli (eds.), *Mirar el mundo con lentes de género. Estudios multidisciplinarios de género en El Colegio de México*, México, El Colegio de México, pp. 53-94.

- Chaparro, Amneris (2022), “Las olas feministas, ¿una metáfora innecesaria?”, *Korpus* 21, vol. 2, núm. 4, pp. 77-92.
- Cobo, Rosa (2019), “La cuarta ola feminista y la violencia sexual”, *Paradigma: Revista Universitaria de Cultura*, núm. 22, pp. 134-138.
- Collado, Alejandra (2022), *Lo digital es político. Feminismos en la cibercultura*, México, UNAM.
- Connell, Raewyn (2019), *Masculinidades*, México, UNAM.
- Fabbri, Luciano (2018), “La ola feminista cuestiona la masculinidad”, en Victoria Freire, Ayelén Altamirano, Estefanía Cioffi, Julia de Titto, Luciano Fabbri, Noelia Figueroa, María García, Majo Gerez y Gisela Stablun, *La cuarta ola feminista*, Buenos Aires, Emilio Ulises Bosia, pp. 77-86.
- Flood, Michael (2021), “Backlash: los movimientos de varones enojados”, en Luciano Fabbri (coord.), *La masculinidad incomodada*, Rosario, UNR/Homo Sapiens, pp. 213-246.
- Floridi, Luciano (ed.) (2015), *The onlife manifesto. Being human in a hyper-connected era*, Cham, Springer.
- García, María Paula (2018), “Una ola feminista recorre el mundo”, en Victoria Freire, Ayelén Altamirano, Estefanía Cioffi, Julia de Titto, Luciano Fabbri, Noelia Figueroa, María García, Majo Gerez y Gisela Stablun, *La cuarta ola feminista*, Buenos Aires, Emilio Ulises Bosia, pp. 15-24.
- Kauffman, Michael (1998), “The construction of masculinity and the triad of men’s violence”, en Michael Kimmel y Michael Messner (eds.), *Men’s lives*, Boston, Allyn and Bacon, pp. 1-29.
- Lamas, Marta (2020), *Dolor y política: sentir, pensar y hablar desde el feminismo*, México, Océano.
- Lara, María Pía (2021), *Beyond the public sphere: Film and the feminist imaginary*, Evanston, Northwestern University Press.
- Mackay, Finn (2021), *Female masculinities and the gender wars: The politics of sex*, Londres, I. B. Tauris/Bloomsbury.
- Mallimaci, Fortunato y Verónica Giménez (2006), “Historias de vida y métodos biográficos”, en Irene Vasilachis (ed.), *Estrategias de investigación cualitativa*, Barcelona, Gedisa, pp. 175-212.
- Marasco, Robyn (2022), “Gender, politics, and the state: a feminist reading of Wendy Brown”, en Amy Allen y Eduardo Mendieta (eds.), *Power*,

- neoliberalism, and the reinvention of politics: the critical theory of Wendy Brown*, University Park, Pennsylvania State University Press, pp. 42-62.
- Maureira-Velásquez, Marco y Diego González-García (2023), “La digitalización de la vida contemporánea: el saber, el poder y la subjetivación como vías de acceso a la experiencia digital”, *Papeles del CEIC*, núm. 1, papel 279, pp. 1-20.
- Núñez, Guillermo (2008), “La producción de conocimiento sobre los hombres como sujetos genéricos: reflexiones epistemológicas”, en Ana Amuchástegui e Ivonne Szasz (coords.), *Sucede que me canso de ser hombre: relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, México, El Colegio de México, pp. 39-72.
- Petrocelli, Samir (2021), “La androsfera”, en Luciano Fabbri (coord.), *La masculinidad incomodada*, Rosario, UNR/Homo Sapiens, pp. 195-212.
- Ramírez, Juan Carlos (2020), “Algunos elementos para el debate sobre la intersección entre masculinidad y emociones”, en Juan Carlos Ramírez (coord.), *Hombres, masculinidades, emociones*, Zapopan, Universidad de Guadalajara/Página Seis, pp. 10-46.
- Salguero, Alejandra (2011), “La paternidad en el cruce de perspectivas: el discurso reflexivo de padres y madres”, *Géneros*, vol. 18, núm. 9, pp. 35-56.
- Seidler, Victor (2013), *Unreasonable men: masculinity and social theory*, Abingdon, Routledge.
- Tong, Rosemarie (2009), *Feminist thought. A more comprehensive introduction*, Boulder, Westview Press.
- Varela, Nuria (2019), *Feminismo 4.0: la cuarta ola*, México, Penguin Random House.

## EL TRABAJO CON HOMBRES EN ÁMBITOS UNIVERSITARIOS. MODELO PARA ERRADICAR CONDUCTAS VIOLENTAS BASADAS EN GÉNERO EN LA UNAM: ANÁLISIS DE UNA EXPERIENCIA EN MARCHA

*Mauro Antonio Vargas Urías y Ricardo Ayllón González*

### EL CONTEXTO

Enfrentar la temporalidad y el cambio con autenticidad en aras de alcanzar un desarrollo social permanente implica reconocer que, a pesar de esas afirmaciones triunfalistas que sugieren que la exclusión y la violencia contra las mujeres en las universidades es un asunto del pasado y que dicha problemática ya ha sido superada, el problema de la violencia hacia ellas persiste. Es precisamente a consecuencia de esta percepción que se tiende a minimizar la relevancia del movimiento feminista en el presente, lo cual agudiza una tendencia a menospreciar la labor de este movimiento, fundamental para la apertura de espacios y el reconocimiento de sectores de la sociedad antes invisibilizados y oprimidos.

Si reconocemos, entonces, que la violencia contra las mujeres constituye el elemento originario —y todavía prioritario— de la violencia de género, el tema se vuelve aún más apremiante. Y es que las universidades, como todos los espacios en los cuales convivimos, funcionan dentro de un contexto de género, es decir, debido a su estructura y funcionamiento, contribuyen a crear y perpetuar relaciones de poder que abonan a la desigualdad (Cerva, 2020). En este contexto, la integración transversal de la perspectiva de género, que implica incorporarla de manera sistemática en todas las estructuras y procesos, es una asignatura pendiente en la mayoría de los espacios educativos.

Quizá el problema radique en que, si bien se ha avanzado en la formulación, instauración o bien en cambios en las normativas institucionales, los ajustes realizados no se dirigen a la base, es decir, no cuestionan la manera en que se configuran las dinámicas internas de organización social y política, ni consideran el impacto que esas medidas ejercen en las estructuras en las que el género se materializa. Esta falta de cuestionamiento ha resultado en que, a pesar de las políticas institucionales (lineamientos, protocolos, etc.), se sigan reproduciendo las condiciones que perpetúan la desigualdad en los espacios universitarios. Un ejemplo palpable son las situaciones de violencia de género que ahí ocurren y la manera como se abordan.

Si definimos la violencia contra las mujeres como “cualquier acción o conducta, basada en su género, que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a la mujer, tanto en el ámbito público como en el privado” (OEA, 1994), es claro que los entornos universitarios no han quedado exentos de este tipo de expresiones, especialmente en lo que respecta a la violencia sexual en sus diversas formas (acoso sexual, hostigamiento, violación o intento de violación).

Una encuesta piloto realizada por el Instituto Internacional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (IESALC) de la Unesco, develó inquietantes hallazgos en relación con la violencia en los campus universitarios (Poy y Camacho, 2023): de cada 10 mujeres, tres reportaron haber experimentado algún tipo de violencia emocional o psicológica en el entorno universitario; además, un 22 por ciento afirmó haberse sentido degradada por colegas masculinos y un 16.8 por ciento declaró haber sido señalada a causa de su apariencia; un 9.2 por ciento de las mujeres, incluyendo a profesoras y directivas universitarias, han sufrido algún tipo de violencia física, que va desde la invasión de su espacio personal, con el objetivo de hacerlas sentir incómodas, hasta el acoso sexual. Asimismo, se subrayó que la mayoría de las mujeres que participaron desconocen cómo denunciar la violencia sexual o a quién acudir para reportarla. Además, destacaron que, en general, hay una falta de sanciones efectivas contra los perpetradores de estos actos; a este panorama se suma que, frente a situaciones de violencia emocional y psicológica,

el 15.3 por ciento de las universitarias admitió sentir temor a posibles represalias si denunciaban los incidentes y al menos el 22.1 por ciento compartió haber sido objeto de insultos u ofensas por parte de hombres en su entorno, lo que causó experiencias profundamente perturbadoras.

Las tecnologías de la información han ampliado y diversificado las formas en que se presentan las prácticas anteriormente descritas, afectando de manera particular la vida de las mujeres (Serra, 2017). Tales situaciones se manifiestan en los distintos ámbitos universitarios (académico, estudiantil y administrativo) y, en ocasiones, se agravan debido a las dinámicas de poder presentes entre las partes involucradas. La normalización de estas prácticas, en ocasiones socialmente aceptadas, complica su abordaje y aumenta el riesgo de perpetuarlas, sin que las autoridades responsables de asumir decisiones para establecer medidas que procuren justicia puedan comprender cabalmente su impacto en el tejido social dentro y fuera de las instituciones académicas. En este contexto, surge la interrogante sobre cómo están funcionando las estructuras formales y cuáles son los factores que *justifican* sus omisiones o las restricciones que explican las repercusiones de su actuar.

La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) no ha sido una excepción en este sentido: la denuncia sobre la normalización de estas actitudes, así como la falta de cumplimiento de normativas para abordar y erradicar la violencia de género, han dado lugar a diversas formas de expresión política. Éstas incluyen marchas y ocupaciones, la interrupción de actividades, *performances* de protesta, la toma de instalaciones y la creación de espacios para denuncias anónimas, entre otras acciones. Estas manifestaciones, al igual que otras demostraciones en el espacio público de las principales ciudades, deben ser comprendidas como una expresión de hartazgo y, al mismo tiempo, como una demanda urgente de lograr una igualdad real y efectiva.

Ahora bien, con el fin de avanzar hacia un proceso constructivo que aporte soluciones —y como un complemento esencial a las medidas adoptadas por la UNAM para mejorar el bienestar de su comunidad universitaria— se creó el Programa Integral de Trabajo

con Hombres (Proith), dentro de la Coordinación para la Igualdad de Género (CIGU); desde este programa surgió la concepción de un modelo destinado a la erradicación de las violencias masculinas. La gran mayoría de los actos violentos que ocurren dentro de la universidad, así como en otros entornos vinculados a ella, están estrechamente relacionados con construcciones de la masculinidad que se basan en el control y la dominación que los hombres ejercen sobre cuerpos femeninos o feminizados. Esto incluye a todas aquellas personas que no se ajustan al ideal impuesto por la masculinidad hegemónica (Messerschmidt, 1997). Estas dinámicas se manifiestan no sólo en prácticas abiertamente violentas, sino también en formas más sutiles y a menudo menos perceptibles, conocidas como “machismos cotidianos” (De la Garza y Derbez, 2020). Estas prácticas continúan perpetuando la violencia mediante acciones subrepticias de discriminación, desprecio, descalificación y menosprecio.

La máxima casa de estudios de México asumió el compromiso de establecer una estructura sólida que abarque aspectos jurídicos, administrativos y operativos. Esta estructura institucional se encuentra diseñada para atender tanto a las necesidades planteadas por su comunidad como para cimentar un cambio cultural y comportamental. Su objetivo es que todos los hombres que forman parte de esta institución reconozcan y confronten sus comportamientos violentos, asumiendo responsabilidad por las consecuencias de sus acciones. Este cambio en la mentalidad y en la conducta tiene como propósito convertir a estos hombres en agentes de cambio, contribuyendo así a la edificación de la igualdad y la promoción de relaciones libres de violencia en la comunidad universitaria.

Este enfoque integral busca no sólo abordar los síntomas visibles de la violencia, sino también las raíces profundas en las construcciones de género que la perpetúan. El esfuerzo de la UNAM busca proporcionar soluciones no solamente paliativas, sino también crear un entorno donde la educación, la conciencia y la transformación cultural trabajen de la mano para erradicar las violencias masculinas y promover relaciones basadas en el respeto y la igualdad.

Con esto en mente, se firmó un contrato de prestación de servicios en el que Gendes<sup>1</sup> asumió el compromiso de adaptar su propuesta de intervención para erradicar las conductas violentas de hombres agresores en situaciones de violencias no severas. Esta propuesta de intervención ha sido empleada por Gendes desde su creación en 2008, y busca atender violencias que ocurren en las relaciones de pareja o en la familia nuclear. La firma del contrato con la UNAM implicó crear una propuesta de intervención reeducativa que fuera viable en contextos universitarios; es decir, una propuesta para trabajar con hombres que sean señalados o acusados de ejercer algún tipo de violencia de género en las dinámicas de socialización que ocurren en la universidad.

Esta estrategia se suma a otras, como la elaboración de diagnósticos para la identificación de percepciones de problemáticas de género, la creación de protocolos de atención y sanciones; el desarrollo de campañas de sensibilización y el establecimiento de unidades especializadas; el impulso de foros de reflexión y la promoción de liderazgos femeninos. A pesar de estas medidas, es importante señalar que no se considera que esta problemática se haya resuelto por completo. La UNAM ha reconocido la necesidad de un esfuerzo continuo y sostenido para abordar estas cuestiones de manera efectiva y crear un ambiente de igualdad y seguridad para todos los integrantes de la comunidad universitaria. En los siguientes apartados se presentan los principales elementos que se tomaron en cuenta para generar el Proith, en la vertiente directamente relacionada con la estrategia dirigida a hombres señalados por cometer violencias. Para concluir este apartado, se refiere rápidamente el proceso seguido. El contrato preveía diversas etapas: desarrollar el módulo “Estrategias de atención a hombres denunciados por violencia” dentro del diplomado “Formación de facilitadores para el Programa Integral de Trabajo con Hombres en la UNAM”; el diseño del modelo; un proceso de transferencia metodológica a facilitadores que hubieran participado en el diplomado y que estuvieran interesados en replicar este

1 Esta organización de la sociedad civil está orientada a impulsar la igualdad sustantiva promoviendo el trabajo con hombres. Para mayor referencia, se puede consultar la página: <[www.gendes.org.mx](http://www.gendes.org.mx)>.

modelo; y, finalmente, un acompañamiento metodológico para facilitar círculos de reflexión con población masculina universitaria.<sup>2</sup> Respecto al proceso de transferencia metodológica, se inscribieron 32 facilitadores que fueron divididos en tres grupos y participaron en 12 sesiones semanales en las que tuvieron la oportunidad de practicar cómo conducir las sesiones, recibir retroalimentación sobre el desempeño personal y aclarar dudas teóricas y metodológicas antes de fungir como facilitadores en los círculos de reflexión.

## LA IMPORTANCIA DE LA REEDUCACIÓN

En México, salvo algunos casos aislados, las intervenciones dirigidas a hombres comenzaron a ser ofrecidas por instituciones gubernamentales después de la promulgación de la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, en 2007. En la actualidad la mayoría de estos programas de intervención con hombres siguen un formato orientado a abordar las dinámicas de poder en las relaciones de pareja, y se centran en cambiar sus respuestas ante situaciones conflictivas, siguiendo un enfoque cognitivo-conductual; tal es el caso del Programa de Reeducción para Víctimas y Agresores de Violencia de Pareja (Híjar y Valdéz, 2010) y el Modelo Conceptual y Operativo de Centros Especializados para la Erradicación de las Conductas Violentas (Vargas, 2016).

La creación de modelos de intervención integral para eliminar las conductas violentas masculinas es un desafío que involucra tanto aspectos teóricos y metodológicos como políticos y operativos. Estos modelos tienen como objetivo central abordar y transformar las actitudes y comportamientos violentos de hombres con la finalidad de promover la igualdad de género y erradicar la violencia que contribuye a imponer las asimetrías genéricas en todos los ámbitos de socialización. A pesar de las diferencias de enfoques conceptuales, jurídicos y metodológicos, la apuesta en común es clara: crear

2 Esta etapa se cumplió parcialmente debido a que en el periodo de marzo de 2018 a diciembre de 2020 sólo 22 hombres, presuntos agresores de violencia de género, fueron referidos a los círculos de reflexión.

un cambio cultural y de comportamientos que promueva relaciones equitativas y no violentas que posibiliten la igualdad sustantiva.

Las aproximaciones mencionadas antes para implementar intervenciones con hombres coinciden en partir del hecho de que los hombres perpetúan la violencia siguiendo normas sociales y culturales que les han permitido ejercer actitudes sexistas y comportamientos agresivos. En tal sentido, es crucial entender que la violencia de género no es un rasgo innato, sino un comportamiento aprendido socialmente. Por lo tanto, abordar este comportamiento por medio de la reeducación desempeña un papel fundamental en su prevención y erradicación, toda vez que tal enfoque se encamina no sólo a erradicar la violencia, sino que también se propone contribuir a la construcción de relaciones basadas en el respeto mutuo y la igualdad de género.

Estos modelos de reeducación reconocen y enfatizan la capacidad de las personas para cambiar y transformar sus propias actitudes y comportamientos, así como el entorno que las rodea. En contraposición a la idea de que las personas son meras reproductoras de patrones violentos, este enfoque sostiene que somos agentes activos en la construcción y transformación de nuestros contextos sociales, familiares y culturales. La perspectiva constructivista parte de la premisa fundamental de que las personas no están predeterminadas por comportamientos y percepciones rígidas y fijas, sino que tienen la capacidad de modificar sus actitudes y generar cambios en sus entornos. De manera conceptual, estos modelos retoman elementos como:

- La perspectiva de género, que se presenta como un análisis profundo de las diferenciaciones históricas que han perpetuado una jerarquía en la que lo masculino y los hombres han sido colocados por encima de lo femenino y las mujeres; esta perspectiva busca examinar cómo las estructuras sociales han influido en la construcción de roles de género y cómo han contribuido a la desigualdad entre los géneros.
- La capacidad transformadora del sujeto, es decir, el reconocimiento de la “agencia” que cada individuo posee para cambiar

su entorno, independientemente de las limitaciones que puedan existir. Aunque esta capacidad puede variar en alcances y formas, la esencia subyacente es que cada individuo tiene la posibilidad de contribuir al cambio y a la transformación de su entorno inmediato, social y cultural.

- La violencia, dentro de este marco conceptual, se define como las acciones implementadas para controlar y dominar a otras personas; sin embargo, no se trata de actos aislados, sino que están basados en estructuras de opresión históricamente arraigadas, como el patriarcado, el capitalismo y el colonialismo. La violencia se enmarca en un contexto más amplio de poder y desigualdad, donde las estructuras sociales y culturales han permitido la perpetuación de estas acciones. La perspectiva de género destaca cómo estas formas de violencia no sólo son individuales, sino que también están conectadas a sistemas más amplios de opresión y discriminación. Esta comprensión integral es esencial para abordar la violencia de género desde los modelos reeducativos y promover espacios cuyo fundamento sea la igualdad, el respeto y la justicia.

El objetivo principal de los modelos de intervención integral es modificar las conductas violentas de hombres que practican una masculinidad acrítica o tradicional. La meta es redirigir sus comportamientos hacia formas de relación basadas en la igualdad desde el reconocimiento de los efectos de su masculinidad en sus interacciones con otras personas. Esto implica un proceso de reeducación profunda que desafía las normas de género tradicionales y busca transformar los patrones de comportamiento violento arraigados en el sujeto. En estos procesos se busca promover un compromiso activo con la igualdad, compromiso que es esencial para abordar la raíz de la violencia de género, pues implica acciones concretas dirigidas a erradicar los elementos estructurales y simbólicos que subyacen. Por ejemplo, se reconocen y visibilizan los mecanismos de poder y control que perpetúan la violencia, examinando las relaciones de poder desiguales y cómo estas dinámicas operan en diversos

contextos; se cuestiona y desafía el sexismo y las normas de género rígidas históricamente impuestas, y se reconoce cómo estas normas limitan las opciones y oportunidades de las personas en función de su género; se sensibiliza a las personas sobre las desigualdades de género, los impactos de la violencia y la importancia de construir relaciones basadas en el respeto mutuo, al mismo tiempo que se resalta la participación activa de los hombres en la promoción de modelos alternativos de masculinidad, es decir: igualitarios y no violentos.

Otro de los pilares de la creación y establecimiento de estos modelos reeducativos, y quizá el más coyuntural, es el reconocimiento de la importancia del rol de los hombres en la cultura de género actual. Los hombres desempeñan diversos papeles en la sociedad, ya sea como estudiantes, parejas, padres, líderes comunitarios, empresarios, políticos, mentores, docentes o simplemente como miembros de la sociedad en general. Estos roles les otorgan una influencia considerable en la forma en que se establecen y mantienen las dinámicas de género. Es fundamental reconocer que los hombres tienen la responsabilidad y la capacidad de contribuir al cambio, por eso es tan importante transformar de manera sustantiva la relación entre los géneros, involucrando activamente a los hombres en la promoción de la igualdad. Esto no significa que se deba restar importancia a las estrategias históricas que se han desarrollado en favor de las mujeres, sino más bien complementarlas con un enfoque que también aborde a los hombres como agentes de un cambio sensible, empático y constructivo.

Además de la participación de los hombres en estos procesos reeducativos, fundamentales para la transformación personal y comunitaria, el tránsito hacia la creación de una política de igualdad impulsada para los hombres implicaría varias acciones clave, tales como: el reconocimiento de privilegios que a menudo se les otorgan en una sociedad patriarcal; el desafío a las normas de masculinidad tradicional que promueven la dominación, la agresión y el control; la promoción en entornos laborales, comunitarios y universitarios de políticas y prácticas de igualdad, así como la participación en programas educativos y de sensibilización que abordan cuestiones de género,

violencia y equidad. Todas estas acciones contribuyen a una comprensión y compromiso con la transformación personal y comunitaria.

## LA EXPERIENCIA EN LA UNAM

Formalmente, la adaptación del modelo de reeducación en el contexto universitario de la UNAM demuestra una visión integral y sensible a las particularidades de la comunidad académica. Varios factores confluyeron para hacer esto posible: por un lado, desde 2018 Gendes ha elaborado diagnósticos sobre condiciones de violencia de género para universidades privadas y públicas, y ha firmado convenios con instituciones de educación superior (IES) para atender a varones señalados por cometer violencia de género; por otra parte, dicha adaptación se realizó en el contexto de la integración de la CIGU, que conjuntó a personas que lideraron diversas iniciativas dirigidas para colocar el tema de las masculinidades en la agenda de trabajo de la institución (De Keijzer *et al.*, 2024); esto significó la posibilidad de un diálogo continuo y fructífero para ajustar la propuesta de abordar las masculinidades en función de las diversas voces que confluyeron en esa etapa. De manera específica, hubo un ejercicio de transferencia metodológica a 33 personas de la propia institución, quienes —como ya se señaló— fueron entrenadas en el manejo del modelo, lo que permitió hacer los ajustes necesarios y así validar la pertinencia del mismo.

El modelo reconoce que la violencia de género no se limita únicamente a las relaciones de pareja heteronormadas, sino que puede manifestarse en una variedad de contextos y roles que hombres y mujeres desempeñan dentro de una institución educativa. Al considerar esta diversidad de situaciones, se refleja un compromiso genuino por abordar la violencia masculina desde una perspectiva holística enriquecida con elementos emanados de la interculturalidad, la interseccionalidad y el conocimiento situado.

El enfoque de análisis amplio y la adaptación del modelo para diferentes grupos etarios reflejan una comprensión profunda de las diversas dinámicas de violencia de género que pueden surgir en

un entorno académico. Reconocer que tanto adultos como menores de edad pueden estar involucrados en comportamientos violentos demuestra una voluntad de tratar este tema en todas sus manifestaciones y de proporcionar herramientas apropiadas para diferentes grupos de edad. Ocurre lo mismo al incluir, en su diseño, una narrativa metodológica que abarque a poblaciones de hombres muy diversas: estudiantes, docentes, investigadores, directivos, personal de servicios generales y otros grupos que, además, se configuran a partir de identidades diversas y factores como la raza, el lugar de origen o el estrato social, contribuyendo a vivenciar la masculinidad de cada quien desde esta mezcla de elementos, mismos que deben tenerse en cuenta durante el proceso de atención. Así, la alineación del modelo con estándares internacionales demuestra un compromiso con las mejores prácticas y la garantía de que las intervenciones sean efectivas y éticas. Esto refuerza la seriedad con la que se aborda el tema de la reeducación de agresores y la importancia de garantizar que estas iniciativas estén en línea con enfoques respaldados por la comunidad internacional. En resumen, la adaptación del modelo de reeducación para el contexto universitario de la UNAM representa un enfoque completo y sensible que reconoce la gran diversidad de situaciones y roles en los que puede manifestarse la violencia de género. Esta adaptación es una muestra de compromiso con la igualdad y la erradicación de la violencia, así como con la adaptabilidad para abordar desafíos cambiantes.

Vivencialmente, la iniciativa de desarrollar un modelo de reeducación para hombres comprometidos con la transformación de sus propias actitudes violentas es un paso significativo hacia la construcción de un cambio social más profundo. En lo sucesivo, ofreceremos una versión crítica, no meramente relatora, de lo ocurrido en este proceso histórico dentro de la UNAM rescatando la experiencia del proceso de capacitación en puntos focales, es decir, a hombres universitarios que, por voluntad propia, asumieron el compromiso de capacitarse para *vivir* y replicar esta herramienta de cambio, dando cuenta de la relevancia de este ejercicio, pero también de sus áreas de oportunidad, sobre todo en relación con su implementación y operación.

## Participación

La diversidad de hombres que se interesaron y participaron en esta iniciativa refleja el potencial de un movimiento multidisciplinario y comprometido en la búsqueda de relaciones más igualitarias y respetuosas. El hecho de que profesionales de diferentes campos se hayan sumado a esta causa demuestra que el compromiso por eliminar las conductas violentas masculinas trasciende las fronteras de las profesiones y se convierte en un objetivo compartido. Este enfoque multidisciplinario es un testimonio de la diversidad de habilidades, perspectivas y enfoques que se pueden aportar para abordar la problemática de manera integral.<sup>3</sup>

Es importante reconocer que este proceso de transformación y cambio no es sencillo. Requiere una reflexión constante, un compromiso profundo y sincero con el autoanálisis, pero también con la disposición para cuestionar y reconocer los propios patrones de violencia. Este proceso puede generar incomodidad, malestar y nerviosismo, ya que implica confrontarse individualmente con creencias arraigadas y privilegios inherentes en el sistema de género. Salir de la zona de confort es esencial para desafiar los mandatos de género y los privilegios asociados con la masculinidad. El objetivo es liberarse de esas ataduras y adoptar nuevas formas de relacionarse con los demás, basadas en la empatía, el respeto y la igualdad. Se trata de un proceso que va más allá de las palabras y requiere de una acción consciente y sostenida en el tiempo. La crítica constante a los mandatos de género y la disposición a cuestionar los privilegios masculinos son pasos fundamentales en la búsqueda de una transformación real. Reconocer y soltar los privilegios que el sistema confiere a los hombres es esencial para crear espacios de convivencia empáticos y respetuosos con las mujeres y todas las personas.

- 3 En la elaboración y ejecución de la propuesta participaron personas formadas en diversas disciplinas (psicología, sociología, antropología, ciencias de la salud, economía, derecho, ingenierías, entre otras), que provenían tanto de organizaciones sociales como de la academia o de ambas. Asimismo, la propuesta se fundamentó en diferentes perspectivas: género, juventudes, derechos humanos, masculinidades y violencia de género.

## Marco ecológico

La conexión con el cuerpo y la toma de conciencia de las operaciones físicas mecánicas y automatizadas —a menudo pasadas por alto— como la respiración y las sensaciones corporales internas, son elementos vitales en el proceso de reeducación para los hombres que participan en el modelo. Esta aproximación, fundada en un marco ecológico que percibe a la persona misma en varias dimensiones (su cuerpo, sus pensamientos, sus emociones, sus conductas), así como el medio en donde se relaciona y desarrolla, busca abordar la desconexión emocional y física que a menudo está presente en aquellos hombres que se adhieren a una masculinidad tradicional. A través del análisis de las señales físicas, se busca identificar cómo surgen las señales de frustración que pueden desembocar en comportamientos violentos. Dentro de este marco, se explica cómo y por qué los individuos que se responsabilizan y comprometen consigo mismos cambian.

El proceso se enfoca en cultivar una conexión consciente con el propio cuerpo y sus sensaciones. Esto implica estar atento a las señales que el cuerpo envía cuando se están experimentando emociones intensas, como la frustración, el enojo o la incertidumbre. El objetivo es reconocer cómo estas sensaciones emocionales pueden manifestarse mediante señales corporales y cómo, si no atendemos esta indicación, se puede dar lugar a comportamientos violentos o dañinos hacia otros y hacia uno mismo. Esta práctica busca permitir que emerja una sensación de paz, creatividad, solidaridad y compasión, incluso cuando la razón podría sugerir lo contrario. En la aplicación diaria de esta técnica, el objetivo es que los participantes tomen conciencia de su cuerpo y se sumerjan en el mundo de las sensaciones en lugar de estar exclusivamente en el ámbito de la racionalidad. Esto implica dejar de lado el pensamiento constante y comenzar a sentir más profunda y holísticamente. Mantenerse al tanto de las señales corporales de sí mismos es fundamental para el proceso.

Es importante destacar que, si bien el proceso puede comenzar con entusiasmo y una sensación de relajación, también es normal experimentar incomodidad y expectativas al confrontarse a sí mismo. Esta confrontación es parte esencial del crecimiento personal y

del cambio de actitudes y comportamientos. En resumen, la conexión con el cuerpo y la toma de conciencia de las señales físicas son elementos esenciales en el proceso de reeducación. Estas prácticas ayudan a los hombres a reconocer sus propios patrones de comportamiento, a identificar señales de violencia en gestación y a cultivar una relación más positiva y empática consigo mismos y con los demás. Complementario a lo anterior es la promoción del contacto y conocimiento de sus emociones, ampliando con ello el rango que socialmente se inculca y valida en los sujetos socializados como hombres en la cultura patriarcal prevalente: el enojo, el coraje, la ira. Este aspecto es fundamental, pues en la medida en que se avanza en el contacto y aceptación de esos otros sentimientos (dolor, tristeza, miedo, etc.), es posible que cada participante desarrolle habilidades para lograr mayor asertividad en sus dinámicas de socialización.

## Comunidad

La creación de un espacio exclusivo para hombres en el que se fomente no juzgar y se promueva la horizontalidad es en sí misma una estrategia que implica un cambio significativo en la dinámica de relaciones entre hombres. Esta intimidad, recién establecida, difiere notablemente de la relación tradicionalmente inculcada en otros contextos, caracterizada por la vigilancia, la competitividad, la desconfianza, la violencia y la búsqueda de aprobación. En este nuevo espacio, el reconocimiento mutuo, la empatía y el apoyo sin autoridad se convierten en ejercicios esenciales, que comienzan a partir del modelo y en el intercambio entre pares al interior del grupo, pero que gradualmente se expanden hacia otras esferas de interacción del individuo.

La desactivación de las jerarquías y la apertura a la horizontalidad son indicadores de la efectividad del modelo. Esto se manifiesta cuando las sesiones, inicialmente centradas en discusiones metodológicas y teóricas, evolucionan hacia una disposición emocional y cognitiva para experimentar y *vivir* los conceptos. Esta transformación gradual tiende hacia una interiorización de lo aprendido, manteniendo un enfoque crítico. Para muchos participantes esa exploración de

sí mismos, a la luz de sus patrones de violencia, resulta esclarecedora, catártica, esperanzadora y liberadora a la vez.

En este ambiente de intimidad entre hombres, donde se evita de manera rigurosa la expresión de juicios y descalificaciones, las contribuciones y experiencias emergen desde distintas perspectivas: el interés, la sorpresa, la expectativa e incluso el rechazo, la resistencia, la disidencia o el hermetismo. La propuesta de este modelo para abordar la violencia de género reconoce que estas divergencias pueden catalizar el potencial creativo de los conceptos, incluso en situaciones paradójicas; ello sin caer en prácticas colusorias (o de complicidad), y desde el impulso de la responsabilidad activa. En última instancia, el objetivo es que cada individuo interiorice lo aprendido y lo aplique en su propia esfera personal, permitiéndose así una transformación auténtica.

El modelo, además de acercar a los participantes a una convivencia respetuosa, solidaria y fraternal de aprendizaje, busca sensibilizar a los hombres sobre las diversas formas de compartir y relacionarse. Las expresiones pueden ser alternativas a las impuestas por la cultura tradicional de género, que a menudo sanciona las expresiones de afecto entre hombres. Esto es muy relevante en contextos donde la competencia entre hombres promueve una dinámica de lucha por el dominio y el control, ilustrando así la importancia de reconocer y cuidar del otro mientras se toma conciencia de los propios límites. Esta dinámica fomenta la empatía hacia los sentimientos de los demás, fundamental para cultivar relaciones más saludables, comprensivas y libres de violencia, imposición o dominación. En última instancia, el modelo aspira a una colaboración basada en actitudes empáticas y responsables, destacando la necesidad de hacerse cargo del bienestar de los demás al mismo tiempo que se fomenta un entendimiento de los sentimientos y límites propios.

## **El trabajo**

El núcleo central de este enfoque, que permite a los participantes poner en práctica los conceptos aprendidos en un entorno controlado

(el grupo), se conoce como *proceso*. En esencia, se trata de un ejercicio en el que un compañero (el *procesador*) aplica los conceptos del modelo a una situación real de violencia perpetrada por él mismo. Este momento marca la transición de la teoría a la práctica: el participante en turno revisa paso a paso su propio acto de violencia, intentando identificar los conceptos en la narrativa mediante una herramienta denominada *esquema del proceso violento* que contiene, de manera desagregada y lógica, todos los conceptos que dan cuenta de un hecho de violencia. El *esquema del proceso violento* se convierte en una guía para desglosar diversas situaciones subjetivas y relacionales que ocurren en los hechos de violencia; el propósito es que las personas puedan hacer un alto en el camino para percatarse de todos los elementos de construcción de género que entran en juego, así como las implicaciones que tienen para la persona que cometió el acto de violencia, para la persona o personas que lo sufrieron y para la comunidad universitaria involucrada.

Quienes se apegan a seguir el proceso a menudo afirman sentirse intimidados al principio, pero, al final experimentan claridad, liberación y gratitud. Es natural que al comienzo de las sesiones la comprensión cabal del proceso lleve tiempo, y es posible que el compañero a cargo de analizar su episodio de violencia no identifique de inmediato los elementos que vinculan los detalles de su narrativa con los conceptos del modelo previamente discutidos. En este punto, la guía paciente y asertiva del facilitador es esencial para lograr una sesión exitosa y esclarecedora. La noción de *esclarecer* aquí se refiere no sólo a las conclusiones alcanzadas por el grupo, al ver cómo se aplican los conceptos del modelo en la narrativa, sino también se refiere a la identificación y confrontación personal de las propias acciones por parte del procesador. Para los demás compañeros, testigos y oyentes, esta experiencia representa un encuentro con sus propios patrones e historiales de violencia.

Al final del proceso, se propone un *plan de igualdad*, el cual da sentido a todo el trabajo previo y establece la base para un compromiso continuo y constante. El plan de igualdad abre la puerta a un trabajo en curso que busca identificar y abordar episodios futuros de violencia, conduciendo a una convivencia más saludable y equita-

tiva entre los participantes. Si bien la novedad de algunos conceptos puede generar dudas entre los participantes, es importante destacar que el modelo requiere tiempo para ser asimilado. Sin embargo, su aplicación cotidiana produce resultados y, con el tiempo, las particularidades de ciertos conceptos se vuelven más evidentes.

Vale la pena señalar que para aplicar el modelo no es necesario tener una comprensión completa y definitiva de los conceptos. En cambio, se valora más una actitud de apertura, sin juicios, con alto grado de autocontemplación y constancia. Al momento de presentar el plan de igualdad, el compañero procesador recibe el apoyo de otro en una especie de “ensayo”. Aún en este momento, se puede observar la fortaleza del enfoque metodológico en la resolución. Aquí, se aclara la noción de *apoyar* de manera consciente y abierta al otro, lo que es un pilar fundamental en la transformación de la masculinidad. El proceso conlleva una carga emocional intensa y genera sentimientos de desazón y catarsis al confrontar y reconocer el ejercicio de violencia. Este reconocimiento representa un paso crucial, ya que la complicidad con las propias violencias o con las de otros es un mecanismo de defensa que perpetúa el orden de género y respalda el control y la dominación masculina; resulta vital cuidar este rasgo desde la mirada del equipo de facilitación.

Es fundamental remarcar que durante el proceso de análisis del acto violento se debe proporcionar al compañero procesador el tiempo suficiente para explorar los detalles de la narrativa y conectarse emocionalmente consigo mismo. A la vez, es esencial brindar el apoyo necesario para evitar que las emociones se desborden y que la persona abandone el proceso o se sumerja en una culpa improductiva. Aunque los momentos de catarsis son necesarios, mantener la lucidez emocional y racional del participante es crucial para que pueda enfrentar sus propias violencias y responsabilizarse genuinamente de ellas.

Otro punto crucial es que un proceso personal exitoso no se limita a alcanzar la etapa final del plan de igualdad. Si bien éste es un hito significativo, el verdadero trabajo se produce cuando los conceptos se internalizan por completo y hay un compromiso auténtico y coherente de abordar constantemente futuros episodios de tensión

y conflicto que podrían desembocar en violencia. Para tal efecto, suele decirse en el grupo la frase “aquí nadie se va a graduar de no violento” pues, dada nuestra condición humana, no es posible garantizar esa no violencia en el futuro; no obstante, sí es posible comprometernos de manera genuina con la erradicación de esas prácticas y lograr, al menos, la disminución significativa de las mismas.

## **El cambio y la resistencia**

El modelo no opera como una especie de acto mágico instantáneo, incluso si se presentan testimonios que respalden cambios reales y comprobables. Debe reconocerse que hay individuos que mantienen resistencias y que pueden iniciar el proceso con dudas o reservas. Con el tiempo, algunos de ellos comienzan a captar la importancia y pertinencia del modelo al irlo convirtiendo en una suerte de “estilo de vida”, lo que les brinda la oportunidad de reafirmar lo aprendido y de adoptar una actitud abierta hacia el aprendizaje, el cambio y la humildad.

Cada uno de los usuarios que se involucra sinceramente en el modelo al final llega a agradecer la apertura, la calidez, la perspicacia, la crítica constructiva, el apoyo, la presencia, la contribución, la reflexión, la amabilidad y la dedicación del grupo. La creación de esta comunidad diversa, pero unida en un interés y objetivo comunes, es uno de los logros más sobresalientes de las sesiones. Para la mayoría de los participantes, el tiempo invertido en las sesiones tiene un valor incuestionable: lo que aprendieron y la visión de lo que aún queda por recorrer, junto con las herramientas adquiridas, generan un entusiasmo y un interés constante entre los hombres que forman parte del proceso.

Es de suma importancia comprender que cambiar actitudes y comportamientos arraigados demanda tiempo y esfuerzo; enfatizamos: es un proceso. No todos los participantes experimentarán transformaciones drásticas de inmediato, ya que cada individuo tiene su propia impronta de reflexión, cuestionamiento y cambio, rasgos que deben ser respetados por el equipo de facilitación. El modelo

proporciona un espacio para la introspección, la confrontación de patrones perjudiciales y la construcción de una masculinidad alternativa basada en la igualdad y el respeto. Aunque puedan encontrarse con resistencias, la disposición a enfrentarlas y trabajarlas representa un paso fundamental hacia la transformación personal y social.

## LOS APRENDIZAJES

Puesto que el modelo se aplicó de manera acotada a la población masculina universitaria,<sup>4</sup> los aprendizajes que se señalan a continuación derivan sobre todo del trabajo realizado con los varones que recibieron la transferencia metodológica para operar el modelo. Un posible —y futuro— trabajo de evaluación de esta intervención podría partir de la premisa de que el cambio se logra a través de varios pasos y enfoques interconectados —derivados de este modelo y de otras acciones impulsadas por la CIGU— que pueden ser resumidos en los siguientes puntos:

- Autoconciencia y reflexión. Los hombres que participan en estos programas reeducativos son alentados a examinar sus propias actitudes y creencias sobre el género y la violencia. Esta autoconciencia es esencial para cuestionar los estereotipos y las ideas erróneas que pueden contribuir al ejercicio de la misma. A la vez, se impulsa la práctica de una responsabilidad activa que derive en patrones de socialización genuinamente igualitarios.
- Desaprender patrones de violencia. Se abordan los patrones de comportamiento violento y se trabajan para desaprenderlos. Esto implica cuestionar y desafiar las actitudes sexistas y agresivas que han sido internalizadas a lo largo de la vida.
- Aprendizaje de habilidades alternativas. Se brindan herramientas y habilidades para resolver conflictos y comunicarse de manera

4 El procedimiento preveía que el Subsistema Jurídico de la UNAM recibiera denuncias relacionadas con presuntos agresores de violencia de género y, de ser procedente, los referiría al Proith para su atención.

no violenta. Esto ayuda a los hombres a lidiar con situaciones frustrantes sin recurrir a la violencia.

- Empatía y perspectiva de género. Se promueve la empatía al buscar situarse en el lugar de las personas que han sido víctimas de la violencia. Se fomenta una perspectiva de género que ayuda a comprender las desigualdades y las implicaciones de las actitudes y acciones violentas.
- Promoción de masculinidades alternativas. Se trabaja para desafiar los estereotipos tradicionales de masculinidad que están vinculados a la violencia y el control. Se promueven formas de masculinidad basadas en la igualdad y el respeto y que se alejan de la versión hegemónica.

El objetivo final es que estos hombres transformen sus comportamientos y actitudes en relaciones basadas en el *buen trato*, la igualdad y la no violencia. Esto no sólo impacta sus relaciones personales, sino que también contribuye a la construcción de una sociedad más justa y segura para todos. Al considerar a los hombres como agentes de cambio en la erradicación de la violencia de género, se avanza hacia la creación de un entorno en el que las relaciones sean libres de violencia y en el que las desigualdades de género sean desafiadas y superadas.

En la intervención referida en estas páginas pudimos notar:

- Hombres conscientes de sus propias actitudes y comportamientos machistas que cuestionan estos patrones arraigados y se comprometen activamente a modificar sus actitudes y acciones. Este proceso de autorreflexión y transformación inicia cuando los hombres reconocen y toman conciencia de los códigos (mandatos) machistas que han internalizado a lo largo de su vida. Esto implica cuestionar creencias y actitudes que pueden haber sido inculcadas por la cultura, la educación y el entorno social. La autorreflexión honesta es esencial para identificar cómo el machismo puede manifestarse en pensamientos y comportamientos. Una vez que los hombres son conscientes de estos aprendizajes, surge una postura crítica que involucra cuestionar

estos patrones y desafiar las normas dañinas para avanzar hacia actitudes más igualitarias. La transformación real ocurre cuando los hombres se comprometen a modificar sus actitudes y comportamientos en función de los nuevos conocimientos adquiridos. Esto puede incluir cambios en la forma en que se relacionan con las mujeres, cómo se comunican, cómo comparten responsabilidades y cómo abordan situaciones cotidianas. Es un proceso que requiere paciencia, autodisciplina y la disposición a enfrentar la incomodidad que puede surgir al cuestionar hábitos arraigados. Una parte de la transformación implica aprender nuevas formas de relacionarse con las personas en general y, especialmente, con las mujeres, lo cual incluye practicar la escucha activa, mostrar empatía, respetar los límites personales y promover relaciones basadas en el consentimiento y la igualdad.

Sin embargo, también es necesario reconocer que el cambio no es un evento único, sino un proceso continuo que debe sostenerse y ampliarse tanto temporal como espacial o territorialmente; los hombres deben buscar oportunidades continuas para profundizar su comprensión de los problemas de género y las formas de abordarlos. Esto puede incluir la lectura de literatura de género, la asistencia a talleres, la participación en conversaciones informadas y la creación de nuevas redes de interacción social entre varones que se desmarquen con firmeza de la impronta patriarcal aún vigente. En última instancia, los hombres que se comprometen en este proceso —de darse cuenta— tienden a cuestionar y modificar aprendizajes machistas, y están desempeñando un papel fundamental en la construcción de una sociedad más justa y equitativa. Así, su disposición para confrontar sus propias actitudes, y cambiarlas, es esencial para dismantelar las estructuras desiguales y contribuir al cambio cultural.

- Hombres al tanto de que asumir la responsabilidad para dejar de ejercer violencia es un acto de gran importancia en el camino hacia la transformación personal y la construcción de relaciones igualitarias y libres de violencia. Más allá de un reconocimiento cognitivo de las injusticias o de un discurso políticamente correcto

hacia la igualdad, en este caso la responsabilidad activa implica un reconocimiento profundo de la necesidad de cambio y una voluntad genuina de modificar comportamientos dañinos. Los hombres comienzan por reconocer el impacto negativo que la violencia tiene en las personas afectadas y en la sociedad en general. Esto incluye entender cómo los comportamientos violentos perpetúan la desigualdad de género, generan dolor y daño emocional, y contribuyen a la cultura de la violencia. Simultáneamente reconocen que ellos son responsables de sus propios actos, lo que conlleva no culpar o responsabilizar a otras personas ni a las circunstancias externas por *sus* comportamientos violentos, sino asumir la responsabilidad personal de las acciones y decisiones. De manera concurrente el proceso conlleva que el participante haga una autoevaluación sincera de sus propios patrones de comportamiento y actitudes, lo cual puede llevar a identificar momentos en los que se ha ejercido violencia, ya sea de manera explícita o de manera sutil, y reflexionar sobre las razones detrás de estos comportamientos.

Por otro lado, la toma de responsabilidad comprende un compromiso ético, sólido y congruente con la transformación personal. Esto significa estar dispuesto a cambiar actitudes, creencias y acciones, y trabajar activamente en adquirir nuevas habilidades y herramientas para relacionarse de manera no violenta. Directa o indirectamente estas habilidades abonan a encontrar formas saludables de relacionarse y comunicarse con empatía, comunicación asertiva y desde un manejo responsable de las emociones.

El esfuerzo por enmendar los errores cometidos y el compromiso por no seguir cometiéndolos implica para ellos considerar que la toma de responsabilidad no es un evento único, sino un proceso continuo de crecimiento y aprendizaje; por ello, mantenerse informado sobre los problemas de género, la violencia y las formas de prevenirla es esencial para conservar el compromiso con la transformación.

- Hombres que reconocen y validan las emociones que experimentan; que practican la atención plena para estar presentes en el

momento, observar sus emociones e identificar las señales que el cuerpo brinda para evitar que la frustración se convierta en violencia. Cuando ellos tratan de entender por qué experimentan ciertas emociones, aportan claridad y perspectiva, lo que no significa buscar culpas, sino identificar posibles desencadenantes o patrones subyacentes. En conexión con esto, los hombres abandonan la idea de que pedir ayuda o apoyo representa un tema de debilidad; en todo caso se entiende que la vulnerabilidad, o la aceptación de ésta es, en realidad, una de entre tantas herramientas que alientan el autocuidado, esencial para mantener la salud emocional. Este proceso puede ser desafiante, pero también puede ser profundamente liberador por cuanto desarrollan una relación más saludable y comprensiva con sus propias emociones.

- Hombres con herramientas socioemocionales para cultivar habilidades como la empatía, la comunicación efectiva, la resolución no violenta de conflictos y la tolerancia a la frustración. Estas habilidades son fundamentales para construir relaciones saludables y contribuir a la prevención de la violencia. Para desarrollar estas habilidades es importante practicar la escucha activa, prestando atención tanto a las emociones y las necesidades propias como a las de los demás, así como considerar perspectivas distintas o, incluso, contrapuestas; expresar pensamientos y emociones de manera clara y respetuosa, y hacer preguntas abiertas para fomentar la conversación; buscar soluciones mutuamente beneficiosas y usar el diálogo abierto y respetuoso para resolver desacuerdos.
- Hombres con una actitud transformadora que buscan extender a toda la comunidad los impactos positivos de la empatía, la comunicación efectiva, la resolución no violenta de conflictos y la tolerancia a la frustración mediante un liderazgo inspirador e igualitario. Hombres con el afán de incorporar la enseñanza de estas habilidades en la UNAM y cultivar una generación consciente y comprometida con relaciones saludables.
- Hombres ávidos de organizar campañas de sensibilización en la comunidad y aumentar la conciencia sobre la importancia de

estas habilidades y cómo pueden contribuir a la prevención de la violencia y la construcción de relaciones equitativas. Hombres que establecen grupos de apoyo y redes comunitarias para iniciar proyectos en la comunidad que tengan un impacto positivo y difundan las actitudes transformadoras. Hombres dispuestos a reconocer y significar los logros individuales y colectivos en la promoción de la igualdad sabiendo que se requiere perseverancia, compromiso y una visión clara de los beneficios que estos procesos pueden aportar a la comunidad en su conjunto. Al enfocarse en la educación, la sensibilización y la acción concreta, es posible generar un cambio significativo que tenga un impacto duradero en la prevención de la violencia y la promoción de relaciones saludables.

#### A MANERA DE CONCLUSIÓN

Nos es grato afirmar que el proceso de capacitación, asumido como un ejercicio de transferencia metodológica a un equipo conformado por profesionales provenientes de muy diversas disciplinas, que aceptaron el desafío de habilitarse como agentes de cambio mediante un largo e intenso proceso de formación para trabajar con hombres agresores, fue altamente exitoso y que, de las 60 personas que iniciaron, 45 concluyeron esa etapa con conocimientos, habilidades y capacidades suficientes para fungir como facilitadores de grupos conformados por hombres susceptibles de ser atendidos a partir de los procesos de canalización que la propia UNAM ha diseñado para erradicar conductas violentas basadas en el género. Los trabajadores y docentes que se capacitaron proceden de disciplinas muy distintas y están ubicados en diferentes contextos de la universidad; su entusiasmo marca el potencial de una energía constructiva que puede cubrir a otros hombres que podrían beneficiarse y cambiar conductas.

Ese potencial para el cambio ahí está, sin embargo, como ocurre en otros contextos, el paso necesario para la creación de grupos en los distintos ámbitos de la universidad en los que urge instalar el modelo de una forma efectiva y consistente aún representa un

desafío. Trabas burocráticas respecto a los procesos para canalizar a hombres que han sido señalados o acusados de ejercer violencias de género, limitaciones para la oportuna dotación de espacios adecuados —y debidamente equipados— en puntos estratégicos de la UNAM, así como la dificultad para vencer inercias y voluntades políticas entre las diversas autoridades responsables de activar este tipo de medidas, representan los desafíos inmediatos a superar.

Nuevamente, las capacidades se han creado y el potencial para el cambio al interior de la UNAM (en el sentido de lograr que cada vez más hombres participen en procesos de reflexión que los lleven a erradicar sus conductas violentas) tiene aún visos de ser aprovechado, pero se requiere de un eje articulador que lo impulse de manera efectiva. Considerando que la vida de la UNAM es un *continuum* equivalente al que vivimos como seres humanos, nuestra línea de pensamiento va en el sentido de mantener una actitud colaborativa para cuando llegue el momento en que se retome esta parte del proceso y se establezcan las condiciones para la atención de hombres que sean canalizados para transformar sus improntas violentas en formas de socialización que los lleven a establecer dinámicas respetuosas, sensibles, empáticas y verdaderamente igualitarias. Deseamos que esto ocurra pronto.

## REFERENCIAS

- Cerva Cerna, Daniela (2020), “Activismo feminista en las universidades mexicanas: la impronta política de las colectivas de estudiantes ante la violencia contra las mujeres”, *Revista de la Educación Superior*, vol. 49, núm. 194, pp. 137-157.
- De Keijzer Fokker, Benno, Darío Camacho, Luis Islas y Oscar Godínez (2024), “Trabajando con hombres universitarios hacia la no violencia y la igualdad de género. El caso del Programa Integral de Trabajo con Hombres en la UNAM”, en Rubén Hernández, Benno de Keijzer y Aranzazú Belmont (coords.), *Masculinidades universitarias en tiempos de interpelación feminista*, México, UNAM, pp. 97-115.

- De la Garza, Claudia y Eréndira Derbez (2020), *No son micro. Machismos cotidianos*, México, Grijalbo.
- Híjar, Martha y Rosario Valdéz (2010), *Programa de reeducación para víctimas y agresores de violencia de pareja*, México, Instituto Nacional de Salud Pública.
- Messerschmidt, James W. (1997), *Crime as structured action: Gender, race, class, and crime in the making*, Thousand Oaks, Sage.
- OEA (1994), “Convención Interamericana para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra la mujer, Convención de Belém do Pará. Belem do Pará, Brasil”, <<https://www.oas.org/juridico/spanish/tratados/a-61.html>>, consultado el 20 de enero, 2025.
- Poy, Laura y Fernando Camacho (2023), “Revela Unesco que tres de cada 10 universitarias han sufrido violencia”, *La Jornada*, <<https://issuu.com/lajornadaonline/docs/diario09032023>>, consultado el 6 de febrero, 2024.
- Serra, María Laura (2017), *Mujeres con discapacidad: sobre la discriminación y opresión interseccional*, Madrid, Dykinson.
- Vargas, Mauro (coord.) (2016), “Modelo conceptual y operativo de centros especializados para la erradicación de las conductas violentas hacia las mujeres”, México, Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia Contra las Mujeres, <<https://www.gob.mx/conavim/documentos/modelo-conceptual-y-operativo-de-centros-especializados-para-la-erradicacion-de-las-conductas-violentas>>, consultado el 8 de febrero, 2024.

## JUVENTUDES, MASCULINIDADES, SEXUALIDAD Y HETEROSEXUALIDAD EN TIEMPOS FEMINISTAS. BUENOS AIRES, ARGENTINA

*Mariana Palumbo y Facundo Ferrer*

### INTRODUCCIÓN

En América Latina aparecen en distinta medida, pero con igual espíritu, movilizaciones y grupos que bregan por mayor igualdad en materia de derechos entre los géneros, como el acceso al aborto legal y seguro<sup>1</sup> y a una vida sin violencias. Esta fuerza se alimenta de una larga historia y de renovadas conexiones transnacionales, fuertemente impulsadas por la vía digital, que permiten compartir canciones, consignas, performances, como son Las Tesis en Chile.<sup>2</sup> Esta etapa puede ser definida como “cuarta ola” o “tsunami feminista” (Altamirano *et al.*, 2018: 11).

Este avance se debe, según Graciela Di Marco (2010), tanto al producto del activismo del movimiento feminista (constituido por organizaciones, redes y alianzas diversas) como a la incorporación masiva de mujeres de sectores populares en espacios de lucha, como son los Encuentros Nacionales de Mujeres que tienen lugar anualmente en distintas partes de Argentina, desde el retorno de la democracia en

- 1 El aborto legal y seguro es aún una deuda de la democracia, salvo en los casos de Cuba, Puerto Rico, Guyana, Uruguay, Argentina y México. Aprobado en distintos países, en el resto de América Latina el aborto legal es accesible en pocas excepciones y resulta dificultoso.
- 2 Las Tesis, integrado por Daffne Valdés Vargas, Paula Cometa Stange, Lea Cáceres Díaz y Sibila Sotomayor Van Rysseghem es un colectivo de feministas performativo que escribieron e interpretan “Un violador en tu camino”, cuyo video se viralizó en las redes sociales y fue replicado en todo el mundo.

1983. En Argentina, el proceso de popularización feminista tuvo un momento destacado con la primera convocatoria a la manifestación pública de *Ni Una Menos*, el 3 de junio de 2015, y se profundizó en 2018 durante los debates parlamentarios por el aborto legal y la formación de la marea verde. El movimiento que iniciaron las actrices de Hollywood en 2017, con la etiqueta #MeToo, contribuyó al desarrollo de acciones locales para denunciar la violencia sexual en el mundo del espectáculo y otros ámbitos.

En ese contexto, la agenda feminista llegó a los medios de comunicación —diarios, revistas, programas de radio y televisión—, las redes sociales, las industrias culturales y el mercado (Camusso *et al.*, 2018) y se ampliaron los temas de discusión. Sobresale una mayor asociación entre masculinidad y violencia, y sociabilidades juveniles marcadas por las denuncias, escraches y sanciones entre pares (Palumbo y Di Napoli, 2019). Asimismo, se pusieron en debate otras cuestiones por fuera de la violencia relacionadas con la arena del placer y el deseo erótico-afectivo. Anthony Giddens (2006) afirma que desde los años sesenta comenzó a existir incipientemente una mayor democratización de la pareja, la existencia de lo que el autor denomina “amor confluyente”, que implica un mayor grado de reciprocidad entre las partes y la puesta en duda del amor para toda la vida. El derecho a gozar, a pasarla bien, al orgasmo, a democratizar y abrir los deseos. La monogamia como problema y el amor romántico, que ha venido siendo pensado desde el feminismo de la segunda ola como una trampa hacia las mujeres, se pusieron dentro de la agenda de discusión. Todos estos puntos interpelan y se disputan fuertemente con los varones con quienes las identidades heterosexuales femeninas se vinculan y erotizan.<sup>3</sup> Las preguntas que sobresalen son: ¿dónde quedan situados los varones?, ¿cómo se posicionan ellos ante este contexto? y ¿cuáles mandatos y expectativas sustentan sus guiones sexuales?

Teniendo en cuenta el escenario descrito, este trabajo tiene como objetivo intentar responder esas preguntas, describiendo y

3 Diversos productos de las industrias culturales dan cuenta de este fenómeno. Entre ellos, Luciana Peker, escritora argentina, publicó su libro, que fue superventas, *Putita golosa. Por un feminismo del goce* (2018).

analizando idearios y prácticas sobre la sexualidad en un grupo de estudiantes jóvenes, cis,<sup>4</sup> varones y heterosexuales de la Universidad Nacional de San Martín (Unsam), radicada en el área del Gran Buenos Aires, Argentina. Ésta es una universidad pública y gratuita que cuenta con escuela media (enseñanza media superior), licenciaturas y carreras de posgrado (especializaciones, maestrías y doctorados), además de centros de investigación y desarrollo. Respecto a las licenciaturas, donde se ubican nuestros informantes, están constituidas principalmente por estudiantes de sectores medios y medios bajos de localidades aledañas. El 30 por ciento de las personas inscritas proviene del partido de San Martín, el 21 por ciento de Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y el resto de distintos municipios del conurbano bonaerense, la Provincia de Buenos Aires y otras provincias del país (Noticias Unsam, 2022).

En particular, nos proponemos abordar los idearios y prácticas sobre su propia sexualidad en este grupo de jóvenes, respecto a los siguientes ejes: a) cómo vinculan sus representaciones sobre su sexualidad y sus prácticas sexuales<sup>5</sup> en relación con sus propias definiciones sobre la masculinidad, b) qué expectativas presentan sobre el placer en las relaciones sexuales y de qué maneras lo ejercen, c) qué lugares le asignan estos varones a las mujeres en las relaciones sexuales, y d) cómo consideran que ha influido el feminismo en los cambios relativos a su sexualidad (si los hubiera) en el marco de sus relaciones sexuales. La construcción de estos ejes responde a un intento de profundizar en algunos aspectos abordados previamente en la investigación que derivó en la tesis de grado realizada por uno de los autores de este trabajo, Facundo Ferrer, cuyo objetivo principal fue describir y analizar cuáles eran las representaciones y las prácticas sociales que intervenían en los modos de uso y no uso del preservativo de estudiantes de la Unsam (Ferrer, 2024). Para ello, se examinaron

4 “Cis” es la abreviación, con uso social y popular, de “cisgénero”.

5 Entendemos y proponemos sobre la noción de prácticas sexuales a todos aquellos idearios y acciones que social y subjetivamente están dotados de un sentido erótico, generalmente orientados a la búsqueda de placer sexual, pero que a su vez la sobrepasan, como pueden ser el flirteo, caricias, besos, abrazos, entre otras manifestaciones corporales. Estas prácticas pueden incluir tanto la autoexploración como la presencia de otras personas; sobre esta última nos centraremos en este capítulo.

representaciones sociales sobre la masculinidad y la sexualidad que forman parte de la producción de prácticas relativas a los usos del preservativo; se identificaron y describieron situaciones, prácticas y relaciones en las que se utilizan (o no); y se analizó, por último, la relación entre las representaciones y las prácticas acerca de los modos de uso del condón. El material empírico utilizado en el presente capítulo, pues, se desprende del trabajo de campo desarrollado para dicho estudio previo.

En este sentido, en tanto los objetivos de la investigación sugieren una pregunta por los sentidos y los significados sociales que orientan y producen las prácticas y las relaciones de los actores, y por las percepciones subjetivas de éstos acerca del fenómeno que se quiere estudiar, la metodología se basa en un abordaje cualitativo. En cuanto a las técnicas de recolección y construcción de datos, utilizamos la entrevista semiestructurada. No obstante, por la propia dinámica que adoptaron algunos diálogos y la flexibilidad que habilita esta técnica al permitir formular preguntas abiertas, en ocasiones tales intercambios derivaron en la realización de entrevistas en profundidad. Respecto de la situación de entrevista, la teoría señala que implica “una relación social a través de la cual se obtienen enunciados y verbalizaciones en una instancia de observación directa y participación”, que posibilita el acceso a una “información que suele referirse a la biografía, el sentido de los hechos, a sentimientos, opiniones y emociones, a las normas o estándares de acción, y a los valores o conductas ideales” (Guber, 2001: 75). Así, esta herramienta metodológica resulta útil para responder a los objetivos de la investigación. Por su parte, la técnica para acceder a los entrevistados fue la conocida como “bola de nieve”.

Realizamos diez entrevistas individuales semiestructuradas a estudiantes cis varones y heterosexuales de la Unsam, pertenecientes a sectores medios<sup>6</sup> que se encontraban, al momento de la entrevista,

6 Retomamos la caracterización y tipología de clase media en Argentina que desarrolla Sautu a partir de su abordaje de dichos aspectos estructurales. La clase media comprende fracciones compuestas por ocupaciones que se desarrollan en el sector privado y en el sector público de la economía. Su rasgo común es que no se insertan donde está el poder económico y político, pero tampoco en el otro extremo de la estructura de

cursando sus estudios en la Escuela de Humanidades y en la Escuela de Ciencia y Tecnología (ambas ubicadas dentro del campus Miguelete de dicha casa de estudios): cuatro estudiantes de la primera unidad académica mencionada y seis de la segunda. En forma complementaria, también se entrevistó a seis estudiantes mujeres, relacionadas con el feminismo en distinta manera, de las mismas unidades académicas, que comparten las características sociodemográficas de los jóvenes entrevistados. En este caso, cuatro pertenecen a la Escuela de Humanidades y dos a la Escuela de Ciencia y Tecnología.<sup>7</sup> No se buscó con ello llevar adelante un estudio comparativo. Antes bien, la incorporación de las estudiantes mujeres permitió contrastar algunos puntos de vista de los varones y tener un resguardo metodológico. Lo que se intentó, en este sentido, fue prevenir la posibilidad de que, por la naturaleza del tema investigado, estos varones no profundizaran sobre algunos aspectos de la entrevista o bien exageraran sobre posiciones políticamente correctas. Las edades de las personas entrevistadas comprendían entre los 18 y los 24 años y tuvieron lugar durante 2020 y 2021.<sup>8</sup>

Las entrevistas fueron mayormente realizadas por medio de plataformas virtuales debido al contexto de pandemia y encierro que vivió Argentina durante el año 2020 y parte del 2021, lo cual implicó desafíos tales como problemas de conectividad y complicaciones relativas a la privacidad al momento de la entrevista, producto de las limitaciones espaciales que pudieran tener algunos informantes.<sup>9</sup> Para

---

clase. Los gerentes operativos, los profesionales, los propietarios y agentes del sector privado conforman la clase media junto con diversos niveles de la burocracia nacional, provincial y municipal (Sautu, 2016: 180).

7 Cinco de los diez estudiantes varones y dos de las seis estudiantes mujeres se dedicaban, al momento de la entrevista, exclusivamente a estudiar, mientras que el resto trabajaban y estudiaban. Algunas y algunos aún convivían con sus padres. Cabe señalar, por otro lado, que ninguna persona era padre o madre al momento de la entrevista, ni estaban pensando en serlo en un futuro cercano, pues priorizaban sus carreras profesionales y alcanzar una mayor estabilidad económica.

8 En todos los casos las entrevistas y los datos generados se presentan de forma anónima y confidencial.

9 Para un análisis pormenorizado acerca de estos desafíos y también de diferentes precisiones y decisiones metodológicas relativas a los fundamentos de la elección de la población analizada, contrastar con Ferrer (2024).

analizar los datos obtenidos como resultado del trabajo de campo se utilizó el método conocido como “análisis temático”, que consiste en la identificación, el análisis y el reporte de patrones (temas) de significados que se desprenden del conjunto de los datos (Braun y Clarke, 2006). A partir de la transcripción y la codificación de éstos, la elaboración de los temas y la búsqueda de relaciones entre ellos, este instrumento ofrece la posibilidad de estructurar, organizar y, por tanto, volver más asequible el proceso de análisis.<sup>10</sup>

Aquí abordamos la sexualidad desde una perspectiva crítica, situada, sociológica y de género. Nos interesa abordar esto en clave de guiones sexuales que orientan las interacciones entre sujetos. La teoría de los guiones sociales o *social scripts* de John Gagnon y William Simon (2005) postula que la actividad sexual sucede porque existen producciones sexuales y mentales en forma de guion, que le permiten a los actores atribuir un sentido sexual a diferentes situaciones y estados corporales. Los guiones son construcciones sociales que varían según el contexto e intervienen en las interacciones sexuales. Éstos operan en nuestra sexualidad en tres niveles de manera dinámica e interrelacionada: los escenarios culturales, los guiones interpersonales y los guiones intrapsíquicos.

## COORDENADAS TEÓRICAS SOBRE LA MASCULINIDAD

De acuerdo con Raewyn Connell (2003), la masculinidad no consiste únicamente en una serie de rasgos inherentes a la personalidad. Tampoco la piensa en relación con definiciones normativas acerca de lo que deben ser y hacer los varones. Más bien, la masculinidad se presenta para esta autora como un conjunto de prácticas sociales más o menos regularizadas y estabilizadas a lo largo del tiempo, que

10 Se siguieron, así, las fases descritas por Braun y Clarke (2006): a) familiarización con los datos mediante la transcripción y lectura repetida de las entrevistas; b) generación de códigos iniciales para identificar patrones relevantes; c) búsqueda de temas mediante la agrupación de códigos relacionados; d) revisión de temas para garantizar coherencia y relevancia; e) definición y denominación de los temas finales; f) producción del informe, integrando datos representativos de las entrevistas y reflexiones teóricas.

no obstante pueden transformarse históricamente y en función de las características específicas de cada cultura. Con esto, para Connell (2003) la masculinidad no existe de manera aislada, sino como parte de un sistema de relaciones de género donde adquiere sentido. En sus propias palabras, la masculinidad es al mismo tiempo

un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura (Connell, 2003: 109).

Además, Connell identifica que la masculinidad asume diferentes formas, jerárquicamente ordenadas según la posición que ocupan dentro del sistema social en general y de las relaciones de género, clase y raza en particular, pero también según las relaciones que mantienen entre sí las distintas masculinidades. Esas diferentes formas de masculinidad llevan los nombres de masculinidad hegemónica, subordinada, cómplice y marginal o marginada. La distinción que realiza Connell permitió, además, comenzar a problematizar la diferencia entre la *masculinidad* en singular, vinculada con la forma que ésta asume en términos de hegemonía, y las *masculinidades*, en plural, que aluden a la heterogeneidad de modos en que se expresan las identidades masculinas, con independencia de la orientación sexual, la genitalidad y las normas que regulan la sexualidad y el género (Fabbri, 2021).

En este trabajo partimos de pensar que las masculinidades, en plural (Jones, 2022), se construyen, aprenden y practican a partir de negociaciones y afirmaciones respecto a lo que los varones deben ser y a lo que no deberían parecerse (Faur, 2004), a la vez que cuestionan y negocian con los postulados que se les proyectan. Es decir, las masculinidades se configuran y actúan de manera pendular y con resistencias. La noción de masculinidades híbridas resulta apropiada en tanto estipula que las formas de masculinidad que ejercen hegemonía no son necesariamente nuevas o antiguas, sino que producen espacios híbridos (Azpiazu, 2017; Bridges y Pascoe, 2014). Son masculinidades que se adaptan y son capaces de reconocer las

ventajas de incorporar algunos elementos de las masculinidades históricamente no hegemónicas y de las feminidades, en busca de restituir sus posiciones en un sistema de género cambiante, en el cual ciertos idearios conservadores ya no son fáciles de defender (Azpiazu, 2017). En este sentido, la masculinidad hegemónica no puede entenderse como una sumatoria de atributos, sino como una posición social que varía de acuerdo con cada contexto y a sus relaciones, que genera resistencias a la vez que reproduce cánones del *statu quo*. Desde una mirada constructivista, en un punteo por los “mitos sobre los machos”, Eleonor Faur y Alejandro Grimson (2016) refutan la idea de que todos los varones “progres” sean igualitarios y plantean que entre el “perfecto machista” y el “perfecto igualitario” existen muchos matices. Aun quienes apoyan movimientos como Ni Una Menos, #MeToo y la legalización del aborto pueden ser egoístas o tomar posturas autocentradas al momento de dar placer o no ser cuidadosos en sus vínculos y prácticas sexuales, tal como analizamos en este texto.

En una misma línea, Luciano Fabbri (2020; 2021) reflexiona e investiga sobre las posibilidades, alcances y resistencias de los procesos de despatriarcalización de las organizaciones de izquierda independientes en Argentina. El especialista se pregunta hasta qué punto los varones cis militantes rompen con los pactos de masculinidad machista y siguen ejerciendo prácticas micromachistas —por ejemplo, ignorar el aporte de una compañera o destacarlo cuando lo realiza un varón— o violencias más literales, como es el menosprecio de la palabra femenina. Los feminismos y activismos sociosexuales exigen la revisión de prácticas y discursos asociados a la masculinidad hegemónica, y esto encuentra eco y refuerzo en las expectativas, deseos y búsquedas de muchas mujeres: tener relaciones basadas en una distribución equitativa del placer y tener vínculos basados en el diálogo y el respeto.

Tal como indica Fabbri (2020), la masculinidad cisheterosexual y dominante, en tanto proyecto extractivista, es la que se encuentra interpelada por los feminismos que cuestionan los pactos y órdenes de género que mantienen la opresión, explotación y violencias machistas. Nos encontramos ante lo que Daniel Jones (2022) define

como doble desacople de género. El primero, entre mujeres y varones cis, por la mayor presencia de los discursos feministas que llevan a que los varones deban revisar su propia masculinidad; y el segundo, entre discursos y prácticas de los propios varones, entre sus idearios de modelos más igualitarios y la perpetuación de prácticas de dominación que realizan hacia otras personas. Para Jones este doble desacople es fuente de fricción entre los géneros e invita, desde la incomodidad y el conflicto, a renegociar contratos que “tácitamente regulan los vínculos interpersonales” (2022: 25) respecto a qué es aceptable y qué no. Un medio que la retórica feminista le propone a las masculinidades para negociar y mejorar es la *deconstrucción*. La deconstrucción apunta a que las personas —especialmente los varones— realicen una revisión crítica de sí mismos, en pos de reducir o erradicar el machismo (Jones y Blanco, 2021). Con ese fin han surgido algunos espacios y talleres para que los varones “deconstruyan” —repiensen— su masculinidad. En términos generales se postula que, a partir de la propia voluntad de cambio y al reconocerse atravesados por los mismos mandatos y deseos que sus pares, los varones puedan acabar con prácticas de violencia.

Teniendo en cuenta estos postulados de la deconstrucción y la ambivalencia, en los próximos dos apartados nos enfocamos, primero, en examinar las representaciones, mandatos y expectativas de estos varones sobre sus prácticas sexuales; y segundo, en reflexionar sobre los impactos de los feminismos en torno a estos ejes y cuál es el lugar que ellos le otorgan y negocian con las mujeres, por ejemplo, en cuanto a la democratización del placer y el uso del preservativo.

## REPRESENTACIONES, MANDATOS Y EXPECTATIVAS DE LOS VARONES EN TORNO A LAS PRÁCTICAS SEXUALES

El proyecto político de la modernidad y su política sexual configuraron un orden de género específico, caracterizado entre otras cosas por la construcción diferenciada y jerarquizada de lo “masculino” respecto de lo “femenino”, entendidos como un conjunto de características, atributos, capacidades y posiciones concebidas como

naturales y esperables para cada persona en función de una lectura social y arbitraria de la diferencia sexual anatómica. En este marco, tal como ha teorizado Victor Seidler (1995; 2000), la sexualidad de los varones en la modernidad se construyó, por así decirlo, contra el cuerpo. O mejor dicho, “puesto que la razón se sitúa fundamentalmente en oposición a la naturaleza, y la sexualidad se toma como parte de la ‘naturaleza humana’, la superioridad masculina se construye en contra de la sexualidad” (Seidler, 1995: 91). Así, en la modernidad se impuso una asociación de la razón con la masculinidad, lo cual le permitió a los varones ocupar las posiciones más privilegiadas de la esfera pública, y las emociones y la corporalidad con la feminidad, fundamentando de este modo la reclusión de las mujeres al ámbito de lo privado (Molina, 1994). Heredera de esta asociación, “la noción tradicional de la sexualidad como una ‘necesidad irresistible’ que viene del cuerpo”, escribe Seidler, “ha organizado cierta idea del deseo heterosexual que repite la noción de sexo como una expresión de nuestra ‘naturaleza animal’ como hombres”, idea que, como concluye este autor, sugiere que “una vez que los varones han sido sexualmente excitados, ya no pueden ser responsabilizados” (Seidler, 1995: 84). Esta concepción de la sexualidad masculina irresponsable y desenfrenada contribuyó a la conformación de un modelo de masculinidad dominante o hegemónico que, en el plano sexual, se manifiesta entre otros modos a través de la exaltación de la virilidad, de la potencia corporal y genital, del rol “activo” de los varones en las relaciones heterosexuales y de la obligatoriedad de la heterosexualidad como único horizonte de deseo posible (Figari, 2008).<sup>11</sup>

Cabe preguntarse, en este sentido, de qué modos este modelo de sexualidad masculina hegemónica continúa teniendo influencia en las representaciones y las prácticas sociales de los varones en la actualidad, fuertemente influenciados por la retórica feminista que circula en sus distintos ámbitos de sociabilidad y en especial en la

11 Estas características se encuentran en la base de la construcción del fenómeno del machismo en el contexto latinoamericano (Gutmann, 1998; Zapata, 2001).

universidad. De acuerdo con Tadeo,<sup>12</sup> por ejemplo, un estudiante de 18 años de la Escuela de Humanidades, todavía pesa sobre los varones la exigencia social de aparentar una predisposición permanente para tener relaciones sexuales. Sostiene que, incluso, se ha presionado a sí mismo para tener relaciones aun cuando no tenía ganas. “Era como, bueno, toda oportunidad que tengas de tener sexo, tenelo”, comenta. Esta posición, que es compartida por la mayoría de los entrevistados, es asumida por lo general de manera conflictiva entre ellos, en tanto identifican que se trata de un mandato o expectativa que la sociedad deposita sobre los varones, en particular sobre los cisheterosexuales. Tadeo desarrolla esta idea a partir de la narración de una escena, en la que detalla cómo sucedió una relación sexual a la cual accedió sin tener deseo:

Nada, yo hago pesas y entreno con una chica, que nada, empezamos a hablar, bueno, la invité a casa, tuvimos por primera vez relaciones sexuales, concretamos, y después como que me sentí un poco obligado a mandarle un mensaje y volver a hacerlo. Entonces bueno, le mandé un mensaje y lo volví a hacer, y no tenía ganas. Y bueno, esta vez fuimos a un *telo*,<sup>13</sup> y estaba ahí como: “no tengo ni ganas de bajarme los pantalones” [dice sonriendo, con un tono que indica como cansancio]. Tenía ganas de irme y fue como, bueno... como que dale, lo tengo que hacer, es un trabajo, tengo que sacármelo de encima. Y después me puse a pensar: “no, no es así el asunto”. O sea, la tenés que ir a pasar bien. Pero sentía que tenía que coger todo el tiempo, y qué sé yo. Y bueno, lo hice por hacer.

Como podemos observar, en esta escena el deseo aparece supeditado al mandato de tener relaciones sexuales. La actividad sexual, en este sentido, es percibida como un deber. De acuerdo con Fernando Huerta (2007), quien recupera la caracterización que hacen Mabel Burin e Irene Melero (2000) de la sexualidad hegemónica masculina,

12 En todos los casos se aseguró la confidencialidad y anonimato de las personas entrevistadas, por ello se utilizaron nombres de pila aleatorios.

13 “Telo” es una expresión coloquial que se utiliza en Argentina para referirse a los hoteles —moteles en México— por horas o albergues transitorios.

un elemento constitutivo de esta sexualidad es la seudohipersexualidad. Para estas autorías, “la creación de la imagen del hombre como un sujeto siempre excitable se asocia con el dominio y proviene del supuesto discursivo y narrativo de que los hombres tienen una vida sexual hiperactiva” (Huerta, 2007: 491). En la escena que narra Tadeo, esta exigencia de hipersexualidad se encuentra en directa discrepancia con su propio deseo. No obstante, aun cuando él mismo identifica esta contradicción, la fuerza del mandato termina imponiéndose a su propia voluntad.

Pero, ¿de dónde viene la fuerza de este mandato de disposición permanente para la actividad sexual? o, mejor dicho, ¿cómo se sostiene? ¿Por qué llevar adelante una relación sexual cuando no se tienen ganas? Esteban, un joven de 23 años que también estudia en la Escuela de Humanidades, y el mismo Tadeo, nos ofrecen una posible orientación para responder estas preguntas. El primero, comenta que la exigencia de mantener múltiples relaciones sexuales se vincula con “un tema de masculinidad, y por un tema de ‘yo estoy con muchas mujeres’ o ‘yo hago que *acaben*<sup>14</sup> todas’, o no sé, un tema de estatus o un tema de poder”. El segundo, por su parte, en la misma dirección argumenta que, a través de la sexualidad, “uno demuestra supuestamente, teniendo más relaciones sexuales, como quién la tiene *más larga*”. En los comentarios de estos jóvenes aparece un elemento constitutivo de la masculinidad hegemónica, que tiene que ver con el hecho de que esta masculinidad necesita ponerse a prueba; y, en particular, lo hace frente a la mirada y al juicio de otros varones y mujeres. Sobre esto, Esteban también comenta que pesa sobre los varones “el estigma de si a ese no se le *paró*, o si duró poco o lo que sea, como que sentís que *te van a comer*<sup>15</sup> si te llega a pasar algo así”. Resulta curiosa la utilización de la palabra “estigma”, pues parece sugerir que existe entre varones toda una “sociodinámica de la estigmatización” (Elias, 1998), a partir de la cual se construyen e imponen determinadas actuaciones como

14 Usamos cursivas enfáticas en los testimonios textuales de acuerdo con la temática del artículo.

15 Expresión que se utiliza entre jóvenes de Argentina para indicar que se les va a señalar o juzgar cuando no realicen una cierta práctica o *performance* que se esperaba por su parte.

obligaciones socialmente legitimadas, disciplinando a todas aquellas prácticas e interacciones que no se adecúan a dicho ordenamiento social de género. En el plano sexual, la “puesta a prueba” de la masculinidad lleva a que con frecuencia los varones experimenten la sexualidad como un asunto de rendimiento y conquista, susceptible de ser demostrado públicamente, priorizando la cantidad de relaciones por sobre la calidad afectiva de las mismas (Seidler, 1995). Aparece en el discurso de los entrevistados una norma erectocéntrica, relacionada con la disposición y el mandato de la erección, que promueve un ideal de *performance* sexual difícil de lograr (Loe, 2001). Para Anastasia, una joven estudiante de 22 años de la Escuela de Humanidades, los varones buscan precisamente eso en las relaciones sexuales: “nada más tener sexo, decir que lo tuvieron y ya está. No sé tanto si quieren gozar, si la quieren pasar bien”.

Esta representación de la sexualidad desde el punto de vista del rendimiento y la conquista, por otro lado, se conecta con otro aspecto central en términos de la construcción y puesta en práctica de la masculinidad —y la sexualidad masculina— hegemónica: el rol de “activo”, o de iniciador, que los varones se atribuyen en las relaciones sexuales. Los polos actividad-masculinidad/pasividad-feminidad, en tanto esquema binario construido normativamente de acuerdo con las regulaciones de la política sexual hegemónica de Occidente, constituyen un elemento central en la producción del dispositivo de la sexualidad moderna. En palabras de Figari, estos polos son decisivos para el sostenimiento “del binarismo actitudinal y performático que define la heterosexualidad” (2008: 102). En este sentido, los jóvenes entrevistados coinciden en que en sus relaciones siempre han sentido el deber de tomar la iniciativa, y la han tomado prácticamente en todas sus relaciones sexuales. Tomás, un estudiante de la Escuela de Ciencia y Tecnología de 21 años, comenta sobre ello que “en definitiva, siempre he terminado como yo tomando la iniciativa, con respecto a salir con alguien o tener relaciones”. Sin embargo, algunos de estos jóvenes señalan que preferirían no tener que ocupar este lugar. Federico, por ejemplo, al contar una situación en la que el rol de “conducción” lo ocupó la mujer con la que mantuvo

relaciones, mencionó que disfrutó de tal dislocamiento respecto a los lugares esperados para cada quien en la relación:

Yo también sentí que cedí un poco también el protagonismo, y eso me pareció genial [enfatisa con el tono la palabra “genial”]. O sea, como que me sentía como conducido de alguna manera [dice sonriendo], y eso por lo general está pensado al revés, como se plantea, entonces como que eso fue como muy interesante, porque como que me hizo cuestionarme algunas cuestiones y hasta un poco cambiar un poco esos “roles”, entre comillas.

Desde la teoría de los guiones sociales (Gagnon y Simon, 2005), podemos pensar que estos mandatos de la masculinidad hegemónica (sexualidad como rendimiento y conquista, hiperactividad sexual, rol de “activo”) son movilizados por los actores como parte de un acervo de sentidos e imaginarios sociales en los que se apoyan para actuar, en el marco de relaciones que significan como sexuales. Son, de este modo, parte de los guiones que, al nivel de los escenarios culturales, les brindan orientaciones respecto de cómo deben ser sus *performances* sexuales en función de lo que consideran que se espera de ellos. Desde luego, estos guiones son a su vez resignificados y reelaborados subjetivamente (o en la psique), de ahí que existan contradicciones, tensiones o conflictos al nivel de las prácticas respecto de las experiencias concretas de los actores y de estas exigencias que identifican como parte de un modelo dominante de masculinidad. En el caso de Federico, por ejemplo, se observa que la situación que menciona, donde se pusieron en cuestión los roles esperados en una relación sexual, habilitó una interrogación, una reflexión, precisamente acerca de las múltiples posibilidades con las que cuentan las personas para actuar en este tipo de relaciones, por fuera de los márgenes establecidos socialmente para cada género.

Desde una perspectiva butleriana (Butler, 2007), en este sentido, consideramos que la dimensión performática del género, es decir, la posibilidad de pensar el género como una actuación, permite llevar adelante dislocaciones como las que ocurrieron en la relación que comenta Federico, aun cuando ocurra al nivel de prácticas micropo-

líticas. De acuerdo con Teresa de Lauretis (1996), en efecto, en tanto los procesos de construcción del género suponen un movimiento de tensión y contradicción entre los discursos y las prácticas hegemónicas, y las representaciones subjetivas y las autorrepresentaciones de agentes sociales, es posible que se habiliten intersticios a partir de los cuales se puedan construir prácticas de resistencia. “Afirmar que la representación social de género afecta a su construcción subjetiva y que, viceversa, la representación subjetiva del género —o autorrepresentación— afecta a su construcción social”, escribe De Lauretis, “deja abierta una posibilidad de agencia y de autodeterminación en el nivel subjetivo e individual de las prácticas cotidianas y micropolíticas” (1996: 15). Y es desde estos intersticios, desde estos márgenes, como concluye esta autora, que “pueden formularse los términos de una diferente construcción de género” (De Lauretis, 1996: 33).

De todos modos, como la misma Judith Butler (2006) señala, estas posibilidades de actuar de diferentes maneras el género no son, por así decirlo, infinitas, sino que tienen lugar en el marco de regulaciones que constriñen y limitan los marcos de acción e interacción entre quienes actúan, en particular a la hora de llevar adelante performances de género disruptivos. Salirse de estos márgenes, en efecto, puede acarrear la posibilidad de que se les juzge o sancione socialmente. Acabamos de ver, en este sentido, la preocupación que manifestaba Esteban acerca de cómo “te van a comer” los otros varones si no se cumple con las expectativas proyectadas para la sexualidad masculina. En el caso de los mandatos que estuvimos trabajando respecto de la masculinidad y la sexualidad masculina hegemónica, y las exigencias que de allí se derivan, se observa que la búsqueda por querer “cumplir” con los mismos, o incluso la posibilidad de resistirlos o negociarlos, producen nerviosismo, ansiedad, miedos, incomodidad, en tanto se traducen en imperativos sociales vinculados con el lugar que los varones deberían asumir en las relaciones sexuales; posición que en la mayoría de los casos dista de las posibilidades y las experiencias concretas de los varones (Seidler, 1995; Connell, 2003). Esto puede afectar el desarrollo de relaciones basadas en la comunicación, la afectividad, la igualdad, el consenso, la reciprocidad (Amuchástegui, 2003). Para ilustrar este punto

puede resultar útil un comentario de Julián, estudiante de Ciencia y Tecnología, de 20 años:

Quizá, no sé, dado que los hombres solemos ser super altos en libido, entonces nos viene bien cualquier cosa que nos haga sexualmente una mujer. En cambio, las mujeres son diferentes, creo, en ese sentido. Y nosotros estamos como más, me parece, al menos los hombres, estamos más nerviosos a la hora de tener un acto sexual con una mujer que las mujeres, por el hecho de que no sabemos bien cómo satisfacerlas, porque son mucho más complejas, me parece a mí, que los hombres en ese sentido. No sabés qué tanto le puede gustar cierta cosa, qué tanto le puede gustar otra cosa.

En la categorización de Fernando Huerta (2007) y Mabel Burin e Irene Meler (2000) sobre la sexualidad hegemónica masculina hay dos puntos más que quisiéramos recuperar para problematizar el comentario de Julián: la obsesión por el desempeño y, vinculada con ello, la pretensión de saber todo sobre el sexo. En este sentido, Huerta sugiere que “la rigidez y la sensación de urgencia sexual para satisfacer a las mujeres”, que caracterizan esta obsesión por el desempeño, “así como los contrastes emocionales y afectivos que expresan a éstas y a sí mismos, son factores determinantes de los mandatos genéricos masculinos” (2007: 491). En tanto opera como un ideal regulatorio, este modo de representar la sexualidad masculina como una prueba de desempeño, como “un asunto de rendimiento” (Seidler, 1995: 106), suele ser asumido conflictivamente por los actores, tal como observamos en el caso de Julián. Por otro lado, como parte de esta configuración de la sexualidad masculina dominante, los varones cisheterosexuales “necesitan conocimientos profundos o elementales para no andar como analfabetos de sexualidad ante las mujeres”, pues actuar en forma contraria “desprestigia su narcisismo y su virilidad” (Huerta, 2007: 492). Sobre todo, como mencionamos previamente, frente a otros varones ante quienes deben demostrar esta dominancia y sapiencia en las relaciones y las prácticas sexuales.

Los nervios, la tensión y la ansiedad que sintió Julián se comprenden mejor cuando tenemos en cuenta esta conflictividad que resulta de la relación entre los imaginarios y la inmediatez de la práctica. Sobre todo, cuando estos imaginarios presentan un contenido normativo. En efecto, los trabajos de Seidler (1995; 2000), Michael Kaufman (1995) y Raewyn Connell (2003) identificaron que uno de los aspectos más problemáticos de la experiencia de la masculinidad es esta distancia entre las representaciones y las expectativas dominantes sobre la sexualidad masculina y su puesta en práctica en situaciones concretas. Una distancia que es problemática en la medida en que supone un ideal inalcanzable o muy difícil de alcanzar, lo cual produce costos emocionales en la experiencia subjetiva de los varones. “Parte de lo que es necesario cuestionar”, escribe Seidler en este sentido, “es la presión que sienten los hombres de tener que adecuar su comportamiento a reglas y definiciones externas” (2000: 176).

#### ENTRE LA DEMOCRATIZACIÓN Y LA DESIGUALDAD DEL PLACER

Hasta aquí, nos hemos enfocado en problematizar la vigencia de algunos de los principales mandatos vinculados con la sexualidad masculina hegemónica. Observamos también que si bien en la práctica estos jóvenes tienden a reproducirlos, ello no significa que tal adecuación esté exenta de negociaciones o miradas críticas. Sobresalen ambivalencias, deconstrucciones y pendulaciones en los guiones sexuales respecto a los modos de experimentar sus prácticas sexuales, y junto con estos mandatos coexisten otras formas de representar y ejercer la sexualidad que han sido fuertemente influidas por los feminismos. Algunos de estos jóvenes, por ejemplo, intentan construir vínculos —así los denominan— más desde el punto de vista de la afectividad que de la dimensión meramente sexual. Otros sostienen que, para poder experimentar placer en una relación sexual, necesitan que la otra persona también sienta placer, es decir, que sea recíproco. Sebastián, un estudiante de Ciencia y Tecnología de

24 años afirmó, en este sentido, que “lo que le guste o no a la otra persona define un poco en el momento lo que a vos después te gusta o no”. En la misma dirección, Cristian, quien también estudia en Ciencia y Tecnología y tiene 24 años, agrega que “si estoy disfrutando solo yo no me gusta tanto”, y que le genera placer “ver a la otra persona con placer o estando muy *caliente*”.

Respecto del placer, también entendemos que vivimos en una sociedad donde se exalta la dimensión placentera de la sexualidad y se la reduce a su dimensión hedonista<sup>16</sup> y, en algunos casos, autocentrada al disfrute propio. Esto, desde el punto de vista de algunos de los jóvenes, obstaculiza el desarrollo de relaciones sexoafectivas más enfocadas en las emociones que en el mero registro carnal. El mismo Sebastián se expresó sobre este punto:

Yo siento mucho más, ¿cómo se dice?, con una relación afectiva o cariño, así como afecto. Me pasa más por otros lados, como por conocer a la otra persona, por saber qué piensa, por ver cómo se mueve, no sé, cosas así, que por *coger*.<sup>17</sup>

Para las personas entrevistadas juega allí un papel importante, además de la comunicación verbal, el lenguaje corporal. Es decir, tener en cuenta los signos como la respiración, la mirada, las caricias, la proximidad o el movimiento corporal.

Por otro lado, también hay posiciones donde se valora la comunicación, la responsabilidad, el cuidado mutuo, conversar con la otra

16 Esta concepción de la sexualidad como hedonista, centrada exclusivamente en la búsqueda de placer sexual, ha sido problematizada, por ejemplo, por Oscar Guasch (1993). Para este autor, durante la segunda mitad del siglo XX tuvo lugar un proceso de transformación de los discursos y las prácticas institucionales que organizan y regulan la sexualidad. Como consecuencia de ello, desde un punto de vista institucional, las relaciones sexuales dejaron progresivamente de organizarse y regularse exclusivamente sobre la base de la prohibición y la represión, como ocurría en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, bajo la hegemonía del discurso medicolegal. En cambio, postula que actualmente existe una tendencia a enfatizar la dimensión placentera de la sexualidad e incluso a alentarla, pero bajo determinadas condiciones. En palabras de Guasch: “se trata ahora de dar normas para el acceso al placer” (1993: 114).

17 Expresión empleada tanto en Argentina como en México que indica tener relaciones sexuales.

persona ya sea antes, durante o después de las prácticas sexuales en busca de democratizar el placer y la reciprocidad. La comunicación, a través del diálogo, ha pasado a ser considerada en las últimas décadas, por parte de sectores medios, como una de las fórmulas que posibilita una mejor solución y vehiculización de los problemas de pareja y una mayor equidad y realización de las partes (Palumbo, 2018). Existe una fuerte confianza en el poder de la palabra como muestra de autoconocimiento de lo que se quiere y como modo “pacífico” de resolución de conflictos; esto deja entrever elementos de la cultura terapéutica propia de ámbitos universitarios urbanos.<sup>18</sup> Lo anterior se vincula con un modelo de sexualidad confluyente, en términos de Giddens, en el cual prima la capacidad para expresar consentimientos y enunciar deseos que son centrales para el repertorio feminista de amor y vínculos democráticos y placenteros (Felitti y Palumbo, 2023).<sup>19</sup>

No obstante, suele compartirse entre los entrevistados la opinión de que, en los encuentros casuales, o de una única vez, donde el compromiso afectivo suele ser menor, es más difícil el diálogo y la posibilidad de construir estos acuerdos. En esos casos, algunos de estos jóvenes prefieren reproducir el lugar tradicional asignado a los varones, vinculado con la toma de la iniciativa. Ramón, joven estudiante de la Escuela de Humanidades, afirma sobre ello que en “una relación de una vez, una relación casual con una persona, capaz que ni me gasto en decir nada porque, bueno, es la última vez que la voy a ver o algo así, y bueno, ya fue”. En cambio, plantea que “si es alguien con quien planeo seguir teniendo relaciones, sí, se habla”. Como vemos, la posibilidad de negociar roles y vínculos donde exista una mayor distribución del placer tiende a aparecer como

18 No es nuestra intención profundizar en si existen o no dinámicas de violencia en este enfoque. Para tal fin, véase Mariana Palumbo (2017). Entendemos que a nivel discursivo sobresale una fuerte presencia del modelo de amor confluyente, cercano a los idearios feministas.

19 Aunque no profundizaremos en este texto, entendemos que el erotismo es escurridizo frente a categorizaciones y normativas (Butler, 2011). Como afirma Eva Illouz (2020), algo del consenso es siempre ilusorio. Alejandra Kohan lo expresa claramente cuando distingue el sujeto jurídico del sujeto del inconsciente, y la necesidad de diferenciar cuidado de vigilancia (2020: 174).

una posibilidad en relaciones donde la confianza y el compromiso afectivo se encuentran más presentes. Así lo plantea Ramón: “al ser justamente una persona a quien yo conozco [se refiere a su pareja actual], a quien quiero, claramente busco que esa persona también la pase bien y que disfrute”.

Un aspecto que se evidencia en el trabajo de campo al examinar la distribución del poder, del cuidado y del placer —emblemas del feminismo— en la cisheterosexualidad al momento de la práctica sexual, es el uso (o no uso) de métodos anticonceptivos así como profilácticos y su negociación. En efecto, entre los estudiantes entrevistados sobresale la idea generalizada de que la utilización del preservativo, por ejemplo, puede llegar a ser negociable en las relaciones que definen como estables (como las de pareja) o mediadas por un sentimiento de confianza, mientras que su uso en las relaciones casuales, con personas que no conocen, se define como obligatorio e innegociable. Como señala Nina Zamberlin (2000), cuando se trata de vínculos o encuentros “casuales”, se privilegia la función profiláctica. Al contrario, cuando se trata de parejas estables, se privilegia la función contraceptiva. Así, el tipo de relación define no solamente la posibilidad de usar condón o no, sino también para qué se usa y qué función se privilegia. Esta disociación se vincula con los distintos niveles de compromiso afectivo que establecen estos varones con sus parejas. En relación con esto, Graciela Infesta (2001) y la misma Zamberlin (2000) identificaron que, en las relaciones casuales, mediadas por lo general por un menor compromiso afectivo, los varones practican el autocuidado. Es decir, en esos casos se pondera más “el cuidado de la integridad física y el miedo a la muerte” (Jacqueline Gysling *et al.*, “Sexualidad en jóvenes universitarios”, citados por Zamberlin, 2000: 287) que el apego a una lógica del cuidado mutuo (aunque esta lógica no esté del todo ausente). Esta diferenciación entre los usos del preservativo en función del tipo de vínculo, y las diferencias respecto de la posibilidad de comunicación que mencionamos más arriba, constituyen un ejemplo de la pendularidad y la ambivalencia con la que sienten y actúan los varones jóvenes.

Si bien se presentan, en términos generales, discursos favorables al uso del condón en el marco de vínculos ocasionales o esporádicos,

vemos que existen matices que tensionan esos discursos, sobre todo cuando nos trasladamos al nivel de las prácticas, tal como exponemos en los siguientes párrafos. Aparecen en las entrevistas situaciones en las que los jóvenes indican que han privilegiado el uso del preservativo ante el riesgo de provocar un embarazo así como contraer una infección de transmisión sexual (ITS),<sup>20</sup> sin embargo, indican que al usar condón “sienten menos”. Todos coinciden en que el placer es mayor cuando no lo utilizan. Asimismo, el principal motivo en el que se apoyaron para sugerirle a las mujeres no usar condón tuvo que ver con situaciones donde consideraban que la acción de colocar el preservativo interrumpiría el deseo, la dinámica de la relación sexual, la *calentura* del momento. Sobre este punto podemos retomar a Seidler (1995), con la idea de que los varones heterosexuales, en contextos de excitación sexual, actúan la sexualidad desde una concepción de ésta como un impulso irrefrenable, en función de lo cual no asumen su responsabilidad afectiva, de cuidado, en las relaciones sexuales.

Cuando consultamos a mujeres cisheterosexuales sobre el uso del preservativo, compañeras de los varones entrevistados, aparecen discursos que muestran que ellas son las que exigen a sus pares varones el uso de condón. Juliana (20 años) y Pilar (24 años), ambas estudiantes de la Escuela de Humanidades, comentaron que tuvieron que reclamar en más de una oportunidad que se use dicho método de cuidado e invitar a sus pares masculinos a que deconstruyan sus idearios sobre sus prácticas sexuales. Incluso, les ocurrió que algunos de los varones con los que mantuvieron relaciones sexuales presentaron resistencias ante ese pedido, provocando discusiones en el marco de la interacción sexual. Ellos argumentaron, según cuentan las jóvenes, que sin usar condón “sentían más”, y que ellas podían luego utilizar un método anticonceptivo de emergencia (popularmente conocido como “pastilla del día después”). Se trata de casos donde la responsabilidad sobre los métodos de cuidado en las

20 Es importante señalar que, en términos generales, los jóvenes entrevistados tienden a expresar una mayor preocupación por contraer una ITS que por transmitirla. El ejemplo más claro, en este sentido, se vincula con la nula utilización de preservativos para prácticas sexuales fuera del coito vaginal, en particular el sexo oral.

relaciones sexuales recae enteramente sobre ellas. La posibilidad de provocar un embarazo, en este sentido, es percibida por los varones como una responsabilidad que no les corresponde, pues es algo que sucede en el cuerpo de la otra persona. Para Julián, por ejemplo, esa es precisamente una de las cosas que más encuentra como positivas de la masculinidad: “Me encanta ser varón, me encanta también por... a ver, entre comillas, la cantidad de responsabilidades de que nos liberamos no siendo mujer, digamos, por ejemplo, de... no sé... llevar un embarazo, de menstruar todos los meses”. En términos de los usos de métodos anticonceptivos, o bien profilácticos, esta construcción diferenciada de la sexualidad supone, entre otras cosas, que se le impute a las mujeres la responsabilidad sobre los cuidados en las relaciones heterosexuales y que sus sexualidades se reduzcan a la dimensión reproductiva. De este modo, la sexualidad, como práctica erótica y como práctica reproductiva, no significa ni implica lo mismo para los varones que para las mujeres. En efecto, tal como señalan Ana Amuchástegui (2007) y Fernando Huerta (2007) para el caso mexicano, mientras que la sexualidad de las mujeres fue circunscrita a las prácticas reproductivas, en el caso de los varones se habilitó socialmente el ejercicio de su sexualidad como práctica erótica.

En esta lógica de pendularidad y ambivalencia que aparece entre los entrevistados respecto a cuándo ser dialógicos, a cuándo usar preservativo, a cuánto priorizar el placer de las mujeres, debe tenerse en cuenta, por otro lado, que en ciertas ocasiones el hecho de reconocer la importancia de que exista reciprocidad y consentimiento en términos de placer no pareciera relacionarse con el objetivo de construir vínculos más responsables e igualitarios, idearios propios de los feminismos. Más bien, se vincula con un modo de perpetuar el lugar de los varones en tanto que “dadores” de satisfacción, de reafirmar y ejercer su lugar de poder o autoridad en las relaciones sexuales. Hipotetizamos, en este sentido, que existe para estos casos una reproducción del rol de proveedor asignado históricamente a los varones, pero desde el punto de vista de “proveer placer”. Se trata de casos donde el reconocimiento de la buena *performance* de la masculinidad, en cuanto al disfrute de la sexualidad, está más vinculada

con un sentimiento de obligación social de “dar placer” que con una intención de reducir las desigualdades entre los géneros y democratizar los deseos.

Al reflexionar sobre las transformaciones que proponen los feminismos en cuanto al derecho al —y el ejercicio del— placer en las relaciones sexuales, Julián comenta lo siguiente:

Se empezó a avisar, a tener mucho más en cuenta, o las mujeres hicieron que se tenga mucho más en cuenta la opinión de ellas mismas, y se reforzó, digamos, la validez que tiene socialmente esa opinión. Entonces, bueno, empezaron a hablar más y a postear: “che, loco, las mujeres la pasamos recontra mal en las relaciones sexuales, pónganse las pilas”. Y entonces los hombres actuamos en consecuencia. Tampoco queremos ser unos atrasados que no satisfacen a las mujeres.

La preocupación en este caso no parece pasar tanto por transformar las prácticas desde un posicionamiento moral vinculado con la equidad de género. Lo que se observa, en cambio, es una mayor toma de conciencia por parte de este joven acerca de las limitaciones que encontraría en el escenario actual de las relaciones sociales de género en caso de mantener una *performance* sexual masculina tradicional, autocentrada en el placer propio. Esto lleva a afirmar a Julián que “muchos hombres son [se corrige]... o fuimos egoístas, a veces, o no pensamos en el otro a la hora de tener relaciones [...] Y eso me imagino que pasa mucho, y ahora se está informando más [desde los feminismos] al respecto de eso”. Prevalece un contexto de sexualización de la cultura que convive, por un lado, con una sensibilidad postfeminista que promueve a las mujeres como sujetos activos y sexuales (Orgad y Gill, 2022) y, por el otro lado, al derecho al placer sexual y al orgasmo promulgado por los feminismos (Felitti y Palumbo, 2023).

Aún con estos matices, es indudable que los feminismos lograron interpelar a estos jóvenes. Y lo hicieron tanto en relación con el reconocimiento acerca de los mandatos de la masculinidad hegemónica y los condicionamientos que significan para sus sexualidades, como respecto de las transformaciones en sus modos de representar, imaginar

y ejercer la sexualidad. De acuerdo con los jóvenes entrevistados, en este sentido, uno de los principales aportes de los feminismos tuvo que ver con la visibilización y transformación de las desigualdades entre los géneros en el plano sexual. Entre otras cosas, mencionan el hecho de sacar la sexualidad del ámbito exclusivo de lo privado y de lo prohibido o del tabú, lo cual permitió visibilizar las asimetrías de poder (y de placer) en las relaciones sexuales; empezar a jerarquizar y valorar la esfera emocional y el compromiso afectivo; problematizar los roles, las expectativas y los mandatos respecto de la sexualidad; así como reconocer la capacidad de las mujeres en cuanto a los modos en que agencian sus propias sexualidades. Así lo expresaron Luciano y Tadeo:

Yo creo que [el feminismo] ha influido bastante en la sexualidad en general, en los modos afectivos, en la utilización o no de preservativos, de distintos modos también de anticonceptivos, de tratar de hacer llegar la información sobre cuestiones de reproducción, sobre cuestiones de diversidad, todo lo que atañe a la sexualidad. Sí, yo creo que sí ha hecho un trabajo importante el feminismo en cuanto a eso. Porque bueno, en realidad creo que empezaron hablando de la cuestión del placer, de relaciones abiertas o de cómo se construyen las relaciones, y bueno, en esa construcción de relaciones si uno habla de que uno cuida al otro aparecen estas cuestiones de cuidados, de anticonceptivos, etcétera (entrevista a Luciano, Ciencia y Tecnología, 23 años).

El feminismo viene a desnaturalizar y deconstruir leyes sociales que se dan por naturales y que nos condicionan a actuar de una manera, entonces creo que con el feminismo, o sea, hay una deconstrucción, una desnaturalización bastante grande [...] Por ejemplo, como que, obvio escuchando y leyendo un poco algunas autoras del feminismo, nada, o sea, de decir: “no es que por ser hombre tengo que *estar al palo* todo el día, tengo que tener relaciones lo más que pueda”. Eso como que yo estoy más tranquilo y más o menos se va desnaturalizando eso (entrevista a Tadeo, Humanidades, 18 años).

En el caso de Tadeo, por ejemplo, el acercamiento a lecturas feministas le brindó herramientas para problematizar cómo la sexualidad hegemónica masculina constriñe las posibilidades de ejercer otro tipo de sexualidades. En palabras de Kaufman,

si la categoría del género trata del poder, entonces, en la medida en que las relaciones reales de poder entre hombres y mujeres, y entre distintos grupos de hombres comienzan a cambiar, nuestras experiencias y nuestras definiciones de género también deben hacerlo (1995: 138).

La masculinidad, pues, no es una categoría estática, resistente a la influencia de las fuerzas sociales, de la cultura, la política y la historia. Es, más bien, una experiencia práctica condicionada por la sedimentación de normas y pautas de acción que se configuran en el marco de relaciones cambiantes de poder.

## CONCLUSIONES

En este capítulo nos propusimos examinar los idearios y prácticas sobre la sexualidad de un grupo de estudiantes universitarios de sectores medios urbanos. Abordamos cuatro ejes: a) cómo vinculan sus representaciones sobre su sexualidad y prácticas sexuales en relación con sus propias definiciones sobre la masculinidad, b) qué expectativas presentan sobre el placer en las relaciones sexuales y de qué maneras lo ejercen, c) qué lugares les asignan estos varones a las mujeres en las relaciones sexuales, y d) cómo consideran que ha influido el feminismo en los cambios relativos a su sexualidad en el marco de sus relaciones sexuales.

Para tal fin adoptamos una perspectiva que se enfocó en las ambivalencias, deconstrucciones y pendulaciones que poseen los entrevistados en torno a su sexualidad y a sus prácticas sexuales, es decir, cómo en algunas situaciones pueden tener miradas más empáticas e igualitarias sobre el modelo de vínculo, mientras que en otras, no; por ejemplo, cuando se rehúsan a usar preservativo. Tuvimos en cuenta a lo largo del texto el impacto que han tenido las retóricas

feministas y analizamos sus discursos trayendo también testimonios de sus compañeras, quienes tienen un acercamiento a la retórica feminista vinculada al placer y al autocuidado.

En el primer apartado, empírico, nos centramos en los mandatos que sobresalen en torno a la práctica sexual, percibida como un deber bajo una norma erectocéntrica, donde la masculinidad necesita ser puesta a prueba, una y otra vez, frente a la mirada y juicio de otros varones y mujeres, que esperan de ellos ciertos niveles de *performance* sexual para ser admitidos como “varones”. Sin embargo, también examinamos cómo en ciertas situaciones cuestionan a este guion sexual que pesa sobre ellos. Frente a las exigencias, los entrevistados fluctúan entre la búsqueda por querer “cumplir” con las normas y la posibilidad de resistirlas o negociarlas, atravesados por distintas emociones sobre las que hicimos mención, a saber, nerviosismo, ansiedad y miedos.

En el segundo apartado, nos concentramos en cómo los varones construyen y proyectan su sexualidad y sus prácticas sexuales según el tipo de vínculo. En las relaciones más abocadas a la dimensión afectiva que a la sexual, contra posturas hedonistas y autocentradadas, se prioriza y democratiza el placer de las mujeres —hacedoras y demandantes de deseos. Sin embargo, hay relatos donde existe una fuerte valorización de la comunicación, la responsabilidad y el cuidado mutuo, en distintos momentos de la práctica sexual y en cualquier tipo de vínculo. En relación con las parejas examinamos cómo prevalece la presencia del modelo de amor confluyente —de escucha y resolución de conflicto con base en el diálogo— frente a dinámicas de violencia. Con esto no afirmamos que no haya violencia en las relaciones, pero a nivel representacional y aspiracional, la palabra y las formas “pacifistas” de resolución de conflicto —propias de las retóricas feministas— son las que sobresalen.

Por último, en dicho apartado, al momento de examinar el efecto de los feminismos en la democratización y el mayor autocuidado en las prácticas sexuales hicimos mención del no uso de preservativo. Existe consenso entre los varones frente a la idea de que con el preservativo “se siente menos”; es decir, la práctica sexual mediada por condón es menos placentera. Sin embargo, según el tipo de vínculo

su preferencia será mayor o menor: cuando se trata de encuentros casuales se privilegia la función profiláctica; mientras que cuando se trata de parejas estables, se antepone la función contraceptiva. Este esquema, que aparece en primera instancia, se tensiona cuando se avanza en las entrevistas y se suman testimonios de sus pares femeninas —quienes cuestionan a los varones. En distintas oportunidades ellos se muestran reticentes a usar profiláctico, son las mujeres quienes demandan su utilización y en algunos casos los entrevistados consideran que el embarazo es un problema de ellas. Aquí se vislumbra una falta de cuidado y de democratización del deseo y de responsabilidad por parte de varones. De este modo, entendemos que aún hoy, con todos los avances feministas, la sexualidad, como práctica tanto erótica como reproductiva, no significa ni implica lo mismo para los varones que para las mujeres.

Tal como señala Michael Kaufman (1995), la experiencia de la masculinidad es contradictoria. Es una experiencia que oscila pendularmente entre el ejercicio del poder y la carencia de poder, entre el estatus y el prestigio y el dolor, entre los privilegios y los costos que enfrentan los varones como parte de su búsqueda por cumplir con los mandatos de los modelos hegemónicos de masculinidad. Se trata de una búsqueda minada por miedos, violencias, represiones y prohibiciones, pero también por plusvalores, prerrogativas y libertades. En este marco, los feminismos también vienen a proponerle a los varones que reflexionen críticamente sobre esta experiencia de la masculinidad; reconociendo, incluso, que en verdad se trata de experiencias y de masculinidades, en tanto no existe un único modo de ser varón o de asumir una identidad masculina, tal como sugerimos al comienzo de este trabajo. Así, es posible distinguir, como hace Luciano Fabbri, “entre una masculinidad singular, en tanto norma, de la multiplicidad de masculinidades que se ven afectadas por la misma, que la citan, reproducen, desplazan, profanan y resignifican” (2021: 25). A partir de allí, la masculinidad se encuentra abierta a la posibilidad de transformarse en la dirección de una mayor igualdad, de una mayor justicia y de una mayor libertad en las relaciones entre los géneros. La responsabilidad sobre esta transformación, en este sentido, se encuentra en gran medida en los propios varones.

Entendemos, desde una perspectiva política, que las nuevas generaciones de varones cis heterosexuales se encuentran frente a la posibilidad de construir vínculos sexoafectivos más equitativos y sexualidades más democráticas. En este sentido, vemos que existe entre los jóvenes que entrevistamos, en términos generales, una mayor apertura para el cambio y la transformación. Sin embargo, consideramos que el camino no está exento de tensiones frente a guiones sexuales de la masculinidad, de deconstrucciones y retrocesos, y de conflictos y ambivalencias, porque cuestionar lo dado y el poder nunca constituye una tarea sencilla y genera resistencias.

## REFERENCIAS

- Altamirano, Ayelén, Estefanía Cioffi, Julia De Titto y Luciano Fabbri (2018), *La cuarta ola feminista*, Buenos Aires, Oleada revista digital/ Mala Junta, <<https://malajunta.org/wp-content/uploads/2019/06/libro-mala-junta-web-final-2.pdf>>, consultado el 5 de febrero, 2024.
- Amuchástegui, Ana (2007), “Ética, deseo y masculinidad: la difícil relación entre lo sexual y lo reproductivo”, en Ana Amuchástegui e Ivonne Szasz (coords.), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, México, El Colegio de México, pp. 121-139.
- Amuchástegui, Ana (2003), “‘No sé decirle si quedó embarazada’: género, responsabilidad y autonomía entre jóvenes mexicanos”, en José Olavarría (ed.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*, Santiago, Flacso, pp. 143-152.
- Azpiazu, Jokin (2017), *Masculinidades y feminismos*, Barcelona, Virus Editorial.
- Braun, Virginia y Victoria Clarke (2006), “Using thematic analysis in psychology”, *Qualitative Research in Psychology*, vol. 2, núm. 3, pp. 77-101.
- Bridges, Tristan y Cheri Jo Pascoe (2014), “Hybrid masculinities: new directions in the sociology of men and masculinities”, *Sociology Compass*, pp. 246-258.

- Burin, Mabel e Irene Meler (2000), *Varones, género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós.
- Butler, Judith (2011), “Some thoughts on psychoanalysis and law”, *Columbia Journal of Gender and Law*, vol. 21, núm. 2, <<https://doi.org/10.7916/cjgl.v21i2.2632>>, consultado el 5 de febrero, 2024.
- Butler, Judith (2007), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós.
- Butler, Judith (2006), *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós.
- Camusso, Mariangeles, Amparo Moreno, Florencia Rovetto, Núria Sime-lio Solá, Carolina Justo von Lurzer, Libertad Borda, Carolina Spata-ro, Vanina Lanati, Lucía Figueroa y María Laura Schaufler (2018), “De la VDG a la IVE: de los sillones chimenteros al parlamento”, en Rubén Biselli y Mariana Maestri (comps.), *La mediatización contemporánea y el desafío del big data*, Rosario, UNR, pp. 127-147.
- Connell, Raewyn (2003), *Masculinidades*, México, UNAM.
- De Lauretis, Teresa (1996), “La tecnología del género”, *Mora*, vol. 2, pp. 6-34.
- Di Marco, Graciela (2010), “Los movimientos de mujeres en Argentina y la emergencia del pueblo feminista”, *La Aljaba*, vol. XIV, pp. 51-67.
- Elias, Norbert (1998), *La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá, Norma.
- Fabbri, Luciano (comp.) (2021), *La masculinidad incomodada*, Rosario, UNR/HomoSapiens.
- Fabbri, Luciano (2020), “Micromachismos, porongueo y complicidad. Resistencias de los varones cis a los procesos de despatriarcalización”, en Diana Maffía, Patricia Gómez, Aluminé Moreno y Celeste Moretti (comps.), *Intervenciones feministas para la igualdad y la justicia*, Buenos Aires, Jusbaire, pp. 137-149.
- Faur, Eleonor (2004), *Masculinidades y desarrollo social. Las relaciones de género desde la perspectiva de los hombres*, Bogotá, Unicef/Arango Editores.
- Faur, Eleonor y Alejandro Grimson (2016), *Mitomanías de los sexos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Felitti, Karina y Mariana Palumbo (2023), “Las relaciones sexo afectivas en la cuarta ola feminista: diagnósticos, debates y propuestas (Argentina, 2018-2022)”, *Debate Feminista*, vol. 66, pp. 1-30, <<https://>

- debatefeminista.cieg.unam.mx/index.php/debate\_feminista/article/view/2411/2114>, consultado el 5 de febrero, 2024.
- Ferrer, Facundo (2024), “¿Masculinidades que aprietan? Representaciones y prácticas sociales en los usos del preservativo de jóvenes universitarios (Universidad Nacional de San Martín, 2020-2021)”, tesis de licenciatura en Sociología, San Martín, Provincia de Buenos Aires, Unsam.
- Figari, Carlos (2008), “Heterosexualidades masculinas flexibles”, en Mario Pecheny, Carlos Figari y Daniel Jones (comps.), *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidades en Argentina*, Buenos Aires, Zorzal, pp. 97-122.
- Gagnon, John y William Simon (2005), *Sexual conduct: the social sources of human sexuality*, Fredericton, Aldine Transaction.
- Giddens, Anthony (2006), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra Teorema.
- Guasch, Oscar (1993), “Para una sociología de la sexualidad”, *REISS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, vol. 64, pp. 105-121.
- Guber, Rosana (2001), *La etnografía: Método, campo y reflexividad*, Bogotá, Norma.
- Gutmann, Matthew C. (1998), “El machismo”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago, Flacso, pp. 238-257.
- Huerta, Fernando (2007), “El cuerpo masculino como escenario de la vasectomía: una experiencia con un grupo de hombres de las ciudades de México y Puebla”, en Ana Amuchástegui e Ivonne Szasz (coords.), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, El Colegio de México, pp. 479-515.
- Illouz, Eva (2020), *El fin del amor. Una sociología de las relaciones negativas*, Barcelona, Katz.
- Infesta, Graciela (2001), “La red invisible: masculinidad, sexualidad y salud reproductiva”, ponencia presentada en el XXIII International Congress of the Latin American Studies Association, 6 a 8 de septiembre, Washington.

- Jones, Daniel (2022), *La masculinidad: varones y feminismos*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Jones, Daniel y Rafael Blanco (2021), “Varones atravesados por los feminismos. Deconstrucción, distancia y reforzamiento del género”, en Luciano Fabbri (comp.), *La masculinidad incomodada*, Rosario, UNR/Homo Sapiens, pp. 45-60.
- Kaufman, Michael (1995), “Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en Luz Arango, Magdalena León y Mara Viveros (comps.), *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Bogotá, Tercer Mundo, pp. 123-146.
- Kohan, Alexandra (2020), *Y sin embargo el amor. Elogio de lo incierto*, Buenos Aires, Planeta.
- Loe, Meika (2001), “Fixing broken masculinity: Viagra as a technology for the production of gender and sexuality”, *Sexuality and Culture*, vol. 5, pp. 97-125.
- Molina, Cristina (1994), *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Barcelona, Anthropos.
- Noticias Unsam (2022), “6481 estudiantes de todo el país se suman a la Unsam en 2022”, 2 de abril, <<https://noticias.unsam.edu.ar/2022/02/02/6481-estudiantes-de-todo-el-pais-se-suman-a-la-unsam-en-2022/>>, consultado el 5 de febrero, 2024.
- Orgad, Shani y Rosalind Gill (2022), *Confidence culture*, Durham, Duke University.
- Palumbo, Mariana (2018), “Motivaciones y expectativas en las búsquedas de vínculos eróticos y/o afectivos”, *Cultura y representaciones sociales*, vol. 13, núm. 25, pp. 184-213.
- Palumbo, Mariana (2017), *Las dinámicas de la violencia contra las mujeres y el amor en los jóvenes*, Buenos Aires, Teseo Press.
- Palumbo, Mariana y Pablo N. di Napoli (2019), “#NoEsNo. Gramática de los ciberescraches de las estudiantes secundarias contra la violencia de género (Ciudad Autónoma de Buenos Aires)”, *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, vol. 54, pp. 41-13.
- Peker, Luciana (2018), *Putita golosa. Por un feminismo del goce*, Buenos Aires, Galerna.

- Sautu, Ruth (2016), “La formación y la actualidad de la clase media argentina”, en Gabriel Kessler (comp.), *La sociedad argentina hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Seidler, Victor (2000), *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, Paidós/UNAM.
- Seidler, Victor (1995), “Los hombres heterosexuales y su vida emocional”, *Debate Feminista*, vol. 11, pp. 78-111.
- Zamberlin, Nina (2000), “La otra mitad. Un estudio sobre la participación masculina en el control de la fecundidad”, en Mónica Gogna (comp.), *Feminidades y masculinidades. Estudios sobre salud reproductiva y sexualidad en Argentina, Chile y Colombia*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, pp. 245-301.
- Zapata, Martha (2001), “Más allá del machismo. La construcción de las masculinidades”, en Silke Helfrich (dir.), *Género, feminismo y masculinidad en América Latina*, El Salvador, Böll, pp. 225-247.

## MÁS ALLÁ DEL ORGULLO: PERCEPCIONES SOBRE LA DISCRIMINACIÓN Y VIOLENCIA ENTRE VARONES GAYS UNIVERSITARIOS

*Enrique Bautista Rojas*

Toda la comunidad es una chingadera. O sea, muy “sí ya normalicen a los chicos usando crops”, pero cuidadito y un gordo se atreva a ponérselo porque hasta le hacen memes. Muy “ser gay es lo de ahora, princesa” pero si no eres blanco y adinerado, fracasas como gay. Muy “respeto mi orientación sexual, no quiero aceptación, quiero respeto” pero “hetero que veo, hetero que volteo” (Rex, Historia).

### INTRODUCCIÓN

En México, la homofobia se manifiesta de diversas maneras y por distintos medios, como los chistes, el cine y la televisión. Desde edades tempranas, las personas estamos expuestas a estas expresiones, las cuales vamos interiorizando o adoptando. De este modo, la homofobia se normaliza y produce “reacciones inmediatas, automáticas y aparentemente intuitivas” (Castañeda, 1999: 111). Más que un estado psicológico asociado al miedo, la homofobia —entendida como odio y rechazo hacia lo sexualmente diverso— constituye un problema social de gran relevancia, como lo demuestran diferentes datos.

De acuerdo con la Encuesta Nacional sobre Discriminación 2017 (Conapred, 2018),<sup>1</sup> el 71.9 por ciento de la población considera que los derechos de las personas trans son poco o nada respetados, mientras que esta percepción es del 65.6 por ciento respecto a los

1 Según lo señalado por Conapred (2018), esta encuesta contó con la participación de 102 245 personas mayores de 18 años a nivel nacional. Mayoritariamente, éstas residían en áreas urbanas (62.8 por ciento) y pertenecían a estratos socioeconómicos bajos y medio bajos. Dentro de este grupo, el 3.2 por ciento se identificó como no heterosexual.

derechos de gays y lesbianas. En cuanto a la aceptación de reformas legales y medidas de igualdad, el 60 por ciento de los encuestados a nivel nacional apoya el derecho al matrimonio igualitario, pero este porcentaje disminuye a 40 por ciento cuando se trata de la adopción homoparental y lesboparental. Cabe destacar que los grupos más jóvenes y quienes residen en áreas urbanas tienden a mostrar mayores niveles de aceptación, mientras que éstos disminuyen entre los grupos de mayor edad y entre los hombres.

Otros datos provenientes de la misma encuesta señalan que el 43 por ciento de las personas no estaría de acuerdo con que su hijo o hija contrajera matrimonio con alguien de su mismo sexo, y un 44.3 por ciento se mostraría poco o nada conforme con elegir en la presidencia del país a una persona gay o lesbiana. En un escenario hipotético relacionado con el alquiler de una habitación familiar, el 36.4 por ciento de quienes participaron no estarían dispuestos a arrendarla a una persona trans, mientras que 32.3 por ciento rechazaría hacerlo para gays o lesbianas. Hay que subrayar que el 66.8 por ciento de las personas declaró no conocer o no tener relación alguna con gays o lesbianas.

En cuanto a la percepción que tienen las personas que se identifican como lesbianas, gays, bisexuales, trans, intersexuales, *queer* y otras identidades sexuales y de género no normativas (LGBTIQ+), el 29.7 por ciento de aquellas mayores de 18 años reportó haber sido privada de al menos un derecho en los últimos cinco años, y un 30.1 por ciento manifestó haber enfrentado discriminación en el último año. Además de estos indicadores, los datos sobre crímenes de odio evidencian una problemática persistente. Según el informe elaborado por Alejandro Brito (2019), entre 2012 y 2018 se registraron al menos 473 homicidios de personas LGBTIQ+ en el país, incluidas diez víctimas menores de edad. Es particularmente relevante mencionar que, de los 136 responsables identificados, nueve eran menores de edad, y dos de ellos participaron en homicidios múltiples.

La “Primera consulta universitaria sobre condiciones de igualdad de género de la comunidad LGBTIQ+ en la UNAM” (CIGU, 2022) reveló que el 72.56 por ciento de las personas LGBTIQ+ participantes —de todos los sectores: académico, estudiantil y administrativo—

reportaron haber experimentado al menos una forma de discriminación en la universidad. Entre las manifestaciones de discriminación identificadas estaban: “malgenerización, negación de la identidad, gestos de desagrado, comentarios estereotipados, chismes o rumores, burlas, intimidación o amenazas, maltrato físico, así como obstáculos para acceder a espacios y ejercer derechos” (CIGU, 2022: 12). En cuanto a las consecuencias de estas experiencias, poco más del 50 por ciento de las personas encuestadas expresó que evita hablar abiertamente sobre su orientación sexual, identidad y expresión de género; un porcentaje similar reportó sentir malestar y desmotivación; cerca del 30 por ciento señaló haberse aislado; y 17.47 por ciento manifestó haber tenido deseos de dejar de vivir como resultado de la discriminación sufrida.

Si bien en diversos espacios se han adoptado posturas que pretenden ser “políticamente correctas”, éstas con frecuencia se traducen en discursos acompañados de acciones que resultan contradictorias. Pese a que, como señalé previamente con base en los datos del Conapred (2018), las ciudades suelen ofrecer un espacio más abierto para la diversidad sexual en comparación con ciertas comunidades rurales o pueblos originarios, no se puede generalizar esta realidad sin reconocer la variabilidad interna dentro de estos contextos. En las comunidades rurales y pueblos originarios, como en cualquier otro entorno, existe una diversidad de visiones y actitudes hacia la diversidad sexual, algunas de las cuales pueden ser más inclusivas y otras más excluyentes. Lo que es una realidad, es que las expresiones de odio y discriminación hacia las personas LGBTIQ+ siguen siendo una problemática que atraviesa tanto los entornos urbanos como los rurales, aunque con diferencias en la visibilidad y formas de manifestación. Hay, acaso, un proceso de “perfeccionamiento de la discriminación” (De la Mora y Terradillos, 2007), en el que términos explícitos como “pecado”, “enfermedad” o “trastorno” han sido reemplazados por descalificaciones más sutiles, que imponen a las personas homosexuales, gays y de otras identidades sexualmente diversas, la obligación de reprimir sus emociones, enfrentar estigmas o mantenerse al margen.

Dentro del espectro de expresiones de odio y rechazo, una de las manifestaciones menos estudiadas corresponde a las violencias que ocurren dentro de la propia comunidad LGBTQ+. No obstante, situaciones cotidianas y opiniones expresadas en medios —como las redes sociodigitales— evidencian la existencia de esta problemática. Considero que existe cierta reticencia por parte de los integrantes de esta comunidad a abordar este tema. La necesidad de proyectar una imagen positiva hacia el exterior parece ser un factor determinante, lo que frecuentemente conduce a la invisibilización o minimización de estas dinámicas internas. Sin embargo, ello no implica que estas situaciones sean generalizadas ni que estén presentes en todos los contextos. También es fundamental reconocer los lazos de apoyo y los vínculos de acompañamiento que emergen en el seno de la comunidad, y evitar que las agresiones entre varones gays se tomen como una representación generalizada.

Sin embargo, algunas investigaciones realizadas en México han documentado conductas machistas entre varones gays, conocidas como *homomachismo* (Ibarra, 2017). Este término describe el rechazo hacia los varones gays afeminados, quienes son responsabilizados de proyectar una imagen negativa y de las exclusiones y agresiones que enfrenta la comunidad gay. Asimismo, se ha identificado la existencia de grupos específicos dentro de esta población, como los “osos”,<sup>2</sup> cuya construcción identitaria tiende a aproximarse a modelos de masculinidad cercanos a la heterosexualidad (Molina, 2018). En un estudio empírico, García, Cruz y Bellato (2021) destacan que las dinámicas de violencia de género entre estos varones están atravesadas por lógicas de misoginia, androcentrismo y heteronormatividad, las cuales se intersecan con factores como la etnia, la clase y la edad.

Por lo anterior, señalo que el estudio de la violencia de género dentro de la comunidad gay constituye un campo de investigación relativamente reciente. Los hallazgos existentes destacan, por un lado, las agresiones que se producen entre los propios sujetos

2 Este término hace referencia a una “subcultura” gay compuesta por varones con cuerpos gordos o voluminosos, con vello corporal y facial y que se acercan a modelos de masculinidad tradicional en cuanto a la vestimenta, actividades, etcétera.

sexodiversos y, por otro, la influencia de la heteronormatividad y los modelos de masculinidad normativa en estas dinámicas. En este marco, considero fundamental abordar esta violencia como un problema real con repercusiones significativas en las configuraciones subjetivas e identitarias, así como en los procesos de resistencia y lucha por la dignidad y los derechos humanos de todas las personas.

Este capítulo presenta una fase exploratoria del análisis de las manifestaciones de violencia y discriminación en la comunidad gay universitaria, basado en la recopilación de información mediante el seguimiento de contenido en un entorno digital. Se trata de una aproximación inicial con un enfoque cualitativo orientada a identificar las percepciones y significados en torno a las violencias experimentadas por varones gays estudiantes. El estudio se enmarca en una perspectiva interpretativa, que busca comprender la experiencia desde el punto de vista de los propios sujetos.

La recopilación de datos se realizó mediante una convocatoria publicada en un grupo privado de Facebook, compuesto principalmente por estudiantes LGBTQ+ de la UNAM, en su mayoría varones gays. La publicación invitaba a compartir experiencias relacionadas con situaciones de violencias, discriminación o exclusión vividas por estos varones al interior de la comunidad gay universitaria. Los criterios de inclusión fueron: a) identificarse como varón gay y b) ser estudiante universitario en la UNAM. La participación fue voluntaria. Por motivos éticos y de privacidad, el nombre del grupo no se menciona, lo cual responde a un protocolo de confidencialidad que se ha seguido durante el proceso. No se recolectaron datos personales sensibles y se garantizó el anonimato en el tratamiento de las respuestas.

Se obtuvieron diversas respuestas y reacciones que fueron sistematizadas y categorizadas utilizando el análisis del discurso, con énfasis en las percepciones y experiencias de exclusión, discriminación y violencias dentro de la comunidad gay universitaria. Se empleó un proceso de codificación abierta, seguido de una organización a partir de las categorías emergentes que se presentan en el siguiente apartado. Como se detalla en los hallazgos, las respuestas de los participantes evidencian una diversidad significativa en sus posiciones

frente a la masculinidad, aunque en varios casos se observan elementos que reproducen las normas sexuales hegemónicas.

Si bien el uso del ciberespacio<sup>3</sup> como espacio de recolección de datos puede generar incertidumbre en cuanto a la verificación de identidades y la precisión y control del contexto, esta estrategia permitió un acercamiento preliminar al fenómeno. Se reconoce que el diseño de la investigación presenta limitaciones, como un muestreo no probabilístico, la autoselección (no se trató de un muestreo aleatorio) de los participantes, la ausencia de interacción “cara a cara” y la falta de control directo sobre el contexto. No obstante, también se destacan sus ventajas, como el acceso a narrativas espontáneas, diversidad de perspectivas y posibilidad de explorar dinámicas de interacción propias de los entornos digitales. En este contexto, se reconoce que el diseño de la investigación empleado es una forma inicial y flexible de aproximarse a un tema complejo, que requerirá de un análisis más profundo y riguroso en futuros trabajos.

## HOMONORMATIVIDAD: SER UN GAY MUY HOMBRE

En su formulación de la noción de “heteronormatividad”,<sup>4</sup> Lauren Berlant y Michael Warner (2002) señalaron con cautela que no existe un concepto paralelo u opuesto a este término dentro de la homosexualidad, como ocurre en la dicotomía heterosexualidad/homosexualidad. Estas autorías afirman que “la homosexualidad no puede

3 El término ciberespacio o cibercampo hace referencia a que el trabajo de campo —en este caso, la recopilación de los datos y el contacto con los sujetos— se llevó a cabo en el entorno virtual a través del uso de recursos digitales, como internet y redes sociodigitales. De acuerdo con Pilar Rodríguez (2023), *ciberespacio* es un término acuñado por William Gibson en 1984 y hace referencia al territorio, sin una geografía existente, al que se accede a través de la internet.

4 “Aquellas instituciones, estructuras de comprensión y orientaciones prácticas que hacen no sólo que la heterosexualidad parezca coherente —es decir, organizada como sexualidad sino también que sea privilegiada. Su coherencia es siempre provisional y su privilegio puede adoptar varias formas (que a veces son contradictorias): pasa desapercibida como lenguaje básico sobre aspectos sociales y personales; se la percibe como un estado natural; también se proyecta como un logro ideal o moral” (Berlant y Warner, 2002: 230).

poseer jamás la corrección tácita e invisible para la formación social que sí posee la heterosexualidad, [por lo que] no sería posible hablar de la ‘homonormatividad’ en el mismo sentido” (Berlant y Warner, 2002: 230; comillas del original). Sin embargo, en los últimos años ha comenzado a emplearse este concepto precisamente en el sentido advertido.

De acuerdo con Karl Bryant (2008) y Susan Stryker (2008), el término homonormatividad ha estado presente desde la década de los noventa (*homonormativity*), al menos en Estados Unidos. Su uso emergió principalmente en el marco de críticas realizadas por activistas transgénero hacia ciertos grupos de gays, lesbianas y bisexuales, a quienes señalaban por segregarlos de espacios y organizaciones específicas. En su revisión de la historia LGBTIQ+ en Estados Unidos, Stryker (2008) destaca un episodio anterior a los disturbios de Stonewall (1969): un motín ocurrido en 1966 en una cafetería ubicada en el distrito The Tenderloin, en San Francisco, donde personas trans se rebelaron contra extorsiones y ataques perpetrados por la policía. Según la interpretación de Stryker, el hecho de que este evento no sea considerado un antecedente significativo del movimiento LGBTIQ+ se debe a la centralidad otorgada a lo gay dentro de esta narrativa histórica, lo cual refleja una homonorma que opera al interior de la comunidad y que excluye las experiencias y luchas de las personas trans.

Ahora bien, Bryant (2008) identifica dos esferas principales en las que opera la homonormatividad. Por un lado, como parte de la matriz neoliberal que articula consumismo y domesticidad a cambio de la desmovilización política y el no cuestionamiento de las estructuras e instituciones heteronormativas. De acuerdo con Marcuz Herz y Thomas Johansson (2015), esto implica “tendencias entre los homosexuales a privilegiar el consumo, la privacidad y la vida doméstica por encima de un cambio social y cultural de gran alcance”.<sup>5</sup> Por otro lado, la homonormatividad se manifiesta como un mecanismo interno a la comunidad LGBTIQ+, donde se erige un

5 “tendencies among homosexuals to privilege consumption, privacy and domesticity over far-reaching social and cultural change” (traducción propia) (Herz y Johansson, 2015: 2).

sujeto gay idealizado, definido por parámetros como la adherencia a comportamientos masculinos normativos. Este doble emplazamiento evidencia que, aunque los varones gays<sup>6</sup> ponen en entredicho a la heterosexualidad obligatoria, no necesariamente cuestionan la heteronormatividad y el orden de género. De hecho, en algunos casos las ratifican y las adoptan en las construcciones de sus identidades y prácticas, lo que transforma lo que aparenta ser progresista y emancipador en un dispositivo que excluye y normaliza (Gross, 2005).

Actualmente, el término “varones gays homonormados” se utiliza para describir a aquellos sujetos que reproducen, dentro de la misma comunidad LGBTIQ+, dinámicas sexistas y homofóbicas, junto con la imposición de una corrección simbólica y tácita para ser aceptados como parte legítima de la diversidad sexual. A decir de Saúl Ariza (2018), esta masculinización de los homosexuales ha cobrado mayor fuerza en las últimas décadas, con antecedentes en los años setenta y la figura del gay *macho man*, que marcó un punto de inflexión simbólico y discursivo en la configuración de estas identidades. Desde este horizonte, se articula un rechazo estratégico hacia formas de expresión leídas como afeminadas o divergentes del modelo de masculinidad idealizado. Este afeminamiento, que en otros momentos históricos representaba una ruptura con la normatividad sexual, es ahora reconfigurado como indeseable, generando procesos de exclusión y discriminación intracomunitarios. Como señala Seymour Kleinberg: “el afeminamiento reconocía la rabia de ser oprimido, en desafío, el machismo niega que existan rabia y opresión” (1987: 131).<sup>7</sup>

6 De manera paralela, también sostengo que existen casos donde los varones gays han adoptado patrones, comportamientos y aspectos de la femineidad de manera reivindicadora y revolucionaria para cuestionar la inmovilidad de la matriz heterosexual y señalar que la masculinidad no es tan resistente o impermeable como se piensa. En otros casos, hay quienes han adoptado la femineidad de manera estratégica, pero sin ánimos de agenciamiento, sino que entran y salen de ella de forma táctica. No obstante, en este trabajo mi interés se centra en las alianzas que hay con la masculinidad desde la comunidad y los varones gays.

7 “Effeminacy acknowledged the rage of being oppressed in defiance; macho denies that there is rage and oppression” (traducción propia) (Kleinberg, 1987: 131).

A partir de estas concepciones se construye una jerarquía en la que quienes se aproximan más al modelo de masculinidad tradicional ocupan posiciones de privilegio, mientras que aquellos asociados al modelo de feminidad son relegados a los estratos más bajos. En este esquema, los primeros buscan recuperar, negociar o incluso exigir los privilegios que históricamente se han atribuido a la hombría (Ariza, 2018). De este modo, los varones gays no sólo reproducen, sino que refuerzan las normativas asociadas a lo masculino, estableciendo prescripciones que operan como una estructura de acuerdos tácitos y exigencias explícitas en un marco relacional. Estas reglamentaciones se vigilan y se imponen tanto en el ámbito individual como en el colectivo, dictando y corrigiendo constantemente las formas aceptables de identidad y expresión de género. En consecuencia, esta forma de ser gay no sólo reproduce, sino que perpetúa los mandatos de la heteronormatividad, consolidándose como una réplica de sus exigencias y valores.

Bajo esta lógica, algunos varones gays articulan mecanismos de control sobre sus pares, elaborando discursos que rechazan estratégicamente la feminidad y norman criterios de deseabilidad. Este control, sin embargo, trasciende las relaciones afectivas y sexuales (aunque también está presente ahí) para instalarse como un marco que delimita la forma “correcta” de ser y de deber ser hombre. En este proceso la feminidad se convierte en un espectro indeseable que se oculta, se relega o se proyecta sobre ciertos sujetos que son estereotipados y construidos como abyectos, actuando como “depósitos” simbólicos de todo aquello que debe permanecer excluido o fuera de sí mismo. Este rechazo busca garantizar una mayor inteligibilidad para estos varones, conforme a lo planteado por Butler (2007), al alinearse lo más posible con la matriz heteronormativa y aspirar al cumplimiento de la trilogía de prestigio: hombre-heterosexual-masculino (Núñez, 2015). Este encorsetamiento identitario no sólo normaliza, sino que reproduce desigualdades.

En este análisis, coincido con Kittiwut Taywaditep (2002) en la necesidad de distinguir conceptualmente entre “homofobia interiorizada” y “prejuicio antiafeminamiento”. Mientras la primera alude a la falta de aceptación de la propia orientación homosexual, la se-

gunda se refiere a la desaprobación y rechazo hacia el afeminamiento y, por extensión, hacia los varones gays que encarnan este tipo de expresión de género. Con frecuencia, ambos fenómenos se engloban bajo el término general de “homofobia interiorizada”, utilizándolo para describir tanto el odio hacia uno mismo por la orientación sexual como los sentimientos negativos hacia otros miembros de la comunidad (Castañeda, 1999; Lizarraga, 2012). Sin embargo, la distinción conceptual que adopto permite identificar matices importantes: un sujeto gay puede experimentar incomodidad o rechazo hacia la feminidad de otros pares sin necesariamente cuestionar o rechazar su propia orientación sexual. En contraposición, puede haber sujetos que enfrentan conflictos internos con su orientación, pero no presentan prejuicios hacia las expresiones de género de los demás. Esta diferenciación analítica es relevante para abordar los datos empíricos, ya que sugiere que el prejuicio hacia la feminidad en varones gays no siempre es una manifestación de homofobia interiorizada, aunque en ciertos casos ambos fenómenos puedan coexistir. En otros escenarios el rechazo hacia la feminidad puede estar más relacionado con las normas sociales sobre la expresión de género que con la orientación sexual *per se*, ilustrando cómo algunos varones gays responden a la prescripción de “corrección” que la masculinidad normativa impone en los espacios públicos.

El prejuicio antiafeminamiento constituye una forma específica de violencia de género dirigida hacia los varones gays cuya expresión de género se aproxima a la feminidad, desafiando los roles y comportamientos tradicionalmente asociados con lo masculino. Esta exclusión se articula desde la imposición de un ideal normativo sobre cómo deben ser y mostrarse los varones gays, un modelo que no todos pueden o desean cumplir. Ocurre, además, como explica Gabriel Molina (2018), que la valoración de la expresión de género opera predominantemente desde una perspectiva externa, en la cual la percepción ajena delimita categorías identitarias más allá del control subjetivo. Así, aunque un individuo no se identifique con una etiqueta determinada o considere que su comportamiento no corresponde a una lectura afeminada, puede ser socialmente interpretado de ese modo. Esto genera un estado de vigilancia constante

en algunos varones gays, quienes buscan alinearse a un ideal masculino para evitar ser clasificados como afeminados, evidenciando las tensiones y ansiedades que produce el sometimiento a estas normas de corrección identitaria.

La reiteración de expresiones como “un gay muy normal” o “soy gay, pero macho” dentro de la comunidad refleja un rechazo explícito hacia el afeminamiento. Estas frases no sólo evidencian la introyección de normas masculinas que reproducen la lógica heteronormativa, sino que también operan como mecanismos discursivos para minimizar las características que posicionarían a estos varones en un lugar de alteridad (Archbold, 2015). Este proceso, sin embargo, no es inocuo: al reproducir estas directrices los varones gays perpetúan dinámicas de exclusión, discriminación y violencias hacia aquellos que no cumplen con estos estándares de masculinidad. A menudo, incluso, se responsabiliza a los sujetos afeminados de las agresiones que sufren los varones gays, con argumentos como “se lo buscan por exhibirse” o “dan una mala imagen de la comunidad”. Este acto de culpabilización desdibuja las raíces estructurales de la violencia y traslada la responsabilidad a quienes se apartan de las expectativas normativas, reforzando las jerarquías internas de la comunidad.

En contraste, la adopción de una identidad alineada con la masculinidad tradicional ofrece a los varones gays ciertos beneficios y dividendos (Connell, 2003). Esta proximidad a lo masculino les permite acceder a prerrogativas sociales, como la percepción de normalidad y minimizar las desventajas asociadas con la feminidad, lo cual reduce su exposición a agresiones y discriminación. En este marco, la performatividad masculina se convierte en un recurso estratégico para evitar la estigmatización y legitimar su posición dentro y fuera de la comunidad. Sin embargo, esta búsqueda de aceptación, lejos de ser un acto liberador, reproduce los esquemas heteronormativos y los desplaza hacia el interior de la comunidad. Como señala Archbold (2015), los destinatarios principales de estas prácticas no son exclusivamente las mujeres, como ocurre en el modelo tradicional de masculinidad, sino otros varones gays, intensificando así el estigma hacia aquellos con expresiones de género consideradas femeninas.

En palabras de S. Kleinberg: “hacerse pasar por el enemigo no exime de la ira” (1987: 131),<sup>8</sup> lo que reitera que estas dinámicas no logran desactivar las estructuras opresivas, sino que las reconfiguran al interior del colectivo.

Lo expuesto hasta aquí debe entenderse como parte de un sistema estructural que responde a un orden social heteronormativo, que opera mediante mecanismos de vigilancia, regulación y sanción hacia quienes transgreden la norma sexual. Este sistema establece jerarquías relacionales que otorgan privilegios a quienes están ubicados más cerca del centro normativo. No se trata de cuestiones meramente individuales o de “gustos” y “preferencias personales” —como a menudo se argumenta—, sino de dinámicas profundamente entrelazadas con el prejuicio hacia el afeminamiento y la misoginia. Dentro de este entramado, la virilidad y ciertas formas de masculinidad adquieren un estatus privilegiado y deseable. Esta valoración, sin embargo, no sólo perpetúa el sistema represivo, sino que también asegura su reproducción al involucrar a los mismos sujetos en dinámicas de exclusión y discriminación hacia identidades y expresiones de género no normativas (Gómez, 2019). Paradójicamente, esta participación se produce de manera subordinada, alimentando las estructuras que, en principio, oprimen.

## HALLAZGOS Y ANÁLISIS

En este marco, y considerando la homonormatividad como la internalización y reproducción de normas vinculadas a la heterosexualidad obligatoria y al sistema sexo-género dentro de la comunidad gay, el análisis de los datos recabados permitió la identificación y construcción de categorías analíticas específicas, las cuales se describen a continuación.<sup>9</sup>

8 “Passing for the enemy does not exempt one from the wrath” (traducción propia) (Kleinberg, 1987: 131).

9 En la presentación de respuestas y reacciones de los estudiantes he intentado respetar la escritura original, salvo en los casos necesarios para mejorar la comprensión. Los

## Reconocimiento y normalización

Un primer aspecto relevante es el reconocimiento, por parte de estudiantes de la UNAM, de las dinámicas de discriminación y violencias que tienen lugar al interior de la comunidad gay. Esto genera cuestionamientos sobre la validez de referirse a dicha colectividad como una “comunidad” o un “movimiento”, aludiendo a la falta de cohesión, solidaridad o pertenencia entre sus integrantes. Algunos comentarios son ilustrativos: “no hay comunidad gay, es pura hipocresía y falsedad” (Richard, Filosofía); “la comunidad es la más hipócrita” (Chepo, Biología); “¿cuál movimiento? Si está lleno de clasismo y hay demasiada discriminación dentro de la comunidad” (Omar, Derecho); y “La comunidad es uno de los lugares donde más discriminación existe por parte de los miembros de la misma comunidad” (Gil, Trabajo Social).

Estos señalamientos dismantelan la idealización de la comunidad gay como un espacio homogéneo de aceptación y respeto. Por el contrario, se evidencia cómo las estructuras sociales de poder y exclusión también se reproducen dentro de esta colectividad. Como se refleja en las palabras de un estudiante: “ser LGBTQ+ no te activa el chip del respeto y la tolerancia. Estamos inmersos en un entramado mexicano y lo JOvenciTO no nos quita lo machista al parecer” (José, Psicología). Este comentario subraya que la pertenencia a un grupo históricamente marginado no elimina automáticamente la interiorización de valores heteronormativos ni las dinámicas de opresión. El haber vivido violencia o ser potencial víctima, no les exonera de situaciones a través de las cuales se reproducen ejercicios de poder que posicionan a unos por encima de otros.

Bajo el supuesto de que “los oprimidos no pueden oprimir” (Hale y Ojeda, 2018), se tiende a invisibilizar cómo los varones gays pueden ser, paradójicamente, defensores activos de la heteronormatividad y la masculinidad tradicional. Esto se refuerza con representaciones que proyectan una imagen homogénea y armoniosa de la

---

nombres fueron cambiados para garantizar el anonimato y la confidencialidad —como se detalló previamente—, pero se conservan los datos de las respectivas licenciaturas.

comunidad gay, donde supuestamente prevalece el respeto mutuo por las diferencias individuales. Sin embargo, como destacan García, Cruz y Bellato (2021), esta representación excluye la existencia de jerarquías internas y relaciones de poder que perpetúan la violencia y la exclusión entre sus integrantes. Hablar de agresiones entre sujetos sexualmente diversos se percibe como políticamente incorrecto, ya que desafía la percepción social de la comunidad gay como un espacio de aceptación universal. En esta narrativa predominante, el estigma y las violencias compartidas se presentan como elementos unificadores que trascienden las diferencias internas, negando así las tensiones y exclusiones que también definen a esta colectividad. Este reconocimiento permite complejizar el análisis, mostrando cómo las dinámicas de poder al interior de la comunidad refuerzan la reproducción de estructuras heteronormativas que jerarquizan identidades y expresiones de género.

A partir de las respuestas recabadas, se puede observar que las violencias dentro de la comunidad gay están estrechamente ligadas a la búsqueda de aceptación en ciertos grupos o espacios, y que simultáneamente funcionan como un mecanismo de autoprotección frente a posibles violencias externas. Como lo señala un informante:

Desgraciadamente, el formar parte de una minoría o grupo vulnerable no te exenta de seguir replicando violencias que se sufren al ser parte de [ese grupo], esto con el único fin de encajar en la normalidad y así evitar que esas violencias te toquen (Luis, Biología).

Este testimonio evidencia cómo las dinámicas de exclusión dentro de la comunidad operan bajo una lógica de supervivencia, bajo la que replicar comportamientos discriminatorios permite minimizar la exposición a la violencia social más amplia. Así, los sujetos asumen posiciones jerárquicas dentro del grupo para acceder a formas de protección simbólica, aun a costa de perpetuar las violencias que buscan evitar. Por otro lado, en las respuestas también se observa una preocupante normalización de estas violencias internas. Las agresiones, sean verbales o simbólicas, se integran en la cotidianidad y son justificadas como parte de las dinámicas habituales en-

tre los varones gays. Esta naturalización refuerza un ambiente donde las relaciones se ven permeadas por comentarios despectivos que se asumen como inofensivos o inevitables. Algunos testimonios ejemplifican esta postura: “quien esté libre de toda culpa que aviente la primera bufada #Comper” (José, Psicología); “No, jamás [he sido discriminado], pero admito que yo sí he discriminado, pero pues es parte de la vida” (Adolfo, Derecho); y “es algo imposible hacer que la demás gente piense igual que tú. No tendría ningún sentido la vida si todos pensáramos igual, ya que no habría algo por lo cual discutir. Cada cabeza es un mundo” (Ibrahim, Ingeniería).

Estas respuestas revelan una ambigüedad respecto a las prácticas de exclusión. Por un lado, se reconocen las violencias, pero por otro se justifican bajo argumentos como la diversidad de pensamiento, las diferencias individuales o incluso la imposibilidad de cambiar estas dinámicas. En una respuesta, por ejemplo, se apela a la idea de que la pluralidad y la divergencia son inherentes a la naturaleza humana, sin reflexionar sobre cómo estas diferencias pueden estar atravesadas por discursos normativos que perpetúan la exclusión. De cierto modo, estas narrativas reflejan un grado de resignación frente a la presencia de la homonormatividad, la cual establece estándares de conducta y expresión dentro de la comunidad gay que son asumidos como incuestionables.

## **Expectativas y aspiraciones sobre la masculinidad**

Algunas de las narrativas de los estudiantes reflejan cómo las expectativas de masculinidad operan como un mecanismo de regulación dentro de la comunidad gay, especialmente en contextos afectivos y sexuales. Predomina la alusión a cuerpos y comportamientos que encarnan un ideal de masculinidad vinculado a características físicas específicas, como el tono de piel, la estatura, el tono de voz y una musculatura definida. Estas expectativas son ejemplificadas en la respuesta de un informante:

Desafortunadamente hay discriminación porque siempre creemos en la figura perfecta de un gay el cual es blanco, alto y fornido; si no te adecuas o te asemejas a la figura hegemónica eres discriminación (*sic*) y entre más te alejas de estas características se crea una brecha más grande (Iván, Física).

En esta respuesta se visibiliza cómo los sujetos son posicionados en una jerarquía simbólica que depende de su cercanía al modelo hegemónico de masculinidad. En este modelo se marca el centro de lo deseable y normativo, dejando en los márgenes a quienes no cumplen con sus atributos. El alejamiento de esta figura “perfecta” no sólo implica exclusión, sino también una menor valoración dentro de la dinámica afectiva y sexual, lo que refuerza las desigualdades y brechas al interior de la comunidad gay. Esta preferencia no es meramente individual, sino colectiva; responde a un marco colectivo que opera bajo las premisas de la homonormatividad y los estereotipos de género. Desde esta perspectiva, se privilegia a los varones que proyectan una imagen alineada con la masculinidad normativa, minimizando o rechazando aquellos rasgos que se perciben como “afeminados”. Este fenómeno no sólo reproduce dinámicas heteronormativas dentro de la comunidad, sino que refuerza un discurso esencialista sobre cómo deben actuar los sujetos en función de su sexo asignado al nacer; ello se acompaña de la sugerencia implícita de que los varones, independientemente de su orientación, deben comportarse como hombres verdaderos.

Un aspecto que emerge de las narrativas estudiadas es la valorización exacerbada de los atributos masculinos, especialmente cuando se acompañan de la reproducción de normas heteronormativas. Como señala uno de los informantes: “es muy obvio que el hombre gay/bi más heteronormativo es sumamente glorificado” (Abraham, Comunicación). Esta afirmación pone de manifiesto que no basta con poseer una corporalidad que se acerque al ideal físico dominante —musculatura definida, estatura elevada o rasgos considerados atractivos—, además es necesario adoptar comportamientos que refuercen una masculinidad tradicional. Este ideal no sólo privilegia atributos físicos, sino que impone la *performance* de rasgos

como la dureza, la valentía, el dominio y la entereza. La figura de la “musculoca” —un término coloquial que describe a hombres con cuerpos considerados deseables, pero con expresiones de género afe-minadas— sirve como ejemplo de cómo las normas heteronormati-vas pueden deslegitimar o devaluar a ciertos sujetos a pesar de que posean características corporales socialmente valoradas. El cuerpo, por sí solo, no es suficiente para cumplir con las expectativas; la corporalidad debe estar acompañada de ciertos comportamientos.

Dentro de este marco, las expectativas de género también se extienden a las prácticas sexuales, perpetuando una lógica binaria en las relaciones íntimas. Así, se espera que los varones cuya expresión de género es más masculina desempeñen un rol activo o penetrativo en las relaciones sexuales, mientras que aquellos con una expresión más femenina sean relegados al rol receptivo o pasivo. Sin embargo, las narrativas recogidas revelan fisuras en el encadenamiento rígido que conecta sexo, género, orientación sexual, expresión de género y rol sexual. Estas grietas permiten visibilizar una resistencia implícita, aunque a menudo enfrentan fuertes críticas. Cuando hay una “incongruencia” dentro de este esquema normativo —por ejemplo, un hombre con atributos masculinos desempeñando un rol pasivo en las relaciones sexuales—, los señalamientos y estigmatizaciones aparecen inmediatamente. En palabras de un estudiante:

Hacen mucho escándalo porque un hombre a la expectativa “varonil”, sea pasivo. La pura verdad todos los homosexuales tenemos una energía diferente, y que algunos tengan barba, vello en pecho, voz fuerte no quiere decir que sean varoniles ni que sean activos (Marcos, Ingeniería; comillas del original).

A pesar de estas resistencias, el rol sexual sigue siendo un factor clave para determinar el estatus dentro de las relaciones entre varones gays: “la forma de vestir o el rol sexual suele ser muy criticado” (Óscar, Psicología). La lógica subyacente refuerza las jerarquías de poder asociadas con la masculinidad tradicional: el rol activo, vinculado con la penetración, es interpretado como una manifestación de dominio y poder, mientras que el rol pasivo, asociado con ser

penetrado, se asocia con la subordinación y con características tradicionalmente atribuidas a las mujeres.

Esta dinámica propicia una jerarquización interna donde el rol sexual además de organizar las interacciones íntimas, también refuerza una narrativa que valora más a aquellos que se desempeñan como activos, mientras que quienes asumen el rol pasivo son objeto de estigmatización. Incluso, el término “pasiva” es usado como insulto, reflejando la devaluación de cualquier posición que se asocie con la feminidad o la subordinación. En contraste, los activos son considerados, y en ocasiones se conciben a sí mismos, como más hombres. En la experiencia de un estudiante: “Ammm... bueno, en mi caso me han hecho comentarios tipo ‘tan grandote y pasiva’ o ‘ni se te nota lo jota, ojalá supieras usar lo que te cuelga y no sólo el c\*lo’ ..., pero, en fin” (Diego, Medicina; comillas y asterisco del original).

Los comentarios no sólo buscan devaluar al sujeto por su elección o preferencia en la actividad sexual, sino que refuerzan una jerarquía en la que la masculinización del cuerpo y del comportamiento es percibida como la cúspide dentro de la comunidad gay. Términos como “pasiva” y “jota” colocan al sujeto en el ámbito simbólico de lo femenino y lo asociado a las mujeres, a la vez que implican una degradación inherente. En este sentido, la feminización se convierte en una herramienta discursiva de subyugación que refuerza jerarquías de género y sexualidad dentro de las dinámicas homosexuales.

La centralidad de la penetración en la construcción de la masculinidad es un fenómeno documentado en el contexto latinoamericano. Según José María Valcuende (2010), la penetración actúa como un pilar de la identidad masculina, independientemente de la orientación sexual. En este esquema, quien penetra conserva y reafirma su masculinidad, mientras que la masculinidad del penetrado queda puesta en duda. Esta dinámica es especialmente relevante en las relaciones sexuales entre varones homosexuales, donde la penetración se posiciona como el acto sexual central, casi indispensable. Como señala Beatriz Ranea (2021), la heteronormatividad no sólo organiza las relaciones entre hombres y mujeres, sino que también permea

las relaciones entre varones, reproduciendo los mismos patrones de poder y subordinación.

### **Críticas a la feminidad en varones gays**

En las respuestas de los estudiantes emergieron críticas hacia los atributos o comportamientos considerados femeninos en varones gays. Éstas se expresan en dos direcciones principales. En primer lugar, se observan referencias que utilizan la adjetivación en femenino, como “perras”, “agresivas”, “liosas” o “inventadas”, cargadas de connotaciones negativas. Estas descripciones apuntan a la percepción de que algunos varones gays exageran comportamientos asociados con la feminidad en un intento por destacar pero que, en este proceso, terminan generando dinámicas dañinas o perjudiciales. Un estudiante lo describe con las siguientes palabras:

Lo peor es que hay mucho “orgullo” por discriminar, lit [literalmente], es como que “entre más humillas/discriminas/abusas de alguien de la comunidad, mejor” [...] parece que entre más perra, mejor, pero no de empoderamiento y autoestima, sino de perra abusiva, jejeje (Antonio, Arquitectura; comillas del original).

Estas líneas ponen en evidencia cómo ciertos comportamientos o expresiones de feminidad son vistos, por algunos, como oportunidades para ejercer formas de abuso o humillación que perpetúan jerarquías. La adopción de atributos femeninos no se reconoce como una subversión positiva del sistema sexo-género, sino como una herramienta a utilizar para posicionarse en el centro o por encima de otros, utilizando una exageración o dramatización de dichos atributos para ridiculizar o señalar. De acuerdo con el testimonio anterior, se construye una suerte de posición de orgullo en la cual discriminar es un requisito o característica por la que algunos gays son considerados “mejores”; en esta posición su autoestima está basada en el abuso hacia los demás.

En lo que parece ser una búsqueda de empoderamiento, ciertos varones gays intentan destacar posicionándose como el centro de atención. Sin embargo, esta búsqueda puede implicar la instrumentalización de los demás mediante formas que, aunque en apariencia son inofensivas, para sobresalir lo hacen a costa de otros. Como lo expresan algunos estudiantes: “a veces hay personas que tienen aires de grandeza y se sienten bien humillando a los demás” (Óscar, Psicología); y “son muy despectivos y tratan siempre, o la mayoría de las veces, llamar la atención de los demás” (Fernando, Psicología). Pável Gaona (2018) reflexiona sobre esta dinámica, señalando:

En esta generación en la que la virtud es una moneda devaluada y el verdadero valor de las personas se mide por *likes*, los homosexuales tristemente no aspiramos a la bondad o la generosidad, sino a ser la más bonita, la más cabrona: la más perra (s.p.).

Desde la perspectiva de estos varones, las denominadas “perras” o “inventadas” no toleran el cuestionamiento y, al contrario, buscan imponer sus maneras de ser y actuar. Un estudiante lo expresa así: “irónicamente, las más liosas y agresivas son las que más andan de inventadas queriendo llamar la atención y sintiéndose las más perras, pero no les digas nada porque te cae el discurso de homofobia con todo” (Manuel, Arquitectura). Este tipo de actitudes señala una tensión entre la búsqueda de autoafirmación y la percepción de abuso en el ejercicio de poder dentro de la comunidad.

Además, los cuestionamientos hacia estas conductas suelen derivar en acusaciones de homofobia, lo que, según estos estudiantes, dificulta una reflexión crítica sobre los efectos de dichas actitudes en los demás. A este respecto se emplea el discurso de derechos y de diversidad para justificar conductas que no necesariamente se relacionan con la orientación sexual, la identidad o la expresión de género, sino con dinámicas personales que pueden perpetuar formas de violencia. Así, cualquier crítica dirigida a estas actitudes —aun cuando busque señalar dinámicas problemáticas— puede ser malinterpretada como un ataque a la comunidad, lo que limita el espacio para debates internos que permitan reconocer y abordar estas tensiones.

En segundo lugar, la crítica hacia la feminidad se refleja tanto en los estereotipos impuestos por la sociedad como por los propios varones gays, quienes critican a aquellos que no cumplen con las expectativas de comportamiento y características socialmente asignadas a los hombres. Independientemente de la orientación sexual, se asume que aquellos que han nacido con pene deben desempeñar ciertos roles y adoptar ciertas características masculinas. Esta crítica proviene incluso dentro de la misma comunidad, como he argumentado previamente.

Los aspectos señalados como femeninos incluyen tonos de voz considerados no suficientemente varoniles, posturas asociadas con lo femenino o incluso el uso de cosméticos. Algunos testimonios de los estudiantes al respecto son los siguientes: “cuando me ligan, esperan que sea más masculino pero mi voz es muy suave. Cruzo muy bien las piernas” (Rafael, Ciencias Políticas); “sí me han querido hacer sentir mal por amanerado” (Braulio, Traducción); y “Sí, la verdad sí [he sido discriminado] y es por no ser un gay heteronormado, como me gusta usar maquillaje y así, pues ya sabrás” (Ángel, Ingeniería). Tanto en las interacciones cotidianas como en aquellas orientadas a la formación de vínculos afectivos, los individuos son evaluados de acuerdo con criterios en los cuales lo femenino juega un papel clave en la sustentación de apreciaciones negativas. En estos casos, la feminidad —de forma más evidente o que no se asume sólo en ocasiones, sino todo el tiempo— socava la percepción de los demás sobre la “masculinidad” de los individuos.

De acuerdo con Ariza (2018), el término *plumafobia* —derivado de la palabra “pluma”, utilizada coloquialmente en España— hace referencia a la actitud negativa que algunos varones gays tienen hacia otros que exhiben rasgos, gestos y comportamientos considerados afeminados. En consideración de Guillermo Núñez (2016), este fenómeno implica un prejuicio y una práctica discriminatoria dentro del propio colectivo de varones gays, especialmente hacia aquellos que son percibidos como “obvios” o cuyo comportamiento es fácilmente identificado.

Ambos autores coinciden en que los gays con plumafobia no rechazan la orientación sexual de los demás, sino su expresión de

género. En el ámbito anglosajón, se emplean términos como *effeminophobia* o *sissyphobia*; y aunque en México no es común el uso del término “pluma”, existen actitudes que podrían corresponder a esta conceptualización. En el contexto mexicano se podría hablar de una suerte de *jotofobia*, en la que los “jotos” son considerados los portadores de todos los atributos estereotipados asociados a los homosexuales y gays. Estos atributos incluyen el amaneramiento, el “quiebre de cintura”, la “mano caída” e incluso alusiones a la castración.

## Rechazos y alejamientos de la feminidad

En algunas respuestas obtenidas hay referencias al rechazo de formas que se consideran femeninas y con las cuales no se está de acuerdo. Más allá de tratarse de preferencias personales, en ciertos casos se menosprecia o degrada a quienes las adoptan o citan. En la siguiente respuesta es posible observar esto.

Si we, por cosas como que me gusta el fútbol y jugaba americano y videojuegos hasta tonterías como que no hablo en “inclusivo” o que no me gusta maquillarme y hasta pendejadas como que no soy fan de los programas de *drag* (Arturo, Economía).

Lejos de asumir que el fútbol o los videojuegos por sí mismos reproducen la norma sexual —aunque este punto debe tomarse con reservas—, el cuestionamiento no recae sobre las preferencias recreativas, sino sobre los señalamientos negativos hacia el uso del “lenguaje inclusivo” o los programas de competencias de *drag*, a los cuales se les califica como tonterías o “pendejadas”. Al utilizar un lenguaje despectivo en relación con la diversidad sexual y la inclusión, este estudiante expresa una actitud negativa hacia estas prácticas y hacia quienes las apoyan o valoran. Podría pensarse que no se trata de una manifestación directa de discriminación y violencia, si bien se percibe una actitud de menosprecio, lo cual puede afectar

la promoción de la diversidad y el respeto. Una situación similar se observa en la siguiente respuesta:

Sí he sido discriminado por que me caga (cada quién) que me hablen en femenino y a webo quieren que se los aceptes o tienes machismo internalizado y uno se tiene que aguantar la putx disforia, si así se le puede llamar, jajajaja (Omar, Diseño).

Al igual que en el caso anterior, se manifiesta una actitud negativa hacia quienes utilizan pronombres o morfemas de género femenino en el lenguaje para dirigirse a otros varones. Aunque se expresa un margen de aparente tolerancia — “cada quién”—, el uso de frases como “me caga” o “a huevo” revela el intento de marcar tajantemente su postura al respecto, la cual considera que esta práctica es una imposición. Desde la perspectiva del estudiante, esto genera cierto fastidio al utilizar el pronombre y adjetivo femenino para referirse a cuerpos con pene, los cuales, en su opinión, deberían ser nombrados con el pronombre y adjetivo masculino. Sin embargo, en un intento por parecer tolerante o correcto “aguanta”, aunque subjetivamente se manifiesta de manera incómoda.

### **Otras dimensiones que motivan la discriminación y exclusión**

Antes de concluir este apartado, considero relevante señalar que en el proceso de recolección de los datos obtuve respuestas que apuntan a otras formas y dimensiones que se intersecan como factores que motivan la discriminación y las violencias entre varones gays. Aunque no forman parte del objetivo principal de este trabajo, me parece oportuno hacer una breve anotación que permita plantear otro problema.

Existen elementos que atraviesan aspectos raciales, físicos, étnicos, origen e incluso ocupacionales como actividades recreativas o de entretenimiento. Algunos estudiantes expresaron lo siguiente: “A mí me han fetichizado o atacado por ser moreno, me dicen ‘chaca’ y

me tiran el pedo o me dicen ‘naco’ y me hacen menos” (Jair, Ingeniería); “me discriminan por mi físico y que no me la pase en fiestas o antros” (Andrés, Química); “soy gay, tengo 22, llevo viviendo en la CDMX desde los 18, y a veces me siento excluido por ser afrodescendiente, indígena, del interior de la República, por no conocer tanto del ambiente como ellos, etcétera” (Eduardo, Contaduría).

Gayle Rubin (1989) señala que, dentro de los propios movimientos feministas, socialistas y de gays y lesbianas, tienen lugar procesos para la construcción de una norma que resultan igualmente restrictivos que los estándares externos. En esta forma de normatividad se entrecruzan cuestiones como la edad, la raza, la posición económica, entre otros, y no sólo la orientación sexual.

Es importante precisar que no existe una única manera de ser gay, sino una diversidad de expresiones y configuraciones dentro de lo que se ha denominado identidad gay; que se da a partir de la intersección con la edad, la raza y la posición socioeconómica, entre otras dimensiones, pero también en las formas de expresión y representación. Lo anterior, como he descrito, ha dado lugar a ciertos procesos de jerarquización en los cuales unos sujetos se colocan por encima de otros para dominarles, instrumentalizarles y asignarles una serie de atributos que los colocan en la abyección.

## REFLEXIONES FINALES

La convergencia de diversas identidades en la universidad, como espacio de encuentro y confrontación, puede tener una trascendencia significativa en la construcción de las identidades de los varones gays. Si bien el ámbito universitario podría representar una oportunidad para la pluralidad y la visibilidad, también se evidencia que, en muchos casos, la reproducción de violencias y discriminación dentro de este entorno refuerza las normas heteronormativas y perpetúa estereotipos. Esta situación además de obstaculizar la construcción de identidades auténticas y diversas, también genera un campo de tensiones en el que las jerarquías de género y las expectativas mascu-

linas condicionan el desarrollo de los sujetos, contribuyendo a la exclusión de aquellos que no se ajustan a estos patrones establecidos.

Las tensiones generadas al interior de la comunidad gay repercuten en los cuerpos e identidades de algunos varones, cuyas expresiones son sometidas a un juicio constante basado en marcadores sociales y normativos. La separación estricta de los cuerpos, asociándolos exclusivamente con lo femenino o lo masculino, restringe las posibilidades de construcción identitaria y subjetiva más complejas. Esta dicotomía, aún vigente, impide la apertura a formas más fluidas y diversas de ser y estar. En la actualidad, tanto varones heterosexuales como homosexuales siguen siendo socializados bajo un mismo marco, centrado principalmente en un modelo de masculinidad que imbrica prescripciones y disposiciones normativas. Así, los patrones heteronormativos continúan reproduciéndose al interior de la comunidad gay, donde la masculinidad se erige como un atributo altamente deseable.

Como se evidencia en los testimonios de algunos informantes, dentro de la comunidad gay, tanto a nivel individual como grupal, persiste una tendencia a adoptar comportamientos, relaciones y estructuras que no sólo reflejan, sino que replican las normas tradicionales observadas en interacciones entre parejas o grupos heterosexuales. En este contexto, se establece una especie de evaluación comparativa entre los sujetos, quienes emiten juicios y asignan valor en función de los estereotipos y normas de género, particularmente aquellas asociadas a la masculinidad. Este proceso de medición y clasificación contribuye a la exclusión de aquellos varones que no se ajustan a los patrones establecidos, perpetuando así una dinámica de violencias y discriminación interna.

Esta situación también pone de manifiesto que no todos los varones gays experimentan la violencia de manera uniforme. Aunque la exclusión y la discriminación son elementos constantes que atraviesan la vida de estos sujetos, como un continuo, las experiencias y episodios asociados a ellos no se perciben ni se viven de la misma manera, ni tienen la misma intensidad en cada caso. Este fenómeno no sólo se explica por factores como la resistencia o la resiliencia, sino también por otros elementos como la expresión de género

que, cuanto más alineada esté con las normativas tradicionales de la masculinidad, se llega a convertir en una especie de ropaje estratégico. Algunos varones gays, de hecho, han aprendido a utilizar esta apropiación de las normas masculinas como un mecanismo de supervivencia, adaptándose a los contextos sociales como una forma de camuflaje.

Por otra parte, hay que reconocer diversas limitaciones para una comprensión más completa de la problemática planteada y de los avances presentados en este capítulo. En primer lugar, la presente investigación se ha centrado en un grupo específico de varones gays, por lo que los hallazgos no son necesariamente extrapolables a otras comunidades escolares o contextos socioculturales. Además, la experiencia de los informantes es diversa y está influenciada por sus propios posicionamientos y experiencias dentro de la comunidad gay universitaria. Al ser un trabajo de tipo exploratorio, es conveniente plantear la necesidad de examinar más a fondo las intersecciones de la identidad gay con otros factores como la clase social, el origen étnico y la territorialidad; elementos que, aunque mencionados en este trabajo, requieren un análisis más exhaustivo. Queda pendiente, por tanto, una investigación más profunda que abarque estas dimensiones y que permita desentrañar las complejas interacciones que dan forma a las experiencias de los varones gays en sus diferentes manifestaciones de subjetividad y corporeidad.

Antes de concluir, me gustaría señalar que la inclusión de las reflexiones anteriores en este capítulo me generó una cierta inquietud, motivada principalmente por las posibles formas de su interpretación. Es importante aclarar que, en el marco del ejercicio reflexivo que impulsa tanto la perspectiva de género como la investigación cualitativa, me cuestioné acerca de cómo abordar una realidad vivida en el interior de la comunidad gay —una realidad que, hasta cierto punto, ha permanecido oculta— sin contribuir con ello a reforzar los prejuicios y estigmas que, lamentablemente, persisten en torno a dicha comunidad. Es decir, cómo presentar testimonios y respuestas sin que sean utilizados para profundizar el escarnio y la descalificación que aún afectan a la comunidad LGBTIQ+ en general, y a los varones gays en particular.

Quisiera subrayar que la intención de este trabajo es visibilizar una problemática que impacta la construcción identitaria y las prácticas sociocorporales de algunos varones sexualmente diversos y que, a su vez, contribuye a la perpetuación de elementos propios del sistema heteronormativo. En este sentido, considero fundamental poner en evidencia una cuestión que, aunque se trate de un “secreto a voces”, sigue siendo ignorada en gran medida. Retomo la afirmación de Audre Lorde (2003), quien sostiene que nunca se podrá demoler la casa del amo si se siguen utilizando sus mismas herramientas.

## REFERENCIAS

- Archbold, John (2015), “Las masculinidades de los hombres homosexuales en Plata quemada, de Ricardo Piglia”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, núm. 22, pp. 107-122.
- Ariza, Saúl (2018), “‘Las plumas son para las gallinas’: masculinidad, plumofobia y discreción entre hombres”, *Disparidades. Revista de Antropología*, vol. 73, núm. 2, pp. 453-470.
- Berlant, Lauren y Michael Warner (2002), “Sexo en público”, en Rafael Mérida (ed.), *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*, Barcelona, Icaria, pp. 229-257.
- Brito, Alejandro (coord.) (2019), *Violencia extrema. Los asesinatos de personas LGTBTT en México: los saldos del sexenio (2013-2018)*, México, Letra S.
- Bryant, Karl (2008), “In Defense of Gay Children? ‘Progay’ Homophobia and the Production of Homonormativity”, *Sexualities*, vol. 11, núm. 4, pp. 455-475.
- Butler, Judith (2007), *El género en disputa*, Barcelona, Paidós.
- Castañeda, Marina (1999), *La experiencia homosexual*, México, Paidós.
- Connell, Raewyn (2003), *Masculinidades*, México, UNAM.
- Conapred (coord.) (2018), *Encuesta Nacional sobre Discriminación 2017. Prontuario de resultados*, México, Instituto Nacional de Estadística y Geografía/ Comisión Nacional de los Derechos Humanos/UNAM/ Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

- CIGU (2022), *Primera consulta universitaria sobre condiciones de igualdad de género de la comunidad LGBTQ+ en la UNAM*, México, UNAM.
- De la Mora, Tamara y Jorge Terradillos (2007), “Reflexiones del armario”, *Cuadernos de Trabajo Social*, vol. 20, pp. 249-264.
- Gaona, Pável (2018), “Cómo *Mean Girls* arruinó a toda una generación de gays”, *Vice*, núm. 8, <<https://www.vice.com/es/article/3k5eby/como-mean-girls-arruino-a-todauna-generacion-de-gays>>, consultado el 15 de septiembre, 2023.
- García, Luis, Tania Cruz y Liliana Bellato (2021), “La violencia de género y el imaginario de la heteronormatividad entre hombres homosexuales viviendo en San Cristóbal de las Casas, Chiapas”, *La ventana. Revista de Estudios de Género*, vol. 6, núm. 53, pp. 374-405.
- Gómez, Iván (2019), “Grindr y la masculinidad hegemónica: aproximación comparativa al rechazo de la feminidad”, *Estudios Sociológicos*, vol. 37, núm. 109, pp. 39-68.
- Gross, Larry (2005), “The past and the future of gay, lesbian, bisexual, and transgender studies”, *Journal of Communication*, vol. 55, núm. 3, pp. 508-528.
- Hale, Sadie y Tomás Ojeda (2018), “Acceptable femininity? Gay male misogyny and the policing of queer femininities”, *European Journal of Women’s Studies*, vol. 25, núm. 3, pp. 310-324.
- Herz, Marcuz y Thomas Johansson (2015), “The normativity of the concept of heteronormativity”, *Journal of Homosexuality*, vol. 62, núm. 8, pp. 1-12.
- Ibarra, José (2017), “Endodiscriminación: el enemigo machista de la comunidad gay”, tesis de licenciatura en Psicología, Iztacala, FES-Iztacala, UNAM.
- Kleinberg, Seymour (1987), “The New Masculinity of Gay Men, and Beyond”, en Michael Kaufman (ed.), *Beyond patriarchy. Essays by men on pleasure, power and change*, Toronto, Oxford University Press, pp. 120-138.
- Lizarraga, Xabier (2012), *Semánticas homosexuales: reflexiones desde la antropología del comportamiento*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Lorde, Audre (2003), *La hermana, la extranjera*, Madrid, horas y HORAS.

- Molina, Gabriel (2018), “La construcción de la masculinidad en una comunidad de hombres homosexuales”, tesis de maestría en Ciencias Sociales, Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara.
- Núñez, Guillermo (2015), *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, México, UNAM/CIAD/El Colegio de México.
- Núñez, Guillermo (2016), *¿Qué es la diversidad sexual?*, México, Ariel/UNAM/CIAD.
- Ranea, Beatriz (2021), *Desarmar la masculinidad*, Madrid, Catarata.
- Rodríguez, Pilar (2023), “El análisis social del ciberespacio: una introducción”, en Pilar Rodríguez (ed.), *El análisis social del ciberespacio*, Barcelona, Octaedro, pp. 9-22.
- Rubin, Gayle (1989), “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, en Carole Vance (comp.), *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina*, Madrid, Revolución, pp. 113-190.
- Stryker, Susan (2008), “Transgender history, homonormativity, and disciplinarity”, *Radical History Review*, núm. 100, pp. 145-157.
- Taywaditep, Kittiwut (2002), “Marginalization among the marginalized”, *Journal of Homosexuality*, vol. 42, núm. 1, pp. 1-28.
- Valcuende, José María (2010), “Sexo entre hombres: los límites de la masculinidad”, *Sociotam. Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, vol. 20, núm. 1, pp. 11-37.



## LOS VARONES ESTUDIANTES EN LAS UNIVERSIDADES PÚBLICAS VALENCIANAS: MASCULINIDAD, IGUALDAD Y FEMINISMOS

*Joan Sanfèlix Albelda, Anastasia Téllez Infantes  
y Javier Eloy Martínez Guirao*

### INTRODUCCIÓN

En este capítulo se presenta un estudio cuantitativo realizado con población universitaria de la Comunidad Valenciana (España) en el año 2019. Concretamente, se trata de una encuesta aplicada en línea que respondieron más de 3 000 varones matriculados en las cinco universidades públicas valencianas: Universidad Miguel Hernández de Elche, Universidad de Alicante, Universidad de Valencia, Universidad Jaume I y Universidad Politécnica de Valencia (Generalitat Valenciana, 2025). Ellos dieron respuesta a un cuestionario en el que se abordaron temas como la igualdad entre mujeres y hombres, las percepciones sobre el feminismo y sus opiniones y niveles de consumo en relación con la prostitución y la pornografía, además de otros más directamente vinculados a la identidad masculina o las violencias machistas.

En el texto se explica el contexto del surgimiento de este estudio exploratorio, específicamente vinculado a la organización del I Congreso internacional sobre masculinidades e igualdad: en busca de buenas prácticas de masculinidades igualitarias desde el ámbito de la universidad (Cimascigal). En este encuentro se presentó un avance de resultados y la forma de administración y distribución del cuestionario en línea a través de las Unidades de Igualdad de las universidades mencionadas. Además, se expone la justificación del estudio, basada en el convencimiento de la existencia de una manifiesta necesidad de abordar a los varones desde una perspectiva cuantitativa y de

género que permita darnos una panorámica cuantificadora sobre lo que piensan los varones universitarios sobre la igualdad, los feminismos y la masculinidad.

Se discute sobre lo metodológico, ahondando en la particularidad del análisis de la masculinidad como objeto de estudio desde las Ciencias Sociales, abordando las dificultades en el proceso de diseño del cuestionario y la propia encuesta, y sus límites y potencialidades. Esto se hace desde una perspectiva autocrítica y constructiva basada en esta experiencia y reflexionando sobre el uso de encuestas en línea para el estudio de la masculinidad en contextos universitarios o similares.

Durante 2019, al calor de la celebración del Cimascigual en la Universidad Miguel Hernández de Elche (UMH), desde el grupo de investigación Economía, Cultura y Género (Eculge), dirigido por la profesora Anastasia Téllez, se realizó un estudio exploratorio sobre masculinidades universitarias del que se presentan los principales resultados en este capítulo (UMH, 2019).

La pretensión era dar respuesta a lo que se podía entender como un vacío de aproximaciones de corte cuantitativo y para un estrato de la población masculina tan concreto como la universitaria en el contexto de los denominados estudios de masculinidades (Martín, 2007). Ello, además, en un escenario sociohistórico tan particular, tanto a escala global como española, y de la aún tímida reacción patriarcal (Cabezas y Vega, 2022) que ha ido creciendo y organizándose hasta la actualidad.

Así pues, contando con el soporte y colaboración de las Unidades de Igualdad (Ministerio de Educación, Formación Profesional y Deportes, 2025) de las cinco universidades públicas de la Comunidad Valenciana, para el trabajo de campo se diseñó un cuestionario en línea que fue distribuido entre el alumnado de estos centros educativos superiores, con la pretensión de que fuera respondido únicamente por los varones. A pesar de que se trataba de un estudio concebido como exploratorio o preliminar, el volumen total de respuestas fue más que significativo, alcanzando, como se verá en el apartado metodológico, más de 3 000 respuestas y generando, por tanto, unos resultados que, con ciertos matices, pueden ser extra-

polables al conjunto de hombres universitarios, ya no sólo a escala valenciana sino incluso española.

El objetivo de este estudio, pretendidamente cuantitativo, era poder medir algo que, aunque se hable mucho de ello tanto en lo académico como en lo mediático, ciertamente no está tan calibrado desde lo científico: los posicionamientos de los varones frente a cuestiones de igualdad de género. Así, nuestro interés se centró en conocer las opiniones de los universitarios varones sobre el feminismo, la igualdad, las diferentes formas de violencia machista contra las mujeres o aspectos más concretos como la prostitución y la pornografía, pues en ese momento esas cuestiones estaban claramente en la palestra del debate feminista en España.

Dicho en otros términos, se partió de la necesidad de generar cifras desde las Ciencias Sociales que contrastasen los debates públicos sobre los cambios en la masculinidad y sus procesos —reacción, resistencia, adaptación, cambio, acomodación, etc.—, para determinar, o al menos aproximarnos, a qué cantidad de hombres tendríamos que referirnos en relación con elementos clave en las relaciones de género contemporáneas, siempre desde una perspectiva de género.

Con los resultados obtenidos —y desde cierta y recomendable cautela metodológica (y a falta de mayores potenciales profundizaciones en el análisis estadístico)— encontramos que en el plano de lo discursivo coexisten diferentes tipos de posicionamiento: desde aquellos más cercanos a la reacción patriarcal o el posmachismo (Lorente, 2009) o masculinistas (Téllez y Martínez, 2019), hasta los más cercanos a un perfil igualitario en sus diversas concepciones y grados, pasando por las lógicas de las masculinidades cómplices (Connell, 1995) o con la “brújula rota” (Sanfélix, 2020), entre otras.

## ¿POR QUÉ ESTUDIAR A LOS VARONES DESDE UNA MIRADA CUANTITATIVA?

Como se apuntaba, con este estudio y algunos otros que desde el Observatorio de las Masculinidades (UMH, 2025) y Eculge se han podido realizar en estos últimos años, se pretende cubrir ese vacío

de investigaciones empíricas sobre la masculinidad que permitan cuantificar a los hombres en sus opiniones y posicionamientos en relación con cuestiones fundamentales en los debates actuales sobre la igualdad de género.

Aunque son cada vez más conocidos lo que podríamos concebir como estudios de masculinidades (Connell, 1995; Fernández-Llebrez, 2004; Martín, 2007; Sanfélix, 2017), cabe precisar que éstos se pueden entender como una subdisciplina de los estudios de género que es todavía muy joven, pero que empieza, no obstante, a cobrar presencia e institucionalizarse a escala global en la actualidad, aunque de forma errática y con diferencias entre las diversas regiones globales.

Si bien encontramos para el caso español muchas obras que podrían considerarse como parte de esta disciplina científica, desde una lectura socioantropológica, son pocas las investigaciones rigurosas y realmente conocidas que se hayan realizado en clave cuantitativa en relación directa con la masculinidad.

Destaca el trabajo de Pilar Inner, en 1988, para el Instituto de la Mujer del Ministerio de Asuntos Sociales; todo un referente que, sin embargo, no ha tenido una clara continuidad que haya permitido tener un seguimiento temporal de la evolución de la masculinidad en España en los últimos lustros, en consonancia con los cambios que se iban produciendo en las relaciones de género y en la vida de las mujeres.

Aunque ha habido otros acercamientos a lo masculino desde lo cualitativo en diversas regiones españolas (Baigorri, 1995; Abril, Romero y Borràs, 2009) e incluso diversas tesis doctorales, artículos monográficos en revistas científicas y libros específicos sobre la cuestión, no es sino hasta prácticamente nuestros días que volvemos a encontrar estudios más claramente delimitables en este sentido.

Recientemente Sanmartín, Kuric y Gómez (2022) han realizado una interesante investigación sobre masculinidades jóvenes (15-29 años) en España para el Centro Reina Sofía partiendo del concepto de “la caja de la masculinidad”, previamente formulado desde Equimundo (2017).

Más allá del caso español, a escala global es conocida la Encuesta Images de la International Men and Gender Equality Survey

(2025), que explora las prácticas y actitudes masculinas en relación con la igualdad de género. Desde 2008, se han adaptado estas encuestas en más de 32 países en todo el mundo, abordando cuestiones como la violencia de género, la salud masculina (incluida la sexual y reproductiva), la división del trabajo doméstico, los cuidados y la paternidad, entre otras temáticas.

Aunque entre estas encuestas y la que hemos realizado para la elaboración de este capítulo, y aunque el interés y ciertas preguntas puedan ir en líneas similares, en nuestro caso los cuestionarios se han caracterizado por su brevedad (como apuesta metodológica) y por centrar el objeto de interés en temas muy específicos. Estos temas no se han centrado exclusivamente en la realidad propia (autorreferencial) de los varones universitarios, sino también en su conexión con la igualdad, las mujeres y diferentes formas de violencia o dominación en esas relaciones de género.

En el estudio que se presenta en estas páginas se pretendía acceder a un conocimiento que nos permitiera situar a aquellos hombres que, en relación con la igualdad, se puede suponer que parten, debido a su nivel académico y por cuestión generacional, de una posición más cercana a ideales igualitarios, pues como se ha señalado y es bien conocido en el contexto activista y académico de hombres proigualitarios, los procesos de transformación de la masculinidad suelen estar relacionados con variables como éstas, aunque no necesariamente sean determinantes (Inner, 1988).

## METODOLOGÍA

La investigación que aquí exponemos tiene un enfoque cuantitativo y se ha desarrollado mediante el uso de una encuesta (Corbetta, 2003; Cea d'Ancona, 2012). Se ha utilizado la encuesta en línea y ha ido destinada a poblaciones jóvenes con alto nivel educativo (alumnado universitario), que no presentan dificultad para responder a esta modalidad de técnica.

Concretamente, fueron encuestados para este trabajo los varones que durante el curso 2018-2019 estaban matriculados en alguna

universidad pública valenciana (Universidad de Valencia, Universidad de Alicante, Universidad Jaume I de Castellón, Universidad Politécnica de Valencia y Universidad Miguel Hernández de Elche) indistintamente de cualquier otra variable e independientemente del nivel universitario cursado (grado o posgrado: másteres o doctorados).<sup>1</sup>

Como ya hemos señalado, para acceder al estudiantado se contó con la colaboración de las Unidades de Igualdad de las universidades en cuestión, las cuales facilitaron llegar al alumnado a través de un correo electrónico explicativo con el enlace para poder acceder al cuestionario y contestarlo. Además, también se trabajó a nivel de difusión en páginas web propias de algunas de estas unidades.

El trabajo de campo se llevó a cabo entre los meses de febrero y marzo de 2019. El anonimato que garantizan (y que es percibido de esta manera frente a la ausencia del otro/a entrevistador/a) las encuestas en línea devino fundamental para las personas encuestadas. Se podía contestar una serie de preguntas que, por su complejidad y la forma de “presentarnos socialmente” —por lo considerado como deseable y aceptado culturalmente (aquiescencia)—, podían sesgarse de no haber sido contemplado el anonimato.

El total de cuestionarios respondidos fue, al menos a partir de las expectativas iniciales, muy elevado, superando los 3 000 cuestionarios ( $n=3\ 118$ ) y rebajando el error muestral por debajo del  $\pm 2$  por ciento ( $\pm 1.7$  por ciento con los parámetros habituales<sup>2</sup> para este tipo de encuesta y en el supuesto de una muestra aleatoria simple) aunque con cierta desproporción entre las diferentes universidades públicas valencianas (cuestión que no afecta al análisis).

Más relevante, desde nuestro punto de vista, era evitar un sesgo excesivo en las diferentes ramas de estudio, puesto que en este caso sí podía tener una incidencia más evidente en los resultados. Como se verá en las próximas páginas, se ha conseguido una muestra di-

1 En el curso 2017-2018, en las cinco universidades analizadas, hubo un total de 124 781 alumnos/as matriculados/as en estudios oficiales de grado, máster y doctorado, de los cuales 46 por ciento eran hombres y 54 por ciento mujeres (Sistema de Información de las Universidades Valencianas Públicas, 2025).

2 Nivel de confianza del 95 por ciento,  $p=q=0.5$  y para un universo estimado de 63 000 estudiantes con los datos del Ministerio de Educación.

versa, que aun sin corresponder proporcionalmente de forma perfecta con la estadística de universitarios varones por ramas de estudio en las universidades públicas de la Comunidad Valenciana, puede perfectamente funcionar como un buen reflejo de las tendencias que se dan en los posicionamientos y opiniones masculinas de esta población tan específica.

Para acabar con estas aclaraciones desde el punto de vista más técnico de la encuesta, el cuestionario que se desarrolló no fue muy extenso (16 preguntas), ya que la pretensión era que fuera rápida y fácilmente contestable. Incluyó al inicio cuestiones de carácter sociodemográfico (edad, universidad de estudio, lugar de nacimiento y rama de estudio concreta) para luego pasar a preguntas más complejas de opinión o posicionamiento. Cabe señalar que se hizo uso de diversos formatos posibles combinando preguntas categorizadas con tres o cuatro opciones de respuesta (en la parte central del cuestionario), así como acudiendo a escalas numéricas en preguntas en batería con tres cuestiones en la parte final y antes de la última pregunta que era la escala de autoubicación ideológica (0 a 10). Respecto a las preguntas en batería, éstas utilizaron una escala 1 a 5 como opción de respuesta para cada ítem, incluyendo entre 12 y 16 ítems cada una de ellas.

Finalmente, hemos de indicar que se ha optado por una serie de preguntas cuyas opciones de respuesta tenían, obviamente, mucho que ver con nuestro conocimiento teórico-empírico en relación con las masculinidades y la igualdad en la actualidad (específicamente para el caso español), por lo que se trataron de trasladar discursos sociales complejos (que de partida reclaman de profundización cualitativa) al cuestionario a través de la sintetización, siempre arriesgada, de este tipo de discursos circulantes convertidos en varias frases afirmativas sobre las cuales posicionarse.<sup>3</sup>

3 En este trabajo se utilizó el primer modelo de cuestionario breve sobre masculinidades e igualdad, que *a posteriori* se ha ido puliendo y mejorando para otras investigaciones a partir de la experiencia y de observaciones llegadas desde diferentes emisores y lugares.

## ANÁLISIS

### Descripción de la muestra

Aunque hay una mayor representación del estudiantado de la rama de las ciencias sociales y jurídicas (32.04 por ciento), todas las otras ramas generales de conocimiento están suficientemente representadas: artes y humanidades (15.78 por ciento), salud (16.68 por ciento), ciencias (15.39 por ciento) e ingenierías y arquitecturas (20.11 por ciento).

La media de edad de la muestra se sitúa en los 24.5 años, aunque la moda es 20 y el 75 por ciento de la misma se ubica entre los 18 y 25 años, perfilándose en ese estrato poblacional joven de edad tradicionalmente universitaria en España. La mayoría de ellos son nacidos en la Comunidad Valenciana o en otras regiones del territorio español, ya que sólo el 7 por ciento había nacido en otros países.

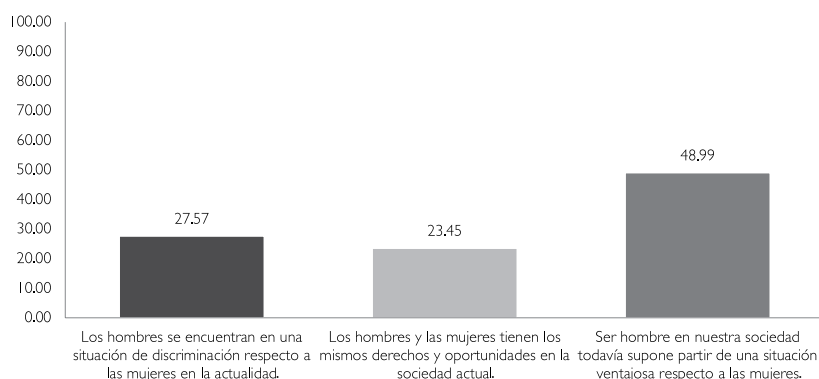
Por último, en la escala ideológica (0 izquierda a 10 derecha) habitualmente utilizada (a veces con pequeñas modificaciones) en la demoscopia española, la media de la muestra se situaría cercana al 4, lo que está un poco por debajo de las medias habituales para el conjunto de la ciudadanía encuestada por los centros de investigación como el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS, 2025), pero bastante acorde con esa lectura social sobre la juventud universitaria que ubicaría a este estrato poblacional en posiciones políticas más inclinadas a la izquierda.

### Percepción sobre la igualdad

La primera pregunta directamente relacionada con los objetivos de la investigación fue pretendidamente la que quería determinar de qué modo los varones universitarios valencianos perciben la situación actual en relación con la igualdad entre hombres y mujeres. Se sintetizaron discursos sociales sobre la cuestión en tres opciones de respuesta dentro de esta pregunta categorizada (véase gráfica 1) con los resultados que se analizan a continuación.

## GRÁFICA I

Percepción sobre la situación actual de igualdad entre mujeres y hombres, en porcentajes



Prácticamente la mitad de la muestra considera que existe un privilegio masculino. Sin embargo, la otra mitad se posiciona en discursos que no ven este privilegio, centrándose en la igualdad formal-legal (23.45 por ciento) o directamente manifiestan una posición contraria a la del grupo anterior, mostrando su percepción de discriminación masculina frente a las mujeres en la sociedad española actual (27.57 por ciento).

Es decir, en las universidades públicas valencianas existe un porcentaje significativo de varones que piensan que están en una situación desventajosa en relación con las mujeres, fruto, probablemente, de esos discursos propios de la reacción patriarcal o masculinista que empezaban ya hacía años a circular entre diferentes segmentos de la población masculina y al calor de la crítica de determinadas leyes sobre igualdad.

No obstante, pese a esta cifra, existe una mayoría de varones que se autopercibe en una situación de ventaja, lo que es lo mismo que admitir la existencia de lógicas patriarcales todavía presentes en nuestra sociedad. Siempre, por supuesto, en el nivel de lo discursivo.

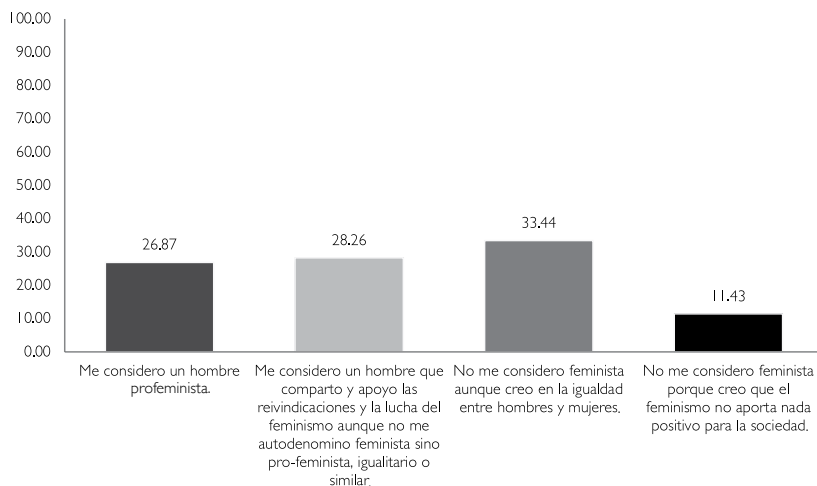
## Autoubicación respecto al feminismo

Otra de las preguntas fundamentales situadas al inicio del cuestionario utilizado para la encuesta es la relación de los varones con el

concepto (y todo lo que supone) de feminismo y feminismos. En este caso nos interesaba medir hasta qué punto los varones universitarios valencianos se identifican como feministas o cercanos al feminismo<sup>4</sup> o se distancian, de diferentes formas, de este concepto tan problematizado en diversos sentidos en los últimos años (véase gráfica 2).

GRÁFICA 2

Autoubicación respecto al feminismo, en porcentajes



La gráfica 2 nos expone cómo los hombres feministas-profeministas alcanzan más de la mitad de la muestra<sup>5</sup> (55 por ciento) siendo

- 4 Aunque para el análisis general se considera recomendable unificar las dos primeras opciones de respuesta, se optó por introducir este matiz diferencial para determinar en qué medida los hombres cercanos a la igualdad se autorreconocen en la etiqueta o categoría de feminista. Aunque es un debate interesante dentro del “movimiento de hombres igualitarios” o incluso para la academia, a efectos de posicionamientos respecto al feminismo, se considera que el matiz no aporta un elemento diferencial sustancioso.
- 5 En una encuesta realizada por la empresa de investigación 40db, “I Barómetro Feminista en España”, a finales de 2018, “el 52 por ciento de los españoles —un 58.6 por ciento de las mujeres y un 46 por ciento de los hombres—, se declara abiertamente feminista” (elDiario.es, 2018). En otros estudios que hemos realizado con población urbana valenciana, en 2019 y 2021, los resultados frente a esta pregunta fueron del 53 por ciento y 31 por ciento respectivamente, lo que supone que el porcentaje de los universitarios es mayor en cuanto a reconocerse en el feminismo o cercanos a este movimiento. Destacable, por otra parte, resulta el descenso de la simpatía o cercanía masculina con el feminismo entre 2019 y 2021 con poblaciones similares; habría que

nuevamente la “opción” mayoritaria, mientras que otra vez en esa posición aparentemente neutral (central, conformista) se ubica un tercio de la muestra y, finalmente, en el discurso más reaccionario que niega las aportaciones y validez de la lucha feminista de forma más explícita, encontramos un 11.43 por ciento de la misma.

Es significativo que el 88.57 por ciento afirma creer en la igualdad entre hombres y mujeres, lo cual requeriría un estudio cualitativo sobre la categoría *emic* de igualdad, o qué conceptos de ésta existen en los propios varones universitarios, en contraposición a la categoría *etic*, definida desde las ciencias sociales (Harris, 2011).

Por otro lado, aunque las cifras son diferentes a las de la gráfica 1 sobre la igualdad, la tendencia parece bastante similar, quedando relegados los posicionamientos discursivos “antifeministas”, “posmachistas” o masculinistas, a una posición más reducida cuantitativamente.

## Prostitución

Al calor de los debates sobre la respuesta social y legal al fenómeno de la prostitución, se introdujeron en el cuestionario dos preguntas sobre esta temática con la finalidad de analizar las opiniones y posicionamientos masculinos respecto a este tema cada vez más denunciado en la agenda feminista y en parte mediática.

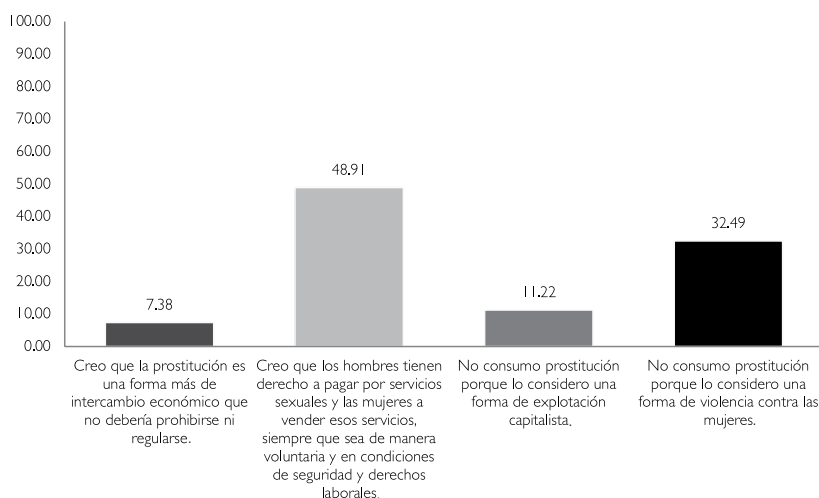
Como se ve en la gráfica 3, en la primera pregunta sobre la prostitución, se intentó sintetizar nuevamente una serie de discursos sociales circulantes y a la par complejos sobre la prostitución. Se trataba, una vez más, de ver cómo se ubican los hombres frente a cada una de estas afirmaciones, con cuál se sienten más identificados, más cómodos a la hora de representar su opinión sobre la cuestión de la prostitución.

---

tener en cuenta el escenario pandémico y la cuestión del avance e intensificación de la reacción patriarcal en España.

### GRÁFICA 3

Opinión o bien posicionamiento sobre la prostitución, en porcentajes



En este caso la redacción de la opción de respuesta segunda<sup>6</sup> y mayoritaria en su elección por parte de los universitarios pudo ser determinante para los resultados que aparecen en la gráfica. Esta casi mitad de la muestra se posicionaría en un discurso que podría acercarse al “regulacionismo” que garantice, desde una lógica de libertad de mercado (sexual) los derechos y la seguridad de “las trabajadoras sexuales”.

De las otras tres opciones de respuesta, la “inmovilista” sería la minoritaria, con apenas un 7.38 por ciento de respuesta. Las opciones que más abiertamente denuncian la prostitución, sumadas, serían casi un 44 por ciento aunque, por su enunciado, existe un matiz diferencial, situándose claramente por encima la opción que entiende la lógica de la prostitución femenina como una forma de violencia contra las mujeres (32.49 por ciento). Ésta es una cuestión por la que afirman no hacer uso de estos “servicios”, frente al 11 por ciento no consumidor, pero con una lectura más centrada en la explotación de las mujeres prostituidas desde una lógica capitalista. Este matiz,

6 Sobre esta cuestión se reflexiona en otros textos (Sanfélix, 2024), además de hacer algunos ajustes, concretamente respecto a la segunda parte de la frase, para observar así si se mantiene la tendencia, o no, con otros estratos de población masculina, de escoger mayoritariamente esta opción de respuesta.

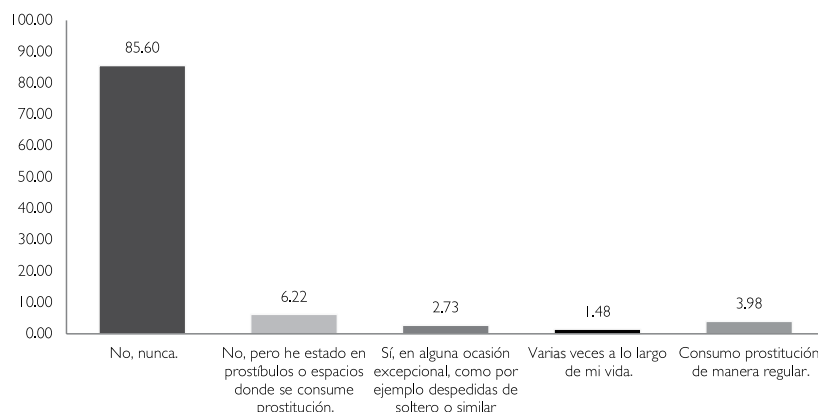
más allá de estas páginas, reclama una profundización cualitativa que permita clarificar las concreciones de cada lógica discursiva.

En segundo lugar, y en relación con la prostitución, se abordó la siempre polémica cuestión (con la ventaja de ser un cuestionario en línea) de la frecuencia en su consumo, en caso de que lo haya (existía la opción de indicar que “nunca”).

Como se ve en la gráfica 4, una amplia mayoría afirma no haber acudido nunca a la prostitución, de modo que el consumo no parece estar directamente relacionado con el posicionamiento u opinión acerca de ella.

#### GRÁFICA 4

Frecuencia de consumo de prostitución, en porcentajes



Aun así, existen datos significativos —que quizás cabría llevar a una inferencia entre la población universitaria masculina valenciana a partir de los valores absolutos—, por los que encontramos a casi un 4 por ciento de estudiantes que afirma consumir prostitución de manera regular.

Las otras opciones de consumo directo resultan todavía menores, aunque permiten determinar la existencia de ciertas ritualizaciones masculinas en torno a estos lugares, junto con la opción de “no consumo” pero sí asistencia a los espacios de la prostitución.

## Pornografía

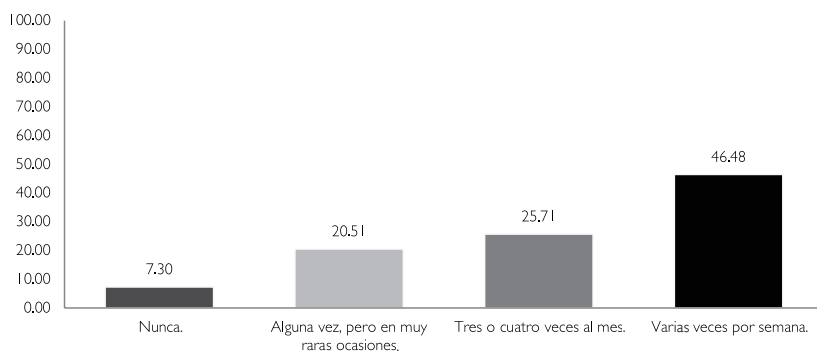
Otra de las cuestiones interesantes para el estudio, y también en el debate público español (incluso dentro de “los feminismos”), magnificada con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, es la pornografía.

Sobre esta temática se incluyeron dos preguntas: una para determinar las edades de inicio en el consumo regular de este tipo de contenido audiovisual, y otra, para concretar la frecuencia en su consumo (véase gráfica 5). Esto, de alguna manera, brinda información interesante para conocer el impacto sobre la configuración de la sexualidad masculina que puede tener este dispositivo; mismo que está afectando de forma más clara y directa a las generaciones más jóvenes, aquellas que ya nacieron con la existencia de internet y, por lo tanto, con acceso directo a la pornografía.

Respecto a la primera cuestión hay que destacar que la media de edad en el inicio del consumo regular es a los 15 años, es decir, en plena adolescencia, más allá de que en la propia infancia ya se pueda estar asistiendo, probablemente de forma involuntaria, a los primeros *inputs* de este tipo de contenido.

### GRÁFICA 5

Frecuencia de consumo de pornografía, en porcentajes



Respecto a la segunda pregunta sobre esta temática, la que ilustramos en la gráfica 5, se observa cómo los porcentajes de respuesta se incrementan con el aumento de la frecuencia; es decir, hay muy

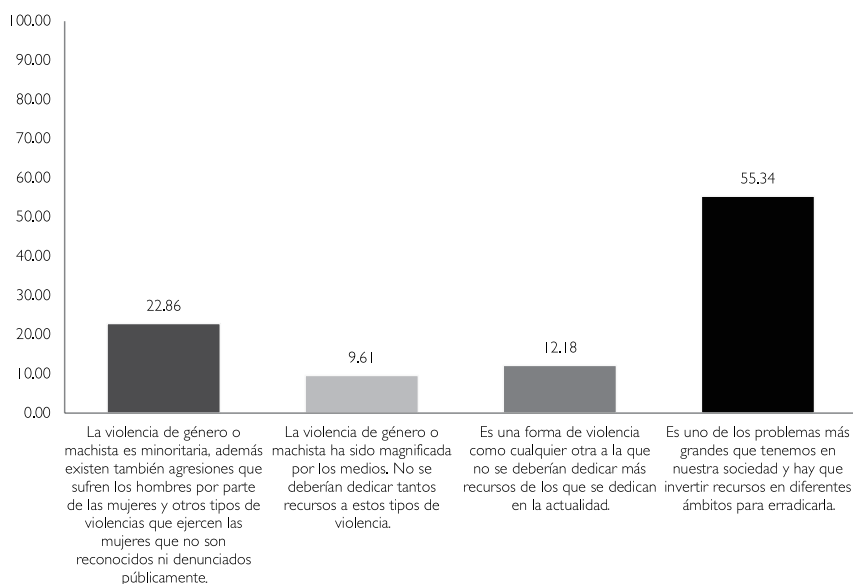
pocos chicos universitarios que no consumen pornografía o la consumen muy poco, puesto que la mayoría, más del 70 por ciento, lo hacen de forma habitual, o mayoritariamente, muy regular.

## La violencia de género

Obviamente, otra de las cuestiones que interesaba medir con esta encuesta era lo que piensan los varones, circunscritos cultural y sociohistóricamente, en relación con una temática con fuerte presencia en los medios de comunicación y en el debate público y político español: la denominada violencia de género (véase gráfica 6).

GRÁFICA 6

Opinión o bien percepción sobre violencia de género, en porcentajes



Las barras de la gráfica 6 señalan cómo, probablemente como consecuencia de una sensibilización muy potente que se ha dado en España en los últimos lustros, gran parte de la población masculina universitaria de la Comunidad Valenciana responde de forma clara en su denuncia de este tipo de violencia.

Como se ve, más de la mitad lo denuncian directamente (55 por ciento), si bien parecen también interesantes las cifras que se distribuyen entre la sintetización de los otros tres discursos, puesto que todos ellos niegan o relativizan la existencia o importancia de esta forma específica de violencia machista, que en España está muy asociada (como consecuencia de la ley de 2004) a los asesinatos machistas que frecuentemente aparecen en las noticias en televisión, en la prensa escrita o en redes sociales.

En esta pregunta se intentó introducir en sus opciones de respuesta algunos discursos que en ese momento y desde hacía algunos años (prolongación de la crisis económica que afectó fuertemente a España en la segunda década del siglo XXI) abordaban la cuestión de la violencia de género desde el punto de vista de los recursos destinados a su erradicación.

En todo caso, la cifra más destacable de la gráfica, a nuestro juicio, es sin duda el casi 23 por ciento que afirma que esta violencia es minoritaria y además la critica, desde su percepción de la no “denuncia pública” de las violencias contra los hombres, lo que, sin duda, destila cierto aroma reaccionario y victimizante de los varones, posición que sigue teniendo cierta capacidad de impregnación entre bastantes sectores masculinos.

En este mismo estudio se abordó una forma concreta de esta violencia, pero con entidad propia, como es la violencia sexual. Si bien las cifras siguen una línea bastante similar, en su tendencia “aquiescente” quizás se denuncie de forma más clara la cuestión sexual, ya que el 62.5 por ciento lo entienden como algo muy importante que debe ser atajado dedicando los recursos necesarios.

## **Masculinidad**

A pesar de la dificultad que implica, desde lo cuantitativo, tratar de medir cuestiones más propensas a ubicarse en los discursos que se perciben como aceptados socialmente (como de sentido común y aceptado mayoritariamente), dentro del cuestionario se intentó abordar con escalas tipo Likert (1 a 5) las formas en las que los hombres se

piensan en un doble sentido: demostrando la masculinidad (mandato de género) y cómo proyectan la masculinidad en sus valores y formas para el futuro más inmediato.

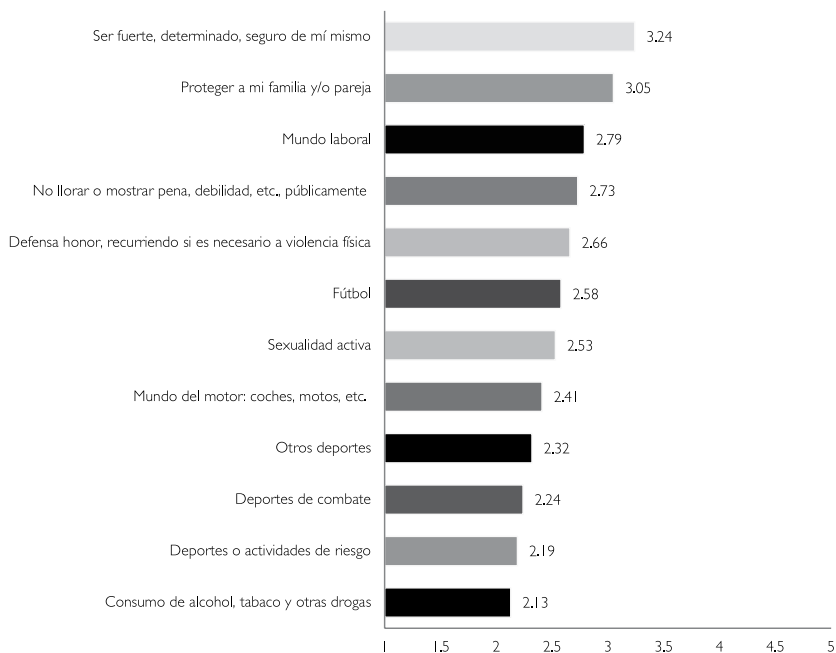
Un primer análisis de las gráficas 7 y 8 nos marca claramente, como mínimo, los siguientes aspectos, que resumimos en estos puntos:

- Se puntúan mucho más alto las cuestiones que tienen que ver con lo que se entiende que es característico de la masculinidad “moderna”, propia de esta época, puesto que lo contrario empieza a estar mal visto. Por tanto, ser “igualitario”, al menos desde lo discursivo, está claramente bien valorado.
- Eso no implica que necesariamente se renuncie (aunque se puntúe más bajo) a valores asociados más a la masculinidad tradicional, como la valentía o la competitividad, que tienen medias por encima del punto central de la escala.
- En relación con la demostración de la masculinidad,<sup>7</sup> las puntuaciones son más bajas (más cercanas o por debajo del punto central de la escala). No obstante, se aprecia cómo los valores más altos de la media son los que apelan a funciones tradicionalmente asignadas a la masculinidad y que la primera literatura científica sobre masculinidades ya puso sobre la mesa: ser fuerte (Robert Brannon, “The male sex role and what it’s done for us lately”, en Kimmel, 1997) o las funciones protectora y proveedora (Gilmore, 1990).

7 En el cuestionario se trataba de una pregunta en batería con escala numérica (1 a 5) que tenía la siguiente formulación: *Del siguiente listado, valore del 1 al 5, en qué medida ha sido importante cada ítem a la hora de mostrarse y ser reconocido públicamente como hombre de cara al resto de la sociedad (tome el tiempo necesario para reflexionar sobre cada ítem).*

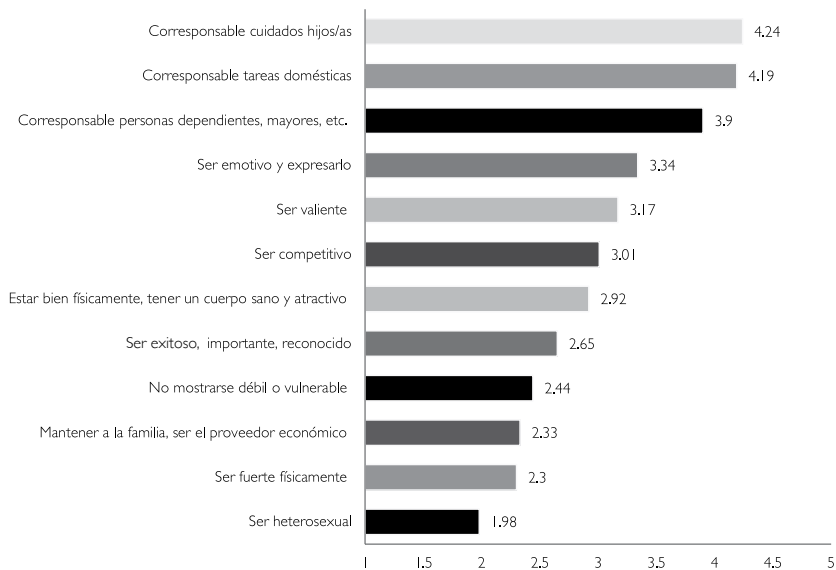
## GRÁFICA 7

### Medias prácticas de demostración de masculinidad



## GRÁFICA 8

### Ser hombre en el siglo XXI



## CONCLUSIONES

Con este capítulo se ha pretendido aportar un grano más de arena en la lectura científica sobre la masculinidad desde una perspectiva de género, reivindicando, en primer lugar, la necesidad de más estudios en esta línea que permitan generar panorámicas cuantificadoras sobre la relación de los varones de diferentes condiciones sociales con la igualdad, el feminismo y su propia masculinidad.

Aunque el estudio aquí presentado se concibió como algo preliminar, exploratorio, casi experimental, el volumen de respuestas nos sorprendió gratamente ya que le dio, a pesar de ciertos límites metodológicos (poco control sobre la muestra en las encuestas administradas en la red, etc.), cierta dimensión. Al mismo tiempo, la cantidad de cuestionarios respondidos daba cuenta de las ganas de hablar (quizás de ser escuchados), gracias a ese artificio claramente anonimizado de la encuesta en línea por parte de varones jóvenes universitarios valencianos, cuestión para nada banal en el contexto de los estudios de masculinidades. Las ciencias sociales pueden servir de canal de comunicación y casi como elemento catártico para muchos varones con la *brújula rota*. Además de estudiar y analizar, debemos saber escuchar comprensivamente.

Si la masculinidad *per se* ya es un objeto de estudio fascinante, a la vez que escurridizo, tratar de captarla a través de las herramientas de las ciencias sociales y más en un contexto de reactividad patriarcal, deviene, sin duda, un ejercicio difícil, pero por el que es necesario transitar. Siempre a riesgo de equivocarse, pero generando aprendizajes y mejoras que nos permiten, desde una mirada autocrítica y una voluntad abierta y de trabajo en red, compartir conocimientos y optimizar herramientas.

Abordar un estrato de la población masculina tan específico y con tantas particularidades por edad y nivel educativo, como son los universitarios, era una oportunidad que, desde el Cimascigual y el Observatorio de las Masculinidades de la Universidad Miguel Hernández de Elche, no se quería dejar escapar, especialmente porque aquel primer congreso sobre masculinidades e igualdad de 2019 se

preguntaba, entre otras cuestiones, sobre lo que se estaba haciendo desde las universidades en relación con la igualdad y los varones.

Así, este trabajo nos permitió conocer, como aquí se ha apuntado, cómo, aunque exista un porcentaje significativo de universitarios cercanos al perfil más igualitario, el ser joven y estudiante de nivel académico alto no es *conditio sine qua non* para garantizar mayores simpatías con la igualdad, el feminismo o la transformación igualitaria de la masculinidad. Si bien pueden ser variables potencialmente explicativas, como también lo son otras en las que se está profundizando a partir de otros trabajos realizados más centrados en cuestiones políticas e ideológicas.

Aunque son destacables algunas cifras, normalmente no mayoritarias dentro de la muestra, que pueden en cierta medida estar midiendo esa “reacción patriarcal” en las entrañas de la propia institución universitaria, no debemos dejar de mirar a esos otros números que perfilan, a falta de mayores profundizaciones estadísticas (detenidas por la pandemia de Covid-19 y el inicio de nuevas investigaciones más consolidadas en esta línea) a un volumen significativo de hombres que desde la universidad reconocen un privilegio masculino, se acercan al feminismo y denuncian abiertamente las formas de violencia contra las mujeres que ejercen los varones además de pensarse críticamente sobre los mandatos tradicionales de género (masculinidad).

Con todo, hay que estar muy pendientes de cómo estos escenarios del saber y supuestamente del pensamiento crítico, son permeables a los discursos reaccionarios que finalmente atraviesan al alumnado; como se ha mostrado, especialmente a aquellos chicos desnortados a los que les prometen un orden de género más confortable que el que entienden les están disponiendo las luchas feministas actuales.

Para una comprensión más óptima de estos procesos reivindicamos un mejor y más profundo conocimiento de las masculinidades que, a su vez, ayudaría a encauzar de una manera más eficiente acciones que permitan alcanzar la equidad de género. Para que eso sea posible empecemos por saber, al menos en lo discursivo, el posicionamiento de cada grupo social masculino en relación con la igualdad; desde ese conocimiento, por sí mismo transformador,

podremos abordar de una manera más eficaz la cuestión y comprender la capacidad de seducción que tiene cada tipo de discurso.

## REFERENCIAS

- Abril, Paco, Alfons Romero y Vicent Borràs (2009), *Els homes i els seus temps: hegemonía, negociació i resistència*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona.
- Baigorri, Artemio (1995), *El hombre perplejo: adaptación y cambio de actitudes de los hombres frente al ascenso social de las mujeres*, Mérida, Junta de Extremadura, Dirección General de la Mujer.
- Cabezas Fernández, Marta y Cristina Vega Solís (eds.) (2022), *La reacción patriarcal: neoliberalismo autoritario, politización religiosa y nuevas derechas*, Barcelona, Bellaterra.
- Cea d'Ancona, Ma. Ángeles (2012), *Fundamentos y aplicaciones en metodología cuantitativa*, Madrid, Síntesis.
- CIS (2025), <<https://www.cis.es/cis/opencms/ES/index.html>>, consultado el 9 de febrero, 2025.
- Connell, Raewyn (1995), *Masculinities*, Berkeley, University of California Press.
- Corbetta, Perrigiorgio (2003), *Metodología y técnicas de investigación social*, Madrid, McGraw-Hill.
- elDiario.es (2018), “El 52% de la población española se declara feminista, según una encuesta”, *elDiario.es*, <[https://www.eldiario.es/sociedad/hombres-declara-abiertamente-feminista\\_1\\_1854376.html](https://www.eldiario.es/sociedad/hombres-declara-abiertamente-feminista_1_1854376.html)>, consultado el 9 de febrero, 2025.
- Equimundo (2017), <<https://www.equimundo.org/>>, consultado el 9 de febrero, 2025.
- Fernández-Llebrez, Fernando (2004), “¿Hombres de verdad? Estereotipo masculino, relaciones entre los géneros y ciudadanía”, *Foro Interno: Anuario de Teoría Política*, vol. 4, pp. 15-44.
- Generalitat Valenciana (2025), “Conselleria de Educació, Cultura, Universitats y Empleo”, <<https://ceice.gva.es/es/web/universidad/universidades-publicas-de-la-comunidad-valenciana>>, consultado el 9 de febrero, 2025.

- Gilmore, David (1990), *Manhood in the making: Cultural concepts of masculinity*, Yale, Yale University Press.
- Harris, Marvin (2011), *Antropología cultural*, Madrid, Alianza Editorial.
- Inner, Pilar (1988), *Los hombres españoles*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales/Instituto de la Mujer.
- International Men and Gender Equality Survey (2025), <<https://www.menandgendersurvey.org/>>, consultado el 9 de febrero, 2025.
- Kimmel, Michael (1997), “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades. Crisis y poder*, Santiago, Isis Internacional, pp. 49-62.
- Lorente, Miguel (2009), *Los nuevos hombres nuevos. Los miedos de siempre en tiempos de igualdad*, Barcelona, Destino.
- Martín, Sara (2007), “Los estudios de la masculinidad: una nueva mirada al hombre a partir del feminismo”, en Meri Torras (ed.), *Cuerpo e identidad*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 89-116.
- Ministerio de Educación, Formación Profesional y Deportes (2025), “Unidades de igualdad de género en universidades”, <<https://www.educacionyfp.gob.es/mc/igualdad/unidadmefp/igualdaduniversidades.html>>, consultado el 9 de febrero, 2025.
- Sanfélix, Joan (2024), “Metodologías socioantropológicas para investigaciones sobre masculinidades”, en Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (eds.), *Hombres en el siglo XXI. Análisis críticos de las masculinidades*, Valencia, Tirant lo Blanch, s. p.
- Sanfélix, Joan (2020), *La brújula rota de la masculinidad*, Valencia, Tirant Humanidades.
- Sanfélix, Joan (2017), “Género, igualdad y masculinidades. Repensar la identidad masculina”, en Anastasia Téllez (ed.), *Igualdad de género e identidad masculina*, Elche, UMH, pp. 65-78.
- Sanmartín, Anna, Stribor Kuric y Alejandro Gómez (2022), *La caja de la masculinidad: construcción, actitudes e impacto en la juventud española*, Madrid, Centro Reina Sofía sobre adolescencia y juventud/Fundación Fad Juventud.
- Sistema de Información de las Universidades Valencianas Públicas (2025), <<https://www.siuvp.es/es/estudiantes.php>>, consultado el 9 de febrero, 2025.

- Téllez, Anastasia y Javier Eloy Martínez Guirao (2019), “Hombres igualitarios, igualdad de género y reacciones masculinistas frente a la cuarta ola feminista”, en Anastasia Téllez, Javier Eloy Martínez Guirao y Joan Sanfélix (eds.), *Masculinidades igualitarias y alternativas. Procesos, avances y reacciones*, Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 51-75.
- UMH (2025), “Observatorio de las masculinidades”, <<https://observatorio-masculinidad.umh.es/>>, consultado el 9 de febrero, 2025.
- UMH (2019), “I Congreso internacional sobre masculinidades e igualdad. En busca de buenas prácticas de masculinidades igualitarias desde el ámbito de la universidad”, <<https://congresomasculinidades.umh.es/>>, consultado el 9 de febrero, 2025.



## SEMBLANZAS AUTORALES

*Ricardo Ayllón González.* Estudió psicología en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la especialidad en Orientación Humanista y en Psicoterapia Gestalt por el Instituto Humanista de Psicoterapia Gestalt y la maestría en Educación Humanista por el mismo instituto. Se formó como especialista en Educación para la Paz y Resolución No violenta de Conflictos (Comunicación, Asertividad y Cooperación) por el Colectivo de Educación para la Paz A. C. y como especialista en coordinación de grupos comunitarios desde la Terapia de Reencuentro, impartida por la Dra. Fina Sanz del Instituto de Terapia de Reencuentro de Valencia, España. Se capacitó como facilitador de grupos de Hombres contra la Violencia Intrafamiliar desde el modelo Cecevim de San Francisco, California. Ha sido ponente y tallerista en diversos eventos a nivel nacional e internacional. Actualmente se desempeña como coordinador de Metodología de Gendes, A. C.

*Enrique Bautista Rojas.* Licenciado y maestro en Pedagogía por la UNAM. Se ha desempeñado como docente en Educación Básica, y en el diseño de planes y programas de estudio, libros de texto y materiales didácticos para preescolar, primaria y secundaria. Formó parte del proyecto de investigación “Estudiantes, género y violencias en la UNAM” (2022-2023) con sede en el IISUE de la UNAM. Es integrante del Seminario Permanente sobre Masculinidad/es y Universidad (Semascu) en el IISUE de la UNAM, y de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres A. C. (desde 2021). Forma parte

del equipo de producción editorial de *Mitologías Hoy. Revista de pensamiento, crítica y estudios literarios latinoamericanos*. Cuenta con publicaciones en libros y revistas académicas y ha realizado actividades de investigación de manera independiente en las líneas de educación y diversidad sexual, enseñanza de la historia y educación indígena.

*Facundo Ferrer*. Sociólogo por la Unsam. Actualmente se encuentra realizando la maestría en Sociología Económica de la misma universidad. Forma parte del Programa de Estudios Interseccionales entre Naturalezas y Géneros de la Unsam. Trabaja en el Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de Argentina, en la Coordinación de Abordaje de la Violencia por Motivos de Género contra Integrantes de Pueblos Indígenas y en la Coordinación de Abordaje de la Violencia por Motivos de Género en Contextos de Encierro. Es docente de nivel terciario en el Servicio Penitenciario Bonaerense. En materia de investigación, sus publicaciones abordan temas como las violencias y las desigualdades por motivos de género, las sexualidades, las juventudes y las masculinidades.

*Javier Eloy Martínez Guirao*. Doctor en Antropología Social por la Universidad Nacional de Educación a Distancia y doctor en Sociología por la Universidad de Alicante. Profesor titular del área de Antropología Social de la Universidad de Murcia. Forma parte de los grupos de investigación Cultura y Sociedad de la Universidad de Murcia y Economía, Cultura y Género (Eculge) de la UMH de Elche. Es miembro del Observatorio de las Masculinidades de la UMH. Director de la Revista *Nuevas Tendencias en Antropología*. Vicedecano de Calidad en Investigación de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad de Murcia. Ha sido profesor invitado en la Universidad de Chile, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Nova de Lisboa, Universidad de Coimbra, Universidad de Amberes y la Universidad del Caribe.

*Leticia Pogliaghi*. Realizó estudios de doctorado en Estudios Sociales en la Universidad Autónoma Metropolitana, de maestría en

Desarrollo Local en la Universidad Nacional de San Martín, de magister en Desarrollo Económico Local en la Universidad Autónoma de Madrid, y la licenciatura en Relaciones del Trabajo en la Universidad de Buenos Aires. Es Investigadora Titular A en el IISUE de la UNAM, profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y miembro del Programa Universitario de Estudios sobre Educación Superior, de la UNAM. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI), nivel II. Sus líneas de investigación son subjetividades, prácticas y conflictos de estudiantes y jóvenes; y violencia social en el espacio escolar.

*Mariana Palumbo.* Socióloga y maestra en Investigación en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Es doctora en Ciencias Sociales por la misma universidad. Fue docente en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, donde realizó también una estancia doctoral en el CEIICH. Realizó estancias posdoctorales en la UNAM y en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales. Es Investigadora Asistente del Conicet y coordinadora del Programa de Estudios Interseccionales entre Naturalezas y Géneros. Entre sus últimas publicaciones se encuentra el libro *Deseo y conflicto. Política sexual, prácticas violentas y victimización*, coordinado junto con Marta Lamas (2022). Sus líneas de investigación son: sexualidades, géneros y afectividades.

*Amy Andrea Salazar Pantoja.* Nació y creció en Ciudad del Carmen, Campeche. Es licenciada en Ciencia Política por la UNAM y egresada de la Especialización en Estudios de Género de la misma universidad, donde desarrolló un trabajo de investigación sobre los feminismos radicalizados transexcluyentes del México contemporáneo. Desde 2020 colabora como asistente de investigación en el CIEG de la UNAM y actualmente se desempeña como curadora educativa en sexualidad y género para Universum, Museo de las Ciencias de la UNAM. En 2022 publicó en coautoría con Amneris Chaparro el cuadernillo “Olas y remolinos feministas”, que versa sobre el uso de metáforas oceánicas para narrar la historia de los feminismos y su aplicabilidad en América Latina. Le interesa investigar sobre

género, sexualidad, teoría *queer* y afectividades, y su intersección con lo político.

*Joan Sanfélix Albelda.* Estudió Sociología y cursó el máster en Género y Políticas de Igualdad en la UV. Doctor en Estudios de Género por la UMH de Elche; obtuvo una calificación de excelente *Cum laude* y recibió el Premio Extraordinario de Doctorado. Es profesor de Sociología en la UJI de Castellón, donde es miembro del grupo de investigación Desires. Sociología y Metodologías de Investigación Social. Desigualdades y Resistencias. Es profesor en la misma universidad en diversos estudios de posgrado sobre igualdad de género. Docente en el título de posgrado de Especialista Universitario en Masculinidades, Género e Igualdad de la UMH de Elche desde 2021 y miembro del Observatorio de las Masculinidades. Ha sido secretario de los congresos internacionales Cimascigual I y II sobre Masculinidades e Igualdad celebrados en la UMH de Elche en 2019 y 2022. Es autor de diferentes publicaciones científicas y divulgativas sobre masculinidades e igualdad, destacando entre ellas el libro *La brújula rota de la masculinidad* (2020).

*Alí Siles Bárcenas.* Doctor en Sociología por la Universidad de Manchester, maestro en Ciencias Sociales por Flacso, México, y sociólogo por la Universidad Autónoma Metropolitana. Investigador Asociado en el CIEG de la UNAM, especialista en el estudio de los hombres y las masculinidades desde una perspectiva crítica. Su trabajo se ha centrado en la experiencia, la producción y reproducción de masculinidades como parte del entramado de relaciones de género, en interacción con otras formas de ordenamiento social e identitario (v.g. clase, “raza”, etc.) y temas como el espacio, la violencia, la vida personal y cotidiana, entre otros. Se desempeña como docente a cargo de diversos cursos y seminarios a nivel licenciatura y posgrado en la UNAM, donde también forma parte del Programa Integral de Trabajo con Hombres de la CIGU. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI), nivel I.

*Anastasia Téllez Infantes.* Doctora en Antropología Social y Profesora Titular de Antropología Social y Cultural (acreditada para Catedrática de Universidad) del Departamento de Ciencias Sociales y Humanas de la UMH de Elche. Desde hace 32 años investiga sobre la construcción sociocultural de las identidades masculinas y femeninas con perspectiva de género. Es directora del Grupo de Investigación Eculge, del Observatorio de las Masculinidades de la UMH de Elche y del Título propio de posgrado de “Especialista universitario en masculinidades, género e igualdad” (2020-2024) (UMH). Ha sido subdirectora del máster de Igualdad de Género en el Ámbito Público y Privado de la UJI-UMH (Universitat Jaume I-Universidad Miguel Hernández) (durante 115 ediciones), fundadora y directora (2002-2012) del Seminario Interdisciplinar de Estudios de Género, e integrante y fundadora del Centro Interdisciplinar de Estudios de Género de la UMH. Fue directora del programa de Doctorado en Estudios e Investigación sobre las Mujeres, Feministas y de Género (RD 1393/07) de 2009 a 2017.

*César Torres Cruz.* Investigador asociado C en el CIEG de la UNAM. Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Autónoma Metropolitana, maestro en Ciencias Sociales y Humanidades por la UAM y doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI), nivel I y es tutor en los Programas de Posgrado en Estudios de Género, de Ciencias Políticas y Sociales y de Trabajo Social de la UNAM. Sus líneas de investigación se encuentran en la intersección entre los estudios sociológicos y feministas del género, la diversidad, la disidencia sexual y la salud. Ha publicado libros, artículos en revistas indexadas y capítulos de libro sobre estos temas.

*Mauro Antonio Vargas Urías.* Estudió Sociología en la UNAM y la maestría en Ciencias Sociales en la Universidad de Las Américas. Se capacitó como facilitador de grupos de reeducación para hombres agresores en el Cecevim (en San Francisco, California) y se formó como psicoterapeuta en el Instituto Humanista de Psicoterapia Gestalt de la Ciudad de México. Se ha desarrollado en los campos de la

investigación y la docencia, colaborando para distintas instituciones académicas y organizaciones de la sociedad civil, desde las cuales ha ejercido la investigación-acción aplicándola a diversas causas sociales. Es especialista en el análisis de las masculinidades y autor de varios libros y artículos publicados en revistas científicas, especializadas y de divulgación. Ha sido reconocido por instancias académicas, nacionales e internacionales, por sus aportes a la innovación metodológica, su liderazgo humanista y por su sostenido emprendimiento social para avanzar hacia la justicia de género. Actualmente se desempeña como director general de Gendes, A. C.

*Mauricio Zabalgoitia Herrera.* Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara y máster y doctor en Filología Española por la Universidad Autónoma de Barcelona, donde obtuvo el Premio Extraordinario de Doctorado. Es Investigador Titular A en el IISUE de la UNAM, y profesor de género en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Posgrado en Pedagogía de la misma universidad. Realizó una estancia postdoctoral en el Instituto Ibero-Americano en Berlín (2014-2016) con una beca de la Fundación Alexander von Humboldt. Desde la interdisciplina trabaja temas de género, masculinidad, violencia y emociones en los hombres. Desde 2022 es investigador responsable del Seminario Permanente sobre Masculinidad/es y Universidad (Semascu). Ha sido representante de la Comisión Interna para la Igualdad de Género (Cinig) del IISUE (2022-2023). Forma parte del Comité Editorial de la revista *Debate Feminista* y pertenece al Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI), nivel II.

## SIGLAS, ACRÓNIMOS Y ABREVIATURAS

CABA	Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Cecevim	Centro de Capacitación para Erradicar la Violencia Intrafamiliar Masculina
CEIICH	Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM
CIAD	Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo
CIEG	Centro de Investigaciones y Estudios de Género, UNAM
CIGU	Coordinación para la Igualdad de Género, UNAM
Cimascigual	Congreso Internacional sobre Masculinidades e Igualdad
CIS	Centro de Investigaciones Sociológicas
Conapred	Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Conicet	Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)
Eculge	Economía, Cultura y Género
FES	Facultad de Estudios Superiores, UNAM
FFyL	Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Flacso	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Gendes	Género y Desarrollo, Asociación Civil
GVEC	Género, violencia y ética comunitaria
IES	Instituciones de Educación Superior
IESALC	Instituto Internacional de la Unesco para la Educación Superior en América Latina y el Caribe
IISUE	Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM
ITS	Infección de transmisión sexual

LGBTIQ+	Lesbianas, gays, bisexuales, personas trans, intersexuales, queer y otras existencias sexuales no normativas
MOFFYL	Mujeres Organizadas de la Facultad de Filosofía y Letras
OEA	Organización de Estados Americanos
Proith	Programa integral de trabajo con hombres
SNII	Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores
TC	Trabajo de campo
TFAC	Taller sobre feminismos y acciones comunitarias
UJI	Universitat Jaume I
UMH	Universidad Miguel Hernández, Elche, España
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UNR	Universidad Nacional de Rosario
Unsam	Universidad Nacional de San Martín
UV	Universidad de Valencia



*La escuela, un espacio de posibilidades*

se publicó en acceso abierto en marzo de 2026

En su composición se utilizó la familia tipográfica Sabón LT Paeuropean, diseñada por Jan Tschichold en 1964, y Gill Sans, diseñada por Eric Gill en 1928.

La formación tipográfica estuvo a cargo de Juan Carlos Rosas Ramírez.